

C. S. FORESTER

EL TENIENTE DE NAVÍO HORNBLLOWER

UNA NOVELA DE AVENTURAS
EN LOS TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

En esta segunda entrega de la serie dedicada a Horatio Hornblower, el protagonista deja atrás su etapa de guardiamarina e inicia su auténtica carrera militar. Los avatares de la guerra entre franceses y españoles le llevarán a asumir la responsabilidad del cargo de teniente de navío. El valiente Hornblower está superando apenas la adolescencia y conserva todavía buenas dosis de ingenuidad, pero va a tener que dirigir ya sus primeras operaciones militares, en las que demostrará que es capaz de mantener la cabeza fría en los momentos decisivos. Su innato talento militar le permitirá triunfar allí donde otros marinos más experimentados fracasaron; su sagacidad en el juego de naipes le convertirá en un rival temible; su ingenio despierto le permitirá iniciar negociaciones con oficiales muy duros y curtidos en alta mar...

Lectulandia

C. S. Forester

El teniente de navío Hornblower

Hornblower - 02

ePub r1.0

Ronstad 20.06.14

Título original: *Lieutenant Hornblower*
C. S. Forester, 1952
Traducción: Aleida Lama Montes de Oca

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO 1



El teniente William Bush subió a bordo del *Renown*, que estaba amarrado en el puerto Hamoaze, y se presentó al oficial de guardia, un hombre alto, extremadamente delgado y de mejillas hundidas que tenía una expresión melancólica y llevaba un uniforme que parecía haber estado guardado una buena temporada y no haber sido arreglado a su medida después de todo ese tiempo.

—Me alegro de tenerle a bordo, señor —dijo el oficial de guardia—. Mi apellido es Hornblower. El capitán está en tierra y el primer oficial y el contramaestre se fueron a la proa hace diez minutos.

—Gracias —dijo Bush.

Entonces miró con atención a los hombres que estaban a su alrededor haciendo infinidad de tareas y preparando el barco para navegar durante un largo período en aguas lejanas.

—¡Eh, ustedes, los que mueven los motores! —gritó Hornblower mirando por encima del hombro de Bush—. ¡Cuidado con el estay! ¡Espacio! ¡Espacio! ¡Amarrar! ¡Señor Hobbs, vaya a ver lo que hacen sus hombres allí!

Entonces se oyó una voz responder en tono malhumorado:

—Sí, señor.

—¡Señor Hobbs, venga aquí inmediatamente!

Un hombre barrigón con una larga coleta gris corrió a la popa y se detuvo junto al portalón, donde se encontraban Hornblower y el señor Bush. Entonces miró a Hornblower; el sol iluminó la incipiente barba gris que cubría los pliegues de su papada y le hizo parpadear.

—Señor Hobbs, esa pólvora tiene que estar a bordo antes de que anochezca, y usted lo sabe —dijo Hornblower despacio, pero en un tono enfático que sorprendió a Bush—. No use ese tono malhumorado cuando responda a una orden. La próxima vez conteste en un tono más amable. ¿Cómo puede conseguir que sus hombres trabajen si está usted malhumorado? Váyase a la proa y ocúpese de que terminen el trabajo.

Hornblower dijo esto con el cuerpo y la barbilla un poco echados hacia delante y con las manos cogidas tras la espalda, como si tratara de hacer contrapeso a la barbilla, y su postura se podía considerar natural en comparación con el tono furioso que había usado, aunque había hablado en voz tan baja que sólo ellos tres pudieron oír lo que decía.

—Sí, señor —dijo Hobbs y se volvió para regresar a la proa.

Bush estaba pensando que Hornblower era un hombre feroz cuando su mirada se cruzó con la melancólica mirada de él y, con asombro, advirtió un brillo de alegría en

el fondo de sus ojos. Entonces comprendió que el joven teniente no era feroz y que había fingido que hablaba furioso del mismo modo que si estuviera ejercitándose en el uso de una lengua extranjera.

—Si los tripulantes están malhumorados, no se puede lograr que hagan nada —dijo Hornblower—. Y Hobbs es el peor de todos. Ocupa el cargo de condestable temporalmente, pero no es un buen profesional y es perezoso.

—Comprendo —dijo Bush.

Bush desconfió del joven teniente al percibir sus dotes de actor, pues pensó que un hombre que podía fingir que estaba furioso y mostrarse después tranquilo con tanta facilidad no era de fiar. Pero, como una inevitable reacción al brillo que había en los negros ojos de Hornblower, apareció en los azules ojos de Bush un brillo similar, y el teniente sintió simpatía hacia Hornblower; sin embargo, como era cauteloso por naturaleza, ocultó enseguida este sentimiento, y pensó que tendría mucho tiempo para juzgarle con más detenimiento porque ambos debían hacer un largo viaje juntos. Notó que Hornblower escrutaba su rostro y comprendió que quería hacerle una pregunta que inmediatamente adivinó. Un momento después comprobó que tenía razón:

—¿Cuándo le nombraron teniente? —preguntó Hornblower.

—En julio de 1796 —respondió Bush.

—Gracias —dijo Hornblower en un tono que denotaba sentimientos tan ambiguos que Bush tuvo que hacerle la misma pregunta.

—¿Y a usted cuándo le nombraron teniente?

—En agosto de 1797 —respondió Hornblower—. Usted tiene más antigüedad que yo y que Smith, que fue nombrado teniente en enero de 1797.

—Entonces, es usted el teniente de menos antigüedad, ¿verdad?

—Sí —contestó Hornblower.

Por su tono, no parecía que estuviera decepcionado porque el recién llegado fuese un teniente de más antigüedad que él, pero Bush suponía que lo estaba. Bush sabía por experiencia lo que era ser el teniente de menos antigüedad en un navío de línea.

—Usted será el tercero de a bordo —continuó Hornblower—. Smith será el cuarto y yo el quinto.

—¿Yo seré el tercero? —preguntó Bush muy bajo, como si hablara consigo mismo.

Todos los tenientes podían soñar, incluso los tenientes que, como Bush, no tenían imaginación. Al menos en teoría, siempre tenían la posibilidad de conseguir el ascenso, de pasar del estado de larva, que era el grado de teniente, al de mariposa, que era el grado de capitán, en ocasiones sin pasar por la fase de crisálida. Se daban ascensos a los tenientes de vez en cuando, pues la mayoría de ellos tenían amigos en la corte o en el Parlamento o, por pura suerte, caían en gracia a un almirante y estaban

bajo sus órdenes en el momento en que había una vacante en el escalafón, y los capitanes que había en la Armada en esos momentos habían sido ascendidos por alguna de estas causas. No obstante, unas veces los tenientes obtenían el ascenso por sus méritos (o al menos por la combinación de méritos y buena suerte) y otras simplemente por casualidad. Cuando la tripulación de un barco se destacaba por participar en una batalla histórica, era probable que el primer oficial fuera ascendido (curiosamente, ese ascenso se consideraba un premio a su capitán), y cuando un capitán moría combatiendo, aunque la batalla no fuera muy importante, era probable que el teniente de más antigüedad que sobreviviese, el que ocupaba su puesto, también fuera ascendido. Además, una importante operación llevada a cabo con las lanchas o una arriesgada incursión en tierra podrían tener como consecuencia que el teniente de más antigüedad a su mando subiera de categoría. En realidad, había muy pocas probabilidades de conseguir un ascenso, pero, al menos, había posibilidades.

El primer oficial de un barco, el teniente de más antigüedad, tenía muchas más posibilidades de conseguirlo que los demás, y el de menos antigüedad, tenía la mitad que él. Por esa razón, cuando un teniente soñaba con tener el grado de capitán, con la categoría, la seguridad y la cantidad de dinero que llevaba aparejadas, también debía pensar en la antigüedad que tenía. Si el *Renown*, en su actual misión, iba a algún lugar adonde ningún almirante pudiera mandar a bordo a los tenientes que gozaban de su favor, sólo dos personas se interpondrían entre Bush y el cargo de primer oficial, donde tendría más posibilidades de ser ascendido. Naturalmente, Bush reflexionó sobre eso y, naturalmente, no pensó que entre el hombre con quien hablaba y aquel cargo se interpusieran cuatro personas.

—Da igual, porque iremos a las Antillas —dijo Hornblower con resignación—. Nos esperan la fiebre amarilla, el paludismo, los huracanes, las serpientes venenosas, el agua impotable y el calor tropical. Además, tendremos diez veces más posibilidades de entablar combates que si estuviéramos en la escuadra del canal de la Mancha.

—Así es —admitió Bush.

Ambos tenientes tenían, respectivamente, tres y cuatro años de antigüedad, y como eran muy jóvenes (y los jóvenes se consideran inmortales) no temían a los peligros que deberían arrostrar en esa misión en las Antillas.

—Ya viene el capitán, señor —informó el guardiamarina de guardia atropelladamente.

Hornblower se acercó el telescopio al ojo y luego lo dirigió hacia una lancha que se aproximaba.

—Es cierto —dijo—. Corra a la proa y dígaselo al señor Buckland. ¡Ayudantes del contramaestre! ¡Grumetes! ¡Rápido!

El capitán Sawyer entró por el portalón, saludó a los oficiales tocándose el

sombrero y miró a su alrededor con recelo. En el navío había mucho desorden, como el que siempre había cuando se preparaba para realizar una misión en el extranjero, pero eso no justificaba que Sawyer mirara de soslayo y con suspicacia a los que le rodeaban. Sawyer llegó al alcázar, volvió a un lado y a otro su ancha cara, en la que se destacaba su nariz aguileña, y advirtió la presencia de Bush, quien avanzó y se presentó a él.

—Subió usted a bordo durante mi ausencia, ¿verdad? —preguntó Sawyer.

—Sí, señor —respondió Bush, sorprendido.

—¿Quién le dijo que yo estaba en tierra?

—Nadie, señor.

—Entonces, ¿cómo lo adivinó?

—No lo adiviné, señor. No supe que usted estaba en tierra hasta que el señor Hornblower me lo dijo.

—¿El señor Hornblower? Así que ya se conocían ustedes, ¿eh?

—No, señor. Me presenté a él cuando subí a bordo.

—Para poder hablar en privado con él sin que yo me enterara, ¿verdad?

—No, señor.

Bush se tragó las palabras «por supuesto que no», que estaba a punto de añadir. Fue educado según una estricta disciplina y aprendió a no decir palabras innecesarias cuando hablaba con un superior extremadamente susceptible, como era de esperar que fueran los oficiales de alto rango. Sin embargo, le parecía que había menos razones que justificaban su susceptibilidad que las que normalmente justificaban la de otros.

—Quiero que sepa que no tolero que nadie conspire contra mí, señor... Bush —dijo el capitán.

—Sí, señor —dijo Bush.

Miró al capitán con una expresión cándida, pero haciendo lo posible porque el asombro no se reflejara en su rostro, y como era un mal actor, seguramente esa lucha se notaba.

—En su rostro se refleja su culpa, señor Bush —dijo el capitán—. No olvidaré esto.

Entonces el capitán se fue abajo y Bush abandonó la posición de atención y, con una expresión de asombro, se volvió hacia Hornblower. Quería hacerle muchas preguntas sobre aquel extraño comportamiento, pero cuando vio que Hornblower estaba impasible, evitó que las preguntas salieran de sus labios. Estaba desconcertado y un poco molesto, y pensó que Hornblower era uno de los oficiales que adulaban al capitán o estaba loco también, pero en ese momento, por el rabillo del ojo, pudo ver que la cabeza del capitán asomaba por encima de la cubierta. Seguramente Sawyer había vuelto a subir la escala al llegar al final con el único propósito de sorprender a

sus oficiales cuando estuvieran hablando de él. Era obvio que Hornblower conocía las costumbres del capitán mejor que Bush. Entonces Bush trató de hablar con naturalidad.

—¿Puede proporcionarme un par de marineros para llevar mi baúl abajo? —inquirió, confiando en que su tono no parecería tan afectado a los demás como se lo parecía a él.

—¡Por supuesto, señor Bush! —contestó Hornblower en tono formal—. Por favor, señor James, ocúpese de eso.

—¡Ja! —exclamó el capitán y volvió a bajar la escala de toldilla.

Hornblower miró a Bush y enarcó una ceja, y eso fue lo único que hizo para indicar que el comportamiento del capitán era inusual. Mientras Bush bajaba a su cabina siguiendo de cerca a su baúl, se dio cuenta de que en aquel navío nadie se atrevía a dar su opinión. Pero los marineros estaban terminando de preparar el *Renown* para que se hiciera a la mar, en medio de una gran actividad y una gran confusión, y Bush estaba a bordo del navío y era uno de sus oficiales, así que no tenía más remedio que conformarse con su suerte. Tendría que participar en aquella misión hasta el final, a menos que alguna de las cosas que Hornblower había mencionado al principio de su conversación se lo impidiera.

CAPÍTULO 2



El *Renown*, navío de la Armada real, impulsado por el viento del oeste, navegaba con las gavias arrizadas en dirección sur, en dirección a las latitudes donde podría tomar los vientos alisios del noreste, que lo ayudarían a llegar con rapidez a su lugar de destino en las Antillas. El fuerte viento susurraba entre los aparejos de barlovento y producía un ruido horrible alrededor de las orejas de Bush, quien, de pie en el lado de estribor de barlovento del alcázar, se balanceaba al compás del vaivén del navío, provocado por el embate de las olas que el viento lanzaba continuamente contra él. Las olas llegaban por la amura de estribor, la proa se elevaba y el bauprés apuntaba al cielo, pero antes de que el navío terminara de subir, comenzaba a balancearse, y después seguía ascendiendo lentamente y el bauprés continuaba elevándose. Luego la proa comenzaba a bajar, y el navío, rodeado de espuma y balanceándose todavía, descendía por el otro lado de las olas. Regresaba despacio a la posición horizontal, mientras el bauprés bajaba describiendo un arco otra vez, y luego se inclinaba un poco en dirección contraria a la del viento debido al movimiento del agua bajo su quilla. Cuando la ola terminaba de pasar por debajo de la quilla, la popa subía, la proa se sumergía un poco más y el navío terminaba de hacer el movimiento en espiral con la majestuosidad propia de un barco en cuya cubierta había piezas de artillería con un peso de quinientas toneladas. Cabeceo, balanceo, elevación, balanceo... Los movimientos eran suaves, majestuosos y rítmicos, y Bush, que mantenía el equilibrio gracias a que llevaba diez años navegando, sería casi feliz si el aumento de la intensidad del viento no hubiera hecho necesario tomar otro rizo^[1], pues, según las reglas establecidas en el navío, eso debía ser comunicado al capitán.

No obstante, Bush todavía disponía de los pocos minutos del período de gracia, durante los cuales podría quedarse en la cubierta balanceándose y reflexionando, aunque no sentía la necesidad de reflexionar y se habría reído si alguien le sugiriese que lo hiciera. Los últimos días los había pasado en medio de un torbellino, pues en el momento en que recibió las nuevas órdenes se despidió de su madre y de sus tres hermanas (había pasado con ellas tres semanas desde que la tripulación del *Conqueror* fue licenciada) y había ido corriendo a tomar la silla de posta para Plymouth mientras, para asegurarse de que podía pagar el pasaje, contaba el dinero que le quedaba en los bolsillos. Cuando llegó al *Renown*, había una gran confusión en el navío, ya que estaban terminando de proveerlo de lo necesario para navegar hasta las Antillas, y durante las treinta y seis horas que el navío tardó en zarpar, Bush tuvo muy poco tiempo para sentarse y mucho menos para dormir. La primera vez que

durmió toda la noche fue cuando el *Renown* cruzaba la bahía. Pero casi desde el momento en que había subido a bordo del *Renown* le molestaron los impresionantes cambios de comportamiento del capitán, que unas veces era muy receloso y otras excesivamente confiado. A Bush no le afectaba la atmósfera de un lugar, pues era un hombre firme en sus convicciones y estaba preparado para hacer su trabajo en todas las circunstancias en que pudiera encontrarse en la mar, por muy difíciles que fueran, pero no podía evitar pensar en la tensión y el miedo que sentían todos en el *Renown*. Se daba cuenta de que estaba insatisfecho y preocupado, pero no sabía que su tensión y su miedo se manifestaban de esa forma. Después de pasar tres días navegando, apenas conocía a sus compañeros. Le parecía que Buckland, el primer oficial, era un oficial competente y cumplidor; que Roberts, el segundo oficial, era amable y tolerante; que Hornblower era un hombre activo e inteligente, y que Smith era débil; sin embargo, todas esas opiniones eran simplemente deducciones. Todos los hombres que ocupaban la cámara de oficiales (los tenientes, el oficial de derrota, el cirujano y el contador) eran reservados y no parecían inclinados a comunicar a otros lo que pensaban y sentían. Que los oficiales tuvieran esa actitud era lo apropiado, aunque dentro de ciertos límites (el propio Bush no era hablador ni frívolo), pero el tiempo que permanecían en silencio podía considerarse excesivo si en las conversaciones se limitaban a decir media docena de palabras, que, además, hacían referencia a cuestiones profesionales. Si los demás oficiales hubieran comunicado a Bush los resultados obtenidos gracias a su experiencia y a la atenta observación del navío y su tripulación durante el año que llevaban a bordo, el teniente habría llegado a conocerlos rápidamente en buena medida, pero, aparte de la indicación que Hornblower le había hecho cuando subió a bordo, nadie dijo nada; y si Bush fuese un hombre inclinado a fantasear, se habría imaginado que era un fantasma que formaba parte de un grupo de fantasmas que navegaba por un mar infinito, en dirección a un lugar desconocido, y que estaban separados del mundo exterior y unos de otros. Bush pensó que la reserva de los oficiales se debía a los cambios de comportamiento del capitán y entonces se dio cuenta de que el viento seguía aumentando de intensidad y que era necesario tomar otro rizo. Prestó atención al movimiento de la cubierta bajo sus pies y al murmullo de la jarcia, y, muy disgustado, movió la cabeza de un lado a otro. No había elección.

—Señor Wellard, vaya a decir al capitán que me parece que es necesario tomar otro rizo —ordenó a un guardiamarina que estaba junto a él.

—Sí, señor.

Pocos segundos después Wellard regresó a la cubierta y dijo:

—Ahora viene el capitán, señor.

—Muy bien —respondió Bush.

Mientras decía esas palabras sin importancia, no había mirado a Wellard a la cara

porque no quería saber qué expresión tenía ni que él notara la impresión que le había causado la noticia. Poco después se acercó el capitán, dirigiendo su nariz ganchuda a un lado y a otro, como solía hacer, mientras el viento enmarañaba su largo pelo.

—Quiere tomar otro rizo, ¿verdad, señor Bush?

—Sí, señor —respondió Bush y se quedó esperando a que hiciera uno de sus habituales comentarios sarcásticos.

Pero comprendió con asombro que el capitán no tenían intención de hacer ninguno y que estaba casi alegre.

—Muy bien, señor Bush. Llame a todos los marineros. Se oyeron los pitidos por toda la cubierta.

—¡Todos los marineros! ¡Todos los marineros! ¡Todos los marineros a arrizar las gavias! ¡Todos los marineros!

Al oír el grito «¡Todos los marineros!», éstos acudieron a la cubierta y los oficiales salieron rápidamente de las cabinas, la cámara de oficiales y la camareta de guardiamarinas con la lista de los hombres de su brigada en el bolsillo para comprobar si todos los miembros de la tripulación, que acababa de ser reorganizada, estaban en sus puestos. El capitán dio las órdenes tratando que su voz fuera más alta que el rumor del viento. Los marineros movieron los motores para halar los rizos y las drizas. El navío cabeceaba y se balanceaba con tanta violencia en las aguas grises bajo el cielo gris que cualquiera que no fuera marinero pensaría que ningún hombre podía mantener el equilibrio en la cubierta, y mucho menos subir a lo alto de la jarcia. Cuando la maniobra estaba medio hecha, las órdenes del capitán fueron interrumpidas por la aguda y temblorosa voz de un joven.

—¡Dejen de halar! ¡Dejen de halar!

Por el tono enfático en que el joven había hablado, los marineros comprendieron que era urgente cumplir la orden y dejaron de halar. Entonces, desde la toldilla, el capitán gritó:

—¿Quién ha contradicho mis órdenes?

—Yo, señor. Wellard.

El joven guardiamarina se había vuelto hacia la popa y había gritado para que pudieran oírle a pesar del murmullo del viento, y Bush vio que el capitán empezaba a acercarse al pasamanos de la toldilla, temblando de rabia y con su gran nariz dirigida hacia delante como si tratara de encontrar una víctima con ella.

—Lamentará esto, señor Wellard. Lo lamentará de veras.

En ese momento apareció Hornblower junto a Wellard. Aún estaba tan pálido y mareado como cuando el *Renown* zarpó de Plymouth.

—El extremo de un rizo del lado de barlovento se ha enganchado en la roldana del motón, señor —gritó.

Bush cambió de posición y pudo ver que era cierto, y comprendió que si los

marineros hubieran seguido moviendo el motón, la vela podría haberse roto.

—¿Por qué ha venido a interponerse entre un hombre que me ha desobedecido y yo? —preguntó a gritos el capitán—. Es inútil que trate de protegerle.

—Éste es mi puesto, señor —replicó Hornblower—. El señor Wellard cumplió con su deber.

—¡Esto es una conspiración! —exclamó el capitán—. ¡Ustedes dos están conchabados!

Ante semejante afirmación, lo único que Hornblower podía hacer era quedarse inmóvil y con su pálido rostro vuelto hacia el capitán.

—¡Váyase abajo, señor Wellard! —gritó el capitán cuando se dio cuenta de que no iba a obtener ninguna respuesta—. ¡Y usted también, señor Hornblower! Me ocuparé de este asunto dentro de unos minutos, ¿me han oído? ¡Váyanse abajo! Voy a enseñarles lo que es conspirar.

Era una orden muy precisa, y había que obedecerla. Hornblower y Wellard avanzaron despacio hacia la popa. Era obvio que Hornblower se esforzaba por no mirar al guardiamarina para evitar que el capitán volviera a acusarle de conspirador. Ambos bajaron bajo la atenta mirada del capitán, y cuando se perdieron de vista, el capitán volvió a subir su gran nariz.

—Mande a un marinero a desenganchar el rizo de la roldana —ordenó en un tono de voz casi normal, tan bajo como lo permitía el viento—. ¡Halar!

Ya las gavias tenían el segundo rizo, y los marineros empezaron a bajar de las vergas. El capitán permaneció junto al pasamanos de la toldilla y miró a su alrededor como podría hacerlo cualquier persona normal.

—El viento está rolando hacia la popa —dijo a Buckland—. ¡Atención, ahí arriba! ¡Que un marinero tense las burdas que van de los topes a los costados! ¡Atención, guardia de popa! ¡Marineros, cojan las brazas de barlovento! ¡Tiren de las brazas de la verga mayor! ¡Tiren todos juntos! ¡Giren la verga trinquete! ¡Giren la verga mayor! ¡Anudar hasta la última pulgada!

El capitán dio las órdenes con serenidad y sensatez, y ahora los marineros esperaban la orden de que el grupo al que correspondía descansar se fuera abajo.

—¡Ayudante del contramaestre! Salude de mi parte al señor Lomax y dígame que me gustaría hablar con él en la cubierta.

El señor Lomax era el contador. Era difícil encontrar una razón que justificara que el contador fuera llamado a la cubierta en ese momento, y los oficiales que estaban en el alcázar a duras penas lograron evitar mirarse unos a otros.

—Me mandó llamar, ¿verdad, señor? —preguntó el contador al llegar al alcázar jadeando.

—Sí, señor Lomax. Los marineros han halado las brazas de la verga mayor.

—Sí, señor.

—Ahora brindaremos por eso.

—¿Señor?

—Ya me ha oído. Brindaremos por eso. Dé un trago de ron a todos los marineros. Y también a todos los grumetes.

—¿Señor?

—Ya me ha oído. He dicho que dé un trago de ron a todos. ¿Tengo que repetir las órdenes? Dé un trago de ron a todos. Le concedo sólo cinco minutos de plazo, ni un segundo más, señor Lomax.

El capitán sacó su reloj y le lanzó una significativa mirada.

—Sí, señor —dijo Lomax y no pudo añadir nada más.

No obstante eso, se quedó allí de pie mirando alternativamente al capitán y a los oficiales uno o dos segundos, hasta que el capitán juntó sus espesas cejas y aproximó más a él su gran nariz. Entonces se fue corriendo, pues tenía que cumplir la increíble orden y cinco minutos no le alcanzarían para reunir a sus ayudantes, abrir el pañol donde se guardaba el ron y sacarlo de allí. No más de media docena de personas oyeron la conversación del capitán y el contador, pero todos les vieron hablando y se miraban con asombro unos a otros, algunos de ellos con una sonrisa que a Bush le hubiera gustado hacer desaparecer.

—¡Ayudante del contramaestre! Corra a decirle al señor Lomax que ya han pasado dos minutos. Señor Buckland, ordene a los marineros reunirse aquí en la popa, por favor.

Los marineros atravesaron el combés como un enjambre, y a Bush, tal vez porque su imaginación estaba sobreexcitada, le pareció que tenían una actitud displicente y despreocupada. El capitán se acercó al pasamanos del alcázar con un gesto sonriente que contrastaba con el gesto de enfado que tenía un momento antes.

—Sé dónde puedo encontrar lealtad, marineros —gritó—. La he visto. La veo ahora. La veo en sus corazones. También he visto sus constantes esfuerzos. Los he visto como veo todo lo que pasa en este barco, absolutamente todo. Los traidores recibirán su merecido y los leales su recompensa. Den un viva ahora, marineros.

Los hombres dieron un viva, algunos con mucho entusiasmo y otros sin él. En ese momento apareció el señor Lomax en la escotilla principal y luego aparecieron cuatro hombres con un barrilete de dos galones cada uno.

—¡Justo a tiempo, señor Lomax! Se habría encontrado en una difícil situación si hubiera llegado tarde. Asegúrese de que el reparto es equitativo, no como el que hacen en algunos barcos. ¡Señor Booth, venga aquí!

El corpulento contramaestre fue hasta allí rápidamente, tambaleándose sobre sus cortas piernas.

—Ha traído su bastón de caña de Indias, ¿verdad?

—Sí, señor.

Booth le mostró su largo bastón con empuñadura de plata, que tenía un abultado nudo cada dos pulgadas. Los tripulantes más lentos conocían bien el bastón, aunque no eran los únicos, pues cuando el señor Booth estaba furioso pegaba con él a todos los que estuvieran a su alcance.

—Escoja a los dos hombres más fuertes de su brigada. Hay que hacer justicia.

Ahora el capitán no tenía una expresión alegre ni adusta. Sus gruesos labios se habían curvado formando una sonrisa, pero esa sonrisa parecía forzada, ya que sus ojos no tenían una expresión nada alegre.

—Sígueme —dijo el capitán a Booth y a sus ayudantes.

Volvió a dejar a Bush encargado de las tareas que se realizaban en cubierta, y Bush vio con pena cómo aquel capricho alteraba la rutina del navío y relajaba la disciplina.

Cuando se terminó de repartir el ron y los tripulantes se lo bebieron, Bush mandó abajo al grupo al que correspondía descansar y mandó a los marineros de guardia a volver a su trabajo, tratando de contrarrestar la indiferencia de unos y el malhumor de otros con duras palabras. Ahora no le parecía agradable permanecer de pie en la oscilante cubierta ni observar el movimiento en espiral del navío, las rápidas olas del Atlántico, la posición de las velas y las vueltas que daba el timón. Todavía no se había dado cuenta de que ya no volverían a producirle placer las cosas de la vida cotidiana, pero sabía que algo había desaparecido de su vida.

Poco después vio a Booth y a sus ayudantes regresar a la proa y a Wellard llegar al alcázar.

—Listo para incorporarme al trabajo, señor —dijo Wellard.

El joven estaba pálido y tenía los músculos de la cara tensos, y Bush, después de mirarle atentamente unos momentos, notó que las lágrimas asomaban a sus ojos. También tenía el cuerpo tenso y caminaba como si no tuviera flexibilidad. Era posible que la causa de que mantuviera los hombros erguidos y la cabeza alta fuera el orgullo, pero la causa de que no moviera las piernas a la altura de las caderas era otra.

—Muy bien, señor Wellard —dijo Bush.

Recordó los nudos del bastón de Booth. Había visto cometer injusticias con frecuencia y pegar sin motivo no sólo a niños sino también a adultos, y cuando lo veía asentía con la cabeza pensando que, en un mundo injusto, ver injusticias formaba parte de la educación de todos. Los adultos se miraban sonrientes cuando alguno de ellos pegaba a los niños porque pensaban que eso hacía bien a todos. Habían pegado a los niños desde el comienzo de la historia y creían que ocurriría una catástrofe en el mundo si algún día dejaban de hacerlo. Aunque Bush pensaba que eso era cierto, tenía lástima de Wellard. Afortunadamente, había que hacer un trabajo apropiado para alguien que se encontraba en las condiciones y el estado de ánimo de Wellard.

—Hay que comprobar la sincronización de uno de esos relojes con el otro, señor

Wellard —dijo Bush, señalando la bitácora con la cabeza—. En cuanto suenen las siete campanadas, compruebe la precisión del reloj de media hora con el de un minuto.

—Sí, señor.

—Marque cada minuto en la tablilla, pues, si no, perderá la cuenta —añadió Bush.

—Sí, señor.

Wellard no tendría que hacer ningún esfuerzo físico y olvidaría sus problemas observando el reloj de un minuto para darle vuelta rápidamente y hacer una marca en la tablilla cuando la arena terminara de caer. Bush no estaba seguro de que el reloj de arena de media hora fuese exacto, y creía que era conveniente comprobar su precisión con el otro. Wellard avanzó hacia la bitácora con el cuerpo rígido y se preparó para hacer la comprobación.

El capitán regresó dirigiendo su gran nariz a un lado y a otro. Su estado de ánimo había vuelto a cambiar; su excitación se había evaporado y ahora parecía un hombre que había comido bien. Entonces Bush, cumpliendo las normas, se alejó del pasamanos de barlovento, y el capitán empezó a caminar de un extremo al otro del lado de barlovento del alcázar, con pasos lentos pero seguros, pues desde hacía mucho tiempo estaba acostumbrado al cabeceo y el balanceo de los barcos. Wellard le lanzó una mirada y luego dedicó toda su atención a los relojes de arena. Hacía unos instantes que habían sonado las siete campanadas y que él había dado vuelta al reloj de arena de media hora. El capitán caminó de un extremo a otro del alcázar unos momentos y entonces se detuvo y, mientras el viento azotaba sus mejillas, miró hacia barlovento tratando de averiguar qué tiempo iba a hacer, observó el cataviento y luego alzó la vista hacia las gavias para asegurarse de que las vergas estaban colocadas correctamente; después avanzó hasta la bitácora para ver qué rumbo seguía el timonel. Tenía un comportamiento normal, pues hacía lo que el capitán de cualquier barco hubiera hecho al subir a la cubierta. Wellard se dio cuenta de que tenía muy cerca al capitán e intentó que no se le notara que estaba inquieto. En ese momento dio vuelta al reloj de un minuto e hizo otra marca en la tablilla.

—Así que está trabajando, señor Wellard —dijo el capitán.

Habló en voz baja y poco clara, y en un tono áspero que contrastaba con el tono enfático que había usado antes. Wellard no apartó la vista de los relojes y vaciló antes de contestar. Bush supuso que estaba pensando qué podía responder que fuera correcto y no le causara problemas.

—Sí, señor.

En la Armada, nadie cometía un error al decir eso a un superior.

—Sí, señor —repitió el capitán—. ¿El señor Wellard ha aprendido ya que no se debe conspirar contra el capitán, contra un superior a quien le ha sido otorgada la

autoridad según una ley aprobada por su graciosa majestad, el rey Jorge II?

Aquella pregunta no era fácil de responder. Tanto un «sí» como un «no» tendrían malas consecuencias. Los últimos granos de arena salían de la ampolleta, y Wellard estaba esperando a que terminaran de caer.

—El señor Wellard está enfadado —dijo el capitán O tal vez esté pensando en lo que ha hecho, sí, en lo que ha hecho: «Nos sentamos junto al río que bordea Babilonia y lloramos...». Pero el señor Wellard no llora porque es demasiado orgulloso, y tampoco se sienta. El señor Wellard procurará no sentarse. La parte deshonesto de su cuerpo ha recibido el castigo por su deshonestidad. A los adultos que cometen actos deshonestos se les azota en la espalda, pero a los niños, sobre todo a los niños malos y repelentes, se les trata de forma diferente, ¿verdad, señor Wellard?

—Sí, señor —murmuró Wellard.

No podía decir otra cosa, y era necesario responder.

—El bastón del señor Booth era adecuado para la ocasión y prestó un buen servicio. Cuando los transgresores están doblados encima de un cañón reflexionan sobre sus faltas.

Wellard dio vuelta al reloj otra vez; el capitán, aparentemente satisfecho, recorrió el alcázar un par de veces, y Bush sintió un gran alivio. Pero después, en mitad del recorrido, el capitán se detuvo justo al lado de Wellard y continuó hablando. Ahora alzaba mucho más la voz.

—¿Verdad que ha conspirado contra mí? —preguntó—. ¿Verdad que quería ponerme en ridículo delante de los marineros?

—No, señor —respondió Wellard, alarmado—. No, señor, le aseguro que no.

—Usted y ese novato, el *señor* Hornblower, tramaron realizar esta acción para socavar mi autoridad.

—No, señor.

—En este barco, los únicos que me son leales son los marineros. Los demás hombres conspiran contra mí. Y usted, astutamente, trató de acabar con la influencia que tengo sobre los marineros poniéndome en ridículo delante de ellos. ¡Confíeselo!

—No, señor.

—¿Por qué lo niega? Es evidente. Es lógico. ¿Quién fue el que planeó enganchar el extremo del rizo en la roldana del motón?

—Nadie, señor.

—¿Quién fue el que contradijo mis órdenes? ¿Quién fue el que intentó humillarme delante de todos los marineros aprovechando que se habían reunido en la cubierta? Era un plan muy bien preparado, sin duda. Muchas cosas lo prueban.

El capitán tenía las manos tras la espalda y se movía de un lado a otro al ritmo del balanceo de la cubierta. El viento agitaba los faldones de su chaqueta y movía sus

cabellos hacia delante de modo que las mejillas quedaban ocultas por ellos. Bush notó que estaba temblando otra vez, posiblemente de rabia o de miedo. Wellard volvió a dar vuelta al reloj de un minuto y a hacer una marca en la tablilla.

—Esconde la cara porque su culpa se refleja en ella, ¿no es cierto? —gritó el capitán—. Simula que está ocupado porque quiere engañarme. ¡Hipócrita!

—Mandé al señor Wellard a comprobar la precisión de un reloj con el otro, señor —dijo Bush.

Había decidido intervenir en el asunto a pesar de no tener deseos de hacerlo, pues eso era menos doloroso que permanecer allí como un testigo mudo. El capitán le miró como si acabara de subir a la cubierta.

—¿Usted, señor Bush? Si cree que hay algo bueno en este joven, se engaña, a menos que...

Entonces, mirándole con temor, continuó:

—A menos que haya participado en esta infamia. Pero usted no ha tomado parte en ella, ¿verdad, señor Bush? Usted no. Tengo un gran concepto de usted, señor Bush.

Su gesto de temor se transformó en afectuoso.

—Sí, señor.

—Cuando todo el mundo estaba en contra de mí, el único en quien podía confiar era usted, señor Bush —dijo el capitán, frunciendo las cejas y lanzando miradas a su alrededor—. Se alegrará usted cuando este joven, que es la personificación del mal, reciba su merecido. Le sacaremos la verdad.

Bush pensó que si fuera un hombre que reaccionara rápido y tuviera facilidad de palabra, habría aprovechado la actitud que el capitán tenía ahora para librar a Wellard del peligro. Entonces se le ocurrió que si representaba el papel de fiel compañero del capitán y, al mismo tiempo, le convencía de que la idea de que conspiraban contra él era absurda, lograría ahuyentar sus temores. Creía que debía hacerlo, pero no confiaba en sí mismo.

—Él no sabe nada, señor —dijo y sonrió forzadamente—. No distingue el barbiquejo de bauprés de la botavara.

—¿Eso es lo que piensa? —preguntó el capitán, desconcertado, oscilando sobre sus talones debido al balanceo del barco.

Parecía convencido, pero de repente se le ocurrieron nuevos argumentos.

—No, señor Bush. Es usted demasiado bueno. Lo supe desde que le vi por primera vez. Ignora usted cuánta maldad hay en el mundo. Este salvaje le ha engañado. ¡Le ha engañado!

El capitán había vuelto a alzar la voz tremendamente. Wellard palideció de miedo y volvió la cabeza hacia Bush.

—Señor, la verdad es que... —empezó a decir Bush, todavía sonriendo

forzadamente.

—¡No, no, no! —gritó el capitán—. ¡Hay que hacer justicia! ¡Hay que averiguar la verdad! ¡Yo le sacaré la verdad! ¡Suboficial, corra a decirle al señor Booth que venga y que traiga a sus ayudantes!

El capitán dio la vuelta y empezó a caminar por el alcázar como si hubiera encontrado una válvula por donde pudiera eliminar su tensión, pero se volvió inmediatamente.

—¡Él dirá la verdad o tendrá que saltar por la borda! ¡Ya me ha oído! ¿Dónde está el contramaestre?

—El señor Wellard no ha terminado de comprobar la precisión de un reloj con el otro, señor.

—Ni va a terminar —dijo el capitán.

El contramaestre llegó corriendo y tambaleándose sobre sus cortas piernas, y los ayudantes le seguían, avanzando a grandes pasos.

—¡Señor Booth, llévese a este bellaco! —ordenó el capitán. Su estado de ánimo había cambiado otra vez y en su rostro reapareció la triste sonrisa—. Para obrar con justicia, es preciso aplicarle un castigo mayor: una docena de azotes dados con su bastón en el lugar adecuado. Una docena de azotes más y arrullará como una paloma.

—Sí, señor —dijo el contramaestre, pero vaciló.

Aquel conjunto, rodeado por el cielo gris y las aguas grises y turbulentas que se extendían hasta el horizonte, parecía una pintura. Allí estaba el capitán, con los faldones de la chaqueta agitados por el viento; el contra maestre miraba inquisitivamente a Bush; los dos robustos ayudantes del contramaestre estaban inmóviles como estatuas detrás de él: el timonel, que aparentemente no había perdido la calma por lo que ocurría a su alrededor, seguía moviendo el timón y mirando de vez en cuando hacia las gavias; y el infeliz muchacho permanecía junto a la bitácora.

—Llévele a la cubierta superior, señor Booth —ordenó el capitán.

El castigo era inevitable. Tras las palabras del capitán, estaban la autoridad del Parlamento y el peso de siglos de tradición. Nadie podía hacer nada por evitarlo. Wellard estaba agarrado a la bitácora, como si intentara asegurarse de que tendrían que apartarle de allí a la fuerza, pero al fin puso los brazos a los lados del cuerpo y siguió al contramaestre mientras el capitán le miraba sonriente.

Fue una oportuna distracción para Bush que el suboficial encargado de observar los instrumentos de navegación y los relojes le informara:

—Faltan diez minutos para las ocho campanadas, señor.

—Muy bien. Ordene al grupo al que corresponde descansar que se vaya abajo.

En ese momento Hornblower apareció en el alcázar y avanzó hacia Bush.

—No es usted quien tiene que relevarme —dijo Bush.

—Sí. Me lo ha ordenado el capitán.

Hornblower habló en un tono inexpresivo; Bush ya estaba acostumbrado a la actitud reservada de los oficiales del navío y sabía por qué la tenían, pero sintió curiosidad y preguntó:

—¿Por qué?

—Tendré que hacer guardia cuatro horas cada cuatro horas hasta nueva orden —respondió Hornblower secamente. Lo dijo mirando al horizonte y con una expresión que no denotaba ningún sentimiento.

—Mala suerte —dijo Bush.

Inmediatamente pensó que tal vez había sido un atrevimiento mostrar su compasión, pero notó que no había nadie lo bastante cerca para haberle oído.

—No podré tomar ron del barril de la cámara de oficiales hasta nueva orden —añadió Hornblower—. Ni yo ni ningún otro oficial.

Para algunos oficiales eso era peor que hacer guardia cuatro horas cada cuatro horas, día y noche, pero Bush no conocía tan bien a Hornblower como para saber si era uno de ellos. Iba a decir «mala suerte» otra vez cuando pudo oírse un terrible grito de dolor entre el sonido sibilante del viento. Un momento después se oyó otro aún más fuerte. Hornblower seguía mirando hacia el horizonte y su expresión no había cambiado. Bush escrutó su rostro y luego decidió no prestar atención a los gritos.

—Mala suerte —dijo.

—Podía haber sido peor —dijo Hornblower.

CAPÍTULO 3



Era un domingo por la mañana. El *Renown* había tomado los vientos alisios del noreste y navegaba por el Atlántico a la mayor velocidad que podía alcanzar, con las alas de ambos lados desplegadas. Los vientos alisios lo hacían cabecear y balancearse constantemente, y de vez en cuando la proa hacía subir una cortina de agua en la que se formaba un arco iris momentáneamente. Debido al cabeceo del navío, se oía un conjunto de sonidos agudos como una voz de tiple o de tenor en la jarcia, y graves como la voz de barítono o la de bajo en el casco, una sinfonía del mar. El cielo azul estaba salpicado de blanquísimas nubes, y en medio de ellas brillaba el sol, en cuyos rayos vivificantes se formaban facetas danzantes al ser reflejados por las aguas de color azul oscuro.

El navío era de una exquisita belleza, que se debía en parte a su proa redondeada y a sus filas de cañones, y su entorno tenía también muy buena pinta. Era un magnífico instrumento para combatir y el perfecto amante de las olas entre las que navegaba solitario y con majestad. Era un hecho revelador que estuviera solo. Las flotas de los países enemigos permanecían en los puertos, que estaban bloqueados por numerosas escuadras deseosas de luchar con ellas, y los hombres que iban a bordo del *Renown* podían navegar con la seguridad de que no tenían nada que temer. Ninguno de los barcos enemigos que violaran el bloqueo sería un peligro, porque ninguno era tan potente como el *Renown*, y no había en la mar ninguna flota enemiga que pudiera atacarlo. Esos hombres podían burlar cuando quisieran a sus enemigos, llegar a sus costas y atacarlas con sus potentes cañones, pues sus enemigos no podían hacer nada porque sus flotas permanecían en los puertos a causa del bloqueo. Probablemente el *Renown* atravesaba el océano en dirección a un lugar donde emprenderían uno de esos ataques, según las órdenes de la Junta del Almirantazgo.

En la cubierta superior estaban formados en brigadas todos los tripulantes, los hombres que se ocupaban de las interminables tareas de hacer que aquella construcción fuera siempre muy eficiente y de reparar los constantes daños que le infligían el mar, los elementos y el paso del tiempo. Las cubiertas blancas como la nieve, la brillante pintura y la perfecta colocación de los cabos y los palos eran pruebas de su diligencia. Cuando llegara el momento de demostrar que el *Renown* era el soberano de los mares, serían los tripulantes quienes dispararían los cañones (el *Renown* era un magnífico instrumento para combatir, pero lo era gracias a los frágiles seres humanos que lo manejaban); pero los tripulantes, lo mismo que el propio *Renown*, eran simples ruedas dentadas del engranaje que constituía la Armada real, y la mayoría de ellos, atrapados entre la rutina regida por el tiempo y la disciplina de la

Armada, estaban contentos de ser simples ruedas dentadas, de limpiar las cubiertas, ajustar los aparejos, apuntar los cañones y abordar con hachas un barco enemigo sin preocuparse de si el navío navegaba en dirección norte o sur, o de si el barco que abordaban era francés, holandés o español. Todavía el capitán era el único que conocía la misión que la Junta del Almirantazgo había asignado a los hombres del *Renown* (probablemente después de consultar a los ministros). Corrió el rumor de que el destino del navío era las Antillas, pero sólo un hombre de los setecientos cuarenta que iban a bordo del *Renown* sabía a qué lugar del archipiélago se dirigían y qué debían hacer allí.

Ese domingo por la mañana habían formado en la cubierta todos los tripulantes que podían dejar su puesto, no sólo los que integraban los dos grupos que se turnaban para hacer guardia, sino también los que no hacían guardia, los llamados inactivos: los encargados de la bodega (quienes, por trabajar muy por debajo de la cubierta, literalmente pasaban semanas sin ver la luz de sol), el tonelero y sus ayudantes, el armero y sus ayudantes, el velero, el cocinero y los dispenseros. Todos estaban vestidos con su mejor ropa, y los oficiales, que estaban colocados al lado de sus respectivas brigadas, llevaban su sombrero de dos picos y su sable. Los únicos que no estaban en las brigadas que se encontraban en el combés en posición de atención, cuyas filas oscilaban debido al movimiento del navío, eran el oficial encargado de la guardia y su ayudante, los timoneles que llevaban el timón en ese momento y media docena de marineros que tenían que desempeñar la función de serviolas y ejecutar maniobras en caso de emergencia.

Era un domingo por la mañana, y todos, sin sombrero, escuchaban al capitán. Pero no se habían quitado el sombrero en señal de respeto al Sumo Hacedor, como hacían cuando se celebraba una ceremonia religiosa. Eso ocurría tres domingos al mes, pero no se registraba el navío para obligar a todos los marineros a que asistieran a la ceremonia, como se había hecho en esta ocasión (además, el Almirantazgo era ahora más tolerante y había decretado recientemente que los católicos, los judíos y los disidentes de la Iglesia anglicana fueran dispensados de la asistencia a las ceremonias religiosas). Ese domingo era el cuarto domingo del mes, el día en que el culto a Dios era sustituido por una ceremonia más sobria y solemne. También los tripulantes tenían que asistir a ella con camisa limpia y escucharla sin sombrero, pero no tenían que mantener la vista fija en el suelo. Ahora, mientras sujetaban su sombrero delante de ellos y el viento alborotaba su pelo, miraban al frente y escuchaban un conjunto de preceptos referidos a tantas maneras de obrar como los diez mandamientos, un código con leyes tan severas como las del Levítico, pues el cuarto domingo de cada mes el capitán tenía la obligación de leer el Código naval a la tripulación para que ninguno, ni siquiera un analfabeto, pudiera disculparse en ninguna ocasión diciendo que no lo conocía. Era posible que los capitanes muy

devotos consiguieran que quedara tiempo para que también se celebrara una breve ceremonia religiosa, pero tenían la obligación de leer todo el Código naval.

El capitán volvió una página y leyó:

—Artículo diecinueve: si una persona que pertenezca a la Armada se reúne o intenta reunirse con otras para promover un motín, él y todos los que estén implicados en ese asunto serán juzgados por un consejo de guerra, y si son declarados culpables, serán castigados con la muerte.

Bush, de pie junto a su brigada, escuchaba aquellas palabras que había oído montones de veces. Las había oído con tanta frecuencia que, por lo general, ya no les prestaba atención, y por eso apenas había oído algún fragmento de los dieciocho artículos anteriores. Pero prestó atención al artículo diecinueve, tal vez porque el capitán lo leía con énfasis. Además, levantó los ojos y vio en el alcázar iluminado por el sol a Hornblower, el oficial de guardia, que escuchaba atentamente también. Y la palabra «muerte» le llamó la atención. El sonido de esa palabra le había causado tanta impresión como el de una piedra al caer en un pozo, y eso era extraño, porque había sido incluida a discreción en los demás artículos que el capitán había leído (se daría muerte a quien huyera del peligro, se daría muerte a quien se durmiera cuando estuviera de servicio...).

El capitán siguió leyendo:

—Y si alguna persona incita a otras al amotinamiento, será castigada con la muerte... Y si un oficial, un marinero o un infante de marina faltan al respeto a su superior, serán castigados con la muerte...

Esas palabras tenían otro significado para Bush ahora, pues Hornblower le miraba fijamente. Bush sintió una extraña sensación en su interior. Miró al capitán, que estaba desarreglado y despeinado, y al recordar los hechos ocurridos pocos días antes, pensó que si había algún hombre incapacitado para servir en la Armada ése era el capitán, pero que se mantenía en ese cargo en que tenía ilimitado poder gracias al Código naval que estaba leyendo. Volvió a mirar a Hornblower, que seguía de pie junto al pasamanos del alcázar. Estaba convencido de que sabía lo que pensaba el joven teniente desgarbado y de cara angulosa, y le pareció extraño que sintiera simpatía por él, pues le había tratado muy poco tiempo.

El capitán llegó al artículo veintidós:

—Y si un oficial, un marinero, un infante de marina u otra persona que pertenezca a la Armada se atreve a replicar a cualquiera de sus superiores o desobedece una orden legal, serán castigados con la muerte.

Hasta ahora Bush no se había dado cuenta de que en el Código naval se insistía tanto en ese tema. Siempre observó la disciplina de buena gana y estuvo seguro de que podría soportar la injusticia y una forma inapropiada de mandar, y ahora se había dado cuenta de que había importantes razones por las que tenía que soportarlas. Y

como si quisiera apoyar su idea, el capitán leyó el último artículo del Código naval, el que podía llenar cualquier laguna.

—Todas las demás faltas no mencionadas en este código que sean cometidas por cualquier persona o personas pertenecientes a la Armada...

Bush recordaba aquel artículo, gracias al cual un oficial podía buscar la ruina a un subordinado que fuera lo bastante listo para no ser enjuiciado por incumplir cualquiera de los otros.

El capitán leyó en tono solemne las últimas palabras, apartó la vista de la página y miró a los oficiales uno a uno mientras su gran nariz se movía como un cañón intentando apuntar. En la cara, aún sin afeitarse, tenía un gesto triunfal. Aparentemente, la lectura del código había disipado sus temores, pues sacó el pecho, aumentando de altura como si se hubiera puesto de puntillas, para decir las palabras con que concluiría su alocución:

—Quiero que todos sepan que los oficiales, como cualquier otra persona, tienen que cumplir estos preceptos.

A Bush le costaba creer que había oído semejantes palabras. Era inconcebible que un capitán dijera eso delante de la tripulación; si algunas palabras incitaban a la indisciplina, eran ésas. El capitán se limitó a continuar la ceremonia según la rutina:

—Adelante, señor Buckland.

—Sí, señor —dijo Buckland, dando un paso al frente, también según la rutina—. ¡Pónganse el sombrero!

La ceremonia había terminado, y los oficiales y los marineros se pusieron el sombrero.

—¡Oficiales, manden a sus brigadas a romper filas! —añadió.

Los componentes de la banda del cuerpo de Infantería de marina estaban esperando ese momento. El sargento que dirigía la banda hizo una señal con la batuta y los tamborileros empezaron a tocar un redoble. A los tamboriles se unieron los pífanos, con su sonido dulce y agudo, y juntos tocaron con brío *La lavandera irlandesa*. Mientras tanto, los infantes de marina subieron los mosquetes y se los apoyaron en el hombro entre chasquidos. Entonces Whiting, el capitán de Infantería de marina, dio las órdenes necesarias para que aquellos hombres con chaquetas escarlatas marcharan hacia un lado y hacia otro en el reducido espacio del alcázar, bajo el sol.

El capitán había permanecido allí mirando cómo los hombres hacían todo en orden y según la rutina.

—¡Señor Buckland! —dijo, alzando la voz.

—¡Señor!

El capitán subió dos escalones de la escala del alcázar para que todos pudieran verle bien y, alzando la voz de modo que pudieran oírle el mayor número posible de

tripulantes, dijo:

—Dedicaremos el domingo a sacar filástica.

—Sí, señor.

—Y dé doble ración de ron a estos hombres intachables.

—Sí, señor.

Buckland había hecho todo lo posible para que su tono no revelara su descontento. Era el colmo que el capitán dijera eso, después de lo que había dicho antes. Dedicar el domingo a sacar filástica suponía que los marineros se pasarían el resto del día inactivos, y, muy probablemente, darles doble ración de ron suponía que discutirían y se pegarían. Bush, al avanzar por la cubierta superior en dirección a la popa, pudo darse cuenta de que la tripulación, mimada por el capitán, empezaba a alborotarse. Era imposible mantener la disciplina cuando un capitán no prestaba atención a los informes negativos de los oficiales. Los marineros pendencieros y vagos no eran castigados, los diligentes empezaban a irritarse y los rebeldes expresaban cada vez más abiertamente su rebeldía. El capitán había llamado a los marineros hombres intachables, a pesar de que esa semana se habían comportado pésimamente, como muy bien sabían ellos, y eso hacía suponer que la semana siguiente se comportarían peor. Además, era muy probable que los marineros se hubieran enterado de cómo el capitán había tratado a los oficiales, de la brutal azotaina que les había dado como castigo, pues era sabido por todos que las cosas que ocurrían en la popa se contaban muy pronto en la proa, pero distorsionadas, y los marineros no obedecerían a ningún oficial que fuera tratado con desprecio por su capitán. Cuando Bush subió al alcázar, estaba muy preocupado.

El capitán había cruzado la entrecubierta para ir hasta su cabina. Buckland y Roberts estaban conversando apoyados en la batayola, y Bush se aproximó a ellos.

—Así que los oficiales tienen que cumplir estos preceptos —dijo Buckland cuando Bush se acercaba.

—Sacar filástica el domingo y recibir doble ración de ron —dijo Roberts—. Todo para estos hombres intachables.

Buckland miró a un lado y a otro del alcázar antes de volver a hablar. Era lamentable que el primer oficial de un navío de línea tuviera que tomar precauciones para que no le oyeran. Pero Hornblower y Wellard estaban al otro lado del timón y el oficial de derrota estaba en la toldilla con los guardiamarinas a quienes daba clase de navegación, preparándose para hacer las mediciones de mediodía con el sextante.

—Está loco —dijo Buckland tan bajo como lo permitían los vientos alisios del noreste.

—Todos lo sabemos —dijo Roberts.

Bush no dijo nada, porque era muy cauto y no deseaba comprometerse por el momento.

—Clive no moverá un dedo —dijo Buckland—. Es un estúpido como hay pocos. Clive era el cirujano.

—¿Le has preguntado? —inquirió Roberts.

—Indirectamente. Pero no dijo nada porque tiene miedo.

—¡No se muevan de donde están! —gritó alguien con voz áspera, una voz que todos conocían muy bien.

Era el capitán y, aparentemente, hablaba desde debajo de donde ellos se encontraban. Los tres oficiales dieron un respingo.

—Eso indica que son culpables —dijo el capitán—. Usted es testigo de ello, señor Hobbs.

Los oficiales miraron a su alrededor. La claraboya de la cabina tenía una abertura de unas dos pulgadas, y el capitán estaba mirando por ella. Todos podían ver sus ojos y su nariz. El capitán era un hombre alto y si se subía en cualquier objeto bajo, como un libro o un taburete, podía ver la cubierta por encima del borde de la claraboya. Los oficiales permanecieron inmóviles mientras esperaban a que aparecieran otros ojos al lado de los del capitán en la abertura de la claraboya, los ojos de Hobbs, el condestable interino.

—Esperen a que yo llegue, caballeros —ordenó el capitán, y en su rostro apareció una sonrisa burlona cuando dijo la palabra «caballeros»—. Muy bien, señor Hobbs.

Las dos caras desaparecieron de la abertura de la claraboya, y los oficiales apenas tuvieron tiempo de mirarse unos a otros con desesperación antes de que el capitán terminara de subir la escala.

—Me parece que ésta es una reunión para promover un motín —dijo.

—No, señor —dijo Buckland.

Decir cualquier frase que no fuera una negación sería como admitir que había cometido un delito grave, un delito por cuya realización podrían ponerle una soga al cuello.

—¿Cómo se atreve a mentir en mi propio alcázar? —rugió el capitán—. Tenía yo razón al desconfiar de mis oficiales. Murmuran, intrigan, conspiran... Y ahora, además, me faltan al respeto. Haré que lamente esto desde ahora mismo, señor Buckland.

—No era mi intención faltarle al respeto, señor —dijo Buckland.

—¿Cómo se atreve a mentirme otra vez? ¡Y ustedes dos le apoyan y le animan! Hasta ahora pensaba que usted era mejor, señor Bush.

Bush pensó que lo más prudente era no decir nada.

—¡Qué insolencia! —exclamó el capitán—. ¡Se ponen a hablar de mí en cuando creen que no les estoy mirando!

El capitán, enfurecido, miró a un lado y a otro del alcázar.

—Y usted, señor Hornblower, no estimó conveniente informarme que había esta

reunión, ¿verdad? —preguntó—. ¡Vaya manera de hacer guardia! Y por supuesto, el señor Wellard también está implicado en el asunto. Eso era de esperar. Pero me parece que tendrá problemas con estos caballeros, señor Wellard, porque no vigiló bien y no les protegió. En realidad, señor Wellard, ahora se encuentra usted en una situación muy difícil, porque en el navío no le queda más que un amigo: un cañón. Y pronto tendrá que abrazarlo otra vez.

El capitán estaba en el centro del alcázar, mirando fijamente al señor Wellard, que había retrocedido unos pasos como si quisiera ocultarse de él. Abrazar un cañón significaba doblarse sobre él para ser azotado.

—Pero luego tendré tiempo más que suficiente para ocuparme de usted, señor Wellard. Los tenientes primero, como exige su alta categoría.

El capitán miró hacia los tenientes e hizo un extraño gesto, un gesto triunfal y temeroso a la vez.

—Al estar el señor Hornblower haciendo guardia cuatro horas cada cuatro horas desde hace días —dijo—, ustedes han estado desocupados mucho tiempo, y el diablo dio a sus ociosas manos algo que hacer. El señor Buckland, el importante, poderoso y ambicioso primer oficial no hace guardia.

—Señor... —empezó a decir Buckland, pero se tragó las palabras que iba a decir a continuación.

Con la palabra «ambicioso», el capitán daba a entender, indudablemente, que él planeaba tomar el mando del navío; sin embargo, un consejo de guerra no pensaría que era eso lo que insinuaba y tampoco consideraría esa palabra un insulto, ya que se suponía que todos los tenientes tenían que ser ambiciosos.

—¡Señor! —dijo en tono de burla el capitán—. ¡Señor! Así que todavía tiene usted suficiente amor propio para morderse la lengua. Es usted astuto, no digo que no, pero no se libraré de sufrir las consecuencias de sus actos. El señor Hornblower seguirá haciendo guardia cuatro horas cada cuatro horas y estos dos caballeros se presentarán a usted cada vez que cambie la guardia y cada vez que se toquen dos campanadas, cuatro campanadas y seis campanadas en cada guardia. Y deberán presentarse a usted vestidos de completo uniforme, y usted les recibirá completamente despierto. ¿Está claro?

Ninguno de los tres asombrados tenientes pudo hablar en ese momento.

—¡Contésteme!

—Sí, señor —respondió Buckland.

—Sí, señor —contestaron Bush y Roberts a la vez cuando el capitán se volvió hacia ellos.

—Quiero que cumplan estrictamente mis órdenes —dijo el capitán—. Tengo medios de enterarme de si me obedecen ustedes o no.

—Sí, señor —dijo Buckland.

La sentencia que el capitán acababa de dictar contra él, Bush y Roberts implicaba que serían llamados o despertados para reunirse cada hora, de día y de noche.

CAPÍTULO 4



Allí abajo estaba totalmente oscuro, oscuro como boca de lobo, no había ni un solo rayo de luz y, fuera, la noche sin luna cubría el mar. Aquel lugar estaba tres cubiertas por debajo de la superficie del mar, y podían oírse a través de la piel de roble del navío los crujidos de las cuadernas cuando se balanceaba y cabeceaba, el rumor del agua que pasaba por sus costados y el impacto de las olas entre las que se deslizaba. En medio de la oscuridad, Bush estaba agarrado a la barandilla de la empinada escala y buscaba con el pie un lugar donde pararse entre los toneles de agua. Cuando lo encontró, bajó de la escala, se agachó y avanzó hacia la popa a través de la negrura del lugar. Una rata pasó chillando por el lado de Bush, pero como las ratas eran los únicos seres que él esperaba encontrar allí, no se inmutó y siguió avanzando a tientas. Entonces pudo distinguir un lejano sonido sibilante entre los innumerables ruidos del navío y respondió con un sonido sibilante también. No sabía muy bien cómo actuar en una conspiración, pero sabía que era necesario tomar muchas precauciones porque lo que estaba haciendo era muy peligroso.

—¿Bush? —susurró Buckland.

—¡Sí!

—Los demás están aquí.

Diez minutos antes, cuando sonaron las dos campanadas de la guardia de media, Bush y Roberts, cumpliendo la orden del capitán, fueron a presentarse a él en su cabina, y los tres habían planeado este encuentro con un gesto, un guiño y un susurro. Era asombroso que los oficiales de un navío de la Armada real obraran de esa manera, pero ellos tuvieron que hacerlo para evitar que les oyeran los espías y los indiscretos. Después de planear el encuentro, se separaron y llegaron hasta aquí por distintos caminos y a través de distintas escotillas. Hornblower, que había sido relevado por Smith, se anticipó a ellos.

—No debemos permanecer aquí mucho tiempo —murmuró Roberts.

A pesar de que la oscuridad era absoluta, por el tono en que había hablado, todos notaron su nerviosismo. No había duda de que aquélla era una reunión para promover un motín, y, por tanto, todos podrían ser ahorcados por estar reunidos allí.

—¿Qué les parece si le declaramos no apto para el mando y le ponemos esposas y grilletes? —murmuró Buckland.

—Tendríamos que hacerlo muy rápido —susurró Hornblower—, porque llamaría a los marineros y probablemente ellos le seguirían, y entonces...

Hornblower no tenía necesidad de seguir hablando, porque todos los que le escuchaban vieron en su mente a varios cadáveres colgando de los penoles.

—Tenemos que actuar rápido —asintió Buckland—. ¿Y después de ponerle las esposas y los grilletes?

—Iremos a Antigua —dijo Roberts.

—Y seremos juzgados por un consejo de guerra —dijo Bush, pensando en el futuro lejano, por primera vez desde que había empezado la actual crisis.

—Sí —murmuró Buckland.

Tras ese simple monosílabo se ocultaba un complejo estado de ánimo, en el que predominaban la incertidumbre, la angustia y el temor.

—Eso es lo importante —susurró Hornblower—. Él prestará declaración y al tribunal las cosas le parecerán distintas. Hemos recibido varios castigos, como hacer guardia cuatro horas cada cuatro horas, no tomar ron y otros, pero eso podría pasarle a cualquiera y no justifica un motín.

—Pero consiente a los marineros.

—El tribunal pensará que es normal darles doble ración de ron y mandarles a sacar filástica y que no nos corresponde a nosotros juzgar los métodos del capitán.

—Pero el tribunal le verá.

—Es astuto y no está loco de atar. Puede hablar y puede encontrar razones para justificar todo. Ya le han oído. Aduciré razones plausibles.

—Pero nos ha humillado delante de los marineros y ha ordenado a Hobbs que nos espíe.

—Dirá que eso prueba que se encontraba en una situación desesperada por estar rodeado por un grupo de delincuentes como nosotros. Si le arrestamos, seremos considerados culpables hasta que demostremos que somos inocentes. Además, todos los tribunales suelen ponerse de parte del capitán. Amotinarsé implica morir ahorcado.

Hornblower expresaba con palabras las mismas dudas que Bush tenía y no era capaz de decir en voz alta.

—Es cierto —murmuró Bush.

—¿Y Wellard? —susurró Roberts—. ¿Le oyeron gritar la última vez?

—Es un guardiamarina que acaba de recibir su nombramiento y no tiene familia ni amigos. ¿Qué van a decir los miembros del consejo de guerra cuando oigan que el capitán mandó dar media docena de azotes a un muchacho? Se reirán. Si nosotros no supiéramos lo que ocurre, nos reiríamos también y diríamos que eso le hace tanto bien a él como nos ha hecho a los demás.

Al final de esa manifestación de algo tan obvio, Buckland murmuró una serie de maldiciones con las que apenas logró expresar su desesperación, y luego se produjo un corto silencio.

—En cuanto nos encontremos con otro navío, hará acusaciones contra nosotros, estoy seguro —susurró Roberts.

—Llevo veintidós años de servicio... —dijo Buckland—. El capitán truncará mi carrera. Y truncará la de ustedes también.

Todos sabían que un oficial a quien su capitán acusara de conspirar contra él ante un consejo de guerra no tendría ninguna posibilidad de continuar en la Armada, y eso contribuía a aumentar su angustia. Además, si el capitán hacía esas acusaciones con la astucia y la malicia con que las había hecho hasta ahora, tal vez la sentencia no sería la expulsión de la Armada, sino la prisión y la muerte en la horca.

—Llegaremos a Antigua dentro de diez días, si el viento sigue soplando tan fuerte —dijo Roberts—. Y estoy seguro de que será así.

—Pero no sabemos si nuestro destino es Antigua —dijo Hornblower—. Eso es lo que nos imaginamos. Tal vez tardemos semanas, o meses...

—¡Dios nos asista! —exclamó Buckland.

En ese momento oyeron en la otra punta de la bodega un ruido metálico, un ruido diferente a los que producía el navío al moverse, y se quedaron perplejos. Bush alzó sus velludas manos y cerró los puños. Pero todos se tranquilizaron al oír que alguien en voz muy baja, llamaba:

—¡Señor Buckland! ¡Señor Hornblower!

—¡Es Wellard! —dijo Roberts.

Todos podían oír a Wellard avanzando a gatas hacia donde ellos estaban.

—¡El capitán! —exclamó Wellard—. ¡Viene el capitán!

—¡Dios santo!

—¿Por dónde? —preguntó Hornblower.

Por la escotilla que está detrás del timón. Yo fui hasta la bañera^[2] y de allí vine hasta aquí. Mandó a Hobbs a...

—Váyanse a la proa ustedes tres —dijo Hornblower, interrumpiendo la explicación—. Váyanse a la proa y luego suban a la cubierta y sepárense al llegar allí. ¡Rápido!

Nadie pensó en que Hornblower estaba dando órdenes a oficiales de mucha más antigüedad que él. Cada minuto era de vital importancia, y no debían perder ninguno vacilando ni blasfemando inútilmente. Todos se dieron cuenta de eso al oír hablar a Hornblower. Bush y los demás se volvieron y empezaron a avanzar en la oscuridad. Bush se despellejaba las espinillas al tropezar de vez en cuando con obstáculos que no podía ver. En el momento en que Bush había iniciado la loca carrera con sus dos compañeros, separándose de Hornblower y Wellard, oyó a Hornblower decir:

—¡Venga aquí, Wellard!

El sollado, la escala y por fin un lugar muy seguro: la cubierta inferior donde estaban los cañones. La luz que había allí, en comparación con la oscuridad total de la bodega, parecía a Bush más que suficiente para ver las cosas con nitidez. Bush y Roberts continuaron subiendo hasta la cubierta superior y Bush dio la vuelta para

caminar hacia la popa. El grupo de marineros a quienes tocaba descansar llevaban acostados en el coy tiempo suficiente para estar profundamente dormidos. Allí los ruidos del navío se mezclaban con los ronquidos de los marineros dormidos, y todos los coyes, colgados unos junto a otros en largas filas, se mecían exactamente al mismo tiempo con el cabeceo del navío, tan exactamente que parecía que formaban una masa. A lo lejos, entre dos filas, se veía aproximarse una luz. Era la luz de un farol que tenía una gran vela en su interior y estaba sostenido por Hobbs, el condestable interino, que caminaba apresuradamente seguido de dos marineros. Cuando Bush se encontró frente a frente con el grupo, se miraron unos a otros. Hobbs vaciló unos momentos. Era evidente que tenía ganas de preguntarle a Bush qué hacía en aquella cubierta, pero ningún oficial asimilado interino, ni siquiera uno que gozara del favor de su capitán, podía preguntarle eso a un teniente. Hobbs tenía un gesto de disgusto, probablemente porque se había apresurado para impedir la salida a los que estaban en la bodega y Bush se le había escapado. Los marineros que le acompañaban tenían una expresión sorprendida, pues les asombraba que ocurrieran esas cosas en la guardia de media. Por fin Hobbs se echó a un lado para que su superior pasara, y cuando Bush pasó por su lado, se limitó a lanzarle una mirada. Ahora que estaba a salvo, porque se encontraba fuera de la bodega y no estaba en una reunión para promover un motín, se sentía mucho más tranquilo. Decidió irse a su cabina porque faltaba poco para que sonaran las cuatro campanadas y, por tanto, para que se presentara a Buckland otra vez, según las órdenes del capitán. El mensajero que el oficial de guardia mandaría a despertarle le encontraría tumbado en su coy. Pero cuando Bush llegó al palo mayor, vio una curiosa escena que habría visto antes si hubiera sido inocente, y pensó que ahora que la veía tenía que hacer algunas averiguaciones sobre ella, que no podía seguir adelante sin hacer una o dos preguntas. Allí era donde se alojaban los infantes de marina, y ahora todos estaban fuera del coy, unos vistiéndose y otros, los que ya tenían la camisa y el pantalón puestos, poniéndose la bandolera que usaban en los combates.

—¿Qué ocurre? —inquirió Bush, intentando que su tono no revelara que sabía que en el navío pasaba algo extraño, además de aquello.

—No lo sé, señor —contestó el infante de marina a quien había preguntado—. Acaban de ordenarnos que nos levantemos y cojamos los mosquetes, las balas y los sables.

Un sargento de Infantería de marina salió de detrás del mamparo que separaba el lugar donde se alojaban los oficiales de baja graduación del resto de la cubierta.

—Son órdenes del capitán, señor —dijo y luego se volvió hacia sus hombres y gritó—: ¡Vamos! ¡Deprisa!

—¿Dónde está el capitán? —preguntó Bush haciendo todo lo posible por parecer inocente.

—En algún lugar de la popa, señor. Mandó a buscar al cabo encargado de la guardia al mismo tiempo que nos mandó a decir que cogiéramos las armas.

En la puerta de la cabina del capitán había un centinela de día y de noche, y un cabo de Infantería de marina y cuatro de sus hombres eran los encargados de apostarlo allí. Una simple orden bastaba para que fuera retirado y para que el capitán dispusiera del apoyo de al menos un pequeño grupo de hombres disciplinados y armados, de hombres preparados para luchar.

—Muy bien, sargento —dijo Bush, aparentando que estaba atónito y pensando que era lógico que fuera enseguida a la popa para averiguar lo que ocurría.

Pero tenía miedo y se dio cuenta de que podría hacer cualquier cosa excepto seguir andando para ver lo que le esperaba al final del camino. En ese momento apareció Whiting, el capitán de Infantería de marina. Estaba soñoliento y sin afeitarse y se abrochaba el cinturón con su sable colgado.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir cuando vio a Bush.

—No me pregunte a *mí* —dijo Bush, esforzándose por hablar con naturalidad.

Estaba tan nervioso y angustiado que su mente, generalmente en reposo, ahora estaba muy activa. Imaginó que estaba frente al consejo de guerra y que, en medio de la engañosa calma de la sala, oía al fiscal preguntar «¿Le pareció que el señor Bush estaba como siempre, señor Whiting?», y pensó que era necesario que el señor Whiting pudiera contestar «Sí». Incluso llegó a imaginarse la sensación que le produciría el roce de una cuerda colocada alrededor del cuello. Pero un minuto más tarde ya no tuvo necesidad de fingir que estaba asombrado ni que no sabía nada, y las reacciones que tuvo eran auténticas.

—¡Avisen al doctor! —gritó alguien—. ¡Avisen al doctor!

Entonces llegó corriendo Wellard, muy pálido.

—¡Avisen al doctor! ¡Avisen al doctor Clive!

—¿Quién se ha hecho daño, Wellard? —preguntó Bush.

—El capitán, señor —respondió Wellard, que temblaba y parecía muy turbado.

Un momento después apareció Hornblower al lado de Wellard. También estaba pálido y jadeaba, pero parecía tener dominio de sí mismo. Miró a su alrededor, a la tenue luz de los faroles, y pasó la vista por encima de Bush sin dar muestras de que le había reconocido.

—¡Avisen al doctor Clive! —ordenó a un guardiamarina que había asomado la cabeza por la puerta de la camareta de guardiamarinas; miró a otro y gritó—: ¡Eh, usted, corra a buscar al primer oficial! ¡Dígale que baje! ¡Corra!

Hornblower miró hacia Whiting y luego hacia delante de él, donde estaban los infantes de marina cogiendo los mosquetes.

—¿Por qué se están armando sus hombres, capitán Whiting?

—Órdenes del capitán, señor.

—Entonces puede usted formarles en filas, aunque no creo que haya una emergencia.

Fue en ese momento cuando Hornblower aparentó que reconocía a Bush:

—¡Ah, señor Bush! Puesto que está usted aquí, señor, ¿podría tomar el mando del navío momentáneamente? Ya he mandado a buscar al primer oficial. El capitán está herido, señor, y creo que sus heridas son graves.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Bush.

—Se cayó por la escotilla, señor —respondió Hornblower.

A pesar de la tenue luz, la mirada de Hornblower se cruzó con la de Bush, pero Bush no logró saber si Hornblower intentaba transmitirle algún mensaje a través de ella. Ahora, aquella parte de la cubierta inferior estaba abarrotada, y lo que había contado Hornblower, que todos habían oído contar por primera vez, causó agitación, por lo que se oía un ruido confuso de voces. Hablar de esa manera era una falta de indisciplina que ponía furioso a Bush y, quizá por suerte, le hizo reaccionar de la forma en que solía hacerlo en estos casos.

—¡Silencio! —gritó Bush—. ¡Cada uno a su trabajo!

Bush pasó la vista por el grupo de hombres que le rodeaban y todos se callaron.

—Con su permiso, me iré abajo otra vez, señor —dijo Hornblower—. Tengo que cuidar del capitán.

—Muy bien, señor Hornblower —dijo Bush.

Esa frase estereotipada se había usado tantas veces que la forma en que se decía nunca parecía afectada.

—Venga conmigo, señor Wellard —dijo Hornblower y se volvió y empezó a alejarse de allí.

Mientras se alejaba, llegaron varios hombres más. Primero llegó Buckland, pálido y con una expresión hierática, acompañado de Roberts, y luego Clive, medio dormido todavía, pero ya vestido con camisa y pantalón. Todos ellos se asombraron al ver a los infantes de marina formados en filas en la cubierta, con sus mosquetes brillando a la débil luz de los faroles.

—¿Puede venir enseguida, señor? —preguntó Hornblower a Buckland, a quien había visto al volverse hacia atrás.

—Voy inmediatamente —respondió Buckland.

—¿Qué diablos ocurre? —inquirió Clive.

—El capitán está herido —respondió Hornblower secamente—. Venga enseguida. Necesitará un farol.

—¿El capitán? —preguntó Clive, parpadeando, y por fin terminó de despertarse—. ¿Dónde está? ¡Déme ese farol! ¿Dónde están sus ayudantes? ¡Eh, ustedes, corran a despertar a mis ayudantes! ¡Tienen sus coyotes colgados en la enfermería!

Finalmente seis hombres se acercaron a la escala para bajar por ella con los

faroles: los cuatro tenientes, Clive y Wellard. Mientras Bush esperaba al principio de la escala, miró de soslayo a Buckland con ansiedad. Preferiría mil veces estar caminando bajo una lluvia de metralla por una cubierta agujereada por las balas que estar allí. Buckland miró a Bush inquisitivamente, pero Bush no dijo nada, en parte porque Clive estaba cerca y podía oírle, y en parte porque sabía lo mismo que Buckland. No sabían qué era lo que les esperaba al pie de la escala, no sabían si era la cárcel, la ruina, la desgracia o la muerte.

A la débil luz de un farol pudieron ver la chaqueta escarlata y la bandolera blanca de un infante de marina que estaba al lado de la escotilla. Tenía los galones que correspondían a la graduación de cabo.

—¿Tiene algo nuevo de que informarnos? —preguntó Hornblower.

—No, señor. Nada, señor.

—El capitán está inconsciente allí abajo —dijo Hornblower a Clive, señalando hacia abajo por la escotilla—. Dos infantes de marina le custodian.

Clive pasó trabajosamente su voluminoso cuerpo a través de la escotilla y empezó a descender.

—Bien, cabo, cuénteles al primer oficial lo que sabe de esto.

El cabo permaneció en posición de atención. Estaba nervioso porque se encontraba delante de nada menos que cuatro tenientes y probablemente estaba muy preocupado porque, después de haber servido muchos años en la Armada, sabía por experiencia que si los oficiales de alto rango tenían problemas, había muchas probabilidades de que un simple cabo que, por desgracia, involuntariamente, estaba relacionado con un asunto como ése, tuviera también problemas. Permaneció con el cuerpo rígido, procurando no mirar a los ojos a nadie.

—¡Hable, hombre! —insistió Buckland.

También él estaba nervioso, pero eso era comprensible, pues era un primer oficial cuyo capitán había sufrido un grave accidente.

—Yo era el cabo encargado de la guardia, señor. Cuando sonaron las dos campanadas, llevé a un centinela a relevar al que estaba en la puerta del capitán.

—¿Y...?

—E..., entonces me fui a dormir otra vez.

—¡Maldita sea! —gritó Roberts—. ¡Termine el relato!

—Luego me despertó un oficial, señor —continuó el cabo—. Me parece que era el condestable.

—¿El señor Hobbs?

—Me parece que ése es su nombre, señor. Me dijo: «El capitán ha ordenado que retire al centinela». Entonces fui a retirarlo, señor, y junto a Wade, el centinela que yo había apostado allí, estaba el capitán. Tenía una pistola en cada mano, señor.

—¿Quién? ¿Wade?

—No, señor. El capitán, señor.

—¿Cómo era su comportamiento? —preguntó Hornblower.

—Bueno, señor...

El cabo no quería hacer críticas a un capitán, y mucho menos delante de un teniente.

—Está bien. Continúe.

—El capitán dijo... Nos dijo: «Sígueme». Después se volvió hacia el oficial y dijo: «Cumpla con su deber, señor Hobbs». Entonces el señor Hobbs se fue por un lado, señor, y nosotros y el capitán por otro, señor, y luego bajamos hasta aquí. El capitán decía: «Están planeando un motín, un sangriento motín. Tenemos que apresar a los amotinados. Tenemos que cogerles con las manos en la masa».

El cirujano asomó la cabeza por la escotilla y dijo:

—Denme otro farol.

—¿Cómo está el capitán? —preguntó Buckland.

—Ha sufrido una conmoción cerebral y tiene varias fracturas.

—¿Son graves, las heridas?

—Todavía no lo sé. ¿Dónde están mis ayudantes? ¡Ah, está usted ahí, Coleman! ¡Traiga tablillas y vendas tan rápido como pueda! ¡Y un tablón y un gran trozo de lona y cabos! ¡Rápido! ¡Y usted, Pierce, venga a ayudarme!

Los dos ayudantes del cirujano tuvieron que irse de allí apenas unos instantes después de llegar.

—Continúe, cabo —dijo Buckland.

—No me acuerdo de lo que estaba diciendo, señor.

—Decía que el capitán le había traído aquí abajo.

—Sí, señor. Tenía una pistola en cada mano, como le dije, señor. Entonces mandó a uno de mis hombres a la proa y le dijo: «Deténgase en todos los escondites». Luego me dijo: «Cabo, baje con estos dos hombres al sollado y regístrelo». Estaba gritando, señor. Y tenía una pistola en cada mano, señor.

El cabo había mirado con ansiedad a Buckland mientras hablaba.

—Está bien, cabo —dijo Buckland—. Límitese a decir exactamente lo que ocurrió.

El hecho de saber que el capitán estaba inconsciente le había tranquilizado, igual que a Bush.

—Entonces bajé la escala con los otros hombres, señor —dijo el cabo—. Yo iba delante con el farol, señor, pues no llevaba mosquete. Cuando llegamos al pie de la escala, nos detuvimos entre esas cajas que están ahí, señor. El capitán permaneció junto a la escotilla y en ese momento nos gritó: «¡Rápido! ¡No les dejen escapar! ¡Rápido!».

Entonces empezamos a avanzar hacia la proa esquivando las cajas, señor.

El cabo estaba llegando al clímax de la historia y vaciló unos momentos. Tal vez

intentaba hacerlo más dramático para que causara mayor efecto, pero era más probable que todavía creyera que estar relacionado con ese suceso, a pesar de no ser culpable, podía perjudicarlo.

—¿Y qué pasó? —preguntó Buckland.

—Bueno, señor... Entonces llegó Coleman, cargado con varias cosas, entre ellas un tablón de seis pies de largo que tenía apoyado en el hombro. Miró a Buckland como si con la mirada le pidiera permiso para continuar, y cuando le vio asentir con la cabeza, puso el tablón, el trozo de lona y los cabos sobre la cubierta y bajó la escala con las restantes cosas.

—¿Y bien? —preguntó Buckland al cabo.

—No sé lo que pasó, señor.

—Díganos lo que sabe.

—Oí un grito y un estruendo cuando apenas había avanzado seis yardas y retrocedí con el farol.

—¿Y qué vio?

—Al capitán, señor. Yacía al pie de la escala. Parecía que estaba muerto. Se había caído por la escotilla.

—¿Y qué hizo?

—Le di media vuelta. Tenía la cara cubierta de sangre y estaba inconsciente, señor. Pensé que estaba muerto, pero noté que su corazón latía.

—¿Y...?

—No sabía qué hacer, señor. Tampoco sabía nada sobre esa reunión, señor.

—Pero, ¿qué hizo al final?

—Dejé a mis dos hombres custodiando al capitán, señor, y subí para dar la noticia. No sabía en quién podía confiar, señor.

Esa situación era paradójica, pues el cabo temía recibir una simple reprimenda por haber ido él mismo a dar la noticia en vez de haber enviado a un mensajero, mientras que los cuatro tenientes que le escrutaban temían ser ahorcados.

—¿Y bien?

—Entonces vi al señor Hornblower, señor —dijo el cabo en un tono del que se deducía que había sentido alivio al encontrar a alguien que le eximiera de aquella gran responsabilidad—. Le acompañaba el señor Wellard... Creo que ése es su nombre. El señor Hornblower me ordenó que me quedara aquí vigilando cuando le conté lo que le había ocurrido al capitán.

—Me parece que actuó bien, cabo —dijo Buckland.

—Gracias, señor. Gracias, señor.

En ese momento reapareció Coleman, que terminaba de subir la escala, y después de mirar otra vez a Buckland como si le pidiera permiso con la mirada, entregó las cosas que había dejado allí a otra persona que estaba debajo de la escotilla y volvió a

bajar. Bush miraba ahora al cabo, quien, después de contar la historia, había vuelto a ponerse nervioso porque los cuatro tenientes no dejaban de mirarle fijamente.

—Entonces, cabo, ¿no tiene idea de cómo el capitán se cayó por la escotilla? —preguntó inesperadamente Hornblower con intención.

—No, señor. No tengo ni la más remota idea, señor.

Hornblower se limitó a echar una rápida mirada a sus compañeros. Las palabras del cabo y la mirada de Hornblower eran tranquilizadoras.

—Estaba excitado, ¿verdad? Vamos, hombre, conteste.

—Pues sí, señor —asintió el cabo, recordando la indiscreción que había cometido antes, y, como si de repente se hubiera vuelto locuaz, dijo—: Nos gritaba desde la escotilla, señor. Creo que estaba asomado a la escotilla. Probablemente estaba asomado cuando el navío cabeceó, señor. Probablemente tropezó con el borde y cayó de cabeza, señor.

—Seguramente eso fue lo que ocurrió.

Clive subió la escala y pasó los pies por encima del borde trabajosamente.

—Voy a subir al capitán ahora —dijo, mirando a los cuatro tenientes, y se metió la mano dentro de la camisa y sacó una pistola—. Esto estaba a su lado.

—Yo me haré cargo de ella —dijo Buckland.

—Por lo que acabamos de oír, tiene que haber forzosamente otra pistola ahí abajo —dijo Roberts, que hablaba por primera vez.

Habló excesivamente alto, pues estaba muy excitado, y eso podría parecer sospechoso a cualquiera que tuviera razones para sospechar de él. Bush se llevó un disgusto y sintió miedo.

—Podrán buscarla cuando hayamos subido al capitán —dijo Clive y se asomó a la escotilla y gritó—: ¡Suban!

Primero apareció Coleman, que subía la escala con un par de cabos en la mano, y luego un infante de marina, que subía en una extraña postura, agarrándose con una mano a la barandilla y sosteniendo con la otra una pesada carga detrás suyo.

—¡Despacio! —dijo Clive—. ¡Despacio!

Coleman y el infante de marina salieron por la escotilla y sacaron detrás de ellos el extremo del tablón, y atado a él estaba el capitán, envuelto en el trozo de lona como una momia. Ésa era la mejor forma de subir a un hombre con los huesos rotos por una escala. Pierce, el otro ayudante del cirujano, llegó arriba poco después, sosteniendo el otro extremo del tablón. Los tenientes se agruparon en torno a él cuando terminaban de pasarlo por encima del borde de la escotilla. A la luz de los faroles, Bush vio el rostro del capitán por encima del trozo de lona, y aunque sólo podía ver una parte porque las vendas le cubrían la nariz y un ojo, notó que estaba impasible y que, a pesar de que el cirujano le había limpiado la sangre, aún quedaban restos de ella en una de sus sienas.

—Llévenle a su cabina —ordenó Buckland.

Ese momento fue muy importante porque ésa era una orden trascendental. Puesto que el capitán estaba incapacitado para ejercer el mando, el primer oficial tenía el deber de tomarlo, y esas cuatro palabras indicaron que lo había hecho. Estar al mando del navío le permitiría incluso dictar órdenes para acabar con los desmanes del capitán. Sin embargo, aunque ése era un paso gigantesco, era rutinario, pues Buckland había tomado el mando del navío muchas veces en ausencia del capitán. La rutina le había permitido resistir la crisis actual. Gracias a las costumbres adquiridas a lo largo de treinta y cinco años de servicio en la Armada como guardiamarina y como teniente, podía portarse siempre igual con sus subalternos, podía obrar de manera normal aunque no supiera qué suerte le esperaba en el futuro inmediato.

Bush le miró en ese momento, cuando acababa de tomar el mando, y dudó que el efecto de esas costumbres durara. Buckland estaba visiblemente turbado. Tal vez eso podía considerarse el efecto normal que a un oficial le producía tener que asumir mucha más responsabilidad de repente y en circunstancias difíciles. Eso es lo que pensaría alguien que no sospechara de él, alguien que no supiera lo que había hecho secretamente. Bush sintió miedo al pensar en lo que haría el capitán cuando recobrará el conocimiento y se dio cuenta de que Buckland también sentía miedo. Buckland no dejaba de pensar en las esposas, la soga de la horca, el consejo de guerra y otras cosas parecidas. Y el futuro, e incluso la vida, de los oficiales del navío dependía de lo que hiciera Buckland.

—Con su permiso, señor —dijo Hornblower.

—¿Qué? —preguntó Buckland y luego, haciendo un esfuerzo volvió a preguntar—: ¿Qué, señor Hornblower?

—¿Podría poner por escrito la declaración del cabo ahora, cuando todavía se acuerda bien de lo ocurrido?

—Muy buena idea, señor Hornblower.

—Gracias, señor —dijo Hornblower con una expresión en la que no podía verse otra cosa que el celo con que cumplía con su deber, y luego miró al cabo y ordenó—: Preséntese en mi cabina cuando haya apostado de nuevo al centinela.

—Sí, señor.

El doctor y sus ayudantes ya se habían llevado al capitán. Parecía que Buckland estaba paralizado o que no hacía ningún esfuerzo por moverse de allí.

—Aún hay que encontrar la otra pistola del capitán, señor —dijo Hornblower con el respeto de siempre.

—¡Ah, sí! —exclamó Buckland, mirando a su alrededor.

—Aquí está Wellard, señor.

—¡Ah, sí! Él podría ocuparse de eso.

—Señor Wellard —dijo Hornblower—, baje con un farol y busque la otra pistola.

Luego llévesela al primer oficial al alcázar.

—Sí, señor.

Wellard, que ya había recobrado la serenidad, miraba fijamente a Hornblower desde hacía rato. Inmediatamente cogió el farol y bajó la escala. Buckland empezó a alejarse de allí, seguido de los demás, pensando en la forma en que Hornblower había hablado del alcázar. Cuando llegaron a la cubierta inferior donde estaban los cañones, el capitán Whiting saludó a Buckland.

—¿Alguna orden, señor? —preguntó.

Indudablemente, la noticia de que el capitán estaba incapacitado para ejercer el mando se había propagado por el navío como el fuego. Buckland, por el hecho de tener la mente embotada, tardó varios segundos en reaccionar.

—No, capitán —dijo por fin y luego añadió—: Ordene a sus hombres que rompan filas.

Cuando llegaron al alcázar, observaron que los vientos alisios eran muy fuertes y llegaban por la aleta de estribor, y que el *Renown* seguía navegando a toda vela por hermosas y misteriosas aguas. Por encima de sus cabezas se elevaban grandes pirámides de velas que casi alcanzaban las innumerables estrellas, y, debido al rápido movimiento del navío, los mastelerillos describían grandes círculos muy cerca del cielo. Por la aleta de babor se veía la luna en cuarto creciente, que acababa de separarse del mar y, por milagro, se había colgado del cielo, justo por encima del horizonte, y formaba una larga franja de luz plateada que llegaba hasta el navío. Las oscuras figuras de los hombres que estaban en la cubierta contrastaban con la blancura de las tablas alumbradas por su luz.

Smith, que era el oficial de guardia, se acercó rápidamente a ellos cuando subían la escala de toldilla. Durante más de una hora había estado caminando de un lado a otro con desesperación, porque oía los ruidos y el bullicio que había bajo la cubierta y los rumores que corrían por el navío, pero no podía abandonar su puesto para averiguar lo que sucedía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Smith no había estado en la reunión secreta con los otros tenientes. Tampoco había sido tratado tan mal como ellos por el capitán, pero no ignoraba el descontento de sus compañeros y seguramente sabía que el capitán estaba loco. Buckland no estaba preparado para responder a esa pregunta, y al final fue Hornblower quien respondió.

—El capitán se cayó a la bodega —dijo en tono inexpresivo—. Acaban de llevarle inconsciente a su cabina.

—Pero, ¿cómo demonios se cayó en la bodega? —preguntó Smith asombrado.

—Estaba buscando a unos amotinados —respondió Hornblower en el mismo tono.

—Comprendo —dijo Smith—. Pero...

Entonces se interrumpió. El tono indiferente de Hornblower le hizo comprender que aquél era un asunto sumamente delicado, y que si seguía preguntando tendría que hablar de la salud mental del capitán y dar su opinión sobre ella, y por eso no quiso hacer más preguntas.

—Seis campanadas, señor —le dijo el suboficial de guardia.

—Muy bien —dijo Smith mecánicamente.

—Debo poner por escrito la declaración del cabo, señor —dijo Hornblower—. Tendré que hacer guardia cuando suenen las ocho campanadas.

Puesto que Buckland estaba al mando del navío, podía revocar las ridículas órdenes de que Hornblower hiciera guardia cuatro horas cada cuatro horas y de que Bush y Roberts se presentaran a él cada hora. Hubo una pausa embarazosa. Nadie sabía cuánto tiempo permanecería inconsciente el capitán ni en qué condiciones estaría cuando recobrará el conocimiento. Wellard llegó corriendo al alcázar en ese momento.

—Aquí está la otra pistola, señor —dijo, entregándosela a Buckland.

Buckland la cogió, sacó la otra de su bolsillo, y se quedó unos momentos con ellas en las manos sin saber qué hacer.

—Permítame quitarle esta carga, señor —dijo Hornblower, cogiendo las pistolas—. Wellard podría ayudarme a tomar declaración al infante de marina. ¿Puedo llevarlo conmigo, señor?

—Sí —respondió Buckland.

Hornblower se volvió para irse abajo y Wellard le siguió.

—¡Señor Hornblower! —dijo Buckland.

—Dígame, señor.

—Nada —dijo Buckland en un tono que revelaba su indecisión.

—Discúlpeme, señor, pero si yo fuera usted, descansaría un poco —dijo Hornblower desde la parte superior de la escala—. Ha pasado una noche agotadora.

Bush estaba de acuerdo con Hornblower, pero no porque le importara que Buckland hubiera pasado una noche agotadora, sino porque pensaba que si se iba a su cabina no tendría ninguna posibilidad de cometer una indiscreción y, por tanto, comprometerse y comprometer a sus compañeros. Entonces cayó en la cuenta de que era precisamente eso lo que Hornblower pensaba. Al mismo tiempo, notó que le disgustaba que Hornblower se marchara y advirtió que a Buckland también le disgustaba. Hornblower conservaba la sensatez y era capaz de pensar con rapidez fuera cual fuera el peligro que le amenazara, y su comportamiento aparentemente normal había servido de ejemplo a todos ellos desde que ocurrió el accidente. Tal vez Hornblower guardaba algún secreto que no compartía con ellos; tal vez sabía más que ellos acerca de la caída del capitán en la bodega. Bush estaba desconcertado y ansiaba

saber si eso era cierto, pero Hornblower no había dado ninguna señal de que lo fuera.

—¿Cuándo diablos va a dar el parte médico ese maldito doctor? —preguntó Buckland sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Por qué no se acuesta hasta que lo dé, señor? —inquirió Bush.

—Sí, eso haré —dijo Buckland después de vacilar unos momentos—. Es conveniente que ustedes sigan presentándose a mí cada hora, como ordenó el capitán.

—Sí, señor —dijeron Bush y Roberts.

Bush sabía que eso significaba que Buckland no quería correr ningún riesgo, pues el capitán podría enterarse de que había revocado su orden cuando recobrar el conocimiento. Bush estaba angustiado, casi desesperado, cuando bajó para descansar al menos media hora hasta que tuviera que presentarse a Buckland otra vez. No tenía esperanzas de que pudiera dormir, ya que a través de uno de los finos mamparos de su cabina oía un ruido confuso de voces en la cabina contigua, donde Hornblower tomaba declaración al cabo de Infantería de marina.

CAPÍTULO 5



El desayuno se sirvió en la cámara de oficiales. Fue un desayuno más silencioso y menos alegre de lo habitual. El oficial de derrota, el contador y el capitán de Infantería de marina, después de dar los convencionales buenos días, se sentaron a desayunar y no dijeron nada más. Habían oído, como los demás tripulantes del navío, que el capitán había recobrado el conocimiento.

Por los escotillones del costado habían entrado dos haces de luz que daban claridad al abarrotado lugar y se movían hacia delante y hacia atrás con el suave cabeceo del navío; y por la puerta, que estaba sujeta con un gancho para que se mantuviera abierta, entraban los vientos alisios del noreste, que eran frescos y agradables. El café estaba caliente, y las galletas, que sólo llevaban tres semanas a bordo, no debían de haber pasado más de un mes o dos en un almacén, porque apenas tenían gorgojos. El cocinero de la cámara de oficiales, aprovechando que hacía buen tiempo, había frito los restos de la carne de cerdo salada de la noche anterior junto con algunas de las pocas cebollas que había en la bodega. Tomar un desayuno compuesto de tiras de carne de cerdo fritas con cebolla, café caliente y buenas galletas con aire fresco, luz solar y buen tiempo era una razón suficiente para que los oficiales sintieran alegría, y, en cambio, sentían angustia y temor. Bush miró a Hornblower, que se encontraba al otro lado de la mesa, muy serio, con la cara pálida y un gesto de cansancio. Quería decirle muchas cosas, pero no debía decírselas, al menos por el momento, mientras la sombra de la locura del capitán se proyectara sobre el navío iluminado por el sol.

Buckland llegó a la cámara de oficiales seguido del cirujano, todos le miraron inquisitivamente y casi todos se pusieron de pie para escuchar las noticias.

—Está consciente —dijo Buckland y miró a Clive para que añadiera algo a esa afirmación.

—Está débil —dijo Clive.

Bush miró a Hornblower con la esperanza de que hiciera la pregunta cuya respuesta deseaba oír. Hornblower parecía tener puesta una máscara inexpresiva y miraba fijamente a Clive, pero no abrió la boca. Fue Lomax, el contador, quien hizo la pregunta.

—¿Está cuerdo?

—Bueno... —dijo Clive, mirando de reojo a Buckland.

Era evidente que lo que menos deseaba Clive en el mundo era comprometerse dando su opinión sobre el estado mental del capitán.

—Aún está demasiado débil para que se pueda saber si está cuerdo.

Afortunadamente, Lomax era lo bastante curioso y tozudo para que la desgana de Clive no le hiciera desistir de hacer preguntas.

—¿Qué puede decirnos de la conmoción cerebral? —inquirió—. ¿Cómo le ha afectado?

—Su cráneo está intacto —respondió Clive—. Tiene grandes laceraciones en el cuero cabelludo y la nariz, la clavícula, y dos costillas rotas. Probablemente cayó de cabeza por la escotilla al tropezar con el borde.

—Pero, ¿cómo diablos le pasó eso? —preguntó Lomax.

—No lo ha dicho —contestó Clive—. Creo que no se acuerda.

—¿Qué?

—Ése es un estado normal —respondió Clive—. Casi podría decirse que es sintomático. Después de una fuerte conmoción cerebral el paciente pierde parcialmente la memoria y olvida incluso lo que ha ocurrido muchas horas antes de sufrirla.

Bush volvió a mirar a Hornblower, que todavía tenía semblante inexpresivo, y trató de hacer lo mismo que él: evitar que su gesto trasluciera sus sentimientos y dejar que fueran otros los que hicieran las preguntas. Sin embargo, pensaba que esa noticia era buenísima, magnífica, extraordinaria y que por mucho que la ampliaran nunca le parecerían demasiados los detalles.

—¿Dónde cree que está? —continuó Lomax.

—Bueno, sabe que está en este navío —respondió Clive, prudentemente.

Entonces Buckland, ojeroso, sin afeitar y con un gesto de cansancio, se volvió hacia Clive. Había visto al capitán en su cabina y, por tanto, estaba mejor preparado que los demás para forzar a Clive a decidirse.

—¿Opina usted que el capitán se encuentra en condiciones de desempeñar su cargo? —preguntó.

—Bueno... —respondió Clive otra vez.

—¿Y bien?

—Por el momento, tal vez no.

Aquella era una respuesta insatisfactoria, pero parecía que a Buckland se le habían acabado las fuerzas tratando de obtenerla. Hornblower volvió su cara con aspecto de máscara hacia Clive y le miró a los ojos.

—¿Quiere decir que por el momento es incapaz de ejercer el mando en el navío?

Los otros oficiales murmuraron que también querían saber cuál era la respuesta de esa pregunta y que la respuesta fuera concreta, y Clive, al ver a su alrededor todos aquellos rostros con un gesto desafiante, tuvo que rendirse.

—Por el momento, sí.

—Ahora todos sabemos cuál es la situación —dijo Lomax en tono satisfecho, un tono en el que hablaron también todos los demás oficiales excepto Clive y Buckland.

Quitar a un capitán el mando de su barco era algo muy delicado y de gran importancia. Puesto que el rey y el parlamento se habían unido para dar el mando del *Renown* al capitán Sawyer, la anulación de su nombramiento olía a traición, y todos los que estuvieran relacionados con ella, ni que fuera remotamente, tendrían el desagradable olor de la insubordinación y de la rebelión impregnados en la piel durante el resto de sus vidas. Muchos años después, incluso el ayudante del oficial de derrota que tenía menos antigüedad, en el momento en que solicitara un nuevo puesto, sería recordado por estar en el *Renown* cuando Sawyer fue relevado de su mando, y, por tanto, le denegarían la solicitud. Había que hacer todo lo necesario para dar apariencia legal a aquel asunto que, si se analizaba rigurosamente, no podía considerarse legal.

—Aquí está la declaración del cabo Greenswood, señor —dijo Hornblower—, con su marca al pie y la firma del señor Wellard y la mía para atestiguar que es auténtica.

—Gracias —dijo Buckland, cogiendo el documento con un ademán vacilante, como si fuera un petardo que pudiera explotar en cualquier momento.

Hacía apenas unas horas que Buckland era un fugitivo que corría el riesgo de perder la vida y caminaba sigilosamente por la bodega del navío para evitar ser descubierto, y los apellidos Wellard y Greenswood le causaron mucha impresión porque se lo habían recordado. En ese momento, como un demonio que se pudiera conjurar pronunciando su apellido, apareció Wellard en la puerta de la cámara de oficiales.

—El señor Roberts me ha enviado a preguntarle cuáles son sus órdenes, señor —dijo.

Roberts era el oficial de guardia y debía de estar muy preocupado por lo que sucedía bajo la cubierta. Buckland vaciló unos momentos.

—Todos los marineros están en la cubierta, señor dijo Hornblower respetuosamente.

Buckland le lanzó una mirada inquisitiva.

—Podría usted dar la noticia a los marineros, señor —añadió Hornblower.

Había hecho una sugerencia a un superior sin que él se lo pidiera, y eso era un desacato a la autoridad, pero su tono respetuoso indicaba que sólo le había movido a hacerla su deseo de evitar problemas a su superior.

—Gracias —dijo Buckland.

Se podía leer en su cara que sostenía una lucha en su interior: que no quería comprometerse demasiado (como si no estuviera ya bastante comprometido) y que por esa razón no quería hablar a los marineros, aunque se daba cuenta de que era necesario hacerlo. Pero mientras más pensaba en ello, le parecía que la necesidad de hacerlo era mayor. Era probable que corrieran rumores por la cubierta inferior y que

los tripulantes, que ya estaban inquietos a causa del comportamiento del capitán, lo estuvieran aún más debido a que no sabían con certeza lo que ocurría actualmente. Era de vital importancia que les hablara claramente y con convicción; sin embargo, mientras mayor era la necesidad de hacerlo, mayor era la responsabilidad que Buckland debía asumir, y, obviamente, estaba atrapado entre esas dos terribles fuerzas.

—¿Quiere que se reúnan todos los marineros, señor? —preguntó Hornblower de repente, en voz baja.

—Sí —respondió Buckland, tomando al fin una decisión.

—Adelante, señor Wellard —dijo Hornblower.

Bush había observado cómo Hornblower miraba a Wellard cuando le habló. Podría pensarse que la expresión de sus ojos indicaba lo mismo que la de cualquier oficial que ordenara a otro hacer algo rápidamente, antes de que su superior cambiara de idea, y eso es lo que pensaría alguien nuevo en la Armada; pero Bush, a quien el cansancio y la preocupación habían vuelto clarividente, pensaba que indicaba otra cosa. Creía que Hornblower había tranquilizado a Wellard, quien tenía la cara pálida y también estaba muy cansado y preocupado. Creía que le habría dicho que cierto secreto estaba bien guardado.

—Sí, señor —dijo Wellard y se fue.

Se oyeron pitidos por todo el navío.

—¡Todos los marineros reúnanse detrás del palo mayor! —gritaban los ayudantes del contramaestre—. ¡Todos los marineros! ¡Todos los marineros!

Buckland subió a la cubierta muy nervioso, pero logró serenarse cuando llegó el momento de pasar aquella prueba. Con voz áspera y en un tono que no expresaba nada, dijo a los marineros que el capitán, a consecuencia del accidente que había sufrido y del que seguramente todos habían oído hablar, estaba incapacitado para ejercer el mando en el navío por el momento.

—Pero todos seguiremos cumpliendo con nuestro deber —añadió Buckland, mirando hacia abajo, hacia la fila de rostros vueltos hacia él.

Bush, mirando hacia donde él dirigía la vista, distinguió al condestable interino, el informador del capitán, por su pelo entrecano y su figura rechoncha. Las cosas iban a ser distintas para el señor Hobbs en el futuro, al menos mientras durara la incapacidad del capitán. Bush miró fijamente a Hobbs, preguntándose qué sabía, qué suponía y qué declararía ante un consejo de guerra. Trató de leer el futuro en la cara del viejo marino, pero su clarividencia no le sirvió de nada esta vez. No pudo descubrir nada.

Cuando mandaron a los marineros a dispersarse, hubo ruido y confusión durante unos momentos, mientras los marineros de guardia volvían a sus puestos y los desocupados bajaban a la cubierta inferior. Y en medio de aquella multitud, entre el ruido y la confusión, podía encontrarse el mejor lugar para hablar confidencialmente

y sin ser observado por los demás. Bush cortó el paso a Hornblower junto a una bita próxima al palo mesana y le hizo la pregunta que quería hacerle desde hacía horas, la pregunta de la cual dependían tantas cosas.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Bush.

Los ayudantes del contraamaestre gritaban órdenes mientras los marineros caminaban apresuradamente en todas direcciones. Ellos dos estaban aislados de la multitud de personas que les rodeaban y que sólo se preocupaban por sus propios asuntos, bajo la benéfica luz del sol, la cual daba de lleno en la cara de Hornblower, que estaba justo frente a la de su interlocutor.

—¿Cómo pasó *qué*, señor Bush? —inquirió Hornblower.

—¿Cómo se cayó el capitán por la escotilla?

En cuanto pronunció esas palabras, Bush miró hacia atrás, pues se asustó al pensar que alguien podía oírle. Podrían ahorcarle por haber dicho esas palabras. Cuando volvió la cabeza hacia Hornblower vio que estaba impasible.

—Creo que perdió el equilibrio —respondió en tono inexpresivo, mirando a Bush a los ojos, y luego añadió—: Le ruego que me disculpe, señor, pero tengo que realizar algunas tareas.

Más tarde los oficiales entraron uno a uno en la cabina del capitán para ver con sus propios ojos su maltrecho cuerpo. En la penumbra, Bush sólo pudo ver que en la cabina yacía un enfermo aparentemente muy débil que tenía casi toda la cara cubierta de vendas, apenas podía mover los dedos de una mano y tenía la otra mano metida en un cabestrillo.

—Está bajo los efectos de un narcótico —dijo Clive en la cámara de oficiales—. Tuve que administrarle una gran dosis para poder restablecer la posición del hueso de la nariz, que estaba fracturado.

—Como la nariz es tan grande, pensé que se le había extendido por toda la cara —dijo Lomax rudamente.

La mañana siguiente se oyeron gritos en la cabina del capitán, gritos de dolor y también de horror, y poco después Clive y sus ayudantes salieron de ella sudando y con gesto preocupado. Inmediatamente Clive fue a dar un informe confidencial a Buckland, pero todos los que iban a bordo del navío sabían que el capitán había dado gritos, unos porque los habían oído y otros porque se lo habían dicho quienes los habían oído. Además, los suboficiales hicieron preguntas a los ayudantes del cirujano, y ellos no mantuvieron el hermetismo que Clive intentaba conservar en la cámara de oficiales. No había duda de que el pobre enfermo estaba loco. Llegó al paroxismo de terror cuando trataban de examinar su nariz rota y empezó a dar sacudidas con la fuerza de un loco, y para evitar que eso pudiera afectar a los demás huesos rotos, le envolvieron en un gran pedazo de lona que hacía de camisa de fuerza, dejando fuera solamente su brazo izquierdo. Con el láudano y la extracción de gran

cantidad de sangre lograron que perdiera el conocimiento, pero cuando Bush fue a verle un poco más tarde, estaba consciente otra vez y gemía tanto que inspiraba lástima. Se asustaba cada vez que veía una cara diferente y escondía la suya y se encogía lloriqueando (daba horror ver a un hombre tan corpulento lloriquear como un niño). Le torturaba la idea de que en el mundo que le rodeaba no tenía amigos sino sólo crueles enemigos que le perseguían constantemente, y por eso trataba de aislarse.

—Con frecuencia ocurre que una herida, una quemadura, un golpe o una fractura provocan que un paciente un poco desequilibrado sufra un trastorno mental grave —dijo Clive en tono sentencioso, pensando que mientras más durara la enfermedad del capitán más detalles de ella tendría que dar.

—¿Un poco desequilibrado? —preguntó Lomax—. ¿Acaso no hizo levantarse a los infantes de marina en la guardia de media para buscar a unos amotinados en la bodega? Pregunte aquí, al señor Hornblower y al señor Bush, si piensan que estaba un poco desequilibrado. Obligaba a Hornblower a hacer guardia cuatro horas cada cuatro horas, y a Bush, a Roberts y a Buckland a reunirse cada hora durante todo el día, aunque tuvieran que levantarse periódicamente durante la noche. Estaba más loco que una cabra.

Era asombroso ver que muchos hablaban abiertamente en el navío ahora, pues ya no tenían miedo de que alguien contara al capitán lo que decían.

—Al menos ahora podremos hacer trabajar a los tripulantes como buenos marineros —dijo Carberry, el oficial de derrota, en un tono que expresaba satisfacción, una satisfacción compartida por todos los oficiales.

Maniobrar las velas, hacer prácticas de tiro con los cañones, trabajar duro y observar rigurosamente la disciplina contribuirían a que aquellos marineros, que habían adquirido malos hábitos, formaran una excelente tripulación. Era obvio que a Buckland le encantaría conseguirlo y que lo había deseado desde que dejaron atrás Eddystone. Además, enseñar a la tripulación le ayudaba a apartar su mente de los otros problemas que tenía.

Ahora Buckland tenía que asumir otra responsabilidad, y los demás oficiales hablaban de ella abiertamente en su ausencia (Buckland ya estaba tras la barrera de soledad que aislaba al capitán de un barco de guerra). Sólo a Buckland correspondía asumir esa responsabilidad, y los oficiales miraban cómo luchaba por tomar una resolución como si miraran a un boxeador en el cuadrilátero e incluso apostaban sumas a que la lucha tendría un resultado u otro, unos a que Buckland tomaría al fin la decisión más importante de todas, a que declararían al capitán incurable y daría así el último paso para proclamarse capitán del *Renown*, y otros a que no lo haría.

En el escritorio del capitán, guardados bajo llave, se encontraban los papeles donde estaban escritas las órdenes que le había dado la Junta de Jefes del Almirantazgo. Hasta ahora, los ojos del capitán era los únicos que habían visto las

órdenes, y ninguno de los demás hombres que iban a bordo del navío podían deducir en qué consistían. Era posible que fueran órdenes de rutina, por las cuales el *Renown* era enviado a reunirse con la escuadra del almirante Bickerton, pero también era posible que contuvieran algún secreto diplomático que no podía confiarse a un simple teniente. Buckland podía dejar que el navío siguiera navegando con rumbo a Antigua y, cuando llegara allí, descargar la responsabilidad que había asumido en el oficial de más antigüedad que estuviera en la isla. Probablemente habría allí algún capitán de poca antigüedad que pudiera ser autorizado a tomar el mando del *Renown*, leer las órdenes y realizar la misión encomendada al capitán del navío. Pero Buckland también podía leer las órdenes ahora para ver si consistían en resolver algún asunto urgente. Antigua era un lugar apropiado para que hicieran escala los barcos que venían de Inglaterra, pero no lo era desde el punto de vista militar, ya que se encontraba a sotavento de la mayoría de los lugares estratégicos de la zona.

Si Buckland llevaba el navío hasta Antigua y luego tenía que retroceder navegando hacia sotavento, la junta de jefes del Almirantazgo le reprendería, pero si leía las órdenes secretas con la intención de evitar eso, sería reprendido por su atrevimiento. Los otros oficiales sabían que Buckland se encontraba en una situación difícil y se preguntaban cómo la resolvería, pero se alegraban de no estar en su lugar.

Bush y Hornblower estaban uno junto al otro en la toldilla, con las piernas separadas para no perder el equilibrio cuando la cubierta se inclinaba, y miraban hacia el horizonte por el anteojo de sus sextantes. A través de la oscura lente, Bush podía ver la imagen del sol en el espejo. Con mucho cuidado movió el brazo a un lado y a otro, tratando de acercar la imagen al horizonte. Aunque el cabeceo del navío al pasar sobre las grandes olas azules dificultaba su tarea, perseveró y, cuando le pareció que la imagen del sol estaba justamente sobre el horizonte y fijó la parte móvil del sextante. Luego leyó la medición y la anotó. Entonces decidió hacer una concesión a las ideas modernas y, siguiendo el ejemplo de Hornblower, midió la distancia angular desde un punto situado en el lado contrario del horizonte. Se volvió e hizo la medición, y cuando la anotaba, trató de recordar qué tenía que hacer con la mitad de la diferencia entre las dos lecturas y cuál era el error accidental. Miró a su alrededor y vio que Hornblower ya había acabado de hacer las mediciones y esperaba por él.

—Esta altitud es la mayor que he calculado en mi vida —dijo Hornblower—. Nunca había llegado a un punto tan cercano al sur como éste. ¿Qué resultado ha obtenido?

Ambos compararon las lecturas.

—Son casi exactas —dijo Hornblower—. ¿Qué problemas tuvo?

—Bueno, puedo medir la altura del sol sin dificultad —dijo Bush—, pero me es difícil hacer los cálculos y esas malditas correcciones.

Hornblower enarcó una ceja. Estaba acostumbrado a hacer esas mediciones y a calcular la posición del navío cada mediodía, y lo hacía para no perder la práctica. Sabía que era difícil medir con precisión la distancia angular en un barco en movimiento y que también podía serlo en muchas otras circunstancias, pero le costaba creer que a alguien le fueran difíciles las operaciones matemáticas subsiguientes. Le parecían tan simples que cuando Bush le había pedido que hiciera las mediciones de mediodía con él para conseguir realizarlas mejor, supuso que sólo le era difícil la parte mecánica del procedimiento, el uso del sextante. No obstante, ocultó su asombro para no ser descortés.

—Son muy fáciles... —dijo y enseguida añadió—: Señor.

Era un hombre inteligente y no quería demostrar a un oficial de más antigüedad que era más hábil que él. Pensó muy bien lo que iba a decir a continuación.

—Si me acompaña a mi cabina, señor, podría comprobar mis cálculos.

Bush escuchó atentamente las explicaciones de Hornblower. Por el momento entendía el problema perfectamente bien, pero sabía por experiencia que al día siguiente volvería a confundirse (había logrado aprobar el examen de teniente gracias a algunas lecturas de última hora y a sus dotes de marino, no por sus conocimientos de náutica).

—Ahora podemos indicar aquí la posición del navío —dijo Hornblower, inclinándose sobre la carta marina.

Bush observó cómo los hábiles dedos de Hornblower movían las reglas paralelamente por la carta marina. Las manos de Hornblower eran huesudas, pero tenían cierta gracia, y era asombroso verlas hacer un trabajo con tanta agilidad. Un momento después cogió un lápiz entre sus fuertes dedos y trazó una línea recta.

—Éste es el punto de intercepción —dijo Hornblower—. Ahora podemos comprobar la estima^[3].

Para indicar la posición del navío, según la estima basada en datos obtenidos el día anterior al mediodía, era necesario dar unos pasos muy sencillos, que incluso Bush podía seguir. El lápiz sostenido por los fuertes dedos de Hornblower hizo una pequeña x en la carta marina.

—Todavía navegamos con rumbo sur, como puede ver —dijo Hornblower—. Todavía no hemos avanzado hacia el este lo bastante para que la corriente del golfo nos empuje hacia el norte.

—¿No dijo usted que nunca había navegado por estas aguas? —preguntó Bush.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo...? ¡Ah, seguramente ha estudiado eso!

A Bush le parecía tan extraño que a través de la lectura un hombre pudiera prepararse de antemano para enfrentarse a algo desconocido como a Hornblower que un hombre tuviera dificultades con las matemáticas.

—El caso es que estamos aquí —dijo Hornblower, dando ligeros golpes con el lápiz en la carta marina.

—Sí —dijo Bush.

Ambos miraron la carta marina pensando lo mismo.

—¿Qué cree usted que hará el primer oficial? —inquirió Bush.

Legalmente, Buckland estaba al mando del navío, pero era demasiado pronto para llamarle capitán. El capitán seguía siendo aquel hombre que yacía en el coy de su cabina envuelto en un gran pedazo de lona y lloriqueando.

—No sé —contestó Hornblower—, pero o se decide ahora o nunca. A partir de ahora la proa del navío se acercará cada día más a sotavento, ¿sabe?

—¿Qué haría *usted*?

Bush tenía curiosidad por saber lo que pensaba aquel teniente de menos antigüedad que él que había demostrado ser muy listo y discreto.

—Yo leería las órdenes —respondió Hornblower inmediatamente—. Prefiero tener problemas por hacer algo que por no hacer nada.

—Yo no sé lo que haría —dijo Bush, pensando que era más probable que un oficial fuera juzgado por un consejo de guerra si realizaba una acción que si dejaba de hacerla.

—Tal vez por esas órdenes podríamos llevar a cabo una misión independiente —dijo Hornblower—. ¡Y Buckland tendrá una excelente ocasión de destacar!

—Sí —dijo Bush.

Era evidente el entusiasmo de Hornblower. Si alguien deseaba con vehemencia realizar una misión independientemente de otros y, por tanto, tener la ocasión de destacar, ese era Hornblower. Bush, después de reflexionar unos momentos, comprendió que no deseaba contraer la responsabilidad de tener el mando de un navío de guerra en aguas turbulentas. Miró a Hornblower con curiosidad y se dio cuenta de que su curiosidad por conocerle era cada vez mayor. Hornblower era un hombre que siempre estaba preparado para dar un paso atrevido, que prefería la acción a la inacción, que tenía muchos conocimientos teóricos de su profesión, pero también mucha práctica en navegar, como Bush había podido observar muchas veces. Era un estudioso y a la vez un hombre de acción; era impetuoso y a la vez discreto. Bush recordaba con qué tacto obró durante la crisis posterior al accidente del capitán y con qué habilidad guió a Buckland.

Pero ¿cuál era la verdadera causa del accidente del capitán? Bush miró inquisitivamente a Hornblower cuando pensó eso. Aunque por su mente pasó una serie de vagas ideas encadenadas por las que se llegaba a conclusiones equiparables a los significados de las palabras «motivo» y «oportunidad», esas palabras no llegaron a formarse (en el tipo de mente que tenía esto no solía ocurrir). Deseaba preguntarle de nuevo lo que le había preguntado una vez, pero si lo hacía, la respuesta que

probablemente recibirla y que merecía recibir sería la denegación de una respuesta. Hornblower se encontraba en una posición segura, y Bush tenía la certeza de que no la abandonaría por falta de paciencia o de discreción. Bush observó su rostro delgado y alegre y sus largos dedos, que daban ligeros golpes en la carta marina. Era ilógico e inusual que un oficial como Bush profesara admiración o guardara respeto a Hornblower, que no sólo tenía dos años menos que él, algo que no tenía importancia, sino que también era un teniente de menos antigüedad, es decir, que la fecha de su nombramiento era distinta a la del suyo, algo que sí tenía importancia, pues según la tradición de la Armada, un oficial no debía guardar respeto a otro de categoría inferior. Si lo hacía, su comportamiento sería muy distinto de lo acostumbrado y parecería provocado por las ideas igualitarias de los franceses, contra las que debía luchar. Bush pensó que se había contagiado de ideas revolucionarias, sintió una gran angustia y se movió nerviosamente en el asiento tratando de apartarlas de su mente, pero no lo consiguió.

—Voy a quitar estas cosas de aquí —dijo Hornblower, poniéndose de pie—. Tengo que reunirme con los marineros de mi brigada cuando acaben de comer para hacer prácticas de tiro con los cañones de la cubierta inferior y después tengo que hacer guardia. Estoy encargado de la guardia de primer cuartillo.

CAPÍTULO 6



Después de asegurar los cañones, los sudorosos marineros subieron uno tras otro a la cubierta. Hacía mucho calor en la cubierta inferior, incluso con las portas abiertas para hacer las prácticas de tiro, pues el *Renown* estaba ahora a 30° de latitud norte, y, además, habían realizado repetidamente la dura tarea el sacar y guardar los cañones. Hornblower había hecho trabajar muy duro a los ciento ochenta hombres de su brigada, y ellos subieron a la cubierta, para ver la luz del sol y refrescarse con los vientos alisios, donde fueron recibidos con inocentes bromas por los demás marineros, que no habían trabajado tan duro pero sabían que pronto les llegaría su turno.

Los marineros que acababan de disparar los cañones se enjugaron el sudor de la frente y respondieron a sus torturadores con bromas tan punzantes como los trozos de pedernal que había en la cubierta de la que salían. Los oficiales estaban contentos de que todos los marineros estuvieran de tan buen humor y de que hubiera armonía entre ellos. En los tres días transcurridos desde que el capitán había sido relevado de su cargo, el ambiente del navío se había vuelto muy agradable, pues desaparecieron la desconfianza y el miedo, y los tripulantes, después de haber estado malhumorados un breve período, se dieron cuenta de que hacer ejercicio y trabajar con regularidad era estimulante y satisfactorio.

Hornblower, chorreando sudor, fue hasta la popa y, tocándose el sombrero con la mano, saludó a Roberts, el oficial de guardia, que estaba hablando con Bush en el saltillo de la toldilla. Entonces hizo una extraña petición y Roberts y Bush se miraron sorprendidos.

—Pero, ¿cómo quedará la cubierta, señor Hornblower? —inquirió Roberts.

—Un marinero puede secarla en dos minutos, señor —respondió Hornblower mientras se enjugaba el sudor de la cara; dirigió la vista fuera de la borda y miró las azules aguas con tal ansia que podía advertirla incluso quien no fuera observador—. Aún faltan quince minutos para que le releve a usted, señor.

—Muy bien, señor Hornblower.

—Gracias, señor —dijo Hornblower y, después de tocarse el sombrero otra vez, se volvió y se alejó rápidamente mientras Roberts y Bush se miraban divertidos y asombrados a la vez.

—¡Encargado del combés! ¡Encargado del combés!

—¿Señor?

—Coloque ahora mismo la bomba de limpiar la cubierta aquí.

—¿Que coloque la bomba de limpiar la cubierta aquí, señor?

—Sí. Y traiga a cuatro marineros para que muevan la palanca y a uno para que sujete la manguera. ¡Deprisa! Volveré dentro de dos minutos.

—Sí, señor.

El encargado del combés obedeció la extraña orden en cuanto le vio volverse y empezar a alejarse. Hornblower, cumpliendo su palabra, regresó dos minutos después, pero no estaba vestido sino envuelto en una toalla que sólo cubría parte de su cuerpo. Eso era muy raro.

—Empiecen —ordenó a los marineros que estaban junto a la palanca.

A los marineros les había extrañado todo eso, pero obedecieron la orden y movieron la palanca alternándose dos y dos. Arriba y abajo... Arriba y abajo... Clic, clic... El marinero que sujetaba la manguera la sentía moverse a medida que subía por ella el agua que llegaba desde el otro lado de la borda. Poco después salió de la manguera un chorro de agua transparente.

—Dirija el chorro hacia mí —ordenó Hornblower.

Entonces tiró la toalla y se quedó desnudo a la luz del sol. El marinero vaciló.

—¡Rápido!

El marinero, más extrañado todavía, dirigió el chorro hacia su superior, que giró hacia un lado y luego hacia otro mientras el agua le caía encima. Un gran número de marineros se habían agrupado a su alrededor y les miraban divertidos.

—¡Bombeen bastardos! —gritó Hornblower.

Los marineros que movían la palanca se apresuraron a obedecerle y, con una amplia sonrisa, la movieron con tanta fuerza que cuando bajaba los pies se les separaban de la cubierta, y un momento después empezó a salir un chorro muy fuerte por la manguera. Hornblower seguía girando hacia un lado y hacia otro sintiendo los pinchazos que el impacto del agua le producía y con el rostro crispado por un doloroso éxtasis.

Buckland había permanecido junto al coronamiento mirando la estela del navío y abstraído en sus meditaciones, pero el ruido de la bomba llamó su atención. Entonces avanzó hasta donde estaban Roberts y Bush para ver el extraño espectáculo.

—Hornblower hace cosas raras —dijo, pero sonrió al decirlo, aunque su sonrisa era triste ya que su gesto expresaba la angustia que sentía desde hacía algún tiempo.

—Parece que disfruta con esto —dijo Bush.

Bush miraba atentamente a Hornblower girar bajo el chorro de agua cristalina. De repente sintió picazón por la parte de su cuerpo cubierta por la camisa y la gruesa chaqueta de uniforme, y pensó que sería placentero bañarse con un chorro de agua como ése, aunque no fuera bueno para la salud.

—¡Dejen de bombear! —gritó Hornblower—. ¡Dejen de bombear!

Los marineros dejaron de mover la palanca de la bomba, y el chorro de agua que salía por la manguera se redujo a unas cuantas gotas, y las gotas a nada.

—¡Encargado del combés! Ate la bomba y ordene que sequen la cubierta con los lampazos.

—Sí, señor.

Hornblower cogió la toalla y empezó a correr en dirección a la popa. Miró hacia arriba, hacia el grupo de oficiales, y en su rostro apareció una sonrisa que revelaba su alegría.

—No sé si esto es bueno para la disciplina —dijo Roberts cuando Hornblower desapareció, y luego, con tardía prudencia, añadió—: Pero creo que no la afecta.

—Eso creo yo —dijo Buckland—. Espero que no le haya producido fiebre haberse quitado el sudor así.

—No parecía tener fiebre, señor —dijo Bush.

Bush recordaba la sonrisa de Hornblower y pensó que estaba en concordancia con el entusiasmo que mostró cuando ambos hablaban de lo que Buckland debía hacer en el dilema en que se encontraba.

—Faltan diez minutos para las ocho campanadas, señor —informó el suboficial de guardia.

—Muy bien —dijo Roberts.

La parte de la cubierta que se había mojado ya estaba casi seca, y desde ella subía el vapor porque el sol, todavía ardiente a las cuatro de la tarde, le daba de lleno.

—Llame a los hombres de guardia —ordenó Roberts.

Hornblower llegó corriendo al alcázar con el telescopio. Debía de haberse puesto la ropa con la misma rapidez con que realizaba todas sus acciones. Saludó a los oficiales tocándose el sombrero y se quedó allí de pie para relevar a Roberts.

—¿Le ha refrescado el baño? —preguntó Buckland.

—Sí, señor, gracias.

Bush miró a ambos, al oficial más viejo, el preocupado primer oficial, y al más joven, el teniente que era el quinto de a bordo, y notó que el más viejo envidiaba la juventud del más joven. Estaba aprendiendo algo sobre la personalidad. Nunca sería capaz de hacer una tabla con el resultado de sus observaciones y nunca se le ocurriría hacerla, pero podía aprender sin necesidad de ello. Los conocimientos adquiridos por su capacidad de observación, sumados a los adquiridos por su natural agudeza, le permitían formarse juicios aunque era demasiado discreto para hacer averiguaciones. Ahora sabía que los oficiales de marina (no sabía casi nada de los hombres que no eran marinos) podían dividirse en activos y pasivos, en los que estaban deseosos de entablar un combate y los que sólo lo entablaban cuando se veían obligados a ello. Y antes había aprendido que, según una clasificación más sencilla, podían dividirse en competentes y torpes, y también en inteligentes y estúpidos (esta división no era igual a la anterior, pero era muy parecida). También sabía que había oficiales que siempre actuaban rápido y correctamente en un caso de emergencia y oficiales que no

actuaban así (la línea divisoria tampoco coincidía con la que separaba las dos clases anteriores), y que había oficiales discretos e indiscretos, pacientes e impacientes, ecuanímenes e impresionables. En algunos casos Bush tenía que luchar por que sus perjuicios no influyeran en su opinión, pues tendía a encontrar en los oficiales defectos como falta de inteligencia, de ideas originales y de combatividad cuando carecían de otras cualidades deseables. Pero la diferencia más notable entre unos y otros oficiales, por lo que Bush había podido observar en los diez largos años que llevaban haciendo la guerra, estribaba en que unos eran aptos para dirigir y otros para ser dirigidos, aunque Bush tampoco era capaz de explicar con palabras esta diferencia, ni de manera sucinta como ésta ni con minuciosidad. Bush percibía esta diferencia aunque no podía definirla. En un rincón de su mente apareció el recuerdo de esa diferencia mientras miraba a Buckland y Hornblower, que estaban conversando en el alcázar. Había terminado la guardia de tarde y había empezado la guardia de primer cuartillo, de la que Hornblower estaba encargado. Generalmente, ése era un período de relajación. Como a esa hora el calor del día había disminuido, los marineros se reunían en la proa, algunos para mirar los delfines que saltaban cerca de ella, y los oficiales que habían estado dormitando en su cabina durante las primeras horas de la tarde subían a la cubierta a tomar el aire y paseaban por el alcázar en pequeños grupos, conversando animadamente.

Un navío de guerra que iba a realizar una misión era el lugar más lleno de gente del mundo (más lleno que una de las ruinosas casas del barrio pobre de Seven Dials), pero, con los años, los hombres que iban a bordo de cualquiera de esos navíos se acostumbraban a vivir en esas condiciones, que eran realmente difíciles. En la proa unos marineros contaban historias; otros jugaban a perseguirse en la jarcia; otros, a quienes gustaba estar solos, se habían apropiado de un pedazo de la superficie de la cubierta de una yarda cuadrada, se habían sentado allí con algunos materiales y herramientas y tallaban huesos de ballena o pedazos de madera o bordaban, ajenos a todo lo que pasaba a su alrededor. Entretanto, en la popa, los oficiales que llenaban el alcázar caminaban por él en pequeños grupos mientras conversaban, evitando instintivamente chocar con los demás.

Siguiendo la tradición de la Armada, esos grupos tenían que ceder el lado de barlovento del alcázar a Buckland cuando llegaba a él, y tenían que mantenerse lejos de ese lado mientras permaneciera allí. Esa tarde parecía que Buckland tenía intención de quedarse allí mucho tiempo. Buckland conversaba animadamente con Hornblower mientras ambos iban de una punta a otra de la fila de carronadas del alcázar, avanzando ocho yardas primero y retrocediendo ocho yardas después. Desde hacía tiempo los miembros de la Armada se habían dado cuenta de que a pesar de que el espacio por donde podían caminar era limitado, no era necesario interrumpir su conversación en los frecuentes giros que forzosamente tenían que hacer. Cuando dos

oficiales llegaban al límite de ese espacio, se volvían de modo que ambos estaban frente a frente durante unos segundos, y, sin interrumpir en ningún momento su conversación, seguían caminando con las manos cogidas detrás de la espalda, como hacían desde que eran guardiamarinas, pues entonces les enseñaron que no debían ponerse las manos en los bolsillos.

Así caminaban Buckland y Hornblower, y los demás oficiales les miraban con curiosidad, pues, aunque aquélla era una tarde dorada, el mar tenía un intenso color azul y el sol descendía por estribor anunciando un magnífico crepúsculo, todos recordaban que en la cabina que estaba justo bajo sus pies yacía un hombre demente, medio envuelto en una especie de camisa de fuerza, y que Buckland tenía que decidir qué hacer con él. Buckland y Hornblower caminaban de un extremo a otro, de un extremo a otro. Parecía que Hornblower trataba a Buckland con el respeto de siempre y que Buckland le estaba haciendo preguntas y obtenía algunas respuestas inesperadas, pues de vez en cuando se detenía antes de terminar de girar, cuando estaba frente a frente a Hornblower, y, aparentemente, repetía la pregunta. Hornblower parecía tener equilibrio, tanto considerando el sentido propio del término como el sentido figurado. Hablaba con seguridad, pero con respeto a Buckland, observando su rostro pálido y delgado iluminado por el sol.

Tal vez había sido la fortuna la que había hecho a Hornblower tomar la decisión de bañarse con el chorro de agua de la bomba de limpiar la cubierta, pues esta conversación empezó a propósito de ese acontecimiento.

—¿Qué es esto, una reunión para hacer una declaración de guerra? —preguntó Smith a Bush mientras miraba a los dos tenientes.

—No creo —respondió Bush.

El primer oficial nunca consultaría directamente a un oficial de mucha menos antigüedad sobre ningún asunto, pero podría hacerlo indirectamente, conversando sobre diferentes temas.

—No me diga que están hablando de la emancipación de los católicos —dijo Lomax.

Bush, sintiéndose culpable de estar cometiendo una falta, pensó que tal vez estaban hablando de otra cosa, de cómo se había caído el capitán por la escotilla, y automáticamente buscó a Wellard a su alrededor con la vista. Wellard estaba jugando a perseguirse en la jarcia con los otros guardiamarinas y los ayudantes del oficial de derrota y no parecía preocuparle nada en el mundo. Pero tal vez Buckland y Hornblower no estaban hablando de eso. Por sus ademanes, parecía que hablaban de conocimientos teóricos, no de hechos.

—Bueno, ya han terminado —dijo Smith.

Hornblower saludaba a Buckland tocándose el sombrero y Buckland se volvió para bajar a la cabina otra vez. Algunos curiosos clavaron sus ojos en Hornblower

cuando se quedó solo, y en cuanto él se dio cuenta de que le miraban, se acercó a ellos.

—¿Asuntos de estado? —preguntó Lomax.

Ésa era la pregunta que todos querían hacer.

—No —respondió Hornblower mirándole a los ojos y sonriendo.

—Parecía que hablaban de asuntos importantes —dijo Smith.

—Depende de lo que entienda por eso —dijo Hornblower.

Todavía estaba sonriendo, pero su gesto no traslucía lo que pensaba. Sería una falta de cortesía seguir presionándole. Era posible que hubiera estado hablando de asuntos privados con Buckland. Nadie podía saberlo por su gesto.

—¡Bajen de la batayola! —gritó Hornblower.

Los guardiamarinas que jugaban a perseguirse no habían infringido ninguna de las normas por las que se regían en el navío, pero en ese momento era conveniente desviar la conversación.

Sonaron tres campanadas. Habían transcurrido tres cuartas partes de la guardia de primer cuartillo.

—¡Señor Roberts! —gritó el centinela que vigilaba la mecha de combustión lenta cerca de la escotilla—. ¡Llaman al señor Roberts!

Roberts se volvió.

—¿Quién me llama? —preguntó, aunque, puesto que el capitán estaba enfermo, solamente había un hombre que podía llamar al segundo oficial.

—¡El señor Buckland, señor! ¡Le llama el señor Buckland!

—Muy bien —dijo Roberts y bajó rápidamente la escala de toldilla.

Los otros oficiales se miraron unos a otros. Ése podría ser el momento decisivo. Pero, por otra parte, era posible que le hubieran llamado por una cuestión rutinaria. Hornblower aprovechó que los demás estaban distraídos para separarse de ellos y seguir dando paseos por el lado de barlovento del navío. Caminaba con la barbilla casi pegada al pecho, como si tratara de contrarrestar con la cabeza la fuerza de las manos, que tenía tras la espalda. A Bush le pareció que estaba muy cansado.

Entonces se oyó otro grito abajo y el centinela que estaba junto a la escotilla lo repitió:

—¡Señor Clive! ¡Llaman al señor Clive! ¡El señor Buckland llama al señor Clive!

—¡Oh, oh! —exclamó Lomax en tono enfático cuando el cirujano se apresuró a bajar.

—Algo pasa —dijo Carberry, el oficial de derrota.

El tiempo pasaba, pero ni el segundo oficial ni el cirujano regresaban. Smith, que tenía bajo el brazo el telescopio, el signo que indicaba el puesto que iba a ocupar temporalmente, saludó a Hornblower tocándose el sombrero y se preparó para relevarle, pues era el oficial encargado de la guardia de segundo cuartillo. Por el este

el cielo se oscurecía y por la aleta de babor se ponía el sol, rodeado de un hermoso halo rojo y dorado. La superficie del mar desde el navío hasta donde estaba el sol tenía reflejos dorados, salvo la parte más próxima al costado, que se había puesto de color púrpura. Un pez volador atravesó la superficie y luego siguió nadando por ella mientras dejaba tras sí una momentánea estela, como una hendidura en una capa de esmalte.

—¡Mire! —dijo Hornblower a Bush.

—Es un pez volador —dijo Bush en tono indiferente.

—¡Sí! ¡Y ahí hay otro!

Hornblower se inclinó sobre la borda para verlos mejor.

—Podrá ver muchos antes que acabe el viaje —dijo Bush.

—¡Pero yo nunca había visto uno!

Fue curioso el cambio de expresión de Hornblower. Tenía una expresión de asombro y puso una expresión indiferente un momento después, con la rapidez con que un hombre se pone un guante. Aunque había navegado por varios mares desde que era miembro de la Armada, sólo lo había hecho por mares europeos. Había pasado varios años a bordo de una fragata realizando peligrosas tareas cerca de las costas de España y Francia, dos años a bordo del *Renown* junto con la escuadra en el canal de la Mancha, y estaba deseoso de ver las cosas nuevas que encontraría en aguas tropicales. Pero ahora hablaba con un hombre para el que esas cosas no eran nuevas y que no sentía emoción al ver el primer pez volador que aparecía durante el viaje. Hornblower estaba decidido a que nadie le superara en capacidad de conservar la serenidad y dominarse. Si Bush no se emocionaba al ver las maravillas de los mares, tampoco Hornblower iba a entusiasmarse como un niño con ellas, o al menos evitaría demostrarlo si podía. Hornblower era un veterano de la Armada y no quería parecer un novato.

En la penumbra, Bush pudo ver que Roberts y Clive terminaban de subir la escala y se volvió hacia ellos. De todas partes del alcázar se les acercaron oficiales para oír lo que iban a contar.

—¿Y bien, señor? —preguntó Lomax.

—Lo ha hecho —dijo Roberts.

—¿Ha leído las órdenes secretas, señor? —inquirió Smith.

—Pues... sí.

—¡Oh!

Hubo una pausa antes de que alguien hiciera la inevitable y estúpida pregunta.

—¿En qué consisten?

—Son órdenes secretas —dijo Roberts, usando un tono pomposo, posiblemente para compensar el hecho de que no sabía cuáles eran o porque ahora, como segundo de a bordo, tenía más categoría—. Aunque el señor Buckland me las hubiera

confiado, no podría decirle cuáles son.

—Es cierto —dijo Carberry.

—¿Qué hizo el capitán? —inquirió Lomax.

—¡Pobre hombre! —exclamó Clive, y al ver que todos le prestaban atención, habló abiertamente—: ¡Parecía que en vez de vernos a nosotros veía a un grupo de demonios! ¡Quisiera que hubieran visto cómo se asustó cuando entramos! El miedo que siente es morboso y cada vez más intenso.

Clive esperaba que le pidieran más información, y a pesar de que no le hicieron ninguna pregunta, siguió contando lo que había pasado.

—Tuvimos que buscar la llave de su escritorio. Por el modo en que lloraba y trataba de ocultarse de nosotros, cualquiera habría pensado que íbamos a cortarle el cuello. Ese pobre hombre está torturado por una gran pena y un miedo terrible.

—¿Pero encontraron la llave? —preguntó Lomax.

—La encontramos y enseguida abrimos el escritorio.

—¿Y después?

—El señor Buckland encontró las órdenes. Estaban, como suelen estar, en un sobre de lino con el sello del Almirantazgo. Pero el sobre ya había sido abierto.

—¡Naturalmente! —exclamó Lomax—. ¿Y bien?

—Ahora... —dijo Clive, consciente de que había llegado al anticlímax—. Ahora supongo que las estará leyendo.

—Y nosotros no sabemos más que antes.

La decepción dio lugar a una pausa.

—¡Maldita sea! —exclamó Carberry—. Estamos en guerra desde 1793, desde hace casi diez años... ¿De verdad creen que podemos saber lo que nos espera? Hoy vamos a las Antillas, mañana a Halifax... Obedecemos órdenes: ¡Timón a estribor! ¡Largar las velas y bracear! Y a veces nos llenamos las barrigas con vino o champán en un barco capturado. ¿Qué importa lo que hagamos? Pase lo que pase, ganamos cuatro chelines diarios.

—¡Señor Carberry! —gritó alguien bajo la cubierta—. ¡El señor Buckland llama al señor Carberry!

—¡Maldita sea! —exclamó otra vez el señor Carberry.

—Ahora va usted a ganar los cuatro chelines de hoy —dijo Lomax.

Pero cuando habló, Carberry ya estaba de espaldas a él y empezaba a bajar la escala.

—Habrá cambio de rumbo, por supuesto —dijo Smith—. Me apuesto la paga de una semana a que lo hay.

—No acepto la apuesta —dijo Roberts.

Eso era muy probable, pues Carberry era el oficial de derrota, el encargado de trazar la ruta del navío.

Era casi de noche, y ya había tan poca luz que los rasgos de los oficiales que estaban conversando no se distinguían con claridad, aunque por el oeste aún se veía sobre el horizonte una franja de color rojo intenso y sobre las negras aguas otra de color rojo claro, que parecía moverse hacia el navío. Ya estaban encendidas las luces de la bitácora y podían verse en lo alto del oscuro cielo las estrellas más brillantes, que los topes de los mástiles parecían rozar cuando el navío cabeceaba. Sonó la campana del navío, pero, aparentemente, los oficiales que formaban aquel grupo no tenían intención de dispersarse. Poco después su curiosidad aumentó, pues vieron que Buckland y Carberry llegaban a la parte superior de la escala. Entonces se echaron a un lado para dejarles pasar.

—¡Oficial de guardia! —gritó Buckland.

—¡Señor! —dijo Smith, avanzando en la oscuridad.

—Cambiamos el rumbo treinta grados. Navegaremos con rumbo sureste.

—Sí, señor. Rumbo sureste. Señor Abbott, ordene a los marineros tirar de las brazas.

El *Renown* viró para tomar el nuevo rumbo, hacia el que se dirigiría con el viento por la aleta de babor y las velas amuradas hacia ese costado. Carberry se acercó a la bitácora y miró hacia el interior para comprobar si el timonel cumplía rigurosamente sus órdenes.

—¡Otro tirón a la braza de barlovento de la trinquete! —gritó Smith—. ¡Amarrar! El ruido que iba aparejado al cambio de rumbo cesó.

—Rumbo sureste, señor —informó Smith.

—Muy bien, señor Smith —dijo Buckland, que estaba cerca del coronamiento.

—Perdone, señor, pero, ¿podría decirnos cuál es nuestra misión? —se atrevió a preguntar Roberts a Buckland, mirando su silueta en la oscuridad.

—No, señor Roberts. Todavía tengo que mantener en secreto nuestra misión.

—Muy bien, señor.

—Pero puedo decirle adónde nos dirigimos. El señor Carberry ya lo sabe.

—¿Adónde, señor?

—A la isla de Santo Domingo, y concretamente a la bahía Escocesa.

Hubo una pausa en la que pensaron detenidamente en la información recibida.

—Santo Domingo —dijo alguien en actitud pensativa.

—Española —dijo Carberry, por si eso servía de aclaración.

—Haití —dijo Hornblower.

—Santo Domingo o Española o Haití —dijo Carberry—. Tres nombres para la misma isla.

—¡Haití! —exclamó Roberts como si de repente hubiera recordado algo—. ¡Ahí es donde los negros se han rebelado!

—Sí —dijo Buckland.

Todos se dieron cuenta de que Buckland había hablado con desgana y pensaron que el motivo podía ser que aún persistía la difícil situación política provocada por los negros, o que tenía miedo de que el capitán aún tuviera fuerzas suficientes para volver a mandar en el navío.

CAPÍTULO 7



El teniente Buckland, que estaba provisionalmente al mando del navío de setenta y cuatro cañones *Renown*, se encontraba en el alcázar mirando por el telescopio las montañas de Santo Domingo. El navío estaba en facha y se balanceaba de una forma inusual que causaba una desagradable impresión, pues las largas olas que los vientos alisios del noreste formaban en el Atlántico pasaban por debajo de la quilla mientras llegaban por la proa las últimas ráfagas del terral, que soplaba desde medianoche y había comenzado a amainar desde que el ardiente sol empezó a calentar la isla otra vez. El *Renown* oscilaba de tal modo que parecía que iba a volcar, ya que las portas de los costados se sumergían en el agua, y como el viento que soplaba apenas tenía intensidad suficiente para formar las olas, no lograba enderezarla, a pesar de que tenía la sobremesana orientada hacia la parte de donde venía. Se inclinaba hacia un lado hasta que los cabos de los motones que mantenían los cañones en su posición se ponían tan tensos que crujían, hasta que la cubierta estaba tan ladeada que era casi imposible mantener el equilibrio. Se quedaba así varios horribles segundos y luego se enderezaba lentamente, pero no se detenía cuando ya estaba derecha y tenía la cubierta horizontal sino que se inclinaba hacia el otro lado con una rapidez vertiginosa, entre los chasquidos y el sonido metálico de los aparejos, hasta que los cabos de los motones crujían, y después permanecía inmóvil allí hasta que una ola pasaba por debajo de la quilla, y entonces repetía el mismo movimiento. Mientras tanto los tripulantes poco cautelosos resbalaban.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Hornblower, agarrándose a una cabilla del cabillero que rodeaba el palo mesana para evitar resbalar por la cubierta e introducirse en un imbornal—. ¿Por qué no se decide ya?

Bush notó algo en la mirada de Hornblower que le hizo mirarle con más atención.

—¿Está mareado? —preguntó con curiosidad.

—¿Quién no? —dijo Hornblower—. ¡Cómo se balancea!

Bush tenía el estómago de piedra y nunca había tenido ni una sola arcada, pero sabía que otros hombres eran menos afortunados y se mareaban incluso después de llevar semanas navegando, sobre todo cuando el movimiento de los navíos cambiaba. Aquel lúgubre balanceo era muy distinto al movimiento que el *Renown* tenían cuando navegaba.

—Buckland tiene que reconocer la costa —dijo para consolar a Hornblower.

—¿Qué más quiere ver? —preguntó Hornblower, malhumorado—. En esa fortaleza está la bandera española. Ya todos los que están en tierra saben que hay un navío de línea merodeando por aquí, y los españoles no necesitan ser muy

inteligentes para saber que no estamos haciendo un viaje de recreo. Los españoles han tenido tiempo, todo el tiempo que necesitaban, para prepararse para recibirnos.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Podía haber ordenado que el navío se aproximara a la costa en la oscuridad, aprovechando la brisa marina, con varios destacamentos de desembarco preparados, y que los destacamentos desembarcaran al amanecer. Así habría atacado la fortaleza antes que los que están en ella hubieran advertido el peligro. ¡Oh, Dios mío!

Esa exclamación no tenía ninguna relación con lo que Hornblower había dicho antes. Hornblower la había hecho porque se le había revuelto el estómago. Aunque estaba bronceado, las mejillas se le habían puesto verdosas a causa del mareo.

—Mala suerte —dijo Bush.

Buckland trataba de mantener el telescopio dirigido hacia la costa a pesar del balanceo del navío. Aquella era la bahía Escocesa. Al oeste había una playa, y cuando las olas rompían en ella, la espuma color crema llegaba hasta muy lejos y luego regresaba despacio a la orilla del mar; al este, justo a la orilla de las azules aguas, había una cadena de montañas rocosas con árboles en la cima, y cuando las olas rompían en ellas, formaban capas de agua y espuma que las cubrían hasta una gran altura y luego descendían y formaban una franja blanca. Esas montañas se extendían por el litoral a lo largo de treinta millas, casi exactamente de este a oeste, y formaban la península Samaná, que terminaba en el cabo Samaná. Según las cartas marinas, la península sólo tenía diez millas de ancho y al otro lado del cabo se encontraba la bahía Samaná, que estaba muy próxima al canal de la Mona. La bahía era un lugar muy apropiado para que fondearan en él barcos corsarios y pequeños barcos de guerra, pues allí estaban protegidos por la fortaleza de la península Samaná y desde allí podían pasar fácilmente al canal de la Mona para atacar los convoyes que lo cruzaban al llegar o salir de la Antillas. El capitán del *Renown* había recibido orden de acabar con los barcos que había en aquella guarida antes de seguir navegando hacia sotavento, en dirección a Jamaica, y todos los tripulantes se lo imaginaban, pero ahora que había llegado el momento de enfrentarse a ese problema, Buckland no sabía cómo resolverlo. Todos los oficiales que estaban agrupados en el alcázar del *Renown* y le miraban atentamente notaban su indecisión.

De repente la gavia mayor empezó a dar gualdrapazos, produciendo un ruido atronador, y el navío comenzó a virar lentamente la proa hacia alta mar. El terral se había extinguido y los vientos alisios, que soplaban eternamente en el Atlántico, volvieron a dominar sobre él. Buckland guardó el telescopio con alivio. Ésa era una excusa para posponer el ataque.

—¡Señor Roberts!

—¿Señor?

—Vire a babor. ¡Rápido!

—Sí, señor.

Los marineros que hacían guardia en la popa se apresuraron a coger las brazas de la verga mesana y el navío escoró a sotavento. El navío viró poco a poco, a medida que las gavias fueron tomando el viento, y enseguida ganó velocidad. La siguiente ola llegó hasta el navío por la amura de babor, y él la atravesó con rapidez envuelto en la espuma. El susurro del viento entre los tensos aparejos de barlovento se convirtió en un sonido vibrante, que armonizaba con el melodioso sonido que producía el navío al surcar el mar. Otra vez el *Renown* se movía con brío, como si estuviera vivo, no como un cadáver empujado por las olas. Cabeceaba con fuerza y avanzaba con rapidez por la gran presión que ejercían sobre él los vientos alisios, y mientras tanto dejaba tras sí una estela color crema en las azules aguas y las olas pasaban ruidosamente por debajo de su proa.

—¿Se siente mejor? —preguntó Bush a Hornblower.

—Mejor en parte —respondió Hornblower, mirando las distantes montañas de Santo Domingo—. Quisiera que entabláramos un combate en vez de alejarnos para pensar en ello.

—¡Es usted un tragafuegos! —exclamó Bush.

—¿Yo un tragafuegos? —preguntó Hornblower—. ¡Qué va! ¡Todo lo contrario! Quisiera... Me parece que quiero demasiadas cosas.

Bush pensó con resignación que era difícil entender a algunas personas. Estaba contento de estar bajo la cálida luz del sol ahora, pues el paso del navío a través del viento atenuaba el calor. Si el futuro iba a traer la lucha y el peligro, podía esperar por ellos tranquilamente, y se alegraba de no tener la responsabilidad de Buckland, la responsabilidad de llevar un navío de línea y a sus setecientos veinte tripulantes a entablar un combate. Y pensar en entablar un combate al menos le servía para dejar de pensar en que había un capitán demente bajo la cubierta.

Cuando los oficiales se reunieron en la cámara de oficiales para comer, Bush notó que Hornblower estaba muy nervioso. Buckland les comunicó su intención de coger el toro por los cuernos la mañana siguiente, es decir, doblar el cabo Samaná y adentrarse en la bahía, y dijo que el *Renown* no tendría que disparar muchas andanadas para destruir los barcos que estaban allí fondeados. Bush estaba completamente de acuerdo con su plan. Primero acabarían con los barcos corsarios, quemándolos o hundiéndolos, y luego decidirían lo que iban a hacer después, si creían que debían hacer algo más. Cuando aún estaban reunidos en la cámara de oficiales, Buckland preguntó si algún oficial tenía preguntas que hacer. Smith, sensatamente, pidió información sobre las mareas, y Carberry se la dio. Roberts hizo una o dos preguntas sobre la situación al sur de la bahía. Sin embargo, Hornblower, que estaba sentado en un extremo de la mesa, permaneció en silencio, aunque miraba atentamente a los oficiales que hacían preguntas.

Durante las guardias de cuartillo, Hornblower se paseó de un extremo a otro del alcázar solo, con la cabeza baja como si estuviera meditando y con las manos tras la espalda. Bush advirtió que se retorció los dedos y dudó de su valor. Se preguntó si era posible que aquel joven y enérgico oficial careciera de valor. Esa frase no era suya, sino que la oyó hacía años en algún lugar cuando alguien había hablado maliciosamente, pero prefería usarla a decir claramente a Hornblower que sospechaba que era un cobarde. Bush no era muy tolerante, y en cuanto descubría que un hombre era cobarde, dejaba de relacionarse con él.

Algún tiempo antes de que llegara la mañana siguiente se oyeron pitidos por toda la cubierta y los infantes de marina tocaron redobles en los tambores.

—¡Zafarrancho de combate! ¡Todos a sus puestos! ¡Zafarrancho de combate!

Bush bajó a la cubierta inferior, que era su puesto en las batallas. Tenía a su cargo los diecisiete cañones de veinticuatro libras de la batería de estribor y a todos los hombres que había en la cubierta inferior, y Hornblower tenía a su cargo la batería de babor y estaba a sus órdenes. Los marineros ya estaban retirando los mamparos y quitando las cosas que estorbaban el paso. Un grupo de ayudantes del cirujano atravesaron la cubierta sosteniendo un tablón al que estaba atado un hombre envuelto en una especie de camisa de fuerza, que se retorció a pesar de estar atado y envuelto así, y lloraba lastimosamente. Ese hombre era el capitán, y los ayudantes del cirujano le llevaban a un lugar seguro, a una cubierta situada más abajo, donde se encontraban las cadenas del ancla, porque estaban quitando los mamparos de su cabina. Uno o dos marineros volvieron la cabeza hacia el desdichado, pero Bush les reprendió, pues deseaba poder informar dentro de poco tiempo que la cubierta inferior estaba preparada para el combate.

Hornblower apareció entonces, saludó a Bush tocándose el sombrero y se colocó junto a los cañones que estaban a su cargo para inspeccionarlos. Casi toda la cubierta inferior estaba en penumbra, pues los haces de luz que entraban por las escotillas apenas podían hacer más claras las partes más alejadas de ellas, que estaban pintadas de rojo oscuro. En ese momento, llegaron media docena de grumetes con un cubo de arena cada uno y esparcieron la arena por la cubierta. Bush observó con mucha atención cómo la esparcían, ya que de ella dependía que los artilleros pudieran apoyar firmemente los pies en la cubierta. Ya estaban llenos de agua los cubos que había junto a cada cañón, que servían para dos cosas, para mojar los lampazos con que se limpiaban los cañones y para apagar incendios. Alrededor del palo mayor había más cubos de agua para apagar incendios. En unos recipientes metálicos colocados en ambos costados del navío ardían las mechas de combustión lenta, con las que los jefes de las brigadas de artilleros volvían a encender sus botafuegos si era necesario. Fuego y agua. Los infantes de marina, con su chaqueta escarlata y su bandolera blanca, avanzaban ahora por la cubierta mientras sus chacós rozaban los baos que

sostenían la cubierta superior. El cabo Greenwood apostó a un infante de marina con un mosquete cargado y con la bayoneta calada junto a cada una de las escotillas. Esos hombres tenían el deber de evitar que personas no autorizadas bajaran a la parte del navío que estaba por debajo de la línea de flotación y se refugiaran allí porque era un lugar más seguro. Hobbs, el condestable interino, y sus ayudantes aparecieron en ese momento y enseguida bajaron a la santabárbara. Todos tenían puestas zapatillas de tela para evitar que explotara la pólvora que probablemente se derramaría en la santabárbara durante el combate.

Poco después subieron corriendo los grumetes servidores de la pólvora, cada uno con un cartucho para cada cañón. Los artilleros soltaron las trincas de los cañones, se colocaron junto a los motones en espera de recibir la orden de abrir las portas y sacar los cañones. Bush miró hacia ambos costados. Todos los jefes de las brigadas de artilleros estaban en sus puestos. Al lado de cada cañón de estribor había diez artilleros, y al lado de cada uno de los de babor, cinco (respectivamente el máximo y el mínimo número de artilleros que manejaban los cañones de veinticuatro libras). Bush tenía la responsabilidad de que cada cañón siempre lo manejara un número de artilleros adecuado, fuera cual fuera la batería que disparara. Si las baterías de ambos costados debían disparar al mismo tiempo, tenía que hacer una división justa, y cuando empezaba a haber bajas y comenzaban a quedar inservibles los cañones, tenía que redistribuir a los artilleros. En ese momento los suboficiales informaron a Bush que sus brigadas ya estaban preparadas para la lucha, y él se volvió hacia el guardiamarina que estaba a su lado, cuya tarea era llevar mensajes.

—Señor Abbott, informe al primer oficial que la cubierta inferior está preparada para el combate y pregúntele si debo sacar los cañones ahora.

—Sí, señor.

Un momento antes, había actividad y ruidos en todo el navío, y ahora en la cubierta inferior había calma y silencio casi absoluto, pues sólo se oía el crujido de las cuadernas cuando el navío subía y bajaba rítmicamente. Bush, que estaba de pie junto al palo mayor, se bamboleaba al ritmo del movimiento del navío. El joven Abbott bajó la escala corriendo.

—El señor Buckland le presenta sus respetos, señor, y dice que no saque los cañones todavía.

—Muy bien.

Hornblower estaba lejos de allí, en la popa, justo al final de la fila de motones. Se había vuelto hacia atrás para oír el mensaje que traía Abbott, y ahora se volvía otra vez hacia delante. Bush vio que separaba las piernas, se ponía las manos tras la espalda y agarraba fuertemente una mano con la otra. Tenía los hombros y la cabeza muy derechos, y eso podría significar cualquier cosa, que estaba deseoso de empezar a luchar o todo lo contrario. El jefe de una brigada de artilleros le hizo una pregunta,

y Bush le vio volverse para contestarle. A pesar de que había poca luz en la cubierta, Bush notó que tenía un gesto preocupado y sospechó que su sonrisa era forzada, pero pensó con benevolencia que a menudo los hombres tenían ese gesto antes de empezar un combate.

El navío navegaba silenciosamente. Incluso Bush aguzaba el oído para oír lo que pasaba arriba y deducir de ello cuál era la situación. A través de la escotilla oyeron la voz apenas audible de un marinero.

—El fondo no es lo bastante bajo, señor. El fondo no es lo bastante bajo en este lado.

Sin duda, había un marinero en el pescante midiendo la profundidad del mar con la sonda para acercar el navío a la costa. Todos los hombres que se encontraban en la cubierta inferior llegaron a esa conclusión y empezaron a hablar de ello con los que estaban a su lado.

—¡Silencio! —gritó Bush.

Se oyó otro grito del sondador y luego una orden. Inmediatamente la cubierta inferior se llenó de ruido. Los marineros estaban sacando los cañones de la cubierta superior, y como en el espacio reducido y cerrado que formaba la cubierta inferior los sonidos eran intensificados y prolongados por las cuadernas, el ruido producido por las cureñas al rodar por la cubierta parecía una sucesión de truenos. Todos miraron a Bush para ver si les daba alguna orden, pero él no había recibido ninguna. Entonces un guardiamarina empezó a bajar la escala.

—El señor Buckland le presenta sus respetos, señor, y le pide por favor que saque los cañones.

Había gritado el mensaje sin llegar a bajar a la cubierta, y todos pudieron oírlo. Se oyó un murmullo en la cubierta y los tripulantes más nerviosos se acercaron a las portas para abrirlas.

—¡Quietos! —gritó Bush.

Todos, avergonzados, se detuvieron.

—¡Abran las portas!

La oscura cubierta inferior se llenó de luz y sobre la parte de babor pudieron verse pequeños rectángulos de luz solar que alternativamente aumentaban y disminuían con el movimiento del navío.

—¡Sacar los cañones!

Con las portas abiertas el ruido no era tan intenso. Los artilleros tiraron con todas sus fuerzas de los cabos de los motones, las cureñas se movieron con estrépito hacia delante y las bocas de los cañones salieron por las portas. Bush se acercó al cañón más próximo y agachó la cabeza para mirar por una de las portas. Vio a lo lejos las verdes montañas de la isla y notó que aquella parte de la costa no era tan escarpada y que al pie de las montañas había una franja de terreno con mucha vegetación.

—¡Todos a virar!

Bush reconoció la voz de Roberts, que gritaba desde el alcázar. Notó que la cubierta que tenía bajo los pies se ponía horizontal y le pareció que las lejanas montañas se movían con el navío. Las vergas giraban y los mástiles crujían. Bush pensó que seguramente estaban doblando el cabo Samaná. El movimiento del navío había variado mucho más que si solamente hubiera cambiado de rumbo. No sólo estaba vertical sino que se deslizaba por aguas tranquilas, por las aguas de la bahía. Bush se agachó junto a un cañón y miró hacia la costa. Ahora podía ver el lado sur de la península, cuyo litoral era casi tan escarpado como el del lado más próximo a alta mar. En el extremo, en la cima de un monte, estaba la fortaleza, y en ella ondeaba la bandera española. El guardiamarina, muy excitado, bajó la escala con la agilidad de una ardilla.

—¡Señor! ¡Señor! ¿Puede apuntar los cañones hacia las baterías y hacer un disparo para comprobar si están a su alcance?

Bush, con gesto adusto, le miró fijamente.

—¿Por orden de quién? —preguntó.

—Del señor Buckland, señor.

—Entonces dígalo. Muy bien. Presente mis respetos al señor Buckland y dígame que aún falta mucho tiempo para que las baterías estén al alcance de los cañones.

—Sí, señor.

Salía humo de la fortaleza, pero no era humo producido por la explosión de la pólvora. Bush sintió un escalofrío al pensar que probablemente fuera humo de una fragua en que ponían al rojo vivo las balas. Era probable que muy pronto la fortaleza empezara a lanzar balas rojas^[4], y puesto que se encontraba en lo alto del monte, las balas podrían alcanzar el navío fácilmente, pero Bush no podría causar daño a la fortaleza como respuesta, no podría elevar los cañones lo bastante para que las balas la alcanzaran. Se irguió y fue hasta el costado de babor, donde Hornblower, junto a un cañón en la misma posición que él tenía, miraba hacia afuera.

—Ahí está el otro cabo —dijo Hornblower—. ¿Ve esos bancos de arena? Seguramente este canalizo los bordea. Hay una batería en el cabo... ¡Mire, está saliendo humo! ¡Están calentando balas!

—Eso creo —dijo Bush.

Muy pronto estarían bajo el fuego cruzado de las baterías de ambos cabos. Bush tenía esperanzas de que no tendrían que estar bajo ese fuego demasiado tiempo. Oyó gritar órdenes en la cubierta superior y luego, cuando las vergas giraban, el crujido de los mástiles. El *Renown* estaba virando en redondo.

—La fortaleza ha empezado a disparar, señor —informó el ayudante del oficial de derrota, que se encargaba de los cañones de proa de estribor.

—Está bien, señor Purvis —dijo y fue hasta el otro costado para mirar hacia

afuera—. ¿Ha visto dónde cayó la bala?

—No, señor.

—Están disparando por este lado también, señor —dijo Hornblower.

—Está bien.

Bush vio salir humo blanco de los cañones de la fortaleza, y en el campo visual que iba de su ojo a ella, a unas cincuenta yardas del costado del navío, vio elevarse un chorro de agua desde la superficie dorada del mar. Un instante después algo chocó con el casco justo por encima de su cabeza, y pensó que una bala había rebotado en la superficie del mar y se había incrustado en algún lugar del conjunto de cuadernas de roble de dieciocho pulgadas de grosor que formaban el costado del navío. Luego se oyó una serie de impactos, pues muchos cañonazos dieron en el blanco.

—Creo que los cañones podrían alcanzar la batería este lado, señor —dijo Hornblower.

—Entonces trate de alcanzarla.

El propio Buckland se asomó a la escotilla y gritó:

—¿No puede abrir fuego todavía, señor Bush?

—Ahora mismo, señor.

Hornblower estaba junto al cañón de veinticuatro libras del centro. El jefe de la brigada que lo manejaba metió el espeque bajo la cureña y lo movió hacia arriba con todas sus fuerzas. A cada lado tenía a dos hombres que, siguiendo sus instrucciones, movieron los motones para apuntar el cañón, que ya tenía las retrancas desatadas. Luego lo inclinaron lo más posible poniéndole un calzo. El jefe de la brigada levantó un poco la tapa de la recámara y comprobó que estaba llena de pólvora y, al tiempo que metía el botafuego en el fogón, gritó: «¡Apártense!».

El rugido del cañón retumbó en aquel espacio cerrado y parte del humo retrocedió hacia el costado de babor.

—Justo debajo, señor —informó Hornblower, de pie junto a la porta de al lado—. Cuando los cañones se calienten, la alcanzarán.

—Entonces continúe.

—¡Primera brigada, fuego! —gritó.

Los cuatro cañones de proa dispararon casi al mismo tiempo.

—¡Segunda brigada!

Bush sentía inclinarse la cubierta bajo sus pies debido a la potencia de la descarga y al retroceso del cañón. El humo acre seguía propagándose por aquel espacio cerrado y el ruido era ensordecedor.

—¡Prueben otra vez, marineros! —gritó Hornblower—. ¡Apunten bien, jefes de brigada!

Bush sintió un horrible estrépito cerca de él y luego vio una bala pasar silbando por su lado y chocar contra el bao que estaba cerca de su cabeza. La bala entró por

una porta y rompió las retrancas de un cañón; dos hombres cayeron junto a él, uno estaba inmóvil y el otro se retorció de dolor. Bush estaba a punto de dar la orden de que les recogieran cuando otra cosa llamó poderosamente su atención: había un profundo agujero en el bao que estaba cerca de su cabeza y salía humo de él. La bala que había roto las retrancas era una bala roja y, aparentemente, se había dividido en varios pedazos que habían saltado por el aire. Un pedazo grande, el más grande, se había introducido en el bao y ahora el bao ardía sin llama.

—¡Traigan cubos de agua! —gritó Bush.

Puesto que los baos eran de madera seca, un pedazo de una bala roja de diez libras de peso incrustado en uno de ellos podía provocar un incendio en cualquier momento. En la cubierta superior se oían pasos apresurados y el clic-clic de las bombas. Bush dedujo que allí también estaban apagando incendios. Los cañones que estaban a cargo de Hornblower, los del costado de babor, seguían disparando con estrépito, y sus cureñas producían un ruido atronador al rodar por la cubierta. Aquello era un infierno, y en medio del humo del infierno estaba Hornblower.

Los mástiles volvieron a crujir cuando las vergas giraron. A pesar de todo, había que hacer avanzar el navío por el tortuoso canalizo. Bush miró hacia afuera por una porta y, con tranquilidad, calculó con la vista la distancia de allí a la fortaleza. Se dio cuenta de que todavía no estaba al alcance de los cañones y pensó que no tenía sentido desperdiciar municiones. Entonces se irguió y miró a su alrededor a través del humo que llenaba la cubierta. Notó algo raro en la cubierta que tenía bajo los pies. Se puso de puntillas para comprobar si era cierto lo que se imaginaba. La cubierta estaba ligeramente inclinada, pero esa inclinación era permanente. «¡Oh, Dios mío!», pensó. Hornblower se volvió hacia él y, señalando hacia abajo con la cabeza, confirmó su sospecha: el *Renown* había encallado. Seguramente se había deslizado por un banco de cieno tan despacio que había perdido velocidad sin dar sacudidas apreciables, pero su inclinación indicaba que la proa había penetrado bastante en el banco. Se oyeron los impactos de otras balas que alcanzaron el navío y luego los pasos apresurados de los marineros que trataban de apagar el fuego y reparar los daños. El navío estaba encallado y condenado a desmoronarse a consecuencia de los disparos de las malditas fortalezas, si antes esos disparos no le prendían fuego y provocaban que sus tripulantes se quemaran vivos allí, en el banco de cieno. Hornblower se acercó a él con el reloj en la mano.

—La marea todavía está subiendo —dijo—. Falta una hora para la pleamar. Pero me parece que el navío está metido en el cieno muy profundamente.

Bush le miró y sólo fue capaz de decir blasfemias. Echar palabras sucias por la boca era el único medio que tenía para atemperar su ira.

—¡Quieto, Duff! —gritó Hornblower, desviando la vista de su rostro y volviéndola hacia unos artilleros que rodeaban el cañón que tenían que manejar—.

¡Limpie bien eso! ¿Acaso quiere que una explosión le arranque las manos cuando ponga la carga?

Cuando Hornblower volvió a mirar a Bush, éste ya había recuperado el dominio de sí mismo.

—¿Y dice usted que falta una hora para la pleamar? —preguntó.

—Sí, señor, de acuerdo con los cálculos de Carberry. —¡Dios nos asista!

—Ahora los cañones que tengo a mi cargo pueden alcanzar la batería de ese cabo, señor. Si puedo hacer que las balas lleguen justamente a las troneras, lograré que el ritmo de los disparos de la batería disminuya, aunque no logre que deje de disparar.

Se oyó el impacto de otra bala que alcanzó el navío, y luego el de otra.

—Pero no pueden alcanzar la que está al otro lado del canalizo.

—No —dijo Hornblower.

Los grumetes servidores de pólvora corrían por la abarrotada cubierta con nuevos cartuchos para los cañones. El guardiamarina encargado de llevar los mensajes se abrió paso entre ellos.

—Señor Bush, el señor Buckland dice que se presente a él. Hemos encallado y estamos bajo el fuego enemigo, señor.

—¡Cállese! Señor Hornblower, le dejo a cargo de todo.

—Sí, señor.

En el alcázar la luz era cegadora. Buckland estaba cerca del coronamiento sin sombrero e intentaba que su gesto no trasluciera ningún sentimiento. Se oyó un estrépito, y después se vio un chorro de vapor cuando alguien echó agua con una manguera al lugar de la amurada donde se había incrustado un fragmento de hierro incandescente. Había varios muertos junto a los imbornales. Algunos marineros retiraban a los heridos de la cubierta. Una bala o los trozos de madera que la bala había hecho saltar por los aires habían causado la muerte del timonel, y debido a que el navío había estado temporalmente sin control, había encallado.

—Tenemos que desencallararlo —dijo Buckland.

—Sí, señor.

Eso significaba echar un ancla a cierta distancia y recoger la cadena con el cabrestante de modo que tirara del navío y le hiciera salir del banco de cieno. Bush miró a su alrededor para confirmar que la posición del navío era la que había calculado cuando estaba en aquel lugar de observación de limitada visibilidad. Como la proa estaba en el banco, habría que tirar de él por la popa. Bush vio una bala pasar cerca de su cabeza y tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar.

—Tendrá que sacar una cadena por una porta de estribor.

—Sí señor.

—Roberts llevará el ancla en la lancha.

—Sí, señor.

—Diré a mis hombres que dejen de ocuparse de los cañones y me ayuden.

—Muy bien.

El hecho de que Buckland no hubiera usado un tratamiento formal, de que no hubiera dicho la palabra «señor», reflejaba la tensión en que se encontraba y la gravedad de la situación.

Había llegado el momento de que los marineros observaran rigurosamente la disciplina y demostraran su destreza. Afortunadamente, más de la mitad de la tripulación del *Renown* estaba formada por marineros que habían adquirido mucha experiencia haciendo el bloqueo a Brest. En Plymouth la tripulación había sido completada con sólo unos pocos hombres reclutados forzosamente para la Armada. Lo que los marineros habían hecho como parte de su adiestramiento cuando el *Renown* estaba en la escuadra del canal ahora era algo de lo que dependía la supervivencia del navío, no una competición entre todos los navíos de la escuadra por llevar a cabo la operación primero. Bush reunió a los artilleros y juntos empezaron a arrastrar una cadena hasta la popa para sacarla por una porta. En la cubierta superior Roberts y sus hombres estaban preparando los motones para bajar la lancha.

En la cubierta inferior el calor era más intenso que en la superior, a pesar de que a ésta le daba el sol de lleno. El humo de los cañones que Hornblower tenía a su cargo ya había formado una espesa capa bajo los baos. Hornblower tenía el sombrero en la mano y se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo. Cuando vio aparecer a Bush le había saludado con una inclinación de cabeza. No fue necesario que Bush le dijera qué tarea le habían encomendado. Enseguida Bush y sus hombres empezaron a arrastrar una cadena a la popa entre el estruendo de los cañones, las volutas de humo, los grumetes servidores de pólvora que corrían con los cartuchos y los marineros que iban de un lado a otro con los cubos de agua para apagar incendios. La cadena medía cien brazas y pesaba más de dos toneladas, y había que tener mucho cuidado al llevarla hasta la popa, pero Bush hacía mejor los trabajos en que tenía que atender a una sola cosa. Ya tenía la cadena doblada en la popa cuando el cúter se situó debajo de ella para coger la punta, y permaneció allí observándola mientras pasaba a través de la porta y bajaba despacio hasta el cúter. Luego miró hacia el mar y enseguida apareció en su campo visual la lancha, que llevaba colgada de la popa la pesada ancla, y sintió un gran alivio al ver que los marineros habían podido realizar la difícil tarea de bajarla hasta ella. El otro cúter llevaba a bordo una cadena que habían sacado por un escobén. Roberts estaba al mando de la operación, y Bush oyó cómo gritaba órdenes al cúter cuando las tres embarcaciones se alejaban de la popa. En ese momento un chorro de agua se elevó entre las embarcaciones, lo que indicaba que alguna de las baterías o tal vez las dos habían cambiado el blanco. La caída de una bala en la lancha sería una catástrofe, y la caída de una en el cúter, un contratiempo.

—Disculpe, señor —dijo Hornblower, que ahora estaba a su lado.

Bush apartó la vista de las brillantes aguas.

—¿Y bien?

—Podría llevar algunos de los cañones de proa a la popa, señor —dijo Hornblower—. Creo que es conveniente desplazar el peso.

—Lo es —admitió Bush y entonces, mirando fijamente a Hornblower, que tenía la cara sucia y tiznada por haber estado disparando los cañones, pensó que tal vez no tenía suficiente autoridad para darle permiso—. Es mejor que pida permiso a Buckland. O si lo prefiere, pídale permiso en mi nombre.

Los cañones de veinticuatro libras de la cubierta inferior pesaban más de dos toneladas cada uno, y pasar algunos de la proa a la popa contribuiría en gran medida a que el navío sacara la proa del banco de cieno. Bush volvió a mirar por la porta. James, el guardiamarina que iba en el primer cúter, miró hacia atrás para comprobar si la cadena que uniría el cabrestante con el ancla estaba recta, ya que si formaba un ángulo con los costados, la fuerza de la tracción sería menor. El cúter y la lancha se estaban acercando para hacer los preparativos para echar el ancla. De repente las aguas que rodeaban a ambos se agitaron, pues cayeron en ellas las balas de una andanada que habían disparado desde la costa. Los chorros de agua que hicieron brotar las balas al caer indicaban que les disparaban desde la fortaleza que estaba en la cima del monte, y con mucha precisión a pesar de que estaba muy distante. En la popa de la lancha Bush vio brillar al sol la hoja de un hacha que un marinero levantaba en el aire. El marinero iba a cortar el cabo con que el ancla estaba colgada de la popa. Bush dio gracias a Dios.

Los cañones que estaban a cargo de Hornblower continuaban disparando estrepitosamente y haciendo estremecer al navío al retroceder. De repente Hornblower vio cómo saltaban astillas cerca de su cabeza por el impacto de una bala y comprendió que la otra batería aún estaba disparando al navío, y con precisión. Todos los trabajos continuaban. Los marineros de una de las brigadas de Hornblower movían hacia la popa los primeros cañones de veinticuatro libras de la proa (un trabajo difícil porque se hacía metiendo un espeque bajo la telera de la cureña y moviéndolo hacia arriba). Los marineros movían con dificultad los pesados cañones por la abarrotada cubierta, y las cureñas rodaban haciendo horribles chirridos. Bush simplemente lanzó una mirada a Hornblower y subió corriendo para ver por sí mismo lo que hacían en el cabrestante.

Los marineros ya se estaban alineando detrás de las barras del cabrestante bajo la supervisión de Smith y Booth. Para que hubiera allí suficientes marineros, habían sido llamados los últimos artilleros de las brigadas encargadas de los cañones de la cubierta superior. Los marineros, desnudos de la cintura para arriba, se escupían las manos y apoyaban firmemente los pies. No era necesario decirles lo grave que era la situación, y tampoco era necesario que Booth usara su bastón de caña de Indias.

—¡Empujen! —gritó Buckland desde el alcázar.

—¡Empujen! —gritó Booth—. ¡Empujen con fuerza!

Los marineros empujaron las barras hacia delante y el cabrestante empezó a girar y la cadena a tensarse. El sonido metálico producido por los trinquetes al rozar la rueda se repetía con frecuencia, pues el cabrestante giraba muy rápido, tan rápido que los grumetes que amarraban la cadena al virador con las badernas tenían que darse mucha prisa para seguir su ritmo. Poco después disminuyó la frecuencia con que se repetía el sonido metálico, porque el movimiento del cabrestante se hizo más lento. Más lento... Clic-clic-clic. La tensión aumentó. Las barras crujían y la cadena estaba cada vez más tensa. Clic-clic-clic. La cadena podía tensarse aún un poco más, porque era nueva.

En ese momento una bala cayó con estrépito allí. Todos se preguntaron por qué el destino la había dirigido allí en vez de a otro lugar del navío. Muchas astillas saltaron por los aires y muchos hombres fueron derribados. La bala había dado de lleno en aquella masa humana. La sangre corría por todas partes, brillando a la luz del sol. Hubo una justificable agitación, y los marineros intentaron huir de aquel lugar ensangrentado.

—¡Permanezcan en sus puestos! —gritó Smith—. ¡Eh, grumetes, quiten a esos hombres del medio! ¡Pongan otra barra al cabrestante! ¡Rápido!

La bala que había causado el espantoso desastre no había perdido toda su fuerza al derribar a seres humanos, sino que después había arrancado un trozo de una cureña y finalmente se había alojado en el costado del barco. Además, parecía que no se había saciado con la sangre humana, porque ahora el humo salía del lugar donde estaba alojada. Bush cogió un cubo de agua y arrojó el contenido a la bala incandescente. Se oyó un siseo, el agua rebotó y el vapor se mezcló con el humo. Un solo cubo de agua no bastaba para apagar una bala roja de veinticuatro libras, pero enseguida vino una brigada con cubos para echar abundante agua a la amenazadora bala.

Se habían llevado a los muertos y a los heridos, y los demás marineros estaban alineados detrás de las barras del cabrestante otra vez.

—¡Empujen! —gritó Booth.

Clic-clic-clic. El cabrestante giraba lentamente, cada vez más lentamente. Por fin se detuvo y las barras crujieron.

—¡Empujar! ¡Empujar!

Clic. Luego, después de un largo intervalo, otro clic. Después ninguno más. El despiadado sol daba de lleno en la espalda de los marineros, que estaban encorvados por el esfuerzo y trataban de apoyar sus callosos pies en las cornamusas de la cubierta para empujar con más fuerza las barras. Mientras ellos seguían empujando, Bush volvió a bajar a la cubierta inferior. Podía mandar a muchos de los artilleros que

estaban allí a mover las barras del cabrestante, y eso fue lo que hizo. Así se triplicaría la fuerza con que eran empujadas las barras. Algunos marineros todavía estaban moviendo trabajosamente los últimos cañones de la proa a la popa entre la oscura humareda, pero Hornblower estaba otra vez junto a los cañones que tenía a su cargo y cuidaba de que los apuntaran bien. Bush puso el pie sobre la cadena del ancla y notó que estaba tan rígida que más parecía un palo que una cuerda tensa. En ese momento los marineros empezaron a empujar las barras del cabrestante con triple fuerza y Bush sintió un ligerísimo estremecimiento a través de la suela de su zapato. Entre los dientes de la rueda se metió otro trinquete más, produciendo un sonido metálico que fue intensificado por las cuadernas. La cadena se estremeció más fuertemente y luego volvió a ponerse rígida. Bush sintió que apenas se movía un octavo de pulgada bajo su pie, a pesar de que, como sabía muy bien, ciento cincuenta hombres empujaban con todas sus fuerzas las barras del cabrestante. Uno de los cañones que Hornblower tenía a su cargo disparó y Bush sintió, a través de la cadena, el estremecimiento que provocó al retroceder. Por la escotilla se oía a Smith y a Booth animando a los marineros que estaban en el cabrestante, pero la cadena no se movió ni una pulgada. Hornblower se acercó a Bush y le saludó tocándose el sombrero.

—¿Ha notado algún movimiento cuando un cañón dispara, señor?

Al hacer esta pregunta Hornblower se volvió e hizo una señal con la mano al jefe de la brigada de uno de los cañones del centro que ya estaba cargado y con la boca fuera de la porta. El jefe de la brigada introdujo el botafuego en el fogón, el cañón disparó y luego retrocedió entre la humareda. Bush sintió la cadena estremecerse bajo su pie a consecuencia de ello.

—Sólo un estremecimiento... No... —dijo y de repente se percató de una cosa y supo de antemano lo que Hornblower iba a responder a su pregunta—: ¿Qué está pensando?

—Si todos los cañones de la batería dispararan al mismo tiempo contrarrestarían la succión, señor.

Era cierto. El cieno donde el *Renown* estaba metido aprisionaba el casco, y si era posible hacer que el navío diera una fuerte sacudida mientras se mantenía tensa la cadena, se podía contrarrestar la fuerza con que estaba sujeto.

—Creo que vale la pena intentarlo —dijo Bush.

—Muy bien, señor. Tendré los cañones cargados y preparados para disparar dentro de tres minutos, señor.

Entonces Hornblower se volvió hacia la batería que estaba a su cargo y se puso las manos alrededor de la boca a modo de bocina para gritar:

—¡Dejen de disparar! ¡Dejen de disparar todos!

—Se lo diré a los que están en el cabrestante —dijo Bush.

—Muy bien, señor.

Hornblower siguió dando órdenes:

—¡Ceben y carguen los cañones con dos balas! ¡Sáquenlos por las portas!

Eso fue lo último que Bush oyó antes de subir a la cubierta superior, donde contó el plan a Smith, quien hizo enseguida una inclinación de cabeza para mostrar que lo aprobaba.

—¡Dejen de empujar! —gritó Smith.

Los sudorosos marineros que empujaban las barras se relajaron y enderezaron la espalda.

Era necesario ir a dar una explicación a Buckland, que aún se encontraba en el alcázar. A Buckland le pareció que los argumentos que adujeron eran de peso. El pobre hombre, apenado porque la primera operación en la que estaba al mando había fracasado y su navío estaba en peligro, estaba agarrado con fuerza a la borda y movía las manos por ella como si estuviera retorciéndola. A pesar de todo, Smith tuvo que darle una mala noticia.

—Roberts ha muerto —dijo en voz baja.

—¡No!

—Está muerto. Una bala le partió en dos al caer en la lancha.

—¡Dios mío!

Bush lamentó la muerte de Roberts antes de pensar que él era ahora el primer oficial de un navío de línea, y eso le honraba. Pero ahora no había tiempo para lamentarse ni regocijarse porque el *Renown* estaba encallado y bajo el fuego enemigo. Bush gritó desde la escotilla:

—¡Eh, señor Hornblower!

—¡Señor!

—¿Están preparados los cañones?

—Dentro de un minuto, señor.

—Conviene empezar a tensar la cadena —dijo Bush a Smith y luego, inclinándose hacia la escotilla, gritó—: ¡Espere mi orden, señor Hornblower!

—¡Sí, señor!

Los marineros volvieron a agarrar las barras del cabrestante, colocaron los pies en una posición adecuada y empujaron.

—¡Empujen! —gritó Booth—. ¡Empujar!

Las barras se quedaron inmóviles después de desplazarse una pulgada, y el efecto de la fuerza ejercida por los marineros sobre ellas era el mismo que hubiera producido sobre la pared de una iglesia.

—¡Empujen!

Bush fue corriendo a la cubierta inferior y, poniendo un pie sobre la rígida cadena, hizo una señal a Hornblower con la cabeza. Los quince cañones (dos habían sido llevados a la popa) tenían la boca fuera de la porta y estaban preparados para

disparar. Los artilleros esperaban las órdenes.

—¡Jefes de brigada, cojan los botafuegos! —gritó Hornblower—. ¡Apártense todos los demás! ¡Cuando cuente tres, bajen los botafuegos! ¿Entendido?

Hubo un murmullo de aprobación.

—¿Están todos preparados? ¿Están todos los botafuegos encendidos?

Los jefes de las brigadas movieron los botafuegos en el aire para que brillaran lo más posible.

—¡Uno, dos, tres!

Los botafuegos fueron introducidos en los fogones, y los cañones dispararon casi al mismo tiempo. A pesar de que la cantidad de pólvora que había en los fogones, inevitablemente, variaba un poco de un cañón a otro, no pasó ni un segundo desde que disparó el primero hasta que disparó el quinto. Bush, que aún tenía el pie sobre la cadena, sintió el estremecimiento del navío cuando retrocedían los cañones, que era más fuerte porque los habían cargado con dos balas. El calor era asfixiante y el humo formaba remolinos, pero Bush no prestó atención a eso. Notó que la cadena se movía bajo su pie. La cadena se movía por fin. Tuvo que cambiar la posición del pie. Todos pudieron oír el sonido metálico de un trinquete, de otro trinquete más, al meterse entre los dientes de la rueda. Clic-clic. Alguien empezó a dar vivas en medio de la humareda y otros le siguieron.

—¡Silencio! —gritó Hornblower.

Clic-clic-clic. El sonido era repetido con desgana, pero el navío se movía. La cadena se movía despacio hacia el interior del navío, como un monstruo herido de muerte. Si podían lograr que siguiera moviéndose así... Clic-clic-clic. Cada vez el sonido se repetía a intervalos más cortos, e incluso Bush admitió que era así. La cadena se enrollaba cada vez más rápido.

—Hágase cargo de la cubierta inferior, señor Hornblower —dijo Bush y subió corriendo a la superior, pensando que si el navío se desencallaba el primer oficial tendría que ocuparse de muchos asuntos urgentes.

Ahora la sucesión de sonidos producidos por los trinquetes cuando el cabrestante se movía era muy rápida y parecía una alegre melodía.

Era indudable que había que tomar decisiones inmediatamente.

—¿Alguna orden, señor? —preguntó Bush, saludando a Buckland tocándose el sombrero.

Buckland le miró con tristeza.

—Hemos desaprovechado la marea —dijo.

Probablemente en ese momento la marea había llegado al nivel más alto, y si el navío volvía a rozar el banco sería muy difícil desencallararlo.

—Sí, señor —dijo Bush.

Era Buckland quien tenía que tomar una decisión. Nadie podía compartir esa

responsabilidad con él. Pero era muy duro para un hombre que por primera vez estaba al mando de una operación admitir que había sido derrotado. Buckland, como si buscara inspiración, miró hacia la bahía, en cuya orilla se veía ondear, por encima del humo de las baterías, la bandera roja y gualda, la bandera española.

—Sólo podremos salir con el terral —dijo Buckland.

—Sí, señor.

Pero Bush pensó que el terral pronto dejaría de soplar. Buckland sabía eso tan bien como él. En ese momento una bala lanzada por la fortaleza dio en el pescante central, provocando una fuerte sacudida y haciendo saltar innumerables astillas. Ambos oyeron llamar a la brigada que apagaba incendios, y entonces Buckland tomó una amarga decisión.

—Recojan la cadena de la proa para hacer rumbo a alta mar —ordenó.

—Sí, señor.

Retirada y derrota. Ése era el significado de la orden. Pero además de soportar la derrota había que hacer muchas maniobras para alejar el navío de la peligrosa situación en que se encontraba. Bush se volvió para dar las órdenes.

—¡Dejen de girar el cabrestante!

El sonido metálico cesó y el *Renown* empezó a deslizarse por las turbias aguas de la bahía. Para que el navío pudiera retirarse de allí tenía que virar en redondo en aquel reducido espacio para dirigirse a alta mar. Afortunadamente, tenían a su alcance los medios para lograrlo, pues si recogían la cadena que se extendía desde la proa hasta el ancla, que hasta ahora no habían movido, el navío viraría enseguida.

—¡Corten la cadena de popa!

Las órdenes se sucedieron rápidamente. La maniobra era rutinaria, pero tenía que ser realizada bajo balas rojas. Los cúteres y la lancha todavía estaban en el mar y podrían alejar el navío del peligro remolcándolo en caso de que el viento dejara de soplar. En cuanto empezaron a enrollar la cadena de proa con el cabrestante, la proa del navío empezó a virar. Era evidente que el viento iba a encalmarse dentro de poco, pero muchos pensaban más en la derrota y en las malditas baterías. Mientras el cabrestante seguía acercando la proa del navío al ancla, a Bush se le ocurrió que sería necesario hacer algo para que el navío siguiera en movimiento.

—¿Quiere que remolque el navío por la bahía, señor?

Desde hacía rato Buckland estaba de pie junto a la bitácora mirando hacia la fortaleza. No estaba acobardado, eso era obvio, pero el abatimiento que le había producido la derrota y la preocupación por el futuro no le permitían razonar. Al oír la pregunta de Bush recordó cuál era la situación actual.

—Sí —respondió Buckland.

Bush, alegrándose de tener que hacer algo útil y que sabía hacer muy bien, se alejó de él.

Había que colocar un ancla en el pescante de babor de la proa y sacar otra cadena por la proa. Bush dio un grito para llamar la atención de James, el guardiamarina que estaba al mando de los cúteres y la lancha desde que Roberts había muerto; le explicó cuál era la maniobra que iban a realizar y le ordenó que situara la lancha junto a la proa para que el ancla fuera bajada hasta ella (lo más peligroso de esa maniobra). Poco después los tripulantes de la lancha, remando con fuerza, hicieron avanzar la lancha con su pesada carga colgando de la popa y la cadena enganchada a ella. Yarda a yarda el *Renown* se movía hacia la otra ancla con los monótonos giros del cabrestante. Cuando la lancha ya estaba muy lejos, la cadena que estiraba se tensó y James vio que le hacían una señal para que dejara caer el ancla que colgaba de la popa y llevara la lancha hasta donde estaba la otra, que iba a ser izada. Tenían que desenganchar y recoger la cadena de la popa, que ya no se necesitaba, y usar el cabrestante para recoger la otra. Además, habían atado un cabo a cada uno de los cúteres para que ayudaran a conseguir el resultado esperado, remolcar el pesado navío y hacerle ganar velocidad, aunque fuera muy poca, para que se pusiera cuanto antes fuera del alcance de los cañonazos.

En la cubierta inferior, Hornblower arrastraba hacia la proa los cañones que antes había llevado a la popa, y el ruido que producían las cureñas al rodar por la cubierta se oía por todo el navío junto con el monótono sonido metálico del cabrestante. El inclemente sol brillaba en lo alto del cielo y sus rayos derretían la brea de las juntas mientras el navío avanzaba trabajosamente por la bahía, yarda a yarda, cable^[5] a cable, para ponerse fuera del alcance de las balas rojas. El navío fue remolcado por las brillantes y tranquilas aguas de la bahía de Samaná hasta que por fin estuvo a salvo de las balas rojas, y entonces los tripulantes hicieron una pausa, en la que tomaron media pinta de agua, y luego continuaron su trabajo, continuaron sepultando a los muertos y reparando los daños, y trataron de acostumbrarse a la idea de la derrota. Quizá se preguntaban si el capitán, a pesar de estar loco e incapacitado para mandar, seguía ejerciendo una nefasta influencia en el navío.

CAPÍTULO 8



La noche tropical cubrió con su manto el destrozado *Renown* cuando se alejaba de la costa con poco velamen desplegado, el suficiente para mantener la estabilidad y atravesar las grandes olas del Atlántico, que los vientos alisios y el terral hacían pasar con rapidez bajo su proa. Buckland y el nuevo primer oficial hablaban de la situación sentados en la pequeña cabina, que, a pesar del viento, parecía un horno, pues los dos faroles que alumbraban la carta marina que estaba sobre la mesa daban tanto calor que era casi insoportable. Bush sentía correr el sudor por debajo del uniforme, y el corbatín le apretaba tanto el cuello que de vez en cuando metía dos dedos por dentro y lo estiraba, aunque no sentía ningún alivio. Hubiera sido lo más fácil del mundo quitarse la gruesa chaqueta de uniforme y desabrocharse el corbatín, pero no le pasó por la mente hacerlo. En ese mundo donde el trabajo era duro había que soportar el malestar físico sin quejarse, y ayudaban a ello el hábito y el orgullo.

—Entonces, ¿cree usted que deberíamos hacer rumbo a Jamaica? —preguntó Buckland.

—Yo no me atrevo a aconsejárselo, señor —dijo Bush, cautelosamente.

Según las normas de la Armada, era Buckland quien tenía que asumir esa responsabilidad, y a Bush le irritaba que intentara compartirla con él.

—Pero, ¿qué otra cosa podemos hacer? —inquirió Buckland—. ¿Qué sugiere usted?

Bush recordó el plan que Hornblower le había contado, pero no lo propuso porque no lo había examinado lo suficiente; ni siquiera sabía si era practicable.

—Si vamos a Jamaica, iremos con el rabo entre las piernas.

—Es cierto —admitió Buckland, haciendo un gesto de desaliento—. Además, hay que tener en cuenta al capitán.

—Sí, hay que tener en cuenta al capitán —dijo Bush.

Si el oficial al mando del *Renown* se presentaba al almirante que estaba en Kingston después de haber conseguido una victoria, los sucesos pasados no serían investigados exhaustivamente, pero si llegaba derrotado y con un barco destrozado, era probable que investigaran con más celo por qué el capitán fue encerrado y por qué Buckland leyó las órdenes secretas y asumió la responsabilidad de llevar a cabo el ataque a Samaná.

—El joven Hornblower me dijo lo mismo —dijo Buckland en tono malhumorado—. ¡Ojalá nunca le hubiera escuchado!

—¿Cuándo se lo preguntó, señor? —inquirió Bush.

—En realidad, no le pregunté nada —respondió Bush en el mismo tono—. Hablé con él en el alcázar una tarde cuando estaba encargado de la guardia.

—Lo recuerdo, señor —dijo Bush.

—Sí, hablé con él. Ese mequetrefe me dijo lo que usted acaba de decir. No recuerdo cómo empezó la conversación, pero hablamos de la posibilidad de ir a Antigua, y Hornblower dijo que sería conveniente hacer algo importante antes que nos interrogaran sobre lo que le ocurrió al capitán. Dijo que ésta era mi oportunidad y a mí también me lo pareció. Creí que ésta era mi gran oportunidad. Por la forma en que Hornblower hablaba, creí que me iban a ascender a capitán de navío cualquier día. Sin embargo, ahora...

El gesto de Buckland indicaba que ahora tenía pocas esperanzas de que le ascendieran a capitán de navío.

Bush pensó en el informe que Buckland tendría que hacer y que incluiría que hubo nueve muertos y veinte heridos, que el ataque del *Renown* fracasó y que Samaná seguía siendo un refugio tan seguro como siempre para los barcos corsarios. Se alegraba de no ser Buckland, pero advirtió que había peligro de que les consideraran cortados por un mismo patrón. Ahora tenía la categoría de primer oficial y era uno de los oficiales que había aprobado, al menos tácitamente, que Sawyer fuera relevado del mando, por lo que tendría que conseguir una victoria para que sus superiores pensarán que tenía algún mérito.

—¡Maldita sea, hicimos lo que pudimos! —dijo Buckland para defenderse a la vez que hacía un gesto patético—. Cualquier barco podría encallar en ese canalizo. No tuvimos la culpa de que el timonel muriera. No creo que ningún barco pueda llegar al fondo de la bahía bajo ese fuego cruzado.

—Hornblower sugirió hacer un desembarco en el lado de la península más próximo a alta mar, en la bahía Escocesa —dijo Bush tan cautelosamente como pudo.

—¿Otra sugerencia de Hornblower? —preguntó Buckland.

—Me parece que eso era lo que tenía pensado desde el principio, señor: hacer un desembarco y atacar por sorpresa.

Tal vez porque el ataque había fracasado, Bush comprendía ahora que era descabellado poner un navío, un objeto de madera, en una situación tal que pudiera ser alcanzado por balas rojas.

—¿Y usted qué piensa?

—Bueno, señor...

Bush no podía expresar con claridad su opinión porque aún no estaba seguro de lo que era mejor hacer. Pensaba que si un hombre fracasaba una vez, podría fracasar dos, pero también que podría ser ahorcado tanto por robar un cordero como por robar un carnero. Era un hombre determinado y que no cedía fácilmente ante las dificultades, y ahora estaba molesto porque se habían retirado mansamente en cuanto

fueron rechazados. Lo difícil era elaborar otro plan de ataque. Decidió decir todo eso a Buckland y se extendió lo bastante para resultar imprudente.

—Comprendo —dijo Buckland.

Los oscilantes faroles daban alternativamente luz y sombra al rostro de Buckland, acentuando su rictus de amargura. De repente Buckland tomó una decisión.

—Vamos a ver lo que dice.

—Sí, señor. Smith está de guardia ahora y a Hornblower le corresponde hacer la guardia de media. Supongo que habrá decidido estar acostado hasta que le llamen a hacerla.

Buckland estaba tan cansado como cualquier otro de los hombres que estaban a bordo del navío o incluso más que la mayoría. La idea de que Hornblower estaba cómodamente acostado en su coy mientras sus superiores estaban allí sentados cavilando hizo que Buckland tomara una decisión más rápido de lo que la hubiera tomado en otras circunstancias, la decisión de actuar inmediatamente en vez de esperar al día siguiente.

—Dígale que venga —ordenó.

Hornblower llegó a la cabina bastante rápido, con el pelo alborotado y la ropa no muy bien puesta. Al entrar en la cabina, miró a su alrededor con expresión preocupada, pues, como era lógico, se preguntaba por qué había recibido la orden de presentarse a sus superiores.

—¿Cuál es ese plan del que he oído hablar? —preguntó Buckland—. Según tengo entendido, usted tenía un plan para tomar la fortaleza, señor Hornblower.

Hornblower no contestó inmediatamente, pues estaba poniendo en orden sus ideas y examinado el plan, teniendo en cuenta la actual situación. A Bush no le parecía justo que Hornblower tuviera que hablar de su plan ahora, después que el *Renown* había intentado realizar un ataque y había fallado y había perdido la ventaja de atacar por sorpresa. Pero Bush advirtió que ordenaba sus ideas.

—Pensé que habría más posibilidades de ganar haciendo un desembarco, señor —dijo—. Pero eso fue antes que los españoles supieran que había un navío de línea en las inmediaciones de la isla.

—¿Y ahora no lo piensa?

Buckland hizo la pregunta en un tono que denotaba alivio y decepción a la vez (sentía alivio porque probablemente no tendría que tomar más decisiones y, por otra parte, había sufrido una decepción porque no le habían propuesto un medio de conseguir el éxito fácilmente). Pero a Hornblower en seguida se le notó en la cara que había terminado de poner en orden sus ideas y de calcular períodos de tiempo y distancias.

—Creo que podríamos intentar algo, señor, pero tendríamos que intentarlo inmediatamente.

—¿Inmediatamente? —preguntó Buckland, asombrado de que el joven sugiriera hacer algo enseguida, pues era de noche y los tripulantes estaban fatigados—. No querrá decir esta noche, ¿verdad?

—Creo que esta noche sería el mejor momento, señor. Los españoles nos han visto salir con el rabo entre las piernas, es decir, creen que hemos salido así. Cuando dejaron de vernos, al anochecer, salíamos de la bahía Samaná. Seguramente están orgullosos de sí mismos. Ya sabe usted cómo son, señor. Lo último que esperan es un ataque por otro flanco, por tierra y al alba.

Bush pensó que eso era sensato y emitió un sonido inarticulado para mostrar su conformidad, que era lo único que se atrevía a hacer para participar en la discusión.

—¿Cómo haría ese ataque, señor Hornblower?

Ahora Hornblower tenía en orden sus ideas. Su gesto de cansancio desapareció y el entusiasmo se reflejó en su semblante.

—El viento es favorable para entrar en la bahía Escocesa, señor, y podríamos llegar allí en menos de dos horas, antes de medianoche. Cuando llegemos, ya estará preparado un destacamento de desembarco formado por cien marineros y todos los infantes de marina. Allí hay una playa donde es fácil desembarcar. La vimos ayer. El terreno debe de ser pantanoso hasta que las montañas de la península vuelven a empezar, pero se puede desembarcar en un lugar que no es pantanoso. Marqué el lugar ayer, señor.

—¿Y bien?

Hornblower ocultó su asombro al percatarse de que había un hombre que no podía saber cómo continuaba el plan a partir de ese punto usando su propia imaginación.

—Los hombres del destacamento de desembarco pueden subir a la cima de la montaña sin dificultad, señor. No es posible que se pierdan, pues tendrán el mar a un lado y la bahía de Samaná al otro. Luego pueden rodear la cumbre y atacar de repente la fortaleza al amanecer. Supongo que los españoles casi no vigilan ese lado porque está formado en su mayor parte por un acantilado y pantanos.

—Por cómo lo dice, señor Hornblower, parece que es muy fácil. Pero, ¿le parecen suficientes ciento ochenta hombres?

—Suficientes, señor.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Puesto que nos disparaban seis cañones desde la fortaleza, habrá allí noventa artilleros como máximo, aunque es más probable que sólo haya sesenta. Además, habrá algunos hombres que traen las municiones y otros que trabajan en las fraguas. Supongo que hay en total ciento cincuenta hombres, o tal vez apenas cien.

—Pero, ¿por qué piensa que sólo hay esos hombres allí?

—Los españoles no temen que les ataquen por ese lado de la isla y muchos están

combatiendo con los negros, los franceses y quizá también con los ingleses que están en Jamaica. No temen que los negros atraviesen los pantanos para atacarles. Creen que el peligro está al sur de la bahía Samaná y tienen apostados en ese lado a todos los hombres que pueden disparar un mosquete. Las ciudades están en ese lado, y por allí es por donde ese tal Toussaint o como se llame puede atacarles, señor.

Las últimas palabras de la larga explicación de Hornblower fueron una feliz ocurrencia. Era evidente que procuraba no parecer pedante cuando explicaba esas cosas obvias a su superior. Bush advirtió que Buckland se había inquietado al oír a Hornblower mencionar a los negros y a los franceses, y pensó que en las órdenes secretas, que no había sido autorizado a leer, debía hacerse referencia a la difícil situación política de Santo Domingo, donde los esclavos insurrectos, los franceses y los españoles (los dos últimos nominalmente aliados en otras partes del mundo) se disputaban el dominio de la isla.

—Dejaremos de lado a los negros y a los franceses —dijo Buckland, confirmando la sospecha de Bush.

—Sí, señor —dijo Hornblower, y sin reparo añadió—: Pero los españoles no. Temen más a los negros que a nosotros, en la actualidad.

—Entonces usted cree que este ataque puede tener éxito, ¿verdad? —preguntó Buckland, tratando desesperadamente de cambiar de tema.

—Creo que sí, señor. Pero se hace tarde.

Buckland estaba indeciso y miró a sus dos subordinados con tristeza. Bush se compadeció de él. Otro rechazo (posiblemente sumado a algo peor: la rendición del destacamento de desembarco) sería la ruina de Buckland.

—Si nos apoderamos de la fortaleza, podremos acabar con los barcos corsarios que se encuentran en la bahía. Conseguiremos que los barcos corsarios nunca vuelvan a fondear en ella.

—Eso es cierto —admitió Buckland, pensando que eso significaría cumplir sus órdenes fácilmente y recuperar su prestigio.

Se oía el rítmico crujido de las cuadernas mientras el *Renown* pasaba por entre las olas. Los vientos alisios llegaban hasta la cabina, le refrescaban a Bush la cara sudorosa y se llevaban consigo parte del aire viciado.

—¡Maldita sea! —exclamó Buckland y de repente, en tono decidido, dijo—: ¡Vamos a hacerlo!

—Muy bien, señor —dijo Hornblower.

Bush tuvo que reprimirse para no decir algo que expresara su satisfacción. Hornblower había hablado en tono neutro, porque si hubiera animado a Buckland a actuar, sus palabras habrían tenido el efecto contrario o podrían haberle hecho revocar su decisión ahora.

Aunque Buckland había tomado esa decisión, tenía que tomar otra casi tan

importante enseguida.

—¿Quién estará al mando de la operación? —preguntó Buckland.

Ésa era una pregunta retórica, porque sólo Buckland podía responderla. Bush y Hornblower sabían muy bien eso y se limitaron a esperar.

—Roberts tendría que estar al mando, si viviera —dijo Buckland y luego miró hacia Bush—. Señor Bush, ¿tomará usted el mando?

—Sí, señor.

Bush se puso de pie e inclinó la cabeza bajo los baos que sostenían la cubierta superior.

—¿A quién quiere llevar con usted?

Hornblower había permanecido de pie durante toda la entrevista y en ese momento pasó discretamente el peso del cuerpo de un pie al otro.

—¿Ya no me necesita, señor? —preguntó a Buckland.

Bush le miró, pero advirtió que su gesto no traslucía sus sentimientos sino un profundo respeto, el respeto de un oficial a su superior. Bush pensó en Smith, el otro teniente del navío. Luego pensó en Whiting, el capitán de Infantería de marina, quien, indudablemente, tendría que participar en el desembarco. Podría llevar a algunos ayudantes del oficial de derrota y a algunos guardiamarinas entre sus subordinados. Iba a ser el responsable de una operación militar arriesgada y ahora no sólo el prestigio de Buckland sino también el suyo estaban en juego. Se preguntaba a quién sería mejor tener a su lado en ese momento, uno de los momentos más importantes de su carrera. Si pedía que le acompañara otro teniente, ese teniente sería el segundo al mando y participaría en la toma de decisiones.

—Necesitamos al señor Hornblower todavía, señor Bush? —inquirió Buckland.

Bush pensó que Hornblower sería un subordinado muy activo, casi incansable, y que podría hacer críticas, al menos con el pensamiento, y no le gustaba la idea de ejercer el mando con Hornblower a su lado, oyendo todas y cada una de sus órdenes. Pero el debate interno de Bush no tomó una forma definida, de argumentos a favor y en contra, sino que fue simplemente un conflicto entre el instinto y los prejuicios, que era el resultado de sus años de experiencia en la Armada y que nunca sería capaz de expresar con palabras. Llegó al convencimiento de que no necesitaba a Hornblower ni a Smith antes de volver a mirar a Hornblower. El joven trataba de mostrarse impasible, pero Bush se percató de que estaba ansioso de ser invitado a participar en la operación. Naturalmente, todos los oficiales desearían participar en ella porque eso les ofrecería la oportunidad de destacar, pero Hornblower tenía otros motivos. Hornblower estaba en posición de atención, con los brazos a los lados del cuerpo, pero Bush notó que de vez en cuando sus largos dedos daban ligeros golpes en sus muslos, luego él hacía un esfuerzo para que no le se movieran y al final se le movían involuntariamente. Bush tomó una decisión, pero no le indujo a ellos un sereno

razonamiento sino algo muy diferente, que podría llamarse amabilidad o afecto. Sentía gran simpatía por aquel joven polifacético y voluble y ahora ya no dudaba de su valentía.

—Me gustaría que Hornblower viniera conmigo, señor —dijo de tal modo que parecía que las palabras habían salido de su boca sin que interviniera su voluntad. Parecían las palabras de un hermano mayor bondadoso que cargaba con la responsabilidad de llevar con él a un hermano mucho menor a hacer algo agradable.

Y mientras Bush hablaba, Hornblower le había mirado de tal modo que había borrado el arrepentimiento que empezaba a sentir por haber permitido que sus sentimientos intervinieran en su decisión. En la mirada de Hornblower se reflejaban el alivio y la gratitud, lo que hizo a Bush pensar de sí mismo que era magnánimo y que se había convertido en un hombre mejor y de mayor altura moral por lo que había hecho. Naturalmente, no le parecía una incongruencia que Hornblower mostrara gratitud hacia él por una decisión que ponía en peligro su vida.

—Muy bien, señor Bush —dijo Buckland y, como siempre, vaciló después de llegar a un acuerdo—. Pero me deja usted a un solo teniente.

—Carberry podría encargarse de las guardias, señor —dijo Bush—. Y algunos ayudantes del oficial de derrota también están preparados para encargarse de las guardias.

Para Bush era tan natural dar argumentos para vencer la oposición cuando ya se había comprometido a hacer algo como para un pez intentar morder el cebo del anzuelo.

—Muy bien —repitió Buckland y dio un suspiro—. ¿Qué le preocupa a usted, señor Hornblower?

—Nada, señor.

—Quería decir algo, ¿no? Pues dígalo.

—No es nada importante, señor. Puede esperar. Pero estaba pensando que tal vez podríamos cambiar el rumbo, señor. No perderíamos tiempo si hiciéramos rumbo a la bahía Escocesa ahora.

—Creo que podríamos cambiarlo —dijo Buckland, quien sabía tan bien como cualquier oficial de la Armada que los cambios del viento y el tiempo eran imprevisibles y que no debía retrasarse ningún combate naval cuando se tomaba la decisión de entablarlo, pero lo habría pasado por alto si no le hubieran hecho pensar en ello—. Muy bien. Entonces vamos a virar el navío. ¿Qué rumbo va a seguir?

Cuando cesó el bullicio que había mientras el navío viraba en redondo, Buckland, agotado, regresó a su cabina y volvió a sentarse. Puso una expresión indefinida para ocultar la ansiedad que le consumía.

—Hemos satisfecho al señor Hornblower por el momento —dijo—. Ahora, señor Bush, diga usted qué necesita.

Por los procedimientos habituales establecieron los acuerdos respecto a la operación propuesta, tales como el número de hombres que participarían en ella, las armas que llevarían y el lugar donde se reunirían con ellos la mañana siguiente. Hornblower permaneció apartado de ellos en un rincón mientras tomaban esos acuerdos.

—¿Tiene alguna sugerencia, señor Hornblower? —preguntó Bush al cabo de un rato, guiado por la cortesía y quizá también por la política.

—Sólo una, señor. Creo que deberíamos llevar algunos cabos con rezones. Nos serán útiles si tenemos que escalar muros.

—Está bien —dijo Bush—. Ocúpese de llevarlas.

—Sí, señor.

—¿Necesita a algún mensajero, señor Hornblower?

—Sería conveniente que llevara uno, señor.

—¿A alguien en particular?

—Preferiría llevar a Wellard, señor, si no tiene usted nada que objetar. Es ecuánime y discurre con rapidez.

—Muy bien —dijo Buckland, que miraba con fijeza a Hornblower desde que había mencionado el nombre de Wellard, pero no dijo nada más sobre el asunto—. ¿Algo más? ¿No? ¿Y usted, señor Bush? ¿Está todo claro?

—Sí, señor.

Buckland tamborileó con los dedos sobre la mesa. El hecho de haber cambiado de rumbo no era un paso decisivo, no le comprometía a nada, pero la orden que iba a dar ahora sí le iba a comprometer. Cuando ordenara a los marineros levantarse y les diera armas e instrucciones para hacer un desembarco, sería casi imposible volverse atrás. Otro intento y quizá otro fracaso, quizá una derrota grave... No podía conseguir el éxito a voluntad, pero podía evitar el fracaso simplemente no arriesgándose a él. Alzó la vista y vio que sus subordinados le miraban fijamente. Comprendió que era demasiado tarde, que se había equivocado al pensar que podía echarse atrás. Ya no podía.

—Entonces sólo falta dar las órdenes —dijo—. ¿Quiere ocuparse de eso, por favor?

—Sí, señor —respondió Bush.

Hornblower y él estaban a punto de salir de la cabina cuando Buckland preguntó lo que deseaba preguntar desde hacía mucho tiempo. La curiosidad que le impulsaba a hacer la pregunta se había reavivado cuando Hornblower mencionó a Wellard, pero hacerla significaba cambiar bruscamente de tema. No obstante, la alegría de haber tomado una decisión le daba ánimos para hacer la pregunta. Además, en ese momento ellos estaban exaltados y era posible que se hicieran confidencias.

—A propósito, señor Hornblower, ¿cómo se cayó el capitán por la escotilla? —

preguntó.

Hornblower se detuvo junto a la puerta. Bush vio que la máscara inexpresiva sustituía a la expresión alegre de su rostro. La respuesta llegó al cabo de uno o dos segundos.

—Creo que perdió el equilibrio, señor —dijo Hornblower con seriedad y en un tono que no expresaba ningún sentimiento—. Como usted recordará, señor, el navío se balanceaba fuertemente, aquella noche.

—Sí —dijo Buckland en un tono que traslucía su decepción y su perplejidad, y escrutó el rostro de Hornblower, pero no pudo descubrir lo que pensaba—. Muy bien. Pro siga.

—Sí, señor.

CAPÍTULO 9



La brisa marina dejaba de soplar cuando la tierra empezaba a enfriarse, y durante el período de la noche en que no soplaban, la presión ejercida por el aire sobre la isla y la ejercida sobre el océano eran iguales. En alta mar, a pocas millas de allí, los vientos alisios seguían soplando, soplaban eternamente, pero en la playa el aire no se movía y era muy húmedo. Las largas olas del Atlántico chocaban con los lejanos bancos de arena, pero pervivían, como un hombre fuerte debilitado por una enfermedad, y rompían rítmicamente en la parte occidental de la playa. Donde empezaba el acantilado formado por caliza de la península Samaná había un rincón abrigado en el que una corriente de agua había excavado una amplia gruta en el acantilado. El mar y la playa parecían arder, pues en la oscuridad la fosforescencia del agua era más intensa. La fosforescencia era visible en las olas, en la espuma que se formaba en la playa y en las palas de los remos de las lanchas que se acercaban a ella. Las lanchas parecían avanzar entre llamas que se acrecentaban a medida que pasaban por ellas. Cada lancha dejaba una estela de fuego tras ella y dos llamaradas a los lados, donde los remos hendían el agua.

Fue fácil desembarcar y ascender por la playa donde estaba la gruta. Las lanchas apoyaron la proa en la arena y los miembros del destacamento de desembarco sólo tuvieron que bajar de ella y caminar con el agua a las rodillas (metidos hasta la rodilla en fuego líquido) sosteniendo las armas y los cartuchos en alto para que no se mojaran. La intensidad de la fosforescencia había impresionado incluso a los marineros experimentados del destacamento, y el asombro de los novatos era tal que empezaron a hablar de ello con entusiasmo, lo que hizo necesario ordenarles que lo contuvieran inmediatamente. Bush fue uno de los primeros en bajar de su lancha y, seguido de los demás, dio unos pasos por el agua y se detuvo sobre la playa, a cuya firmeza no estaba acostumbrado, con los pantalones chorreando agua.

Una oscura figura se alejó de la otra lancha y se acercó a él.

—Mi brigada ya está en tierra, señor —dijo la figura.

—Muy bien, señor Hornblower.

—¿Quiere que empiece a avanzar por la gruta con la vanguardia del destacamento, señor?

—Sí, señor Hornblower. Cumpla las órdenes que ha recibido.

Bush estaba excitado, en la medida en que le permitían estarlo su flema y el estoicismo que había adquirido. Le habría gustado pasar a la acción enseguida, pero según el plan que había elaborado cuidadosamente con Hornblower, eso no era posible. Se echó a un lado para que su brigada formara en fila y Hornblower llamó a

la otra brigada a formar.

—¡Marineros, síganme de cerca! Cada uno de ustedes deberá permanecer en contacto con el que va delante. Recuerden que los mosquetes no están cargados, por tanto, no servirá de nada usarlos si nos encontramos con algún enemigo. Si alguno comete la imprudencia de cargar y disparar el mosquete, mañana será castigado con cuatro docenas de azotes en el portalón, se lo prometo. ¡Woolton!

—¿Señor?

—Guíe a la retaguardia. Ahora síganme, marineros. Avancen primero los de la derecha de la fila.

La brigada de Hornblower avanzó en fila y se perdió en la oscuridad. Ya estaban llegando a la playa los infantes de marina, con sus chaquetas de color escarlata, que parecían más oscuras porque contrastaban con la fosforescencia. Cuando formaron, siguiendo las órdenes que daban en voz baja los suboficiales, pudieron verse imperfectamente sus badanas blancas formando dos filas. Bush, todavía con la mano izquierda apoyada en la empuñadura de su sable, palpó con la mano derecha el cinto para comprobar si las pistolas colgaban de él, y luego el bolsillo para comprobar si tenía dentro los cartuchos. Una oscura figura se detuvo frente a él y juntó los talones al estilo militar con un chasquido.

—Todos presentes y formados, señor —dijo Whiting—. Todos preparados para avanzar.

—Gracias. Empezaremos enseguida. ¡Señor Abbott!

—¿Señor?

—Ya sabe cuáles son las órdenes que debe cumplir. Me iré con la brigada de infantes de marina ahora mismo. Síganos.

Fue difícil subir por la gruta. A la arena la sucedieron muy pronto las rocas, bloques planos de caliza, y mucha vegetación, a cuyo crecimiento contribuían las lluvias tropicales, que eran muy abundantes allí en el lado norte de la península. Sólo fue fácil pasar por el cauce de la corriente de agua, que ahora estaba seco porque la caliza había absorbido toda el agua; es decir, fue relativamente fácil, pues en el medio había algunos bloques de caliza puntiagudos que el propio Bush tenía que mover. A los pocos minutos de empezar el ascenso, Bush estaba empapado en sudor, pero siguió subiendo obstinadamente. Los infantes de marina le seguían, moviéndose tan torpemente que sus botas y sus armas daban constantes chasquidos, como si ninguno pensara que el ruido pudiera oírse a una milla de distancia. Uno de ellos se resbaló y profirió una maldición.

—¡Cuiden su lenguaje! —gritó un cabo.

—¡Silencio! —ordenó Whiting en tono malhumorado.

Siguieron avanzando y subiendo. En algunos lugares la vegetación era tan espesa que impedía el paso de la luz de las estrellas y Bush tenía que encontrar el camino

palpando las rocas. A pesar de que era un hombre robusto, jadeaba. Las luciérnagas revoloteaban a su alrededor, pero él no les prestaba atención pese a que hacía tiempo que no las veía; sin embargo, habían provocado los comentarios de los infantes de marina que le seguían. Bush se enfureció porque aquellos tontos ponían en peligro todo, sus propias vidas y el éxito de la operación, haciendo absurdos comentarios.

—Yo me ocuparé de ellos, señor —dijo Whiting y se echó a un lado para que la brigada pasara delante de él.

Un poco más arriba una voz chillona, en un tono lo más moderado posible, le llamó desde la oscuridad.

—¡Señor Bush!

—¿Qué?

—Soy el señor Wellard, señor. El señor Hornblower me envió aquí para que le sirviera de guía. Justamente aquí arriba el terreno está cubierto de hierba.

—Muy bien —dijo Bush.

Hizo una pausa y se secó la cara sudorosa con la manga de la chaqueta mientras los hombres de la brigada se apretaban unos contra otros detrás de él. Después de reanudar la marcha, no tuvo que subir por allí mucho más. Wellard le guió hasta un lugar donde había un grupo de frondosos árboles, donde Bush sintió que tenía hierba bajo los pies y pudo caminar más rápidamente. Todavía tenían que subir, pero por un terreno con una pequeña inclinación comparada con la de la gruta. No podía considerarse un reto recorrer el camino que tenían delante.

—¡Amigo! —exclamó Wellard—. ¡Aquí está el señor Bush!

—Me alegro de verle —dijo otra voz, la voz de Hornblower.

Entonces Hornblower salió de la oscuridad y dio unos pasos hacia delante para informar a su superior.

—Mi brigada está formada en fila justo ahí delante. He enviado a Saddler y a otros dos hombres fiables a explorar la zona.

—Muy bien —dijo Bush con franqueza.

El sargento de Infantería de marina informó a Whiting.

—Todos presentes excepto Chapman, señor. Se ha torcido un tobillo, o al menos eso dice, señor. Le dejamos allí atrás, señor.

—Deje descansar a sus hombres, capitán Whiting —ordenó Bush.

La vida en un navío de línea no servía de adiestramiento para subir por un acantilado en los trópicos, y mucho menos después de un día agotador. Los infantes de marina se sentaron, algunos de ellos dando suspiros de alivio, lo que provocó que el sargento les reprendiera pegándoles fuertemente con la punta del pie.

—Estamos en la cima ahora, señor —dijo Hornblower—. Desde ese lado se puede ver la bahía.

—La fortaleza está a unas tres millas, ¿no le parece?

Bush no tenía intención de hacer una pregunta, puesto que era quien tenía el mando, pero Hornblower estaba tan bien informado que él no pudo evitar hacerla.

—Es posible. Pero, indudablemente, está a menos de cuatro, señor. Faltan cuatro horas para el amanecer, y la luna saldrá dentro de media hora.

—Sí.

—Hay un sendero que atraviesa la cima, como era de esperar. Seguramente llevará a la fortaleza.

—Sí.

Obviamente, Hornblower era un buen subordinado. Ahora a Bush le parecía que era lógico que hubiera un sendero en la cima del monte, que era lo normal, pero no se le había ocurrido que era probable que lo hubiera hasta ese momento.

—Si me lo permite, señor, dejaré afames al mando de mi brigada y me adelantaré con Saddler y Wellard para observar la costa —dijo Hornblower.

—Muy bien, señor Hornblower.

Pero Bush se puso rabioso tan pronto como Hornblower se fue. No toleraba que intentaran socavar su autoridad y le parecía que Hornblower se arrogaba demasiadas atribuciones. Dejó de pensar en eso cuando los marineros que integraban la segunda brigada, sudorosos y jadeantes, terminaron de subir y se unieron al grueso del destacamento. Entonces recordó lo cansado que estaba cuando había llegado allí y permitió que los marineros descansaran un rato antes de empezar a avanzar con todos sus hombres. A pesar de la oscuridad, un enjambre de insectos descubrió a los sudorosos hombres, y muchos rodearon a Bush, acercándose tanto a sus orejas que él oía claramente sus zumbidos, y le picaron con ensañamiento. Parecía que encontraban a los tripulantes del *Renown* tiernos y, en consecuencia, apetecibles, porque habían estado en la mar mucho tiempo. Bush se dio palmadas a sí mismo blasfemando y sus hombres hicieron lo mismo.

—¡Señor Bush! —dijo Hornblower, que acababa de regresar.

—¿Qué?

—El sendero es practicable, señor. Pasa por una gruta un poco más adelante, pero eso no es un obstáculo insalvable.

—Gracias, señor Hornblower. Empezaremos a avanzar ahora. Comience usted con su brigada, por favor.

—Sí, señor.

El avance empezó. La cima del monte de caliza que se encontraba en el extremo de la península estaba cubierto de hierba alta y algunos árboles. Andar por fuera del sendero no era fácil, porque el terreno era irregular y la hierba muy alta y tupida, pero andar por él sí lo era. Los hombres caminaban muy juntos y seguían el camino sin dificultad porque podían verlo a la tenue luz de las estrellas, ya que se habían acostumbrado a ver en la penumbra. La gruta de la que Hornblower había hablado era

una pequeña concavidad con los lados ligeramente inclinados, y no les fue difícil atravesarla.

Bush avanzaba trabajosamente al frente de la brigada de infantes de marina, y Whiting iba a su lado. La oscuridad les envolvía como un negro manto. A Bush le parecía que aquella marcha era un sueño, tal vez porque llevaba veinticuatro horas sin dormir y porque los esfuerzos que había hecho durante ese tiempo le habían agotado tanto que se le había embotado la mente. El sendero era ascendente, naturalmente, pues llevaba a la parte más alta de la península, donde se encontraba la fortaleza.

—¡Ah! —exclamó Whiting de repente.

El sendero doblaba hacia la derecha, hacia la bahía, y se alejaba del mar. Enseguida los hombres pasaron por el eje de la península y la bahía apareció ante ellos. A la derecha pudieron ver la bahía hasta donde se unía al mar, pues la oscuridad no era total allí, debido a que algunos rayos de luna pasaban por entre las nubes situadas en la parte más baja del cielo.

—¡Señor Bush! —dijo Wellard, ahora en un tono todavía más moderado.

—¡Aquí estoy!

—El señor Hornblower me mandó venir otra vez. El sendero atraviesa otra gruta más adelante. Encontramos algunas vacas dormidas, pero se despertaron y ahora deambulan por el monte.

—Comprendo —dijo Bush—. Gracias.

Bush tenía muy mala opinión de muchos de los hombres que integraban el destacamento. Sabía perfectamente bien que si por casualidad se encontraban con vacas en el sendero, pensarían que eran enemigos, y que a pesar de que no les dispararan, se pondrían nerviosos y harían mucho ruido.

—Dígale al señor Hornblower que descansaremos quince minutos.

—Sí, señor.

Era conveniente que los fatigados hombres descansaran y, al mismo tiempo, tuvieran la oportunidad de reunirse; y disponían de tiempo para hacerlo. Y mientras descansaban, los suboficiales podían advertir uno a uno de la posibilidad de que encontraran vacas. Bush sabía que sería vano el intento de que se pasaran la información unos a otros de una punta a otra de la fila, pues eran torpes y estaban extenuados. Dio la orden de que la brigada se detuviera, y algunos hombres medio dormidos chocaron con estrépito con el que tenían delante, provocando murmullos que los suboficiales trataron de acallar profiriendo blasfemias. Los suboficiales hicieron la advertencia a los hombres mientras estaban tumbados en la hierba, y cuando terminaron, uno de ellos le planteó otro problema a Bush.

—El marinero Black está borracho, señor.

—¿Borracho?

—Su aliento huele a alcohol, señor. Debía de tener ron en la cantimplora, señor.

No sé cómo lo consiguió, señor.

En un destacamento formado por ciento ochenta hombres que eran marineros o infantes de marina era de esperar que al menos uno se emborrachara. La habilidad de los marineros británicos para conseguir ron y su inclinación a beberlo eran algo tan natural en ellos como sus orejas o sus ojos.

—¿Dónde está?

—Estaba haciendo ruido, señor, así que le tiré de una oreja. Ahora está tranquilo, señor.

Bush pensó que el suboficial no había dicho en esas breves frases todo lo que tenía que decir, pero no necesitaba preguntar nada más para decidir lo que iba a hacer.

—Escoja a un hombre sensato y ordénele que se quede con Black mientras nosotros seguimos avanzando.

—Sí señor.

Así pues, ahora el destacamento de desembarco tenía menos potencia porque ya no prestaban sus servicios en él ni Black, el marinero borracho, ni el hombre que tenía que quedarse allí acompañándole para evitar que se comportara insensatamente. Por suerte, Bush no había tenido que dejar atrás a nadie más hasta ahora.

Poco después que la brigada reanudara la marcha, apareció delante de ella una figura desgarbada, la inconfundible figura de Hornblower, que se recortaba sobre el cielo débilmente iluminado por la luna. Hornblower se aproximó a la brigada para informar a Bush.

—He divisado la fortaleza, señor.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Más o menos a una milla de aquí hay otra gruta, y la fortaleza está al otro lado. Se perfila sobre la luna, señor. Se encuentra a media milla o menos de la gruta. Allí dejé a Wellard y a Saddler y les ordené que hicieran detenerse a la brigada.

—Gracias.

Bush siguió avanzando trabajosamente por el accidentado terreno. La fatiga no le impidió tensar los músculos como lo hubiera hecho un tigre que se preparara para saltar sobre su presa al olerla. Era un hombre combativo, y le estimulaba la idea de que el momento de luchar estaba próximo. Faltaban dos horas para el amanecer, así que tenían tiempo de sobra para prepararse.

—Entonces, ¿cree que hay media milla de la gruta a la fortaleza? —preguntó.

—Creo que hay menos, señor.

—Muy bien. Me detendré al llegar a la gruta y esperaré allí a que amanezca.

—Sí, señor. ¿Puedo reunirme de nuevo con mi brigada?

—Sí, señor Hornblower.

Bush y Whiting habían conseguido que en todo momento los hombres marcharan a un ritmo lento, a un ritmo adaptado al del hombre más torpe y más lento de la

brigada. Ahora Bush intentaba reprimir los deseos de dar pasos más largos que había sentido al pensar en la proximidad de la lucha. Bush vio que Hornblower avanzaba rápidamente y pensó que su forma de andar era desgarrada, pero no pudo dejar de admirar su gran vitalidad. Entonces se puso a preparar planes para hacer el asalto final.

Cerca de la gruta había un suboficial esperándoles. Bush mandó a decir a todos los hombres de la brigada que se prepararan para detenerse y poco después mandó que se detuvieran. Se adelantó para examinar detenidamente la posición enemiga. Con Whiting y Hornblower junto a él, contempló la silueta de la fortaleza recortándose sobre el cielo. Podía ver incluso el asta de la bandera, que parecía una fina raya negra. En ese momento se relajó, y el gesto adusto que tenía en las últimas fases del avance se tornó alegre, pero no duró en esas circunstancias.

Acordaron enseguida los pasos que iban a dar, murmuraron las órdenes e hicieron las últimas advertencias. Ése era el momento más peligroso de todos hasta ahora, pues había que introducir a los hombres en la gruta y hacer que se prepararan para atacar allí dentro. Whiting susurró algo que dio que pensar a Bush.

—¿Doy permiso a los hombres para que carguen los mosquetes?

—No —respondió Bush después de un largo intervalo.

Sería peligroso que los hombres cargaran los mosquetes en la oscuridad, pues las baquetas harían mucho ruido y, además, algún tonto podría apretar el gatillo. Hornblower se sentó en el suelo a la izquierda, Whiting, con los infantes de marina, a la derecha, y Bush, con sus hombres, en el centro. A Bush le dolían las piernas, porque había hecho más ejercicio del que estaba acostumbrado a hacer. Se tumbó y estuvo a punto de dormirse debido al cansancio y la falta de sueño, pero enseguida se sentó para poder dominarse otra vez. No le era difícil esperar, aunque soportar el cansancio, sí. Durante el largo tiempo que había pasado en la mar, las incontables guardias en que no pasaba nada y los interminables períodos aburridos durante los años de guerra le habían permitido acostumbrarse a esperar. Algunos de los marineros que estaban tumbados en el suelo rocoso de la gruta se durmieron, y Bush oyó más de una vez que alguno empezaba a roncar e inmediatamente era interrumpido con codazos por los marineros que estaban junto a él.

Notó que el cielo, justamente detrás de la fortaleza, estaba un poco más claro por fin, pero pensó que eso tal vez se debía a que la luna asomaba por encima de alguna nube. El resto del cielo parecía cubierto de terciopelo de color púrpura y todavía estaba salpicado de estrellas. Pero Bush no tenía duda de que allí, en aquella parte del cielo, había claridad desde hacía apenas un instante. Se movió y las pistolas que tenía colgadas en la cintura volvieron a molestarle. Recordó que no estaban montadas y que tenía que echar hacia atrás los percutores. En el horizonte el color púrpura del cielo se volvió rojizo.

—Que todos los hombres se preparen para el ataque —dijo Bush.

Se quedó esperando a que el mensaje fuera transmitido a todos, pero antes de que llegara al final de las filas, empezaron a oírse ruidos en la gruta. Entre ellos, como en cualquier grupo de hombres, había algunos tontos, y se habían puesto de pie apenas habían recibido el mensaje, probablemente sin preocuparse de transmitirlo a otros. Esos hombres sirvieron de ejemplo a los demás, y muchos empezaron a levantarse, primero los de las filas que estaban a los lados y luego los de las filas centrales, de modo que formaron a cada lado una ola que avanzaba hacia el centro, donde estaba Bush. En ese momento Bush se puso de pie también. Luego desenvainó el sable, le dio vueltas en la mano y cuando lo agarró de una forma que le pareció satisfactoria, desenfundó una pistola con la mano izquierda y echó el percutor hacia atrás. De repente Bush oyó a su derecha un ruido metálico, el ruido que producían las bayonetas cuando los infantes de marina las calaban. Ahora podía ver las caras de los hombres que estaban a su derecha y a su izquierda.

—¡Adelante! —dijo, y los hombres empezaron a salir de la gruta—. ¡Quietos!

La última palabra la había dicho casi gritando. Tarde o temprano los hombres impulsivos de la brigada empezarían a correr, y cuanto más tarde empezaran, mejor. Quería que sus hombres llegaran a la fortaleza como una oleada, no separados y jadeantes. A su izquierda oyó que Hornblower también decía: «¡Quietos!». El ruido que hacían al avanzar ya podía oírse en la fortaleza y llamar la atención de los centinelas españoles, aunque estuvieran soñolientos y descuidados. Muy pronto un centinela llamaría a un sargento, y el sargento miraría hacia afuera y, después de vacilar unos momentos, daría la alarma. En ese momento Bush vio frente a él la mole de la fortaleza, una mole cuadrada y negruzca que se recortaba sobre el cielo enrojecido, y no pudo reprimirse de acelerar el paso. Sus hombres apresuraron la marcha también. Alguien dio un grito, y enseguida varios hombres impulsivos gritaron. Luego todas las brigadas echaron a correr, y Bush corrió también.

Como por arte de magia, llegaron al borde del foso excavado en la caliza, que tenía una profundidad de seis pies y las paredes en forma de rampas casi verticales.

—¡Vamos! —gritó Bush.

Aunque llevaba el sable y la pistola en las manos, pudo bajar al foso apoyándose con los codos en el borde, de espaldas a la fortaleza, y deslizándose por la rampa. El foso estaba seco, y aunque el fondo era irregular y resbaladizo, Bush pudo llegar a la rampa del otro lado. A lo largo de la rampa había numerosos hombres que gritaban y trataban de subir por ella.

—¡Ayúdenme a subir! —gritó Bush a los hombres que se encontraban a ambos lados de él.

Los dos hombres se agacharon para que él se sentara en sus hombros y le subieron de una vez. Bush se encontró de repente tumbado boca abajo en el estrecho

reborde del foso, justo al pie de la muralla. A pocas yardas de él un marinero lanzó un rezón a la parte superior de la muralla para engancharlo, pero el rezón volvió a bajar con estrépito y cayó apenas a una yarda de Bush. El marinero, sin mirarle, recogió el rezón, se colocó en la posición adecuada y volvió a lanzarlo hacia arriba. Esta vez el rezón se enganchó, y el marinero se agarró a la cuerda, apoyó los pies en la muralla y subió por ella como un loco. Antes de que llegara a la mitad de la cuerda, otro marinero se agarró a ella y también empezó a subir por la muralla. Luego un enorme grupo de marineros excitados rodearon la cuerda dando gritos y empezaron a pelear por quién subiría a continuación. A cierta distancia de allí, otro rezón se enganchó en la muralla y otro gran grupo de marineros rodearon la cuerda dando gritos. En ese momento se oyó un tiro de mosquete, seguido de comentarios en voz muy alta, y Bush sintió que entraba en su nariz el humo de la pólvora, cuyo olor hacía un marcado contraste con el aire que respiraba, con el aire puro de la noche.

Bush pensó que seguramente los infantes de marina ya estarían intentando entrar por las troneras del lado de la fortaleza que estaba a su derecha y se volvió hacia la izquierda para ver qué podían hacer en aquel lado. Casi inmediatamente fue recompensado. Allí cerca del pequeño bastión de la esquina de la fortaleza estaba la poterna, una gran puerta de madera con goznes de hierro. Dos marineros estúpidos estaban disparando con sus mosquetes a los hombres que asomaban la cabeza por encima de la muralla y no habían pensado en abrir la puerta. En general, no se podía confiar en los marineros cuando empuñaban un mosquete. En ese momento la voz de Bush se oyó tan claramente entre el ruido como el sonido de una trompeta.

—¡Que vengan los marineros con las hachas! ¡Los marineros con las hachas!

En el foso todavía quedaban muchos hombres porque no habían tenido tiempo de subir por la rampa, y uno de ellos, blandiendo un hacha, se abrió paso entre la multitud y empezó a subir. Pero Silk, el fornido ayudante del oficial de derrota, que estaba al mando de una sección de la brigada de Bush, avanzó corriendo por el reborde del foso, le arrebató el hacha y empezó a romper la puerta dándole rítmicos hachazos. Asestaba los golpes con el hacha con todas sus fuerzas, y la hoja hacía profundos cortes en la madera. En ese momento llegó otro marinero blandiendo un hacha, apartó a Bush con el codo y empezó a dar hachazos a la puerta también, pero no tenía tanta práctica ni era tan fuerte como el otro marinero. Los fuertes golpes resonaban en el bastión de la esquina. El postigo con barras de hierro que había en la puerta se abrió, y pudo verse un brillo metálico tras las barras. Bush apuntó su pistola hacia allí y disparó. El hacha de Silk traspasó la puerta por fin, y él la echó hacia atrás enseguida. Entonces cambió de objetivo y empezó a dar hachazos horizontalmente en el centro de la puerta. Tras asestar tres golpes terribles, hizo una pausa para indicar al otro marinero dónde debía golpear, y enseguida continuó. Después de dar un gran número de hachazos, echó a un lado el hacha, agarró el borde dentado del agujero que

se había abierto, apoyó un pie en la puerta y, haciendo un esfuerzo capaz de provocar el desgarramiento de un músculo, arrancó un enorme trozo de la puerta. Silk vio que un listón atravesaba el agujero que acababa de abrir y clavó en él la hoja de su hacha una y otra vez. Finalmente, emitiendo un sonido gutural, pasó por el agujero de bordes dentados con el hacha en la mano.

—¡Síganme todos! —gritó Bush con todas sus fuerzas antes de pasar por el agujero detrás de Silk.

Entraron a un patio de la fortaleza. Bush tropezó con un cadáver. Enseguida miró a su alrededor y vio delante a varios hombres de piel cetrina y largo bigote, unos con camisa y otros medio desnudos, armados con sables y pistolas. Silk arremetió contra ellos con furia, blandiendo el hacha. Dio un hachazo a un español que intentó en vano defenderse, y cuando el hacha cayó sobre él, Bush vio un dedo caer al suelo. Se oyeron tiros de pistola, y el humo empezó a propagarse por el patio cuando Bush dio los primeros pasos hacia delante seguido por un enjambre de hombres. Dio un sablazo en el hombro a un hombre sin camisa que trataba de huir y vio cómo salía sangre de la herida y oyó al hombre gritar. El hombre que perseguía desapareció como un fantasma y él siguió corriendo para buscar a otros enemigos. De repente se encontró con un infante de marina que había perdido su sombrero, tenía el pelo alborotado y los ojos brillantes y gritaba como un endemoniado. El infante de marina le atacó con la bayoneta y él tuvo que parar el golpe.

—¡Quieto, estúpido! —gritó Bush, dándose cuenta de que estaba gritando con todas sus fuerzas cuando las palabras estaban terminando de salir de sus labios.

El infante de marina lanzó una mirada a Bush que indicaba que le había reconocido, y luego se volvió hacia un lado y echó a correr con la bayoneta dirigida hacia delante. En el fondo había otros infantes de marina, que seguramente habían entrado por las troneras. Todos gritaban y estaban embargados por la emoción de luchar. En ese momento llegaron otros muchos marineros que habían acabado de subir por las rampas. Al fondo había algunas construcciones de madera, que ahora estaban rodeadas por los hombres de Bush, y se oían allí disparos y gritos. Probablemente ésas eran las barracas y los almacenes de la fortaleza, y los soldados se habían refugiado allí para protegerse de la furia de los atacantes.

Entonces apareció Whiting, con su chaqueta de color escarlata sucia y el sable al cinto. Tenía un gesto de cansancio y los ojos enrojecidos.

—Ordene a los hombres que se detengan —dijo Bush haciendo un esfuerzo por obrar con sensatez.

Whiting tardó un momento en reconocerle y en entender la orden.

—Sí, señor —dijo.

Otro grupo de marineros salieron de atrás de las construcciones de madera: eran Hornblower y sus hombres, que habían entrado en la fortaleza por el lado opuesto.

Bush les miró y luego volvió la vista hacia un grupo de hombres de su brigada que se acercaban.

—¡Sígueme! —ordenó echando a andar.

Una rampa poco inclinada permitía subir a la muralla. En el centro de ella había un muerto, pero Bush no le prestó más atención de la que merecía. En lo alto de la muralla estaba la batería principal, formada por seis enormes cañones que asomaban por las troneras, y más allá se veía el cielo, que el amanecer había teñido de color rojo sangre. De la parte comprendida entre el horizonte y su punto más alto, un tercio tenía ese color, pero cuando Bush se detuvo para contemplarlo, un dorado rayo de sol se filtró por una masa de nubes y el color rojo se volvió mucho más claro, y finalmente dejó paso al azul, que llegó acompañado de nubes blancas y el brillante sol. El tiempo en que eso había ocurrido equivalía al que había durado el ataque: los pocos minutos que transcurrían en el trópico desde que aparecía la luz del día hasta que salía el sol. Bush se asombró al darse cuenta de eso, pues le parecía que había durado desde el amanecer al atardecer.

Desde la plataforma donde estaban los cañones pudo ver la bahía e incluso la orilla opuesta, cerca de la cual estaban los bancos de arena donde el *Renown* había encallado (le parecía increíble que hubiera ocurrido apenas un día antes). También pudo ver las montañas que se alzaban muy próximas a la orilla y la batería al borde del cabo. A la izquierda, el litoral de la península estaba formado por una serie de puntiagudos salientes que parecían dedos extendidos sobre las azules aguas, y al otro lado estaba la bahía Escocesa, con sus aguas de color zafiro. Allí estaba en facha el *Renown*, con la sobremesana iluminada por el sol naciente. Al verlo, Bush pensó que parecía un juguete a esa distancia y suspiró, pero no porque le hubiera impresionado su belleza sino porque había sentido alivio. La contemplación del navío y los recuerdos que trajo a su mente le hicieron recobrar la sensatez, y se dio cuenta de que había mil cosas que hacer ahora.

Hornblower subió por la otra rampa. Tenía la ropa tan ajada y mal puesta que parecía un espantapájaros, y llevaba un sable en una mano y una pistola en la otra, como Bush. A su lado caminaba Wellard, que tenía colgado en la cintura un sable demasiado grande para él, y detrás unos veinte marineros que, observando aún la disciplina, llevaban el mosquete con la bayoneta hacia delante, en actitud de acometer con ella.

—Buenos días, señor —dijo Hornblower e hizo ademán de tocarse el sombrero, que aún llevaba puesto a pesar de que estaba maltrecho; pero se detuvo al percatarse de que tenía el sable en la mano.

—Buenos días —dijo Bush.

—Felicidades, señor —dijo Hornblower.

Tenía la cara pálida y su sonrisa parecía la sonrisa de un cadáver. Su incipiente

barba despuntaba encima del labio superior y en la barbilla.

—Gracias —dijo Bush.

Hornblower se colgó la pistola del cinturón y envainó el sable.

—He tomado posesión de aquella parte, señor —dijo, señalando hacia atrás—. ¿Puedo continuar?

—Sí, continúe, señor Hornblower.

—Muy bien, señor.

Hornblower pudo tocarse el sombrero esta vez. Luego ordenó a un suboficial que apostara varios marineros junto a los cañones.

—Mire, señor, algunos se escaparon —dijo Hornblower señalando hacia abajo.

Bush miró hacia la falda de la empinada montaña que descendía hasta la bahía y pudo ver algunas figuras en la parte más baja.

—No han escapado tantos como para preocuparnos —dijo, notando que tenía la mente más clara ahora.

—No, señor. En la entrada principal hay un grupo de cuarenta prisioneros que están vigilados por mis hombres. Y Whiting está agrupando a los demás. Si me lo permite, continuaré mi trabajo, señor.

—Muy bien, señor Hornblower.

Bush, pensando que al menos alguien había conservado la sensatez en el torbellino de la lucha, bajó por la otra rampa. A poca distancia encontró a un suboficial y a dos marineros de guardia, que se pusieron en posición de atención al verle.

—¿Qué hacen aquí? —inquirió.

—Éste es el arsenal, señor —dijo el suboficial, que era Ambrose, el encargado de la cofa del trinquete, un hombre que a pesar de llevar muchos años en la Armada no había perdido el acento propio del condado de Devon, donde había pasado su infancia—. Lo estamos vigilando.

—¿Por orden del señor Hornblower?

—Sí, señor.

Bush vio acuclillados en la entrada principal a los taciturnos prisioneros de quienes Hornblower le había hablado, pero luego vio a algunos centinelas que no había mencionado: varios junto al portón, uno junto el pozo y Woolton, el suboficial más corpulento, y seis marineros al lado de una larga construcción de madera próxima al portón.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Bush al suboficial.

—Vigilamos el almacén de las provisiones, señor. Hay ron dentro.

—Muy bien.

Si los hombres que estaban trastornados cuando estaban luchando (por ejemplo, el infante de marina que había atacado a Bush con la bayoneta) hubieran bebido del

ron que había allí, serían incontrollables.

Abbott, el guardiamarina que era el segundo al mando de la brigada de Bush, se acercó a él corriendo.

—¿Qué diablos ha estado haciendo? —inquirió Bush en tono malhumorado—. Deje de verle apenas empezó el ataque.

—Disculpe, señor —dijo Abbott.

Era cierto que el torbellino de la lucha le había arrastrado, pero eso no servía de excusa, pues el joven Wellard, como Bush recordaba muy bien, aún estaba junto a Hornblower y cumpliendo con su deber.

—Prepare todo para hacer la señal al navío —ordenó Bush—. Debería haber tenido todo preparado hace cinco minutos. Destrinque tres cañones. ¿Quién traía la bandera? Búsquele e icle la bandera encima de la española. ¡Rápido, maldita sea!

La victoria era dulce, pero cuando Bush se acostumbró a la idea de que la había conseguido, dejó de influir en su comportamiento. Bush no había dormido ni desayunado, y aunque apenas habían transcurrido diez minutos desde que él y sus hombres tomaron la fortaleza, se reprendía a sí mismo por no haber hecho lo que tenía que hacer en esos diez minutos. Fue un consuelo para él dejar de pensar en sus errores y discutir con Whiting la custodia de los prisioneros. Ya habían sacado de las barracas a todos: un centenar de hombres medio desnudos y una veintena de mujeres con poca ropa (que sujetaban fuertemente) y el pelo sobre los hombros. En un momento en que hubiera estado más tranquilo, Bush se habría fijado en las mujeres por su belleza, pero le había irritado verlas allí porque su presencia era una complicación, y las consideraba como tal.

Entre los hombres había algunos negros y mulatos de la isla, pero la mayoría eran españoles. Casi todos los muertos que yacían en diferentes partes de la fortaleza llevaban puesto el uniforme (chaqueta blanca con vueltas azules y pantalón blanco), y eso indicaba que eran los centinelas y los hombres de guardia, que habían pagado caro su descuido.

Bush no sabía hablar ninguna otra lengua aparte del inglés, y por el gesto apesadumbrado de Whiting, parecía que él tampoco.

—Por favor, escúcheme, señor —dijo Pierce, el ayudante del cirujano para llamar su atención—. ¿Es posible que un grupo de hombres me ayuden a poner a los heridos en la sombra?

Antes que Bush pudiera responder, Abbott le llamó desde la plataforma donde se encontraban los cañones.

—¡Los cañones ya están destrincados, señor! ¿Mando traer los cartuchos del arsenal?

Y antes que Bush pudiera darle permiso llegó Wellard y trató de apartar a Pierce con el codo para llamar la atención de Bush.

—Con su permiso, señor... Con su permiso, señor... El señor Hornblower le presenta sus respetos, señor, y dice que si puede hacer el favor de subir a aquella torre, señor. El señor Hornblower dice que es urgente que vaya, señor.

En ese momento Bush pensó que enloquecería si tenía una preocupación más.

CAPÍTULO 10



La fortaleza tenía en cada esquina un bastión, que permitía proteger sus flancos con las armas ligeras, y encima del bastión situado al suroeste había una pequeña atalaya donde se encontraba el asta de la bandera. Bush y Hornblower estaban en la torre, con el inmenso Atlántico a sus espaldas y la amplia bahía de Samaria delante. Por encima de ellos ondeaban dos banderas: una blanca arriba y una roja y gualda, la española, abajo. Tal vez los tripulantes del *Renown* no distinguían los colores de las banderas, pero, sin duda, podían verlas. Era obvio que habían visto cómo las banderas eran arriadas e izadas de nuevo dos veces consecutivas, seguramente porque habían dirigido los telescopios hacia la fortaleza después de oír los tres cañonazos convenidos, y que se habían enterado de que la fortaleza estaba en manos de los ingleses (tres cañonazos seguidos del ascenso y el descenso de las banderas dos veces eran la señal que lo indicaba), pues la sobremesana del *Renown* había cambiado de orientación y el navío había emprendido el regreso bordeando la península.

Bush y Hornblower disponían de un solo telescopio, que encontraron al registrar superficialmente la fortaleza, y cuando uno miraba por él, el otro apenas podía reprimirse de arrebatárselo de las manos. Ahora Bush lo tenía y miraba la orilla más lejana de la bahía, y Hornblower señalaba con el dedo lo que había estado mirando un momento antes.

—¿Los ve, señor? —preguntó—. Después de la batería de la bahía está la ciudad que llaman Sabana, y más allá de la ciudad están los barcos. Levarán anclas en cualquier momento.

—Los veo —dijo Bush, todavía mirando por el telescopio—. Cuatro pequeños barcos. No tienen izada ninguna vela, así que no se puede saber de qué clase son.

—Pero es fácil de adivinar, señor.

—Sí, eso creo —dijo Bush.

No era necesario que estuvieran fondeados allí grandes barcos de guerra, porque el canal de la Mona estaba muy próximo. El canal, por donde pasaba la mitad de los barcos que hacían el comercio con las islas del Caribe, distaba sólo treinta millas de la bahía de Samaná, así que cualquier barco rápido y fácil de gobernar que tuviera un par de cañones y un buen número de tripulantes podría salir de la bahía, atrapar una presa y enseguida volver a refugiarse allí, donde estaría protegida por las baterías, donde el fuego cruzado impediría entrar a los enemigos, como los sucesos del día anterior habían demostrado. Los barcos que llevaran a cabo esos ataques no tendrían que pasar ni siquiera una noche en alta mar.

—A estas alturas todos los que están a bordo sabrán que hemos tomado la fortaleza y se imaginarán que el *Renown* viene a atacarlos, así que sacarán los barcos de la bahía en un abrir y cerrar de ojos. Y el viento es favorable para ir del cabo Engaño a Martinica.

—Es muy probable que lo hagan —dijo Bush.

Ambos, pensando lo mismo, volvieron la cabeza para mirar hacia el *Renown*. El navío, que tenía la popa orientada hacia ellos, avanzaba hacia alta mar con las velas amuradas a estribor y tenía un hermoso aspecto, pues sus blancas velas hacían un agradable contraste con las azules aguas. Pero tardaría mucho en llegar al lugar apropiado para virar y doblar el cabo Samaná. Pasarían horas antes de que pudiera llegar a la bahía y tal vez no lograría impedir que los barcos escaparan. Bush dio media vuelta y miró hacia la resguardada bahía.

—Es mejor que mandemos a algunos hombres a preparar los cañones para dispararles.

—Sí, señor —dijo Hornblower y, después de vacilar unos momentos, añadió—: No estarán al alcance de los cañones mucho tiempo. La marea va a bajar, y podrán navegar más próximos a la otra orilla que el *Renown*.

—Pero no tardaremos en hundirlos —dijo Bush—. ¡Ah, ya sé lo que está pensando!

—Con balas rojas será diferente, señor —dijo Hornblower.

—Les pagaremos con la misma moneda —dijo Bush, con una sonrisa satisfecha.

El día anterior el *Renown* había sido alcanzado por las infernales balas rojas, y a Bush le agradaba la idea de tostar a varios españoles.

—Sí, señor —dijo Hornblower.

Pero Hornblower no sonreía, como Bush, sino que tenía un gesto adusto. Le preocupaba que los barcos corsarios escaparan y continuaran haciendo presas en otra parte, y pensaba que debían tratar de disminuir por todos los medios las posibilidades de que lo logaran.

—¿Puede usted prepararlas? —preguntó Bush inesperadamente—. ¿Sabe cómo calentar las balas?

—Lo averiguaré, señor.

—Apuesto a que ninguno de nuestros hombres lo sabe.

Las balas incandescentes sólo podían usarse en las baterías que estaban en tierra, pues era un riesgo mantener encendida una fragua en los barcos mientras sostenían un combate porque estaban contruidos con materiales inflamables. Al principio de la revolución, los franceses habían probado a usarlas en sus barcos con el afán de encontrar un medio de acabar con la supremacía de Inglaterra en los mares, pero los resultados habían sido desastrosos, y después que algunos barcos se incendiara, desistieron de hacer pruebas. Ya no se cargaban con balas incandescentes las piezas

de artillería de ningún barco sino sólo las que estaban en tierra.

—Trataré de averiguarlo por mí mismo, señor —dijo Hornblower—. Ahí abajo están la fragua y las herramientas.

A Hornblower le daba de lleno el sol, todavía demasiado caliente para producir una sensación agradable. Le había salido un poco de barba y tenía la cara pálida y sucia, y en ella se reflejaban la ansiedad y el cansancio, lo que rara vez ocurría cuando realizaba una acción de guerra.

—¿Ha desayunado? —preguntó Bush.

—No, señor —respondió Hornblower, volviendo la cabeza hacia él—. Tampoco usted, señor.

—No —dijo Bush, sonriendo.

Bush no había podido dedicar ni siquiera un momento a eso, porque había tenido que organizar a los hombres para la defensa de la fortaleza, pero era capaz de aguantar la fatiga, el hambre y la sed, y dudaba que Hornblower pudiera.

—Voy a beber agua del pozo, señor —dijo Hornblower.

Cuando terminó de decir estas palabras y se dio cuenta de lo que implicaban, puso un gesto diferente y se pasó la lengua por los labios. Bush notó que los tenía resecos y agrietados y que no le aliviaba pasarse la lengua. El joven no había bebido nada durante las doce horas transcurridas desde el desembarco, doce horas de intensa actividad en un clima tropical.

—Beba agua enseguida, señor Hornblower —dijo Bush—. Es una orden.

—Sí, señor.

Bush notó cómo el telescopio pasaba de su mano a la de Hornblower.

—¿Puedo mirar por el telescopio otra vez antes de irme? —preguntó Hornblower—. ¡Dios mío! Eso es lo que me imaginaba. Están sacando el barco de dos mástiles a remolque. En menos de una hora dejará de estar al alcance de los cañones. Mandaré a los marineros a preparar los cañones, señor. Eche un vistazo, señor.

Devolvió el telescopio y empezó a bajar corriendo la escalera de la torre, pero en mitad de ella hizo una pausa.

—No olvide desayunar, señor —dijo, volviendo la cabeza hacia Bush—. Tiene tiempo de sobra.

Bush miró hacia abajo por el telescopio y comprobó que era cierto lo que Hornblower había dicho, que uno de los barcos fondeados en la bahía había empezado a navegar. Se volvió hacia un lado y miró con detenimiento el resto de la península y la bahía antes de entregarle el telescopio a Abbott, que había estado allí durante toda la conversación, pero se había mantenido en silencio por respeto a sus superiores.

—Quédese vigilando —dijo Bush.

Hornblower ya estaba dando órdenes en la parte principal de la fortaleza, y los

marineros las cumplían con prontitud. En la plataforma donde se encontraban los cañones, varios hombres estaban destrincando los últimos cañones, y cuando Bush bajó de allí, vio a Hornblower organizando a otros grupos y dando órdenes acompañadas de muchos gestos. El joven le miró como si se sintiera culpable y se dirigió al pozo. Un infante de marina sacaba un cubo de agua en ese momento, y él lo cogió, se lo acercó a los labios al mismo tiempo que se inclinaba hacia atrás para contrarrestar el peso, y bebió y bebió, mientras el agua le caía en la cara y le resbalaba por el pecho, hasta que el cubo se quedó vacío. Entonces lo puso en el suelo y, con un gesto sonriente y la cara chorreando agua todavía, miró a Bush. A Bush le bastó verle para sentir una sed enorme, a pesar de que ya había bebido agua del pozo.

Cuando Bush terminó de beber, ya había a su alrededor, como era habitual, un grupo de hombres que reclamaban su atención, preguntaban cuáles eran las nuevas órdenes o solicitaban información, y cuando terminó de responderles, vio salir el humo de la fragua que estaba en un rincón del patio y oyó crepitar las brasas dentro de ella. Entonces fue hasta el rincón. Un marinero que estaba arrodillado echaba aire al fuego con un fuelle y otros dos traían leña de una pila que había junto a la muralla. Cuando la portezuela de la fragua se abrió, Bush sintió una ráfaga de aire caliente azotarle la cara y retrocedió. Hornblower se acercó con pasos rápidos.

—¿Cómo están las balas, Saddler? —preguntó.

El suboficial cogió unos trapos y, protegiéndose las manos con ellos, agarró dos asas que sobresalían por un lado de la fragua, que estaban a la misma altura de otras dos que sobresalían por el otro lado. Cuando tiró de ellas, Bush se dio cuenta de que eran las asas de una gran parrilla de hierro y de que su parte central estaba en medio de la fragua y justo encima de las llamas. Sobre la parrilla había varias hileras de balas todavía negras, y Saddler puso a un lado de la boca el tabaco que mascaba, acumuló saliva y escupió atinadamente en la más cercana, y aunque la saliva hirvió, no lo hizo inmediatamente.

—No están muy calientes todavía, señor —dijo Saddler.

—¡Vamos a freír a esos demonios! —dijo inesperadamente el hombre que estaba arrodillado y movía el fuelle, levantando la vista, y luego, pensando en que quemaba vivos a sus enemigos, hizo un gesto de satisfacción.

Hornblower, sin prestarle atención, dijo:

—Vamos a ver lo que pueden hacer, marineros.

Varios hombres le habían seguido hasta allí en doble fila, y cada pareja sostenía un objeto de hierro formado por dos barras unidas por crucetas. Los dos primeros hombres se acercaron, y Saddler cogió una de las balas calientes con una pinza y la colocó en la rejilla.

—Apártense ustedes dos —dijo—. ¡Los siguientes!

Cuando en cada rejilla ya estaba colocada una bala, Hornblower se llevó a sus hombres.

—Ahora tendrán que meterlas en los cañones —dijo.

Bush, muerto de curiosidad, les siguió. La procesión subió por la rampa hasta la plataforma donde estaban los cañones, junto a los cuales se encontraban ya los marineros que iban a manejarlos, y que inmediatamente los echaron hacia atrás y separaron bastante las bocas de las troneras. Entre un cañón y otro había una tina con agua.

—¿Ya han metido los tacos secos? —preguntó Hornblower a los encargados de atacar la carga—. Entonces pongan los mojados.

Varios hombres sacaron de las tinas algunas placas circulares de asbesto chorreando agua.

—Pongan dos en cada cañón —ordenó Hornblower.

Entonces los hombres introdujeron los tacos mojados en los cañones y los empujaron hacia el fondo con los atacadores.

—Empújenlos hasta el fondo —ordenó Hornblower—. Ahora acérquense los que tienen las balas.

No era fácil meterlas, pues había que pegar la rejilla a la boca del cañón e inclinarla para que la bala bajara rodando y entrara en el cañón.

—Por el modo en que los españoles nos dispararon ayer, me parece que tenían más destreza para manejar estos cañones que lo que pensábamos —dijo Hornblower a Bush—. ¡Ataquen la carga!

Varios marineros empujaron las balas con los atacadores de modo que apretaran la carga, y se oyó un siseo cuando cada bala hizo presión sobre un taco mojado.

—¡Saquen los cañones!

Los artilleros halaron los cabos de las poleas, y los pesados cañones rodaron lentamente hacia delante hasta que las bocas salieron por las troneras.

—Apunten hacia aquel cabo y disparen.

Las brigadas de artilleros, cumpliendo las órdenes de sus jefes, dirigieron los cañones hacia el blanco metiendo los espeques por debajo del eje trasero de las cureñas, y como el cebo ya estaba colocado en el fogón, en cuanto terminaron, sus jefes los dispararon. Todos notaron que el estampido de esos cañones, que estaban sobre una plataforma de piedra, era diferente al de los cañones que estaban sobre una superficie de madera en el interior de un barco. El moderado viento dispersó el humo.

—¡Buena puntería! —exclamó Hornblower, que había hecho sombra sobre los ojos con la mano para ver dónde caían las balas, y se volvió hacia Bush—. Esto habrá desconcertado a esos caballeros. Se preguntarán a qué diablos estamos disparando.

Bush había seguido todo el proceso con una mezcla de asombro y horror.

—¿Cuánto tiempo tarda una bala en quemar los tacos y hacer que el cañón se

dispare solo?

—Ésa es una de las cosas que no sé, señor —respondió Hornblower, sonriendo—. No me extrañaría que la averiguáramos hoy.

—Es posible —dijo Bush.

Hornblower se volvió hacia un marinero que había subido corriendo a la plataforma.

—Pero, ¿qué hace?

—Traigo cartuchos nuevos, señor —respondió el marinero, mirándole con asombro e indicando el cartucho que tenía en la mano con un gesto.

—¡Baje y espere mis órdenes! ¡Bajen todos ustedes!

Los marineros que traían los cartuchos, impresionados por su furor, retrocedieron.

—¡Limpien los cañones! —ordenó Hornblower.

Mientras los artilleros introducían los lampazos mojados en los cañones, Hornblower se volvió hacia Bush otra vez y dijo:

—Tenemos que obrar con mucha cautela, señor. Tenemos que evitar que se junten las cargas con las balas rojas en la plataforma.

—¡Por supuesto! —exclamó Bush, que estaba satisfecho e irritado a la vez porque Hornblower había organizado tan bien a los marineros para la utilización de la batería.

—¡Traigan los cartuchos nuevos! —gritó Hornblower, y los marineros que los traían volvieron a subir por la rampa—. Estos cartuchos son ingleses, señor.

—¿Por qué lo dice?

—Esta sarga es como la del oeste de Inglaterra y la costura y el remate son como los nuestros. Supongo que proceden de presas inglesas.

Eso era muy probable. Las fuerzas españolas que aún dominaban esa parte de la isla, a pesar de la lucha de los insurrectos, probablemente reponían sus pertrechos con los de los barcos ingleses que capturaban en el canal de la Mona. Entre las numerosas preocupaciones que bullían en la mente de Bush, que estaba de pie junto a los cañones, con las manos tras la espalda y de cara al sol, se abrió paso la idea de que si tenían suerte, los españoles no harían más presas, y la idea le produjo ansiedad. Los españoles tendrían dificultades cuando ellos les impidieran el acceso a esa fuente de pertrechos. No podrían soportar mucho tiempo el ataque de los negros, que ya les habían obligado a retirarse allí, al extremo oriental de la isla de Santo Domingo.

—Coloque esos tacos con cuidado, Cray —dijo Hornblower—. Y asegúrese de que no haya pólvora dentro del cañón, porque si no, habrá que escribir en el rol: Cray, baja por defunción.

Muchos se rieron al oírle, pero Bush no le había prestado atención porque había subido a una almena de la muralla para observar la bahía desde allí.

—Están atravesando la bahía —dijo—. Espere un momento, señor Hornblower.

—Sí, señor.

Bush se esforzó por ver la mayor cantidad posible de detalles de los cuatro barcos que avanzaban lentamente por el canalizo. En ese momento vio que en el primero desplegaban velas en los dos mástiles. Aparentemente, su capitán quería aprovechar las débiles ráfagas de viento que había en aquella resguardada bahía de cálidas aguas y recorrer cuanto antes la distancia que separaba el barco de alta mar, donde estaría a salvo.

—¡Señor Abbott, traiga el telescopio! —gritó Hornblower.

Cuando Abbott bajaba la escalera, Hornblower volvió a dirigirse a Bush.

—Si han intentado escapar en cuanto se han enterado de que tomamos la fortaleza, no se sienten seguros allí, señor.

—Supongo que no.

—Era de suponer que tratarían de recuperar la fortaleza por un medio u otro. Podrían haber desembarcado tropas en aquella parte de la península y atacarnos. Me pregunto por qué no lo intentaron, señor. ¿Por qué simplemente zarparon y emprendieron la huida?

—Es que son españoles —respondió Bush, pero no quiso hablar de otros posibles motivos del enemigo para obrar así porque tenían que atacarlo de inmediato, y arrebató el telescopio a Abbott.

Por el telescopio pudo ver muchos más detalles de los barcos. Vio que uno de ellos era un lugre grande y que dos eran goletas con varios cañones en cada costado, pero no pudo saber de qué tipo era la otra, pues estaba más lejos que las demás y, como la estaban remolcando sus lanchas, no tenía desplegada ninguna vela.

—Están en el punto de máximo alcance, señor Hornblower —dijo Bush.

—Sí, señor, pero ellos dispararon ayer al navío con estos mismos cañones y las balas le dieron.

—Apunte con cuidado. Recuerde que no estarán mucho tiempo al alcance de los cañones.

—Sí, señor.

Los barcos no avanzaban juntos. Si lo hubieran hecho, habrían tenido más posibilidades de salvarse, pues con la batería de la fortaleza sólo se podía disparar a uno cada vez. Pero el pánico y el deseo de salvarse probablemente habían impulsado a los capitanes de los barcos a zarpar cuanto antes, sin esperar a los demás, porque el canalizo, a pesar de ser profundo, era demasiado estrecho para que lo atravesaran varios barcos juntos. En la goleta que iba delante, arriaron las velas otra vez, porque después que virara a babor en esa parte del canalizo, el viento ya no sería favorable. Enseguida sus lanchas fueron lanzadas al agua y empezaron a remolcarla. Bush vio por el telescopio cómo ocurría todo.

—Todavía falta algún tiempo para que esté al alcance de los cañones, señor —

dijo Hornblower—. Echaré un vistazo a la fragua, con su permiso.

—Iré con usted —dijo Bush.

Todavía el marinero que echaba aire al fuego con el fuelle seguía echándolo, y hacía un calor tremendo, que aumentó más aún cuando Saddler sacó la parrilla donde estaban las balas calientes. El brillo de las balas podía percibirse a pesar de que estaban bajo el sol, y despedían tanto calor que el aire que estaba por encima de ellas hacía ondas y a través de él las cosas se veían distorsionadas y no se distinguían con claridad. Parecía una escena de las que ocurrían en el infierno. Saddler escupió en una bala, y se oyó un siseo y de inmediato la saliva fue rechazada por la superficie. Luego la saliva cayó sobre la parrilla y estuvo saltando y danzando sobre ella hasta que desapareció. Saddler volvió a escupir y el resultado fue el mismo.

—¿Están bastante calientes, señor? —preguntó Saddler.

—Sí —respondió Hornblower.

Bush recordó que cuando era guardiamarina había calentado muchas veces una plancha de hierro en la cocina para planchar una camisa o un corbatín y que había calculado de esa misma manera la temperatura de la plancha. El hecho de que la superficie rechazara la saliva indicaba que la plancha estaba muy caliente, y, de acuerdo con eso, las balas estaban muchísimo más calientes que la plancha, infinitamente más calientes.

Saddler volvió a poner la parrilla en la fragua y se secó la cara sudorosa con los trapos con que se había protegido las manos.

—Esperen aquí hasta que tengan que llevar las balas —ordenó Hornblower—. Pronto estarán ocupados.

Miró a Bush como si pidiera permiso con la mirada y regresó adonde se encontraba la batería con pasos largos y rápidos. Bush le siguió caminando más lentamente, porque estaba cansado a causa de los esfuerzos que había hecho en el ataque, y, mientras miraba a Hornblower subir corriendo por la rampa, pensaba que probablemente el joven no tenía la misma fortaleza física que él, que había hecho más esfuerzos. Cuando llegó arriba, Hornblower estaba observando la goleta que iba delante.

—Parece que las cuadernas de la goleta no son muy gruesas —dijo Hornblower—. Las balas de veinticuatro libras de estos cañones podrán atravesarla fácilmente, aunque se encuentre en el punto de alcance máximo.

—Tal vez traspasen el fondo —dijo Bush.

—Tal vez... señor —dijo Hornblower, tardando en añadir la última palabra, pues a pesar de los numerosos años que había servido en la Armada, solía olvidarla cuando estaba pensativo.

—¡En la goleta están izando otra vez las velas! —exclamó Bush—. ¡La goleta está virando!

—Y las lanchas han soltado los cabos con que la remolcaban —dijo Hornblower—. Ya falta poco.

Entonces miró hacia la fila de cañones, donde ya estaban colocados la carga y el cebo. Les habían quitado las cuñas para que pudieran elevarse lo más posible, y sus bocas, dirigidas hacia arriba, parecían estar esperando las balas que iban a pasar por ellas. La goleta avanzaba perceptiblemente por el canalizo en dirección a ellos. Hornblower estaba impaciente, se volvió hacia los cañones y avanzó hasta el extremo de la fila mientras se retorcía las manos tras la espalda. Regresó y fue otra vez hasta ese extremo con pasos rápidos. Parecía que no podía estarse quieto, pero cuando su mirada se encontró con la de Bush, puso un gesto como si se sintiera culpable y, haciendo un evidente esfuerzo, se quedó inmóvil, como su superior. La goleta se encontraba ya a media milla de distancia del segundo barco del grupo y seguía avanzando lentamente.

—Podría usted hacer un disparo de prueba —dijo Bush por fin.

—Sí, señor —asintió Hornblower con la misma rapidez con que el agua de un río pasa por encima de un dique roto, como si hubiera estado esperando con impaciencia a que Bush acabara de hablar.

—¡Fragua! —gritó—. ¡Saddler, envíe una bala!

Los marineros que traían la bala incandescente subieron con cuidado por la rampa. La luz roja y el calor que despedía se podían percibir claramente. Los artilleros metieron los tacos mojados en el cañón y los marineros pegaron la rejilla a la boca y la empujaron con la varilla de colocar los tacos y con el atacador. Por fin la bala fue rodando hasta la boca del cañón y entró en él. En cuanto la bala se puso en contacto con un taco mojado, se oyó un siseo y salió vapor del cañón. Bush volvió a preguntarse cuánto tiempo pasaría antes de que los tacos se quemaran y la carga explotara, y pensó que cuando el cañón retrocediera podría hacer daño a quien estuviera apuntándolo.

—¡Saquen el cañón! —ordenó Hornblower.

Los artilleros halaron los cabos de las poleas y el cañón se movió hacia delante. Hornblower se puso detrás, se agachó y miró hacia afuera por encima de él.

—¡Muévanlo un poco a la derecha!

Los artilleros hicieron girar el cañón con las poleas y los espeques.

—¡Un poco más! ¡Paren! ¡No, muévanlo un poco a la izquierda! ¡Paren!

Bush vio con alivio que Hornblower se erguía y se apartaba del cañón. El joven subió a una almena de la muralla con la agilidad de siempre e hizo sombra sobre sus ojos con la mano. Bush estaba a su lado con el telescopio dirigido hacia la goleta.

—¡Fuego! —gritó Hornblower.

El cebo dio algunos chasquidos, que un instante después fueron ahogados por el rugido del cañón. Bush vio el rastro que la bala dejaba al ascender y luego volver a

descender por el cielo azul. Era una raya negra de aproximadamente una pulgada de longitud que parecía alargarse por delante y disminuir por detrás constantemente y que se movía en dirección a la goleta. Se movía en esa dirección todavía y casi estaba en contacto con la goleta cuando Bush vio brotar chorros de agua de la superficie del mar, justo delante de la proa (eso indicaba que la velocidad de la bala era muy superior a la de la señal que la retina mandaba al cerebro). Bajó el telescopio y dejó de ver los chorros de agua. Entonces se dio cuenta de que Hornblower le miraba.

—Cayó a un cable de distancia de la goleta —dijo.

Hornblower asintió con la cabeza y luego preguntó:

—¿Podemos empezar a disparar ya, señor?

—Sí, adelante, señor Hornblower.

Apenas Bush había acabado de pronunciar esas palabras cuando Hornblower gritó:

—¡Fragua! ¡Cinco balas más!

Bush tardó unos momentos en entender la orden. Al fin comprendió que no era conveniente subir balas y cartuchos a la vez, y que, por tanto, el cañón que acababa de disparar no se podría cargar de nuevo hasta que los otros cinco dispararan. Hornblower regresó adonde estaba Bush.

—Ayer no entendía por qué los españoles solamente nos disparaban andanadas si de esa forma el ritmo de los disparos tenía que ajustarse al de los disparos del cañón más lento. Pero ahora lo comprendo.

—Yo también —dijo Bush.

—¿Ya han metido tacos mojados en todos los cañones? ¿Seguro? Entonces, adelante.

Los marineros empujaron las balas para que entraran en los cañones y se oyó un siseo cuando las balas se pusieron en contacto con los tacos.

—¡Saquen los cañones! ¡Apunten con cuidado!

Seguía oyéndose el siseo mientras los artilleros apuntaban los cañones.

—¡Disparen en cuanto lo hayan apuntado!

Hornblower volvió a subirse a una almena de la muralla. Bush veía perfectamente bien el exterior por la tronera del cañón que no iban a usar. Los otros cinco cañones dispararon sucesivamente, a intervalos de uno o dos segundos. En la parte del cielo que Bush veía por el telescopio aparecieron las rayas negras que las balas dejaban tras sí.

—¡Limpien los cañones! —ordenó Hornblower y luego gritó—: ¡Seis cartuchos!

Entonces bajó adonde estaba Bush.

—Una cayó muy cerca —dijo Bush.

—Dos cayeron muy cerca —le corrigió Hornblower—. Pero una llegó demasiado lejos a la derecha, y sé quién la disparó. Me ocuparé de hablar con él, señor.

—Pero no pude ver dónde caía una de ellas.

—Yo tampoco, señor. Tal vez fue a parar al otro lado de la goleta o la haya alcanzado.

Los marineros que traían los cartuchos subieron corriendo a la plataforma, y los diligentes artilleros las cogieron, las metieron en los cañones y les pusieron los tacos secos encima.

—¡Seis balas! —ordenó Hornblower a Saddler y luego, mirando a los jefes de las brigadas de artilleros, gritó—: ¡Pongan el cebo! ¡Metan los tacos mojados!

—Ha cambiado el rumbo —dijo Bush—, pero la distancia entre ella y la fortaleza no puede haber variado mucho.

—No, señor. ¡Carguen y saquen los cañones! Discúlpeme, señor.

Se colocó rápidamente junto al cañón del extremo izquierdo que, aparentemente, era el que antes estaba mal apuntado.

—¡Apunten con cuidado! —gritó desde su nueva posición—. ¡Disparen cuando estén seguros de que han apuntado bien!

Bush vio cómo se agachaba detrás del cañón, pero enseguida prestó atención a la caída de las balas.

El ciclo se repitió: los cañones dispararon, unos marineros subieron corriendo con cartuchos nuevos, otros marineros trajeron las balas rojas, y los cañones volvieron a disparar. Entonces Hornblower se acercó a Bush.

—Creo que algunas han dado en el blanco —dijo antes de volverse para mirar por el telescopio otra vez—. Creo que sí... ¡Oh, sí! ¡Humo! ¡Humo!

Le pareció ver una negra nube de humo entre los mástiles de la goleta, pero como desapareció enseguida, no estaba seguro de haberla visto. El cañón más próximo a él disparó, y una ráfaga de viento arrastró el humo de la pólvora hasta donde estaban ellos mirando la goleta.

—¡Maldita sea! —gritó Bush, moviéndose a un lado y a otro para encontrar un punto desde donde pudiera ver mejor.

Los otros cañones dispararon casi simultáneamente y el humo se hizo más denso.

—¡Traigan cartuchos nuevos! —gritó Hornblower, envuelto en el humo—. ¡Limpiesen bien los cañones!

El humo se dispersó, y entonces pudo verse con claridad la goleta, aparentemente intacta, deslizándose por la bahía. Bush, decepcionado, profirió una maldición.

—Los cañones ya están calientes y cada vez la goleta está más cerca —dijo Hornblower y luego gritó—: ¡Jefes de brigada, metan las cuñas!

Fue corriendo a supervisar la elevación de los cañones, y después de transcurridos unos segundos, volvió a ordenar que trajeran balas rojas. Durante ese tiempo Bush notó que las lanchas de la goleta, que hasta entonces la habían seguido, se colocaban a su lado. Eso significaba que el capitán pensaba que el viento era lo bastante fuerte

para que la goleta virara en redondo y pudiera llegar pronto a la boca de la bahía. Los cañones dispararon otra vez a intervalos irregulares, y Bush vio tres penachos de agua salir de la superficie del mar, cerca del costado derecho de la goleta.

—¡Cartuchos nuevos! —gritó Hornblower.

Bush vio que la goleta viraba, se situaba con la popa frente a la batería y se dirigía a los bancos de arena cercanos a la otra orilla de la bahía. «¿Qué demonios hace?», se preguntó. Enseguida vio una negra columna de humo saliendo del alcázar de la goleta y se quedó unos momentos mirándola con satisfacción. Entonces vio cómo la goleta chocaba con un banco de arena y cómo sus palos se estremecían por el impacto. La goleta se estaba quemando, y su capitán la había encallado deliberadamente. Ahora el humo que rodeaba el casco era muy denso. Bush siguió mirándola por el telescopio y vio por encima del humo cómo las llamas destruían la enorme y blanquísima vela mayor. Bajó el telescopio y miró hacia Hornblower, que se había subido a una almena de la muralla otra vez. El joven sonrió, y sus blancos dientes contrastaban con su cara, que estaba oscurecida por la barba y tiznada por el humo de la pólvora. Los artilleros empezaron a dar vivas y los demás miembros del destacamento de desembarco se unieron a sus gritos.

Hornblower les indicaba con gestos que guardaran silencio, pues quería que pudieran oírle en la parte baja de la fortaleza cuando revocara la orden de traer más balas.

—¡Espere para cumplir esa orden, Saddler! ¡Esperen, marineros!

Bajó de un salto y se acercó a Bush.

—¡Hemos vencido! —exclamó Bush.

—Pero sólo al primer barco —dijo Hornblower.

Ambos vieron cómo salía un chorro de humo de la goleta que se quemaba y cómo subía entre los mástiles. Mientras lo observaban vieron caer el palo mayor y oyeron una distante explosión, que indicaba que el fuego había llegado a la santabárbara. Cuando el humo se disipó, vieron que la goleta se había partido por la mitad y notaron que el palo trinquete todavía estaba erguido en la primera de ellas, pero lo vieron caer un momento después. Había grandes llamas en la proa y en la popa, y las lanchas en que iban los tripulantes avanzaban por entre los bancos de arena.

—¡Qué horrible espectáculo! —exclamó Hornblower.

Pero a Bush no le desagradaba ver cómo ardía un barco enemigo. Estaba realmente contento.

—Seguramente el capitán no disponía de bastantes hombres para apagar los fuegos porque la mitad de los tripulantes estaban a bordo de las lanchas.

—Quizá una bala atravesó la cubierta y se alojó en la bodega —dijo Hornblower.

Bush miró hacia él porque le llamó la atención su tono de voz. El joven había hablado con voz pastosa y chillona, como un borracho. Pero no era posible que

estuviera ebrio, aunque al tener la cara sucia y barbuda y los ojos inyectados de sangre pudiese parecerlo. Era obvio que estaba fatigado. Pero una vez más su gesto inexpresivo se volvió animado, y cuando volvió a hablar, su voz recuperó su tono habitual.

—Ahí viene la otra. Creo que está casi al alcance de los cañones.

La segunda goleta avanzaba por el canal con las velas desplegadas y acompañada de las lanchas, igual que la anterior. Hornblower miró hacia la batería.

—¿Ven la otra goleta a la que tienen que apuntar? —preguntó, y oyó fuertes gritos de asentimiento antes de volverse hacia Saddler y gritar—: ¡Que traigan las balas!

La procesión de marineros con balas incandescentes subió por la rampa de nuevo. Las balas estaban extremadamente calientes, y el calor que despedían formaba ondas en el aire al pasar. Poco después los marineros emprendieron la rutinaria tarea de meter las balas en los cañones, pero enseguida algunos hicieron comentarios en voz alta, una bala cayó con estrépito sobre la plataforma de piedra y se quedó allí. Aún faltaba meter las balas en dos cañones.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó Hornblower.

—Por favor, señor...

Hornblower se acercó enseguida para ver por sí mismo qué pasaba. En el interior de los tres cañones se oía el siseo producido por las balas que estaban en contacto con los tacos mojados, y por la boca de uno de ellos salían el vapor en espiral.

—¡Saquen los cañones, apunten y disparen! —ordenó Hornblower—. ¿Qué pasa con los otros? ¡Quiten esa bala de en medio!

—Las balas no caben, señor —dijeron varios artilleros mientras otro empujaba la bala que se había caído con la varilla de colocar los tacos para que rodara hacia la muralla. Los marineros que sostenían las otras dos balas, empapados de sudor, permanecían junto a los cañones. Hornblower no llegó a decir lo que pensaba, pues en ese momento se oyó el estampido de uno de los cañones, que se disparó solo mientras los marineros lo movían con las poleas para sacarlo. Un artillero, a quien el cañón le había pasado por encima del pie al retroceder, se sentó dando gritos de dolor, y enseguida la sangre empezó a correr por el empedrado. Los jefes de las brigadas que manejaban los otros dos cañones cargados ni siquiera simulaban que los apuntaban antes de dispararlos. En cuanto los sacaron, gritaron «¡apártense!» e hicieron fuego.

—Llévenlo adonde está el señor Pierce —dijo Hornblower, refiriéndose al artillero herido—. Ahora solucionaremos el problema de las balas.

Hornblower regresó adonde estaba Bush, y en su rostro vio reflejadas la tristeza y la vergüenza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bush.

—Las balas estaban demasiado calientes —respondió Hornblower—. ¡Maldita sea! No me di cuenta de eso. Algunas empezaron a derretirse en la fragua y se deformaron, y por eso no caben por la boca del cañón. ¡No pensé en eso! ¡Qué estúpido soy!

Bush no reconoció que él tampoco lo había pensado, aunque, por ser su superior, debería haberlo hecho, y no dijo nada.

—Incluso las que no se deformaron se calentaron en exceso —continuó Hornblower—. Soy el hombre más estúpido del mundo. Estoy loco de remate. ¿Vio cómo se disparó ese cañón? Ahora los hombres tienen miedo y no apuntarán los cañones correctamente porque querrán dispararlos cuanto antes para evitar que retrocedan solos y les causen daño. Soy un imprudente y un tonto de capirote.

—¡Calma! —dijo Bush, que experimentaba sentimientos contradictorios.

Le hizo gracia ver a Hornblower golpearse la palma de la mano izquierda con el puño de la otra y no pudo evitar reírse en su interior. Pero sabía perfectamente que el joven había conseguido algo extraordinario, realmente extraordinario: en breve tiempo casi había llegado a dominar la técnica para disparar balas rojas. Por otra parte, en el curso de esa operación, la disposición de Hornblower para hacerse responsable de las cosas le produjo irritación en muchas ocasiones, y la causa era que sentía envidia de él porque tenía dotes de mando (si se hubiera dado cuenta de que la causa era ese sentimiento mezquino, se habría sorprendido y habría rechazado esa idea). Sin embargo, ésa era la causa de que le hiciera gracia ver a Hornblower tan desanimado.

—No se lo tome tan a pecho —dijo Bush, sonriendo.

—Me da mucha rabia que haya sido tan...

Hornblower se interrumpió. Bush notó que hacía un esfuerzo para dominarse y que estaba molesto por haber dejado que aflorara su estado de ánimo, y enseguida vio que la máscara de hombre estoico y acostumbrado a luchar ocultó de nuevo sus sentimientos.

—¿Podría hacerse cargo de la batería, señor? —preguntó de tal modo que parecía que era otra persona la que hablaba—. Si me lo permite, iré a echar un vistazo a la fragua. Los marineros tendrán que echar menos aire al fuego con el fuelle.

—Está bien, señor Hornblower. Ordene que traigan la munición y yo dirigiré el ataque a la goleta.

—Sí, señor. Mandaré que traigan las últimas balas que se metieron en la fragua, pues esas todavía no estarán demasiado calientes.

Hornblower bajó la rampa corriendo y Bush se colocó detrás de los cañones para dirigir el ataque. En cuanto llegaron los cartuchos nuevos, los artilleros los metieron en los cañones y colocaron encima los tacos secos primero y los mojados después. Entonces empezaron a llegar los marineros con las balas.

—Tengan calma, artilleros —dijo Bush—. Estas balas no están tan calientes como las del último grupo. Apunten con cuidado.

Pero cuando Bush subió a una almena de la muralla y dirigió el telescopio hacia la segunda goleta, vio que empezaba a virar. Los tripulantes habían cargado la trinquete y arriado los focos, y las lanchas, que estaban muy próximas a la proa y formaban un ángulo con ella, tiraban de la goleta con fuerza, moviéndose de tal modo que parecían escarabajos aleteando. La goleta iba a virar en redondo. Seguramente regresaría al fondo de la bahía porque el capitán se habría asustado al ver los restos humeantes de la primera y habría decidido no exponerla al riesgo de que las balas rojas la destruyeran.

—¡Va a virar en redondo! —gritó Bush—. ¡Dispárenle mientras esté al alcance de los cañones!

Observó cómo las balas viajaban por el aire describiendo una parábola y caían al mar, haciendo salir penachos de agua de la superficie. Entonces recordó que el día anterior había visto cómo una bala disparada por uno de esos cañones rebotó y alcanzó el costado del *Renown*, y pensó que uno de los penachos había caído muy cerca de la goleta y tal vez le había dado.

—¡Cartuchos nuevos! —gritó, volviéndose para que pudieran oírle en la santabárbara—. ¡Limpiesen los cañones!

Pero cuando los artilleros terminaron de meter los cartuchos en los cañones, la goleta ya había terminado de virar y sus tripulantes volvían a desplegar la trinquete. La goleta empezó a avanzar lentamente hacia el fondo de la bahía, y a juzgar por la distancia a la que habían caído las últimas balas, estaría fuera del alcance de los cañones antes de que pudieran volver a disparar.

—¡Señor Hornblower!

—¿Señor?

—¡No mande más balas!

—Sí, señor.

Cuando Hornblower volvió a la plataforma donde estaba la batería, Bush le indicó con el dedo la goleta que se retiraba.

—El capitán se lo pensó dos veces, ¿no cree? —dijo Hornblower—. Y parece que los otros dos barcos han anclado.

De nuevo sintió ganas de arrebatarse a Bush el único telescopio que había, y en ese momento Bush se lo dio.

—Los otros dos no se mueven —dijo Hornblower, y luego dio media vuelta y dirigió el telescopio a alta mar—. El *Renown* está doblando el cabo y sus velas han tomado el viento. Navega a unas seis o siete millas, así que tardará una hora en doblarlo.

Ahora correspondía a Bush coger el telescopio. Observó el *Renown* y el

inequívoco modo en que estaban colocadas las gavias. Luego miró la orilla opuesta de la bahía, donde estaba la otra batería, y por encima de ella se veía la bandera española, que a veces estaba en reposo y otras se movía formando pequeñas ondas por el impulso del suave viento de la costa. Bush no vio ningún signo de actividad allí y, haciendo un gesto de alivio, bajó el telescopio y miró a su subordinado.

—Todo está en calma —dijo—. No hay nada que hacer hasta que llegue el *Renown*.

—Así es —asintió Hornblower.

Entonces ocurrió algo curioso: la animación de Hornblower desapareció y el cansancio se reflejó en su rostro en cuanto se relajó.

—Ahora podemos dar de comer a los hombres —dijo Bush—. Y me gustaría ver a los heridos. Además, hay que agrupar a los prisioneros atendiendo a varios aspectos, pues Whiting encerró en la casamata a todos, hombres y mujeres, capitanes y soldados. No sabemos qué provisiones hay aquí. Tendremos que averiguarlo. Luego nos organizaremos para hacer guardia por turnos, pues de ese modo algunos de nosotros podremos descansar mientras otros vigilan.

—Sí, así algunos podremos descansar —dijo Hornblower, pero se dio cuenta de que faltaban muchas cosas por hacer y volvió a poner una expresión hierática—. ¿Quiere que empiece a ocuparme de estas tareas, señor?

CAPÍTULO 11



El sol de mediodía daba de lleno en la fortaleza de Samaná y las murallas despedían tanto calor que dentro de ellas la atmósfera era asfixiante e incluso en las esquinas, donde había sombra, la temperatura era extremadamente alta. Puesto que la brisa marina todavía no había empezado a soplar, la bandera blanca caía flácida a lo largo del asta, ocultando a medias la bandera española, que también estaba en reposo. Sin embargo, todavía había disciplina en la fortaleza. En cada bastión, bajo el sol abrasador, estaba apostado un vigía para evitar que les atacaran por sorpresa. Los infantes de marina que estaban de centinelas caminaban de un lado a otro del puesto que tenían asignado con marcialidad y acompasadamente, y con la chaqueta escarlata abotonada hasta el cuello, la badana colocada en la posición correcta y el mosquete apoyado en el hombro, como disponía el reglamento. Cuando llegaban a uno de los extremos del sitio desde el que debían vigilar, juntaban los talones produciendo un chasquido, bajaban el mosquete en tres rápidos movimientos y luego se colocaban en posición de descanso, sujetándolo con la mano derecha y separando los pies, y así permanecían hasta que el calor y las moscas les forzaban a moverse de nuevo, y entonces volvían a juntar los talones, a apoyarse el mosquete en el hombro y caminaban hasta el otro extremo. Casi todos los artilleros dormitaban sobre la ardiente plataforma de piedra donde estaba la batería, los más afortunados a la sombra de los cañones, el resto donde proyectaba su sombra la parte superior de la muralla, una estrecha franja; sin embargo, dos de ellos, hacían el esfuerzo de mantenerse despiertos y cada cinco minutos comprobaban si las mechas de combustión retardada que estaban dentro de recipientes de metal seguían encendidas, lo que era imprescindible para inflamar la carga de los cañones rápidamente si tuvieran que disparar hacia los barcos de la bahía o repeler un ataque por tierra. En las inmediaciones del cabo Samaná, el *Renown* estaba esperando a que empezara a soplar la brisa marina para entrar en la bahía y comunicarse con el destacamento de desembarco.

El teniente Bush estaba sentado en un banco junto al almacén principal y trataba de mantenerse despierto mientras maldecía el calor y su propia bondad, que le había impulsado a quedarse de guardia para que los oficiales que estaban a sus órdenes descansaran antes que él, y envidiaba a los infantes de marina que dormían y roncaban a su alrededor. De vez en cuando estiraba las piernas, que le dolían por los esfuerzos que había hecho, y se secaba la sudorosa frente. Ahora estaba pensando en aflojarse el corbatín.

Por una esquina apareció un mensajero que andaba apresuradamente.

—Señor Bush, con su permiso. Una lancha ha zarpado de la otra orilla de la bahía, del lugar donde se encuentra la batería.

Bush le miró con asombro.

—¿Hacia dónde se dirige?

—Hacia aquí, señor. Lleva una bandera, aparentemente una bandera blanca.

—Voy a ver —dijo Bush—. No siempre es posible la paz.

Se puso en pie y sintió dolor en todas las articulaciones. Luego, andando trabajosamente, llegó a la rampa y subió a la plataforma en la que estaba la batería.

El suboficial que estaba de guardia había bajado de la atalaya y le esperaba allí con el telescopio. Bush miró por él hacia la bahía. La lancha, que parecía un punto negro en las azules aguas, tenía seis remos y avanzaba en dirección a la fortaleza, como anunció el mensajero. Del asta de la proa colgaba una bandera, que probablemente fuera blanca, aunque eso no era seguro porque no estaba extendida por falta de viento. A bordo habría, a lo más, diez hombres, así que no eran un peligro para la fortaleza. Tenían que navegar todavía mucho tiempo por las brillantes aguas de la bahía para llegar a cruzarla. Bush observó cómo la lancha se acercaba y luego miró hacia el acantilado de ese lado de la península de Samaná, que en las inmediaciones de la fortaleza no descendía hasta el mar en dirección vertical sino oblicua. En el acantilado había un sendero que iba hasta el muelle, y Bush notó que estaba al alcance de los dos últimos cañones de la derecha de la batería, pero pensó que no era necesario ordenar a los artilleros que los dispararan porque no habría ataque. Y esto se confirmó enseguida porque una ráfaga de viento movió la bandera: era una bandera blanca.

Casi sin desviarse del rumbo, la lancha puso proa al muelle y finalmente se atracó en él. En la lancha se vio un brillo metálico y después el sonido fuerte y agudo de una trompeta se propagó por el aire caliente y llegó a los oídos de muchos de los que estaban en la fortaleza. Luego dos hombres uniformados de azul y blanco pasaron de la lancha al muelle. Uno llevaba un sable colgado en la cintura y el otro sostenía la brillante trompeta. Este último se llevó la trompeta a los labios y volvió a tocarla. El dulce e intenso sonido retumbó en el acantilado, y los pájaros que estaban allí amodorrados a causa del calor echaron a volar dando graznidos, pues el sonido de la trompeta les había molestado tanto como los ensordecedores cañonazos disparados esa mañana. El hombre que llevaba el sable, un oficial, desenrolló una bandera blanca y empezó a subir por el sendero que iba hasta la fortaleza en compañía del trompeta. Este acto, según las normas de guerra, significaba la petición de una reunión para parlamentar. El penetrante sonido de la trompeta era la prueba de que esos hombres no pretendían coger por sorpresa a sus adversarios, y la bandera blanca, la prueba de que venían en son de paz.

Mientras Bush les miraba subir con lentitud por el camino, reflexionó sobre la

autoridad que tenía para entablar negociaciones con el enemigo y las dificultades que indudablemente tendrían ambos bandos para negociar debido a que sus lenguas eran diferentes.

—Despierte a los hombres del otro turno de guardia —ordenó al suboficial, y luego miró al mensajero y dijo—: Presente mis respetos al señor Hornblower y dígame que venga tan pronto como pueda.

En el sendero volvió a oírse el sonido de la trompeta. Muchos de los que aún dormían se despertaron al oírlo, pero algunos siguieron durmiendo, lo que demostraba hasta qué punto estaban fatigados. Al final del patio se oyeron fuertes pisadas y enérgicas órdenes, que indicaban que los infantes de marina ya estaban formando. Cuando la bandera blanca ya estaba casi al borde del foso, el oficial que la sostenía se detuvo y miró hacia las almenas de la muralla. Entonces el trompeta tocó la última fanfarria, y sus agudas notas despertaron a todos los hombres que aún dormían en la fortaleza.

—Aquí estoy, señor —dijo Hornblower, tocándose el sombrero.

Llevaba el sombrero de lado y tenía el uniforme tan estropeado que parecía un espantapájaros. Tenía la cara limpia, pero bastante barba.

—¿Conoce el español lo suficiente para negociar con él? —preguntó Bush, señalando con el dedo al oficial español.

—Bueno, señor... Sí.

Hornblower dijo la última palabra en contra de su voluntad. Le habría gustado tener más tiempo para pensar antes de dar la respuesta concreta que toda pregunta relacionada con asuntos militares requería.

—Entonces hable.

—Sí, señor.

Hornblower subió a una almena de la muralla. El oficial español, que estaba mirando hacia allí desde el borde del foso, se quitó el sombrero y le saludó cortésmente con una inclinación de cabeza. Hornblower hizo lo mismo. Después de intercambiar algunas frases corteses, Hornblower se volvió hacia donde estaba Bush.

—¿Le permitirá entrar en la fortaleza, señor? —inquirió—. Dice que tiene muchas cosas que decirle.

—No —respondió Bush sin vacilar—. No quiero que nos espíe.

Bush no sabía muy bien qué cosas podría descubrir el español, pero era receloso y cauteloso por naturaleza.

—Muy bien, señor.

—Tendrá que salir a hablar con él, señor Hornblower. Yo le cubriré desde aquí con los infantes de marina.

—Sí, señor.

Después de otro intercambio de frases corteses Hornblower bajó de la almena y

descendió por una rampa mientras los infantes de marina de guardia, a quienes Bush había llamado, subían por la otra. Bush, desde la tronera tras la cual se encontraba, vio la expresión que puso el español cuando aparecieron en las otras los chacós, las chaquetas escarlata y los mosquetes de los infantes de marina. Hornblower no tardó en aparecer cerca de la esquina de la fortaleza, al terminar de cruzar el foso por el sendero que partía de la entrada principal. Bush vio cómo el joven y el oficial español volvían a quitarse el sombrero y se saludaban de una manera ridícula, como solía hacerse en el continente europeo, moviendo la cabeza con fuerza hacia abajo y hacia arriba varias veces. El español, haciendo una inclinación de cabeza, entregó a Hornblower unos papeles, probablemente sus credenciales. Hornblower los leyó y se los devolvió. Luego señaló a Bush, lo que equivalía a mostrar sus propias credenciales y éste vio que el español empezaba a hacer preguntas a Hornblower. El joven respondía a todas, y Bush sabía que sus respuestas eran afirmativas porque movía la cabeza verticalmente. Entonces tuvo la sospecha de que Hornblower se atribuía más autoridad de la que tenía, pero, a pesar de todo, necesitar a otra persona para hacer las negociaciones no le irritaba, pues creía que no era capaz de aprender español y se había resignado a depender de un intérprete del mismo modo que a depender de las cadenas para levar un ancla y del viento para llegar a su destino.

Observó con atención cómo negociaban, con tanta atención que podía darse cuenta de cuándo cambiaban de tema. En una ocasión Hornblower señaló con el dedo la bahía y el español volvió la cabeza hacia allí y vio al *Renown* acercándose al cabo. El español estuvo observando el navío durante un largo rato antes de reanudar la discusión. Era un hombre alto y muy delgado y su rostro cetrino estaba dividido por un fino bigote negro. Los dos hombres permanecieron un buen rato al sol (el trompeta se había separado de ellos para no oírles) hasta que Hornblower dio media vuelta y miró hacia Bush.

—¡Con su permiso, señor, iré a informarle enseguida! —gritó Hornblower.

—¡Muy bien, señor Hornblower! —gritó Bush.

Bush bajó al patio para encontrarse allí con Hornblower. Al llegar, el joven se tocó el sombrero, pero esperó a dar la información a Bush hasta que éste se la pidió.

—Ese hombre es el coronel Ortega —respondió Hornblower al ser preguntado—. El capitán general Villanueva le dio las credenciales. El capitán está justo al otro lado de la bahía.

—¿Qué quiere? —inquirió Bush, tratando de asimilar la información que le acababa de dar, que no le parecía muy clara.

—Lo primero que quería saber era cómo estaban los prisioneros —respondió Hornblower—, especialmente las mujeres.

—¿Le dijo que no estaban heridas?

—Sí, señor. Estaba muy preocupado por ellas. Le dije que le pediría a usted en su

nombre que le permitiera llevarse a las mujeres.

—Entiendo —dijo Bush.

—Creí que eso contribuiría a que todo fuera más fácil aquí, señor. Además, como él tenía tantas cosas que decir, pensé que hablaría abiertamente si me mostraba amable.

—Bien —dijo Bush.

—También estaba preocupado por los otros prisioneros, los hombres. Además, quería saber si hubo muertos, y cuando le contesté que sí me preguntó quiénes eran. No pude responderle, señor, porque no lo sabía, pero le dije que estaba seguro de que usted le daría la lista. Añadió que las esposas de la mayoría de los soldados se encuentran allí —dijo, señalando el otro lado de la bahía— y que están muy angustiadas.

—Se la daré —dijo Bush.

—Pensé que podría llevarse a los heridos con las mujeres, señor. Eso nos quitaría una preocupación. Además, aquí no podemos atenderles como es debido.

—Tengo que pensar detenidamente sobre esto —dijo Bush.

—Incluso podríamos deshacernos de todos los prisioneros, señor. Creo que no será difícil conseguir que a cambio de eso prometa que sus hombres no atacarán el *Renown* cuando vuelva a estas aguas.

—No me fío de ellos —dijo Bush, que desconfiaba de todos los extranjeros.

—Creo que mantendrá su palabra, señor. Es un caballero español. Si se van los prisioneros, no tendremos que vigilarles ni que alimentarles. ¿Y qué haremos con ellos cuando evacuemos esta plaza? ¿Les embarcaremos en el *Renown*?

Sería horrible tener que llevar a cien prisioneros a bordo del *Renown*, habría que vigilarlos constantemente y se beberían veinte galones de agua diarios, pero a Bush no le gustaba tomar decisiones precipitadamente y tampoco que Hornblower pensara que eran obvias ciertas cuestiones de las que él no se percataba hasta después de unos momentos de reflexión.

—También tengo que pensar detenidamente en eso —dijo Bush.

—Habló como de pasada de algo más, señor. No hizo ninguna propuesta concreta respecto a ello, y pensé que era mejor no preguntarle nada.

—¿De qué?

Como Hornblower hizo una pausa antes de contestar, Bush dedujo que era algo complicado.

—Es un asunto mucho más importante que la liberación de prisioneros.

—¿Qué?

—Es posible que se produzca la capitulación, señor.

—¿Qué quiere decir con eso?

—La rendición, señor. Los españoles tienen la intención de evacuar esta parte de

la isla.

—¡Dios mío!

Ésa era una revelación asombrosa. Bush empezó a recorrer mentalmente el camino lleno de posibilidades que abría un acontecimiento como ése. Tendría repercusión internacional y sería un triunfo tan importante que en la *Gazette* le dedicarían no sólo un párrafo sino una página entera, y quizá le haría merecedor de premios, condecoraciones e incluso del ascenso. Pero entonces Bush sintió un miedo atroz, como si hubiera llegado a un precipicio por el camino que seguía. Cuanto más importante era un acontecimiento, más detenidamente se examinaban las circunstancias que lo rodeaban y más duramente criticaban a los responsables las personas a quienes no gustaba. En Santo Domingo la situación política era delicada, y Bush lo sabía, a pesar de que nunca intentó conocer muchos pormenores ni la había analizado con calma. Sabía que allí los franceses y los españoles tenían un conflicto de intereses y que la rebelión de los negros, que estaba en vías de triunfar, era una oposición a ambos. Pero también estaba enterado de la existencia de una corriente antiesclavista en el parlamento, aunque no conocía muchos detalles de ella, y de que sus representantes pedían constantemente que se prestara atención a la situación de la isla. Sintió horror al pensar que el parlamento, el consejo de ministros e incluso el rey examinarían sus informes. Los premios en que había pensado le parecieron insignificantes comparados con el peligro al que se expondría, pues si participaba en negociaciones que el gobierno no deseaba entablar, sería como un chivo expiatorio, y nadie movería un dedo para ayudar a un teniente sin dinero y sin influencias. Recordó el gesto de temor de Buckland cuando alguien aludió a ese asunto y supuso que las órdenes secretas advertían algo al respecto.

—No hable sobre este tema —ordenó Bush—. No diga absolutamente nada de él.

—Está bien, señor. Pero ¿debo prestarle atención si me habla del asunto?

—Bueno... Eso significaría faltar al deber. Pero es Buckland quien tiene que ocuparse de estas cuestiones.

—Sí, señor. Quisiera hacer algunas sugerencias, señor.

—¿Cuáles?

Bush dudaba si estaba irritado o complacido porque Hornblower tenía otra sugerencia que hacer, pero estaba seguro de que no tenía habilidad para negociar y tampoco sabía mentir ni disimular.

—Es evidente que cualquier acuerdo que se tome sobre la liberación de los prisioneros tardará en cumplirse. Con respecto a la libertad bajo palabra, mi opinión es que debería concedérsela. El transporte de los prisioneros al otro lado de la bahía llevará cierto tiempo, y debería usted exigir que haya solamente una lancha en el muelle en todo momento, como precaución y para dar tiempo a que el *Renown* regrese a la bahía antes de que eso acabe. Creo que debería anclar justo al límite del

máximo alcance de la otra batería, señor, donde podría bloquear la bahía. Como en ese momento todavía estaremos en contacto con los españoles, el señor Buckland podrá entablar negociaciones si lo desea.

—Lo que dice tiene lógica —dijo Bush, pensando que eso le eximiría de responsabilidad en el asunto y que convenía alargar aquel proceso de modo que el *Renown* regresara antes que terminara, sólo así el navío podría incorporarse a la lucha con sus potentes armas.

—Entonces, ¿me autoriza a negociar la liberación de los prisioneros bajo palabra? —inquirió Hornblower.

—Sí —respondió Bush con decisión—. Pero a nada más, señor Hornblower, ¿entendido? No negocie nada más si valora su posición en la Armada.

—Sí, señor. Pero, ¿podría negociar también la suspensión de la lucha temporalmente, mientras se transporta a los prisioneros?

—Sí —respondió Bush con desgana, pues aunque ésa era una consecuencia lógica de lo anterior, le inspiró recelo por llevar implícita la posibilidad de entablar otras negociaciones.

Siguió transcurriendo el día y llegó la tarde. Las negociaciones para establecer los términos del acuerdo sobre la liberación de los prisioneros duraron una hora. Eran las dos cuando ambas partes llegaron a un acuerdo, y poco después Bush se colocó junto a la puerta principal y vio salir a las mujeres con sus hatillos. Obviamente, no cabían todas en la lancha. Tendrían que hacer dos viajes para llevárselas a todas. Y después comenzarían a trasladar a los prisioneros, empezando por los heridos. En ese momento Bush tuvo una gran alegría, pues vio que el *Renown* doblaba el cabo por fin y se acercaba a la bahía impulsado por la brisa marina que empezaba a soplar.

Otra vez se le acercó Hornblower, cuyo cansancio era evidente porque arrastraba los pies al caminar, y le saludó tocándose el sombrero.

—Los que se encuentran en el *Renown* no están enterados de la suspensión temporal de la lucha, señor —dijo—. No me cabe duda de que si ven una lancha llena de soldados españoles cruzando la bahía, le dispararán.

—¿Cómo vamos a avisarles?

—He hablado de eso con el coronel Ortega, señor. Nos prestará la lancha para que podamos mandarles un mensaje.

—Se lo mandaremos...

Bush se había vuelto irritable y tenía la mente embotada debido a la falta de sueño y al cansancio, y esa sugerencia fue la gota de agua que colmó el vaso.

—Se arroga usted demasiadas atribuciones, señor Hornblower —dijo—. ¡Maldita sea! ¡Aquí mando yo!

—Sí, señor —dijo Hornblower, colocándose en posición de atención.

Bush le miraba fijamente mientras intentaba recuperar la serenidad después de

aquella salida de tono. No podía negar que había que informar a los hombres que estaban en el *Renown*, porque si el navío hacía fuego, violaría un acuerdo, un acuerdo que él mismo contribuyó a establecer.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Haga las cosas como le parezca. ¿A quién va mandar?

—Puedo ir yo mismo, señor. De ese modo podría decirle a Buckland lo necesario.

—¿Quiere decir lo necesario acerca de... de...?

Bush no se atrevía a mencionar el delicado asunto.

—¿Acerca de las posibles negociaciones para resolver esa otra cuestión? —preguntó Hornblower en tono inexpresivo—. Tiene que enterarse tarde o temprano, y, además, mientras el coronel Ortega se encuentre aquí...

Lo que eso implicaba era obvio y la sugerencia era razonable.

—Está bien. Creo que debería irse ya, señor Hornblower. Pero recuerde que debe hacer énfasis en que yo no he autorizado las negociaciones a que ha aludido usted, no he dicho una palabra respecto a ellas, ni me corresponde ninguna responsabilidad en ellas ¿entendido?

—Sí, señor.

CAPÍTULO 12



Tres oficiales estaban sentados en el antiguo despacho del comandante de la fortaleza de Samaná, aunque, ahora que Bush era el oficial al mando de la fortaleza, todavía se le podía llamar así. A un lado, en un rincón, había una cama con un mosquitero, y al otro había varias sillas de piel, en las que estaban sentados Buckland, Bush y Hornblower. Un farol que colgaba de una viga del techo iluminaba sus caras sudorosas y propagaba por la habitación un olor acre. Allí en la fortaleza hacía más calor y el aire estaba más cargado que en el navío, pero al menos no les atormentaba la idea de que al otro lado del mamparo había un capitán loco.

—No tengo duda de que cuando Villanueva mandó a Ortega aquí para entablar negociaciones le dijo que tratara de averiguar cautelosamente lo que pensábamos sobre la evacuación.

—No puede estar seguro de eso —dijo Buckland.

—Póngase usted en el lugar de Ortega, señor. ¿Aludiría a un asunto tan importante como éste sin estar autorizado, sin recibir una orden expresa al respecto, señor?

—No —respondió Buckland.

Eso no podía dudarle nadie que conociera a Buckland, y por eso él consideraba el argumento convincente.

—Villanueva pensó en capitular en cuanto supo que tomamos la fortaleza y, por tanto, que el *Renown* podría anclar en la bahía. Eso es evidente, señor.

—Sí, lo es —admitió Buckland con desgana.

—Y si desea negociar la capitulación es porque está en grave peligro o porque es un cobarde, señor.

—Bueno...

—Para negociar con él nos da igual cuál de las dos cosas sea cierta, y que el peligro sea real o imaginario, señor.

—Habla como un leguleyo —dijo Buckland.

Como Buckland se veía obligado a tomar una decisión rápida y no quería, demostró su oposición usando una de las palabras más ofensivas que figuraban en su vocabulario.

—Lo siento, señor —dijo Hornblower—. No era mi intención faltarle al respeto. No pude contener mi lengua. Naturalmente, usted sabe cuál es su deber, señor.

Bush notó que Buckland había puesto una expresión grave al oír la palabra «deber».

—Entonces, ¿qué cree usted que hay detrás de todo esto? —preguntó Buckland.

Tal vez Buckland había hecho la pregunta para ganar tiempo, pero con ella dio a Hornblower la ocasión de seguir diciendo lo que pensaba sobre el asunto.

—Hace meses que Villanueva lucha contra los insurgentes para seguir dominando este extremo de la isla, señor. No sabemos si el territorio que domina es extenso o no, pero parece que no lo es. Seguramente sólo llega hasta esa cordillera que hay al otro lado de la bahía. Es probable que necesite pedernal, pólvora, municiones y zapatos.

—Eso es cierto, a juzgar por los soldados que apresamos en la fortaleza —dijo Bush.

Era difícil determinar los motivos que impulsaron a Bush a intervenir en la conversación, aunque era probable que lo único que le interesara fuera decir la verdad.

—Probablemente —dijo Buckland.

—Pero ya ha llegado usted, señor, y ahora él no puede salir a alta mar. Por otro lado, no sabe cuánto tiempo vamos a permanecer aquí ni cuáles son sus órdenes.

Bush pensó que Hornblower tampoco sabía cuáles eran y Buckland se puso nervioso al oír la alusión.

—Eso no importa —dijo.

—Está aislado y tiene cada vez menos provisiones, y si esta situación se prolonga, tendrá que rendirse. Prefiere negociar ahora, cuando todavía domina este territorio y tiene algo que ofrecer, a esperar al último momento, porque entonces tendría que rendirse incondicionalmente.

—Entiendo —dijo Buckland.

—Y prefiere rendirse a nosotros que a los negros, señor —concluyó Hornblower.

—Sí, claro —dijo Bush.

Todos habían oído hablar de los horrores cometidos por los esclavos que llevaban ocho años sublevados en la isla provocando baños de sangre y devastadores incendios. Los tres oficiales permanecieron silenciosos unos momentos, pensando en las implicaciones del último comentario de Hornblower.

—Está bien —dijo Buckland por fin—. Oigamos lo que ese tipo tiene que decirnos.

—¿Le hago pasar aquí, señor? Lleva mucho tiempo esperando. Puedo venderle los ojos.

—Haga lo que quiera —dijo Buckland con resignación.

Cuando Hornblower quitó el pañuelo al coronel Ortega, los demás vieron que era más joven de lo que pensaron al verle de lejos. Era alto y delgado, tenía un tic nervioso en el lado izquierdo de la cara y conservaba cierta elegancia pese a llevar un uniforme raído.

Buckland y Bush se levantaron lentamente para saludarle cuando Hornblower se lo presentó.

—El coronel Ortega dice que no sabe hablar inglés —dijo Hornblower.

Hornblower había pronunciado la palabra «dice» con un ligerísimo énfasis y abriendo un poquito más los ojos, y de ese modo pretendía advertir a sus dos superiores.

—Pregúntele qué quiere —dijo Buckland.

El tono de la conversación en español fue formal. Obviamente, los dos interlocutores hablaron con mucha precaución al principio, cada uno tratando de descubrir los puntos débiles del otro y de ocultar los propios. Pero incluso Bush advirtió cuándo terminaban las frases imprecisas y empezaban las propuestas concretas. Ortega adoptó la actitud de un hombre que hacía un favor, y Hornblower la de uno a quien le daba igual que se lo hicieran o no. Al final Hornblower se volvió hacia Buckland y explicó en inglés:

—Las condiciones que pone para rendirse son bastante buenas, señor.

—¿Cuáles?

—Por favor, señor, no deje que se trasluzca su pensamiento. Él sugiere que dejemos salir a todos los soldados, los civiles y los barcos. En otras palabras, pide pasavantes para que los barcos puedan llevárselos a todos a una de las posesiones españolas, como Cuba o Puerto Rico, sin dificultades. A cambio nos entregará intactas todas las cosas: los arsenales y la batería del otro lado de la bahía.

—Pero... —dijo Buckland, esforzándose por no revelar sus sentimientos.

—Hasta ahora no le he dicho nada que valga la pena mencionar, señor —dijo Hornblower.

Ortega observó atentamente a los dos oficiales mientras hablaban y en ese momento volvió a dirigirse a Hornblower. Tenía los hombros echados hacia atrás y la cabeza erguida y hablaba con apasionamiento, pero acompañó una de las frases con un gesto que no estaba acorde con su tono solemne, un brusco movimiento de mano que hacía pensar en una persona vomitando.

—Dice que luchará hasta morir si no lo consigue —dijo Hornblower—. También dice que está seguro de que todos los soldados españoles prefieren la muerte a una rendición deshonrosa. Afirma que ya no podemos causarles más daños que los que les hemos causado, en otras palabras, que ya no podemos tratarles con más dureza, señor, y que si queremos quedarnos en la isla para forzarle a rendirse por falta de suministros, recordemos la fiebre amarilla o, como dicen algunos, el vómito negro.

La agitación que Bush había sentido los últimos días le había hecho olvidar la posibilidad de contraer la fiebre amarilla, y ahora, al oírla mencionar, puso una expresión preocupada, pero se apresuró a cambiarla y mostrarse indiferente. Enseguida miró a Buckland y vio la misma transición en su rostro.

—Entiendo —dijo Buckland.

Esa idea era aterradora. Si se declaraba una epidemia de fiebre amarilla, en menos

de una semana el *Renown* podría quedarse con un número de tripulantes insuficiente para maniobrar las velas.

Ortega volvió a hablar con apasionamiento y Hornblower tradujo lo que dijo.

—Cuenta que sus soldados han vivido aquí toda su vida y que por eso no se contagian de fiebre amarilla tan fácilmente como nuestros hombres. Además dice que muchos de ellos la han tenido y que él también.

Bush recordó con qué fuerza Ortega se había golpeado el pecho cuando hablaba.

—Dice que los negros nos consideran sus enemigos por lo que ocurrió en Dominica, señor, y que él puede aliarse con ellos para luchar contra nosotros. Afirma que mañana mismo podrían mandar un batallón a atacar la fortaleza si fuese necesario. Pero, por favor, aunque le crea, trate de que él no lo note.

—¡Maldita sea! —exclamó Buckland, exasperado.

Bush sentía curiosidad por saber lo que había pasado en Dominica. La historia (incluida la contemporánea) no era su fuerte.

Ortega volvió a hablar.

—Dice que ésa es su última palabra, señor. Cree que es una propuesta honrosa y afirma que no la cambiará ni un ápice. Como ya lo ha oído todo, señor, puede decirle que se vaya y que le dará la respuesta mañana.

—Muy bien.

Todavía tenían que intercambiar algunas frases protocolarias. Luego Ortega hizo unas reverencias tan profundas que Buckland y Bush se vieron obligados a ponerse de pie y esforzarse por responderle del mismo modo. Hornblower volvió a vendar los ojos a Ortega y lo sacó de allí.

—¿Qué piensa de esto? —preguntó Buckland a Bush.

—Me gustaría reflexionar sobre ello, señor —respondió Bush.

Hornblower regresó cuando ambos todavía estaban pensando en la cuestión. Lanzó una mirada a cada uno de ellos y luego se dirigió a Buckland:

—¿No me necesita más esta noche, señor?

—¡Oh, sí! Es mejor que se quede, porque usted conoce mejor a los españoles que nosotros. ¿Qué piensa de todo esto?

—Algunos de sus argumentos me parecieron convincentes, señor.

—A mí también —dijo Buckland con evidente alivio.

—¿No podemos apretarle los tornillos, señor? —inquirió Bush.

Aunque Bush no podía hacer sugerencias, era demasiado cauteloso para aceptar fácilmente la propuesta hecha por un extranjero, aunque fuera tan tentadora como ésa.

—Podríamos traer el *Renown* a la bahía —dijo Buckland—. Pero el canalizo está erizado de dificultades, como usted mismo comprobó ayer.

«¡Dios mío!», pensó Bush. Apenas había transcurrido un día desde que el *Renown*

intentó atravesar el canalizo bajo las balas rojas. Como Buckland había pasado un día comparativamente tranquilo, no le resultó extraño decir que habían estado allí.

—Aunque esta batería está en nuestras manos, estaríamos expuestos a los disparos de la que está al otro lado de la bahía —dijo Buckland.

—Podríamos sobrepasarla, señor —dijo Bush—. Podríamos avanzar manteniéndonos cerca de este lado.

—¿Y si la sobrepasamos? Han vuelto a llevar sus barcos justo al fondo de la bahía. Los barcos tienen seis pies menos de calado que el nuestro, y si sus capitanes son inteligentes, disminuirán la carga para poder llevarlos a una zona menos profunda. Haríamos el ridículo si entráramos en la bahía y tuviéramos que volver a salir bajo una lluvia de balas porque los barcos se encontraran fuera del alcance de nuestros cañones. Eso haría que los españoles se envalentonaran y se opusieran a las condiciones de la rendición que ese tipo acaba de proponer.

Buckland temblaba al pensar que tal vez tendría que dar cuenta de dos ataques frustrados.

—Comprendo —dijo Bush con desaliento.

—Si aceptamos la propuesta, los negros se apoderarán de esta parte de la isla y los barcos corsarios ya no podrán refugiarse en la bahía —dijo Buckland, tratando de ampliar el tema—. Por otro lado, los negros no tienen barcos, y aunque los tuvieran, no les sería posible dotarlos de tripulación. Y al conseguir esto habremos cumplido las órdenes, ¿no le parece, señor Hornblower?

Bush miró hacia Hornblower. El joven, que desde esa mañana parecía muy cansado, no había reposado en todo el día, y ahora tenía los músculos de la cara tensos y estaba ojeroso.

—Podríamos apretarles los tornillos, señor —dijo.

—¿Cómo?

—Sería arriesgado traer el *Renown* al fondo de la bahía, pero también podríamos atacar los barcos desde la base de la península, señor, si usted diera las órdenes oportunas.

—¡Dios santo! —exclamó Bush involuntariamente.

—¿Qué órdenes? —preguntó Buckland.

—Si pusiéramos un cañón en la base de la península, sus disparos alcanzarían el fondo de la bahía, señor. No necesitaríamos balas rojas, porque podríamos dispararles durante todo el día y los destrozaríamos aunque anclaran en diferentes sitios.

—¡Por supuesto! —exclamó Buckland con una mirada viva—. ¿Sería posible llevar uno de estos cañones hasta allí?

—He estado pensando en eso, señor, y creo que no, o al menos no sin dificultades. Un cañón de veinticuatro libras pesa dos toneladas y media, y tendríamos que llevarlo en una cureña, pero no disponemos de caballos. Ni cien

hombres serían capaces de moverlo por esa franja de terreno de más de cuatro millas y llena de barrancos.

—Entonces, ¿qué sentido tiene hablar de esto? —inquirió Buckland.

—No tenemos por qué llevar un cañón de aquí hasta allí, señor —respondió Hornblower—. Podemos coger uno del navío, uno de los cañones largos de nueve libras que están colocados en la proa. Esos cañones tienen un alcance parecido al de los de veinticuatro libras, señor.

—Pero, ¿cómo vamos a llevarlo hasta allí?

Bush se imaginó cuál sería la respuesta antes que Hornblower contestara.

—Habría que mandarlo en la lancha, con cabos y motones, al otro lado del cabo, al mismo lugar donde desembarcamos ayer. En esa parte el acantilado está inclinado y hay grandes árboles a los que se pueden atar los cabos. Se puede subir fácilmente un cañón de nueve libras, ya que pesa solamente una tonelada.

—Lo sé —dijo Buckland ásperamente.

Una cosa era hacer sugerencias y otra muy distinta era decir a un veterano oficial de marina lo que sabía perfectamente.

—Sí, desde luego, señor. Si subimos el cañón de nueve libras a lo alto del acantilado, no será difícil hacerlo avanzar por la península hasta que sus disparos puedan alcanzar el fondo de la bahía. Para lograrlo no tendríamos que atravesar ningún barranco, sino solamente recorrer media milla por una cuesta, aunque no muy empinada, señor.

—¿Y qué cree que pasará entonces?

—Todos esos barcos estarán al alcance del cañón, señor. Ya sé que no es más que un cañón de nueve libras, pero no se construyó para servir de adorno. Podríamos destrozar los barcos si les disparáramos constantemente durante doce horas, o quizá menos. Si quisiéramos, podríamos calentar las balas, pero no hará falta. Creo que sólo será necesario disparar una vez.

—¿Por qué?

—Los españoles no pueden arriesgarse a perder esos barcos, señor. Ortega dice que puede formar una alianza con los negros, pero eso es una fanfarronería, señor. Los negros cortarán el cuello a todos los blancos que puedan en cuanto se presente la ocasión. Y no les culpo, señor, y le ruego que me perdone por decirlo.

—¿Y bien?

—Esos barcos son el único medio de escapar que los españoles tienen. Se asustarán cuando se den cuenta de que los barcos van a ser destruidos, porque eso significaría que tendrían que rendirse a los negros o perecer todos, hombres y mujeres. No vacilarán en rendirse a nosotros.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Bush.

—¿Cree realmente que se rendirán?

—Sí, creo que sí, señor. Entonces usted podrá estipular los términos de la capitulación; podrá exigir la rendición incondicional de los soldados.

—Eso es lo que habíamos dicho al principio —dijo Bush—, que prefieren rendirse a nosotros que a los negros, si se ven obligados a hacerlo.

—Podría aceptar algunas de las condiciones ya propuestas para que conserven el honor, señor —dijo Hornblower—, como llevar a las mujeres a Cuba o Puerto Rico, si ellos aún lo desean, pero ninguna importante. Esos barcos serán nuestras presas, señor.

—¡Presas! —exclamó Buckland.

Hacer presas significaba conseguir dinero, y cuando lo repartieran, Buckland obtendría la parte más grande por ser el oficial al mando del navío. Pero las presas también eran importantes (tal vez el dinero era lo menos importante) porque un navío entrando triunfalmente a un puerto acompañado de ellas impresionaba más a las autoridades que los barcos hundidos por el navío fuera de su vista. Por otro lado, la rendición incondicional sería otro aspecto relevante de la victoria que iban a conseguir, lo que la convertiría en una victoria absoluta.

—¿Qué opina usted, señor Bush? —inquirió Buckland.

—Creo que vale la pena intentarlo, señor —respondió Bush.

Ahora Bush, como un fatalista, se sometía a la voluntad de Hornblower. La irritación que le producían su diligencia y su ingenio había desaparecido de repente al llegar a la desmesura. Pero el comportamiento de Bush no respondía sólo a la resignación sino también a la admiración. Era un hombre generoso, incapaz de experimentar sentimientos mezquinos y no le había pasado desapercibida la forma en que Hornblower manejó a su superior; y admiraba su tacto. En su interior admitió que a pesar de que le exasperaba la idea de aceptar las condiciones de Ortega, no se le había ocurrido cómo cambiarlas, mientras que a Hornblower sí. Llegó a la conclusión de que Hornblower era un hombre muy brillante y desistió de pretender emularlo. Entonces dio el último paso para acabar con esa pretensión: se obligó a dejar a un lado su cautela y dar su opinión abiertamente.

—Creo que el señor Hornblower merece nuestra confianza —dijo.

—¡Por supuesto! —exclamó Buckland, en un tono sorprendido que indicaba que no lo creía realmente, y luego cambió de tema—: Empezaremos mañana. Ordenaré que los marineros saquen las lanchas en cuanto terminen de desayunar. A mediodía... ¿Qué le ocurre, señor Hornblower?

—Bueno, señor...

—Vamos, dígalos.

—Ortega volverá mañana para saber cuáles son nuestras condiciones, señor. Supongo que se levantará al amanecer o poco después, desayunará, se entrevistará con Villanueva y luego atravesará la bahía; así que probablemente llegará aquí a las

ocho o un poco más tarde.

—¿A quién le importa a qué hora desayuna Ortega? ¿A qué viene esta sarta de disparates?

—Ortega llegará cuando suenen las dos campanadas de la guardia de mañana. Si hasta entonces no hemos perdido un minuto, además de decirle que usted no acepta sus condiciones, podré enseñarle el cañón que habremos colocado y decirle que haremos fuego al cabo de una hora si él y sus hombres no se rinden incondicionalmente, y eso le impresionará mucho.

—Es cierto, señor —dijo Bush.

—Si no, no será tan fácil convencerle, señor. Tendrá usted que entretenerle mientras colocan el cañón o amenazarle: si no acepta lo que le dice, empezaremos a subir un cañón. En cualquier caso, usted le dará tiempo, señor, y es posible que se le ocurra otra forma de salir de esta situación. Podría hacer mal tiempo e incluso formarse un huracán, pero si él está convencido de que no bromeamos, señor...

—Así es como hay que tratarles —dijo Bush.

—Pero, aunque empezáramos al amanecer... —dijo Buckland, y cuando terminó de decir eso se dio cuenta de cuál era la alternativa—. ¿Quiere decir que podemos empezar a trabajar ahora?

—Tenemos toda la noche por delante, señor. Puede usted ordenar que saquen las lanchas, que pongan en una de ellas el cañón, eslingas y cabos, y que hagan una armazón para transportarlo. Los marineros pueden prepararse para...

—Y empezar al amanecer.

—Las lanchas podrían llegar al otro lado de la península antes del amanecer y esperarlo allí. Sería conveniente que mandara aquí a algunos marineros con cientos de brazas^[6] de un cabo grueso para que lo extendieran por el sendero. Podrían empezar antes del amanecer para ganar tiempo.

—¡Ya lo creo! —exclamó Bush, a quien no le era difícil percatarse por anticipado de los problemas que plantearía subir un cañón por un acantilado.

—En el navío no quedan muchos marineros, así que tendré que despertarlos a todos —dijo Buckland.

—Eso no les hará ningún daño, señor —dijo Bush, que ya había pasado dos noches sin dormir y posiblemente pasaría otra más.

—¿A quién voy a mandar? Quiero que el oficial que esté al mando de la operación sea competente y, además, un buen marino.

—Puedo ir yo, si usted quiere, señor —dijo Hornblower.

—No. Usted se quedará aquí para hablar con Ortega. Si mando a Smith, no quedará ningún teniente a bordo del navío.

—Puede mandarme a mí, señor, si deja que Hornblower tome el mando aquí —dijo Bush.

—Mmm... Bueno, no sé qué otra cosa se puede hacer —dijo Buckland—. Puedo fiarme de usted, ¿verdad, señor Hornblower?

—Sí, señor.

—Vamos a ver... —dijo Buckland.

—Podría regresar al navío en el esquife con usted, señor —dijo Bush—. Así no perderíamos tiempo.

Aunque instar a un superior a actuar era algo nuevo para Bush, estaba aprendiendo rápido cómo hacerlo, y a ello contribuía el hecho de que entre los tres habían tramado una intriga no hacía mucho. Además, desde que se rompió el hielo y Buckland toleró por primera vez que los oficiales de menos antigüedad le dieran consejos, el aprendizaje había sido fácil debido a las repeticiones.

—Sí, creo que es mejor que vaya conmigo —asintió Buckland.

Bush se puso de pie bruscamente con la intención de que Buckland hiciera lo mismo y luego miró a Hornblower, que parecía extenuado.

—Mire, señor Hornblower, le recomiendo que duerma un poco porque creo que lo necesita —dijo Bush.

—Tengo que relevar a Whiting, el oficial de guardia, a medianoche, señor; tengo que hacer la ronda —dijo Hornblower.

—Está bien, pero faltan dos horas para medianoche. Acuéstese hasta entonces y diga a Whiting que le releve a las ocho.

—Sí, señor.

Al pensar que podría abandonarse al sueño, algo que ansiaba desde hacía mucho tiempo, Hornblower se tambaleó como si estuviera rendido de fatiga.

—Tal vez usted podría convertir esto en una orden, señor —sugirió Bush a Buckland.

—¿Qué? ¡Oh, sí! Descanse todo lo que pueda, señor Hornblower.

—Sí, señor.

Bush bajó por el sendero que llevaba al muelle detrás de Buckland y se sentó junto a él en la bancada de popa del esquife.

—No acabo de entender a Hornblower —comentó Bush en tono irritado cuando se dirigían adonde estaba anclado el *Renown*.

—Es un buen oficial, señor —dijo Bush.

Pero Bush dijo eso distraídamente porque tenía la mente ocupada con los problemas que plantearía subir un cañón largo de nueve libras por un acantilado, y en el equipo y las órdenes necesarias para lograrlo. Pensó que tendrían que emplear dos anclas en vez de un rezón para que la boya quedara bien sujeta al fondo, reforzar las bancadas de la lancha donde iban a transportar el cañón para que soportaran su peso y usar eslingas y motones móviles y fijos. Además pensó que para sacar el cañón era mejor colgarlo por el cascabel y los muñones.

Bush no era el tipo de persona a la que le gusta examinar las cosas desde el punto de vista teórico. No tenía capacidad para planear una operación, pues era incapaz de ponerse en el lugar del enemigo y pensar cómo formaría sus líneas de batalla ni idear estratagemas; sin embargo, podía solucionar un problema concreto relacionado con la náutica, una simple cuestión que tenía que ver con cabos, motones y la neutralización de la tensión, y la experiencia que había adquirido a lo largo de su vida acentuaba su tendencia natural a esa clase de razonamiento.

CAPÍTULO 13



—¡Tensor! —ordenó Bush, de pie en el borde del acantilado y mirando hacia el lejano lugar donde se encontraba la lancha, que tenía un ancla en la popa para mantenerse en equilibrio y estaba amarrada a una boya.

Por encima de su cabeza pasaban dos cabos ligeramente curvados que se extendían hasta la boya casi en vertical, y su oscura figura se destacaba sobre las azules aguas del Atlántico. A un poeta tal vez le hubieran parecido hermosos esos cabos que atravesaban el aire como hilos de una telaraña, pero a Bush le parecían simplemente un par de cabos, y en ese momento vio que desde la lancha le hacían una señal con una bandera blanca, una señal que indicaba que todo estaba preparado para empezar a subir el cañón. Los marineros comenzaron a tensar los cabos y los motones chirriaron.

—¡Despacio! —gritó Bush, pensando que esa tarea era demasiado importante para delegar la supervisión en el guardiamarina James, que se encontraba a su lado—. ¡Súbanlo despacio!

Los chirridos cambiaron de tono en el momento en que los motones soportaron todo el peso del cañón, y las curvas de los cabos se acentuaron cuando empezó a salir de la armazón situada sobre las bancadas de la lancha y a elevarse. Las suaves y hermosas catenarias casi llegaron a transformarse en ángulos. Bush vio por el telescopio que el cañón subía balanceándose y se iba acercando poco a poco a la vertical hasta que por fin, como había previsto, quedaba suspendido a la altura del motón móvil, muy por encima de la lancha, colgado de las eslingas por el cascabel y los muñones. Así estaba bastante seguro, aunque si las eslingas se rompían o se soltaban, atravesaría el fondo de la lancha. Por otro lado, el cabo que estaba amarrado alrededor de la boca le impedía balancearse con violencia.

—¡Súbanlo más! —gritó Bush.

Entonces el motón móvil subió al cabo con el cañón colgando de él como un estandarte. Ése era un momento crucial, pues la fuerza ejercida sobre el cañón era casi transversal. Pero todo se mantuvo firme.

—¡Súbanlo más!

Cuando el cañón empezaba a subir por el cabo, descendió por detrás de la popa de la lancha hasta que la boca casi llegó al mar porque el cabo se estiró y todas sus curvas desaparecieron. Sin embargo, los marineros siguieron tirando del cabo y el cañón fue separándose poco a poco del agua. Las roldanas susurraban al dar vueltas rítmicamente cuando los marineros movían el cabo. El sol lanzaba sus rayos casi horizontalmente desde el este, aumentando extraordinariamente las sombras de los

marineros y los árboles sobre el irregular terreno.

—¡Espacio! —gritó Bush—. ¡Paren!

El cañón había llegado al borde del acantilado.

—¡Muevan esa red dos pies hacia este lado! ¡Ahora bájenlo! ¡Bájenlo más!
¡Bien! ¡Corten esos cabos!

El cañón de bronce de ocho pies de longitud estaba ahora en medio de una red que los marineros habían extendido para que fuera colocado encima. La red estaba hecha con gruesos cabos y alrededor tenía amarrados aproximadamente veinte cabos más, a cierta distancia unos de otros, y todos ellos estaban extendidos sobre la tierra.

—¡Vamos a empezar a moverlo! ¡Cojan los cabos, infantes de marina!

Los treinta infantes de marina que Hornblower había mandado desde la fortaleza rodearon la red y sus jefes les colocaron en las posiciones adecuadas. Entonces Bush fue a comprobar si todos ocupaban su puesto.

—¡Agarren los cabos!

Era mejor molestarse en comprobar al principio si las fuerzas estaban equilibradas que correr el riesgo de que aquella mole de metal se cayera de la red y tuvieran que repetir la ardua tarea de colocarla en su lugar.

—¡Levántenlo todos a la vez cuando yo dé la orden! ¡Arriba!

El cañón se elevó a un pie del suelo cuando los hombres tiraron de los cabos con fuerza.

—¡Adelante! ¡No, sargento!

El sargento había dado a sus hombres la orden de que marcharan, pero como el terreno era irregular y cada uno aguantaba ochenta libras de peso, era mejor que no trataran de llevar el paso.

—¡Alto! ¡Bájenlo!

El cañón estaba ahora veinte yardas más cerca de la posición que Bush había elegido para colocarlo.

—¡Adelante, sargento! ¡Manténgales en movimiento! ¡No demasiado rápido!

Los infantes de marina tenían mucho en común con las bestias de carga, pero no eran máquinas y podían cansarse; por eso era conveniente evitar que malgastaran fuerzas. Mientras recorrían la milla y media que les separaba de la cima, los marineros sacaron los demás pertrechos de las lanchas con las poleas. Nada fue tan difícil de transportar como el cañón. En comparación con él, la cureña les pareció ligera como una pluma y las mallas que contenían veinte balas de nueve libras muy fáciles de levantar. Luego sacaron los atacadores, las esponjas y las varillas de colocar tacos (dos unidades de cada cosa por si ocurría algo imprevisto), después los tacos y a continuación los cartuchos, que sólo contenían dos libras y media de pólvora y que a Bush le parecieron muy pequeños comparados con los que estaba acostumbrado a ver, los cartuchos de ocho libras de los cañones que se encontraban

en la cubierta inferior. Por último sacaron los gruesos tablones destinados a formar una superficie lisa por la que pudieran mover el cañón para dispararlo. Los tablones eran pesados, pero los marineros, sosteniendo cada tablón en los hombros entre cuatro, subieron bastante rápido la cuesta poco empinada y adelantaron a los desafortunados infantes de marina, que, empapados en sudor, alternativamente levantaban el cañón y lo desplazaban mientras ascendían.

Bush se detuvo un momento al borde del acantilado para, con ayuda de James, comprobar si estaban allí todos los pertrechos. Había botafuegos, mechas de combustión lenta, cebadores, barriletes de agua, espeques, martillos, clavos y todo lo que necesitaban. Bush quería asegurarse de eso porque del hecho de no olvidar nada no sólo dependía que los demás siguieran teniendo buena opinión de él como profesional sino también que conservara su dignidad. Agitó la bandera, y desde las lanchas le hicieron señales de respuesta. Los tripulantes de la segunda lancha soltaron las amarras y levaron el ancla, y entonces las dos embarcaciones se alejaron de allí para doblar el cabo Samaná y regresar al *Renown*, donde quedaban tan pocos marineros que seguramente todos estaban deseando que regresaran los que estaban a bordo de las lanchas. Los cabos que pasaban por encima de su cabeza y que tenían una punta amarrada a unos árboles y la otra a la boya, formaron pliegues junto a ella, pues ya nadie los sujetaba, y así se quedarían hasta que los necesitaran de nuevo. Bush apenas le prestó atención, porque estaba pensando que ahora podía subir a la cima y prepararse para el ataque. Miró al cielo y tuvo la certeza de que hacía menos de tres horas que había salido el sol.

Organizó el último grupo de marineros que transportaban los pertrechos y empezó a subir. Al llegar a la cima pudo ver toda la bahía. Enseguida dirigió el telescopio hacia ella y calculó que las balas que se lanzaran desde donde él se encontraba podían llegar hasta los tres barcos que estaban anclados en ella. Luego movió el telescopio a la izquierda y vio a lo lejos dos puntos que se movían y se dio cuenta de que eran las banderas de la fortaleza (la fortaleza quedaba oculta por una colina). Guardó el telescopio y se puso a buscar una parte del terreno bastante plana para colocar sobre ella los tablones con que construirían la plataforma. Los marineros que tenían las cargas más ligeras ya se encontraban a su alrededor hablando animadamente y señalando hacia abajo, pero de repente un gruñido les hizo callar.

Poco después se oyeron los martillazos de los marineros clavando las crucetas en la plataforma. Tan pronto como acabaron, media docena de ellos pusieron trabajosamente la cureña encima y luego la engancharon a los motones para comprobar si rodaba bien antes de ponerle cuñas para inmovilizarla. Los infantes de marina, jadeantes y sudorosos, llegaron con su enorme carga. Había llegado el momento de hacer el trabajo más difícil de los que tenían que realizar esa mañana. Bush ordenó a los marineros más fuertes que cogieran los cabos que rodeaban la red

y a un suboficial fiable que vigilara que el cañón se mantuviera en equilibrio.

—¡Levántenlo!

El cañón estaba ahora sobre la plataforma y justo al lado de la cureña.

—¡Levántenlo! ¡Más alto! ¡Aún no está bastante alto! ¡Levántenlo más!

Los marineros jadeaban y daban gruñidos al hacer esfuerzos para levantarlo.

—¡Manténgalo así! ¡Ahora los de la derecha retrocedan y, al mismo tiempo, avancen los de la derecha a la vez para virarlo! ¡Paren!

Con estas indicaciones, Bush hizo que el cañón, que se sostenía precariamente en la red, quedara situado por encima de la cureña.

—¡Ahora retrocedan hacia donde yo estoy! ¡Paren! ¡Bájenlo! ¡Maldita sea! ¡Bájenlo despacio! ¡Paren! ¡Muévanlo un poco hacia delante! ¡Ahora bájenlo de nuevo!

El cañón bajó hasta quedar montado en la cureña, pero los muñones no se introdujeron en los agujeros correspondientes y la base no se apoyó del todo en el lecho.

—¡Sujétenlo! ¡Berry! ¡Chapman! ¡Metan los espeques debajo de los muñones y muévanlo!

Aquella mole de metal de una tonelada de peso se movió hasta el lugar que debía ocupar en la cureña produciendo un chirrido; los cañones se introdujeron en los agujeros correspondientes y la base se apoyó totalmente en el lecho. Cuando dos marineros empezaron a desatar nudos para sacar la red de debajo del cañón, Berry, el ayudante del condestable, ya había asegurado los muñones, y el cañón había dejado de ser una barra de metal para transformarse otra vez en un cañón, en una potente máquina de combate. Otros marineros empezaron a apilar las balas junto a la plataforma.

—¡Pongan esos cartuchos más lejos!

Nadie en su sano juicio permitiría colocar explosivos sin protección más cerca de un cañón de lo que era estrictamente necesario. Berry estaba arrodillado en la plataforma e inclinado hacia delante, golpeando el pedernal con el eslabón para sacar chispas y encender la yesca con la que después prendería la mecha de combustión retardada.

Bush se secó el sudor que le cubría la cara y el cuello. Aunque no había participado en el transporte de los pertrechos, notaba el efecto de los esfuerzos que acababa de realizar. En ese momento volvió a mirar hacia arriba para calcular la hora y pensó que ese no era el momento oportuno para descansar.

—¡Artilleros, a sus puestos! —ordenó—. ¡Carguen el cañón!

Entonces miró hacia abajo por el telescopio.

—¡Apunten a una goleta! —ordenó—. ¡Apunten bien!

La cureña chirrió cuando los artilleros giraron el cañón para apuntarlo.

—El cañón está apuntado, señor —dijo el jefe de la brigada de artilleros.

—¡Entonces, dispare!

Enseguida se oyó el estampido del cañón, que no era tan fuerte como el que producían los enormes cañones de veinticuatro libras. El estampido resonaría en la bahía, y aunque la bala no diera en el blanco, todos los hombres que estaban a bordo de los barcos comprenderían que la siguiente, o alguna de las que siguieran a la siguiente, los alcanzarían. Seguramente mirarían hacia lo alto del acantilado y verían el humo de la pólvora salir lentamente de allí, y eso bastaría para que se diesen cuenta de que estaban perdidos; seguramente Villanueva vería el humo desde el lado de la bahía que estaba al sur y comprendería que ni los hombres que estaban bajo su mando ni las mujeres que estaban bajo su protección podrían salir de allí. Bush seguía mirando hacia abajo por el telescopio, pero no vio caer la bala.

—¡Carguen y disparen el cañón otra vez! ¡Apunten bien!

Bush estuvo mirando por el telescopio las banderas que ondeaban en la fortaleza hasta que los artilleros terminaron de cargar el cañón y el jefe de la brigada le avisó de que habían terminado. El cañón volvió a disparar, y a Bush le pareció ver la fugaz línea negra que la bala dejaba tras de sí en su trayectoria.

—¡Las balas caen más allá de la goleta! ¡Pongan las cuñas y disminuyan el grado de elevación! ¡Prueben otra vez!

Bush volvió a mirar hacia las banderas y vio que bajaron lentamente hasta desaparecer de su vista, subieron despacio de nuevo y, después de ondear unos instantes arriba, volvieron a bajar. Luego subieron de nuevo y permanecieron en lo alto. Ésa era la señal convenida: bajar la bandera dos veces significaba que en la fortaleza se había oído el cañonazo. Ahora Bush tenía que seguir disparando diez balas seguidas. Bush seguía atentamente con la vista cada una de las balas de nueve libras lanzadas por el cañón y dedujo que algunas habían caído en la goleta, pues muchas atravesaron la frágil jarcia, causando roturas y haciendo saltar por el aire infinidad de astillas.

Cuando el cañón disparó por octava vez, Bush oyó un sonido terrorífico y vio algo pasando dos yardas por encima de su cabeza y cayendo a cierta distancia por detrás de él.

—¿Qué diablos fue eso? —inquirió Bush.

—Se cayó el tapón del fogón, señor —respondió Berry.

—¡Dios! —exclamó Bush antes de ponerse demasiado nervioso y soltar un torrente de blasfemias.

Habían llegado al clímax de la operación, después de esforzarse durante días y noches, y ahora ocurría lo peor que podía pasar: el triunfo se les escapaba de las manos cuando estaban a punto de conseguirlo. Después de las terribles maldiciones Bush recuperó la serenidad y pensó que no era bueno que los marineros vieran al

oficial que les mandaba desanimado. En cuanto se tranquilizó, se aguantó las ganas de seguir blasfemando y enseguida se acercó al cañón para echarle un vistazo.

El daño que había sufrido era obvio. El fogón de un cañón, especialmente el de uno de bronce, era su punto débil. Cada vez que el cañón disparaba, pasaba por el fogón una pequeña parte de los elementos que intervenían o se producían en la explosión, algunos granos de pólvora sin explotar y gas caliente, que lo agrandaban cada vez más porque erosionaban sus bordes. Después de cierto tiempo, había que poner un tapón con un reborde en la base y un agujero central en el fogón, y colocarlo desde el interior del cañón, introduciendo primero la parte más pequeña. El agujero central se transformaba en el nuevo fogón, y las explosiones contribuían a que el tapón se encajara cada vez más en el anterior. Pero el tapón también se deterioraba por el calor producido por las explosiones y atravesaba el antiguo fogón cuando el reborde se desgastaba, como había ocurrido ahora.

Bush observó el enorme agujero de la recámara, que casi tenía una pulgada de diámetro. Si el cañón se disparaba en estas condiciones, la mitad de la pólvora de la carga pasaría a través del agujero y el alcance se reduciría a la mitad, y en cada disparo el agujero se haría un poco más grande.

—¿Tienen algún tapón? —inquirió Bush.

—Bueno, señor... —dijo Berry registrándose los bolsillos, donde guardaba muchas cosas, mientras miraba distraídamente hacia el cielo y Bush se consumía de impaciencia—. Sí, señor.

Berry, después de unos momentos que a Bush le parecieron eternos, sacó del bolsillo el tan deseado tapón de hierro colado.

—Ha tenido suerte —dijo con gesto grave—. Póngalo sin perder tiempo.

—Sí, señor. Lo limaré para que tenga el mismo tamaño del agujero, señor, y luego lo encajaré en él.

—Deje de hablar y empiece a trabajar. ¡Señor James!

—¿Señor?

—Vaya corriendo a la fortaleza —dijo mientras se separaba del cañón para que los marineros no oyeran lo que iba a ordenar—. Comunique al señor Hornblower que al cañón se le cayó el tapón y que tardaré una hora en volver a disparar. Además dígame que haré fuego tres veces en cuanto el cañón esté listo y que haga la misma señal que antes para indicar que los ha oído.

—Sí, señor.

Bush recordó algo en el último momento.

—¡Señor James! Dé el mensaje donde nadie pueda escucharle. Y si quiere proteger su espalda, no deje que ese español, como se llame, se entere de esto.

—Sí, señor.

—Ahora eche a correr.

El señor James sentiría mucho calor durante la larga carrera que tenía que hacer. Bush le miró unos momentos mientras se alejaba y luego volvió a acercarse al cañón. Berry había escogido una lima entre sus herramientas y estaba sentado detrás del cañón limando el tapón. Bush se sentó al borde de la plataforma. El malhumor que le produjo la rotura del cañón desapareció cuando se percató con satisfacción de sus dotes diplomáticas. Estaba satisfecho de haberse acordado de decir a James que evitara que Ortega se enterara del secreto. Notó que los marineros hablaban mucho y empezaban a distraerse y pensó que si seguían así, dentro de pocos minutos andarían por toda la península. Entonces levantó la cabeza y gritó:

—¡Silencio! ¡Sargento!

—¿Señor?

—Ponga cuatro centinelas alrededor, de modo que entre los cuatro delimiten un espacio, y no permita que nadie salga de él por ninguna razón.

—Sí, señor.

—Mande al resto de sus hombres a sentarse. ¡Y ustedes, artilleros, siéntense y dejen de parlotear como marineros portugueses!

El sol era abrasador, y el chirrido de la lima resultaba relajante. Apenas Bush dejó de hablar sucumbió al sueño y la fatiga; cerró los ojos y hundió la barbilla en el pecho. No tardó ni un segundo en quedarse dormido, pero volvió a despertarse tres segundos después. Cuando intentó despabilarse le pareció que todo daba vueltas a su alrededor, que el mundo que le rodeaba era irreal, y parpadeó, pero inmediatamente se adormeció de nuevo. Justo antes de desplomarse volvió a despertarse, y en ese momento pensó que daría cualquier cosa de este mundo o del otro por poder dejarse caer a un lado y entregarse al sueño. Pero tenía que resistir la tentación porque era el único oficial que había en el grupo y debía estar alerta por si ocurría algo imprevisto. Enderezó la espalda con rabia, pero volvió a adormecerse a pesar de tener la espalda derecha. Sólo le quedaba por hacer una cosa... Se puso de pie, provocando el crujido de sus doloridas articulaciones, y empezó a dar paseos junto a la plataforma. Mientras caminaba a un lado y a otro, bajo el sol, sudando copiosamente, oía el chirrido de la lima con que Berry estaba reduciendo el tapón y miraba con envidia a los artilleros, que se habían entregado al sueño tan pronto como él deseó hacerlo (estaban tumbados por todas partes, como los cerdos en una pocilga). Los minutos pasaban y el sol ascendía cada vez más en el cielo. Berry interrumpió el trabajo para comprobar si el tapón encajaba en el fogón, luego lo reanudó y poco después volvió a detenerse para limpiar la lima. Bush le había mirado con interés cuando dejó de limar, pero las dos veces se sintió decepcionado y volvió a pensar en cuándo podría dormir.

—Ya encaja, señor —dijo Berry por fin.

—¡Entonces colóquelo! —exclamó Bush—. ¡Despierten, artilleros! ¡Arriba! ¡Despierten!

Mientras Bush intentaba despertar a puntapiés a los artilleros, que daban fuertes ronquidos, Berry se registró los bolsillos y sacó una cuerda delgada. Con una paciencia que exasperó a Bush, Berry hizo un lazo con una punta, lo pasó a través del fogón y después, agachado delante de la boca del cañón, intentó cogerlo con el gancho de la varilla de colocar tacos, que introdujo hasta el final del cilindro de ocho pies de largo. Movi6 el gancho y tir6 de la varilla varias veces sin poder coger el lazo que colgaba del fog6n, pero por fin logr6 engancharlo. A medida que subía el gancho, la cuerda pasaba por el fog6n, y cuando termin6 de sacar la varilla del cañ6n, el lazo, enganchado a ella, asom6 por la boca. Luego, con muchísima calma, deshizo el lazo, pas6 la punta de la cuerda por el agujero del tap6n y después la amarr6 a una anilla que sac6 del bolsillo. Entonces meti6 el tap6n por la boca del cañ6n, fue a colocarse detrás de él otra vez, tir6 de la cuerda, y el tap6n baj6 por el cilindro con estrépito hasta que lleg6 al fondo con un chasquido que todos oyeron. Después de moverlo en varias direcciones durante unos minutos, consigui6 introducir la parte más estrecha en el fog6n, y luego hizo una seña al jefe de la brigada de artilleros para que sujetara la cuerda. Cogi6 el atacador, lo meti6 con cuidado por la boca del cañ6n y, en cuanto logr6 colocar el extremo sobre la anilla, hizo presi6n sobre el mango. Inmediatamente hizo una seña, y un marinero se acerc6 al cañ6n con un martillo y dio martillazos al mango mientras él lo sujetaba fuertemente. Con cada martillazo el tap6n se introdujo un poco más en el fog6n, un octavo de pulgada, hasta que qued6 encajado.

—¿Listo? —pregunt6 Bush cuando Berry hacía un gesto para indicar al marinero que se fuera.

—Todavía no, señor.

Berry sac6 el atacador y, muy despacio, volvi6 a colocarse detrás del cañ6n. Mir6 el tap6n con la cabeza inclinada hacia un lado primero y hacia el otro después, como si fuera un foxterrier mirando una ratonera. Parecía satisfecho, y sin embargo, volvi6 a ponerse frente a la boca y a coger la varilla de colocar tacos. Bush mir6 a lo lejos para mitigar su ansiedad y muy cerca de la fortaleza divis6 una diminuta figura caminando en direcci6n a ellos. Al mirar por el telescopio vio que era un hombre vestido con un pantal6n blanco que agitaba la mano como si quisiera llamar la atenci6n y a ratos corría y otros caminaba; tuvo casi la certeza de que era Wellard. Mientras, Berry cogi6 otra vez la cuerda con el gancho de la varilla, la sac6 del cañ6n y, después de cortar el pedazo atado a la anilla con su afilado cuchillo, se guard6 la anilla en el bolsillo. Luego, como si tuviera todo el tiempo del mundo, volvi6 a ponerse detrás del cañ6n y recogió la cuerda.

—Ahora convendría disparar dos veces con un tercio de la carga, señor —dijo—. Eso ajustaría...

—Eso puede esperar unos minutos más —dijo Bush y sintió una gran satisfacci6n al interrumpir al orgulloso y experto marinero y demostrarle que era él quien llevaba

las riendas.

Ahora todos podían ver claramente a Wellard, corriendo irregularmente y tropezando a causa de las irregularidades del terreno. Por fin Wellard, jadeante y empapado en sudor, llegó adonde estaba el cañón.

—Por favor, señor... —empezó a decir.

Bush iba a reprenderle por haberse dirigido a él irrespetuosamente, pero Wellard, anticipándose, se arregló la chaqueta, se caló su ridículo sombrero y, tan erguido como su respiración entrecortada le permitía, dio un paso al frente.

—El señor Hornblower le presenta sus respetos, señor —dijo, tocándose el ala del sombrero.

—¿Y qué más, señor Wellard?

—Le ruega que no vuelva a hacer fuego, señor.

Wellard no pudo decir más que esas palabras antes de coger aire, pues su pecho palpitaba. Las gotas de sudor que resbalaban por su frente le hacían parpadear, pero no les hacía caso y valientemente se mantenía en posición de atención.

—¿Por qué no, señor Wellard?

Aunque Bush se imaginaba la respuesta, hizo la pregunta para demostrar al joven que le prestaba la atención que merecía.

—Los españoles han capitulado, señor.

—¡Muy bien! ¿Y los barcos?

—Son nuestras presas, señor.

—¡Hurra! —gritó Berry, agitando los brazos en el aire.

Buckland obtendría un botín de quinientas libras y Berry uno de cinco chelines, pero obtener un botín, fuera el que fuera, siempre era un buen motivo para dar gritos de alegría; Además de eso, habían conseguido la victoria en la lucha contra el enemigo, al destruir un nido de barcos corsarios, lo que significaba que ahora los convoyes que atravesaran el canal de la Mona estarían seguros, y habían capturado a un regimiento español. Lo único que habían tenido que hacer para que los españoles entraran en razón fue montar un cañón de modo que el fondeadero estuviera a su alcance.

—Muy bien, señor Wellard —dijo Bush—. Muchas gracias.

Entonces Wellard pudo dar un paso atrás y quitarse el sudor que cubría sus ojos, y Bush se preguntó si alguno de los términos estipulados en la capitulación impediría que durmiera plácidamente esa noche.

CAPÍTULO 14



Bush estaba junto a Buckland en el alcázar del *Renown* y miraba la fortaleza por el telescopio.

—Ya se va el destacamento, señor —anunció. Y después de un intervalo continuó—: La lancha ha zarpado.

El *Renown* estaba anclado en la boca de la bahía Samaná, y justo detrás de él se encontraban sus tres presas. Las cuatro embarcaciones estaban abarrotadas de los enemigos que se habían rendido y que ahora eran sus prisioneros, y los tripulantes estaban listos para largar las velas en cuanto apareciera la señal en el *Renown*.

—La lancha ya está bastante lejos del muelle —dijo—. Me pregunto si... ¡Ah!

En ese momento salió de la fortaleza una enorme columna de humo entre la que saltaban por el aire trozos de piedra y ladrillo, y un instante después se oyó una explosión. Acababan de explotar las dos toneladas de pólvora junto a las que el destacamento de demolición había encendido una mecha de combustión lenta, y se habían venido abajo las murallas, los bastiones, la torre y la plataforma, y en el borde del empinado acantilado quedaban los restos de los cañones: pedazos de los cilindros partidos en dos, muñones, y recámaras con el fogón ensanchado. Cuando los insurgentes tomaran aquel territorio no podrían defender la bahía (ese destacamento ya había volado la batería que estaba al otro lado).

—Parece que lo han destruido todo, señor —dijo Bush.

—Sí —respondió Buckland, mirando por el telescopio las ruinas de la fortaleza, que ya se distinguían entre el humo y el polvo—. Zarparemos en cuanto los tripulantes suban la lancha a bordo.

—Sí, señor —dijo Bush.

Después de colocar la lancha en el lugar correspondiente, los marineros dieron vueltas al cabrestante para levar el ancla, y cuando ésta salió a la superficie, largaron las velas. El navío empezó a moverse en cuanto la gavia mayor se hinchó, y poco después, cuando el timonel dio vuelta al timón y los marineros tiraron de las escotas de las velas de proa, viró en redondo. El timonel volvió a girar el timón con fuerza para que las gavias tomaran el viento, y en cuanto el navío estuvo bajo su control, empezó a navegar de bolina en dirección al cabo Engaño para doblarlo, deslizándose suavemente por las aguas, escorado a sotavento, y las aguas comenzaron a arremolinarse bajo el tajamar. Apenas el *Renown* empezó a alejarse del escenario donde había conseguido la victoria, alguien dio vivas en la proa, y un momento después los dio toda la tripulación. Las presas se alejaban de allí al mismo tiempo que el navío, y sus tripulantes también dieron vivas. Bush dirigió el telescopio a *La*

Gaditana, la presa más grande, la que tenía aparejo de navío, y vio que Hornblower estaba en el alcázar y saludaba al *Renown* agitando el sombrero en el aire.

—Comprobaré si todo está seguro abajo, señor —dijo Bush.

Varios infantes de marina con los mosquetes cargados y las bayonetas caladas estaban de centinelas junto a la puerta de la camareta de guardiamarinas. En el interior, donde había cincuenta mujeres y casi el mismo número de niños encerrados, Bush oyó un ruido confuso de voces. No era bueno que estuvieran encerrados, pero era necesario que se mantuvieran allí hasta que el navío zarpara. Más tarde se les permitiría subir en grupos a la cubierta para tomar el aire y hacer ejercicio. Las escotillas de la cubierta inferior donde se encontraban los cañones estaban tapadas con un enrejado, y cada una de ellas estaba vigilada por un centinela. Por los agujeros del enrejado salía el olor a humanidad, pues allí abajo estaban encerrados cuatrocientos soldados españoles en tan malas condiciones como en un barco negrero. Estaban allí desde hacía solamente unas horas, desde el amanecer, y ya se percibía aquel desagradable olor. A los hombres, al igual que a las mujeres, se les permitiría tomar el aire en grupos, y Bush sabía que eso requeriría un sinnúmero de precauciones y esfuerzos, tantos como los necesarios para encontrar un sistema para darles de comer y beber. En el navío todos los toneles de agua estaban llenos y había un cargamento de boniatos que habían traído desde la costa en dos lanchas, lo suficiente para hacer el viaje hasta Kingston, adonde llegarían en menos de una semana si, como era probable, el viento seguía soplando con la misma intensidad. Allí se acabarían los problemas, pues los prisioneros serían entregados a las autoridades militares (seguramente los prisioneros se sentirían aliviados como Bush).

El *Renown* costeaba la isla navegando de bolina, y cuando Bush regresó a la cubierta vio las verdes colinas de Santo Domingo por el costado de estribor. Cerca de ese costado navegaban con rapidez las tres presas, que, por orden suya, estaban bajo el mando de Hornblower. A pesar de que el *Renown* tenía todas las velas desplegadas y de que soplaba un viento de siete nudos, las tres podían navegar más rápido, pues, como todos los barcos corsarios, tenían la cualidad de navegar rápido de bolina, que era imprescindible tanto para hacer presas como para huir de los enemigos. Hornblower ya habría dejado atrás al *Renown* si no fuera porque tenía órdenes de mantener las presas cerca, por sotavento, para que el navío pudiera protegerlas si se encontraban con un enemigo. En las presas había un número muy escaso de tripulantes, pero también había prisioneros, el mayor número de prisioneros que Hornblower podía custodiar, que estaban encerrados en la cubierta inferior, igual que los que se encontraban en el *Renown*.

Buckland llegó al alcázar y Bush le saludó tocándose el sombrero.

—Si me lo permite, empezaré a traer a los prisioneros, señor —dijo.

—Haga lo que estime conveniente, señor Bush.

Destinaron el alcázar para las mujeres y la cubierta superior para los hombres. Fue difícil hacerles comprender que tenían que turnarse para salir al exterior, y aparentemente las mujeres que fueron conducidas al alcázar pensaron que siempre iban a estar alejadas de las que se habían quedado abajo, porque empezaron a lamentarse de que las hubieran separado, lo que no estaba a tono con la actitud grave que debía mantenerse en el alcázar de un navío de línea. Por otro lado, los niños no se sometieron a la disciplina y empezaron a correr en todas direcciones gritando, y varios marineros trataron desesperadamente de cogerles para llevarles de nuevo con sus madres. Otros marineros tendrían que encargarse de dar de comer y beber a los prisioneros. Después de resolver los diversos problemas difíciles que tenía planteados, Bush empezó a pensar que no merecía la pena llevar la vida del primer oficial de un navío de línea (que antes creía que era como la vida en el Paraíso, una vida tan extraordinaria que no podía pretender alcanzarla).

En el entrepuente estaban encerrados treinta oficiales, cuyas categorías abarcaban desde la del caballero Villanueva hasta la del segundo de a bordo de *La Gaditana*, y causaban tantos problemas a Bush como todos los demás prisioneros juntos, porque, tomaban el aire en la toldilla y desde allí se esforzaban por mantener una conversación con sus esposas, que estaban en el alcázar, y, además, porque la comida que comían tenía que proceder forzosamente de las provisiones de los oficiales y éstas mermaban con rapidez porque, como la mayoría de los españoles, tenían buen apetito. Bush estaba deseando llegar a Kingston, pero no tenía ganas ni tiempo para pensar en el recibimiento que les dispensarían, y tal vez era mejor así, pues, por una parte, tenía esperanzas de que le felicitaran por su participación en el ataque a Santo Domingo, pero, por otra, temía cuál sería el resultado de la investigación de la destitución del capitán Sawyer.

Día tras día el viento soplaba con la misma intensidad; día tras día el *Renown* se deslizaba suavemente por las azules aguas del Caribe con las presas por sotavento, por la amura de babor. Muy pronto los prisioneros, incluidas las mujeres, dejaron de marearse, y darles de comer y vigilarles se convirtieron en actos rutinarios. Cuando apareció por el norte el cabo Beata, los tripulantes amuraron las velas a babor y pusieron proa a Kingston, pero, después ya no tuvieron que volver a cambiar la orientación de las velas, porque el viento siguió soplando con mucha intensidad y la medición que se hacía con la corredera cada hora casi siempre daba ocho nudos como resultado. El sol salía cada día por la popa del navío, y cada tarde el bauprés apuntaba hacia una puesta de sol de vivos colores. Durante el día la luz solar daba constantemente en el navío, salvo en los breves intervalos en que el sol y el mar quedaban ocultos por las tormentas; durante la noche el navío cabeceaba fuertemente bajo un manto de estrellas debido a la marejada.

Una noche hermosa y oscura, Bush terminó la ronda y fue a dar el habitual

informe a Buckland. Los centinelas estaban en sus puestos; los marineros a quienes les tocaba descansar dormían en la cubierta inferior con los faroles apagados; los marineros de guardia habían arriado las sobrejuanetes por si caía repentinamente algún chubasco durante la noche; el navío navegaba con rumbo este cuarta al norte; el señor Carberry era el oficial de guardia; las presas estaban a una distancia de una milla por la amura de babor; el infante de marina que vigilaba la cabina del capitán también estaba en su puesto. Bush contó todo esto a Buckland con la brevedad con que se comunicaban las cosas en la Armada, y Buckland le escuchó con la paciencia con que se escuchaban las cosas en ella.

—Gracias, señor Bush.

—Gracias, señor. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, señor Bush.

La cabina de Bush estaba en la entrecubierta, y, debido al clima tropical, en el interior el aire estaba viciado y hacía mucho calor, pero a él no le importaba. Disponía de seis horas para dormir, ya que iba a hacerse cargo de la guardia de alba, y no quería desaprovecharlas. Se quitó el uniforme, pero se quedó con la camisa puesta, y antes de apagar la vela y acostarse, miró a su alrededor. Sus zapatos y sus pantalones estaban colocados encima del baúl porque eso le permitiría ponérselos rápidamente en caso de emergencia; el sable y las pistolas estaban colgadas del mamparo; todo estaba en orden. Puesto que el mensajero que vendría a despertarle traería un farol, sopló la vela poniendo la mano de modo que el aire exhalado se desviara y la apagó. Entonces se tumbó de espaldas en el coy y separó los brazos y las piernas del cuerpo para que el sudor se evaporara y cerró los ojos. Gracias a su apacible carácter se quedó dormido rápidamente, pero se despertó a medianoche y estuvo despierto el tiempo suficiente para oír llamar a la guardia, para decirse a sí mismo con alegría que no tenía que despertarse y para notar que aún no había sudado tanto como para que estar tumbado en el coy le resultara incómodo.

Volvió a despertarse más tarde, al oír algo que indicaba que no todo estaba en orden y, en la oscuridad, miró con extrañeza hacia arriba. Entonces oyó gritos y pasos rápidos por encima de su cabeza. Pensó que tal vez un chubasco había cogido desprevenidos a los marineros, pero se dio cuenta de que eso no justificaría tanto ruido. Le pareció oír gritos de dolor y el grito de una mujer, y se preguntó si aquellas malditas mujeres se estarían peleando otra vez. Volvió a oír pasos rápidos y gritos e inmediatamente saltó del coy. Abrió la puerta de golpe y en ese momento oyó un tiro de mosquete, que indicaba inequívocamente lo que estaba ocurriendo. Se volvió para coger el sable y las pistolas, y cuando salió de la cabina se oían gritos por todo el navío. Parecía que las escotillas eran las puertas del infierno y que los demonios salían por ellas y corrían en la penumbra por todo el navío dando gritos triunfales.

En cuanto salió, el centinela que estaba bajo el farol disparó su mosquete, y la luz

del farol y el fogonazo le permitieron ver a una muchedumbre acercándose al centinela y derribándole. Vio al frente de la muchedumbre a una mujer, una hermosa mulata que era la esposa de uno de los oficiales de los barcos corsarios, y notó que tenía los ojos desmesuradamente abiertos y gritaba a voz en cuello mientras la guiaba. Apuntó hacia la multitud y disparó, pero la multitud llegó enseguida adonde estaba él y le forzó a retroceder hasta la puerta. En ese momento varias manos cogieron su sable, pero él consiguió arrebatárselo y luego pateó y golpeó furiosamente con la pistola descargada a los hombres que trataban de agarrarle. Después hundió su sable una y otra vez en la masa humana que le empujaba. Se dio golpes en la cabeza con los baos en dos ocasiones, pero no sintió los golpes. Poco después la multitud continuó avanzando y le dejó atrás. Los gritos y golpes siguieron oyéndose, aunque cada vez más lejos, pero Bush se había quedado atrás, se había salvado gracias a los hombres que estaban a sus pies retorciéndose y gimiendo, y tenía los pies descalzos cubiertos de la sangre caliente que manaba de sus heridas.

En lo primero que pensó fue en Buckland, pero le bastó echar una mirada atrás para comprender que no podría ayudarle, y, convencido de que su puesto estaba en el alcázar, empezó a correr hacia allí blandiendo la espada. Junto a la escala de toldilla había otro grupo de españoles gritando, y encima se oían los gritos de la guardia de popa, que luchaba contra ellos. En la proa había otros grupos combatiendo y, a la luz de las estrellas, se veía a muchos hombres con camisa blanca luchando desesperadamente. De repente Bush se dio cuenta de que estaba gritando como los demás. Se acercó a un grupo de hombres, vio a algunos volverse hacia él y sintió que una cabilla golpeaba con fuerza su sable. Pero cuando estaba trastornado por el deseo de luchar, era un temible enemigo y combinaba perfectamente su gran fuerza y su agilidad. Avanzó por la abarrotada cubierta dando sablazos y tratando de parar los golpes que le asestaban. Durante esos minutos de locura no sabía lo que hacía y no pensaba más que en luchar contra los enemigos para recuperar el navío solamente con la fuerza de su brazo; sin embargo, recobró el juicio cuando derribó a un hombre con el que luchaba, y pensó que debía dar ejemplo de valentía a los tripulantes y llamarles para que formaran un grupo compacto. Entonces, subiendo lo más posible la voz, gritó:

—¡Tripulantes del *Renown*! ¡Vengan aquí, tripulantes del *Renown*! ¡Vengan!

Hubo nuevos movimientos en medio de la confusión de la cubierta superior. Bush sintió un gran dolor a la vez que notó que algo atravesaba su omóplato y se giró instintivamente. Cogió a un hombre por la garganta y, después de luchar contra él con todas sus fuerzas, le inmovilizó, le alzó y le tiró contra la cubierta.

—¡Tripulantes del *Renown*! —gritó otra vez.

Se oyeron pasos rápidos y un grupo de hombres se agruparon alrededor de él.

—¡Adelante!

Pero cuando Bush y el pequeño grupo de tripulantes iban a cargar contra los enemigos, una muralla humana les atacó por detrás y les hizo retroceder por la cubierta hasta quedar pegados a la amurada. Un hombre que estaba delante de Bush gritó algo en español, y hubo un revuelo a su alrededor. Alguien disparó un mosquete, y el fogonazo iluminó los rostros cetrinos de los hombres que formaban un cerco a su alrededor con la bayoneta calada en el mosquete. Bush vio que el hombre que estaba junto a él se desplomaba en la cubierta dando un alarido y luego oyó cómo golpeaba sus pies al retorcerse. Era obvio que al menos un hombre había conseguido un mosquete (porque lo habría cogido de algún lugar o porque se lo habría quitado a un infante de marina) y había logrado ponerle una carga nueva. Si permanecían allí, les harían pedazos.

—¡Adelante! —volvió a gritar Bush dando un paso adelante.

Pero los desanimados hombres que estaban detrás de Bush no se movieron, y él retrocedió al chocar con el rígido cerco que les rodeaba. Otro mosquete disparó y otro hombre se desplomó. Alguien les gritó algo en español, y aunque Bush no entendió las palabras, estaba casi seguro de que les exigía que se rindieran.

—¡Antes te mataré! —gritó.

Estaba ciego de ira. La idea de que su magnífico navío cayera en manos extrañas le asustaba ahora más que nunca, porque comprendía que pronto podía hacerse realidad. Se preguntaba qué dirían los ingleses y la Armada real cuando se enteraran que uno de sus navíos de línea había sido capturado y llevado a algún puerto cubano. No quería vivir para averiguarlo. Estaba desesperado y prefería morir.

Esta vez no llamó a sus hombres con palabras sino con un grito que parecía el rugido de una fiera y enseguida empezó a avanzar. Estaba lleno de rabia, trastornado por el deseo de luchar y tenía la fuerza de un loco furioso. Penetró en el cerco que formaban a su alrededor los enemigos dando sablazos y fue el único de su grupo que logró atravesarlo. De repente notó que estaba en un espacio vacío de la cubierta y que la lucha continuaba a sus espaldas.

Su furia se atemperó, y se sorprendió al verse poco después agachado (casi podría decirse escondido) junto a un cañón de dieciocho libras de la cubierta superior, aparentemente olvidado por todos, sosteniendo todavía la espada. Estaba aturdido y se esforzaba en hacerse una idea de cuál era su situación mientras por su mente pasaban lentamente numerosas imágenes. No tenía duda de que algunos tripulantes habían puesto en peligro el navío por satisfacer su apetito sexual. Aunque creía que no hubo transacciones, que las mujeres no entregaron sus cuerpos a los tripulantes a cambio de su traición, suponía que se habían mostrado complacientes y que algunos de los que estaban de centinelas habían abandonado sus puestos para aprovechar la ocasión. Pensaba que, debido a eso, muchos prisioneros e incluso algunos oficiales habían logrado salir de donde estaban encerrados, aunque poco a poco, y que habían

planeado cuidadosamente la sublevación. Seguramente el plan consistía en salir en tropel para que los centinelas no pudieran detenerles, apoderarse de armas y luego llevarse como corderos a los tripulantes que estaban durmiendo en sus coyotes, y que por tanto no podían oponer resistencia, hasta la proa y los amontonarían junto a un costado. Después un grupo armado se quedaría vigilándoles mientras otros encerraban a los oficiales en la popa y subían a la cubierta para matar o apresar a todos los hombres que encontraran allí. Era probable que por todo el navío hubiera ahora pequeños grupos de marineros e infantes de marina que todavía estaban libres, como él, pero que no tenían armas y estaban desmoralizados; también era probable que cuando amaneciera los españoles se reorganizaran y aplastaran uno por uno a los grupos que opusieran resistencia. Era increíble que ocurriera una cosa así; sin embargo, ocurrió. Cuando a cuatrocientos hombres disciplinados y desesperados que no temían perder la vida los guiaban oficiales valientes podían llevar a cabo admirables acciones.

Alguien dio órdenes en español en el alcázar. El navío orzó cuando el timonel fue derribado y unas veces subía a la cresta de las olas y otras se hundía en el seno que se formaba entre ellas, mientras se oía el ruido atronador de las velas al gualdrpear. En pocos minutos los oficiales españoles que estaban a bordo (los oficiales de las presas) podrían controlar el navío, y aunque tuvieran una tripulación formada por marineros de agua dulce, podrían girar las vergas, manejar el timón y hacer que el navío fuera navegando de bolina hasta el canal de Jamaica, que estaba solamente a un día de navegación de Santiago de Cuba. Acababan de aparecer las primeras luces en el cielo, y la mañana, la horrible mañana, estaba a punto de comenzar. Bush movió la mano para sujetar mejor el sable y se pasó el antebrazo por la frente para limpiarse los ojos, que le parecían cubiertos de telarañas.

Entonces vio la gavia de un barco recortándose sobre el cielo cerca del otro costado del navío y notó que se movía en la misma dirección. Luego vio los mástiles, las vergas y los aparejos y poco después otra gavia. Se oyeron gritos en el *Renown* y luego el estruendo producido por los barcos al chocar. Hubo una angustiosa pausa, como la que precede el momento en que una gran ola rompe en la playa, y después asomaron por encima de la borda las cabezas y los hombros de varios marineros, los chacós de varios infantes de marina y brillantes bayonetas y hachas. Más allá Hornblower, sin sombrero, pasó las piernas por encima de la borda y saltó a la cubierta con el sable en la mano, y los que estaban a ambos lados de él saltaron también. Aunque Bush estaba débil, aún podía razonar y comprendió que antes de abordar *La Gaditana* con el navío para emprender el ataque, Hornblower había reunido a los tripulantes de las tres presas, que según sus cálculos eran treinta marineros y treinta infantes de marina. Pero mientras que una parte de su mente podía razonar, la otra estaba embotada y le hacía creer que todo lo que sucedía ante su vista

se desarrollaba lentamente como en una pesadilla. Le pareció que los hombres que pasaban al abordaje bajaban muy despacio a la cubierta, que todo era raro e irreal y que los agudos gritos de los españoles eran gritos de niños pequeños que estaban jugando. Vio apuntar y disparar los mosquetes, pero los disparos no le parecieron más fuertes que los de una pistola de aire comprimido. Luego vio a los hombres que habían pasado al abordaje avanzar por la cubierta y trató de ponerse de pie para unirse a ellos, pero, sorprendentemente, sus piernas no se movieron, y se dio cuenta de que estaba tumbado en la cubierta y de que no tenía suficiente fuerza en los brazos para levantarse.

Vio la feroz y sangrienta lucha que entablaron con los enemigos. La lucha era tan encarnizada e irregular como la que la había precedido, y en ella intervenían repentinamente grupos de hombres que unas veces llegaban por un lado y otras por otro y que parecían salir de lugares recónditos. En ese momento la lucha se intensificó, pues apareció otro grupo, un grupo de marineros medio desnudos, al frente de los cuales estaba Silk blandiendo un arma difícil de manejar, un atacador, y empezó a descargar golpes a diestro y siniestro sobre los españoles agrupados delante de ellos. La lucha volvió a intensificarse y un soldado español que estaba herido en un muslo y cojeaba trató de escapar, pero un marinero británico le persiguió y le derribó clavándole una pica debajo de las costillas; el pobre hombre se quedó allí moviéndose casi imperceptiblemente sobre un charco de su propia sangre.

Ahora no había nadie en la cubierta superior excepto los cadáveres que estaban amontonados en ella, pero Bush sabía que los hombres continuaban luchando en la entrecubierta porque allí se oían disparos, gritos y golpes, aunque le parecía que se iban atenuando. No le resultaba agradable su debilidad. Tuvo la tentación de apoyar la cabeza en un brazo y olvidar sus obligaciones, pero afloraron los horribles pensamientos que se ocultaban en un rincón de su mente, esperando la ocasión de salir, y que le aterrorizaban; y luchar contra ellos le debilitó aún más. No obstante, apoyó la cabeza en un brazo, pero hizo un gran esfuerzo por levantarla otra vez. Luego tuvo que hacer un esfuerzo mayor por levantarla, pero se obligó a hacerlo porque era su deber enterarse de todas las cosas que ocurrían. En ese momento una fuerte voz hirió sus oídos, causándole dolor.

—¡Aquí está el señor Bush, señor!

Unas manos le levantaron la cabeza. El sol le dio en los ojos, y eso le molestó tanto que cerró los ojos.

—¡Bush! —dijo Hornblower con voz suave—. ¡Bush! ¡Bush, hábleme, por favor!

Dos manos sujetaban ahora su cara. Pudo separar los párpados lo suficiente para ver a Hornblower inclinado sobre él, pero no tenía fuerzas para hablar, así que se limitó a mover ligeramente la cabeza mientras sonreía porque las manos de Hornblower le transmitían tranquilidad y seguridad.

CAPÍTULO 15



—El señor Hornblower le presenta sus respetos, señor —dijo el mensajero, asomando la cabeza por la puerta de la cabina de Bush después de llamar con los nudillos—. Ya se ve ondear la insignia del capitán frente al cabo Mosquito y vamos a hacer la salva, señor.

—Muy bien —dijo Bush.

Desde su coy seguía mentalmente las maniobras que hacían en el navío, y llegó a la conclusión de que ahora tenía las velas amuradas a babor y todas estaban cargadas, excepto las gavias y el foque. Además había deducido que estaban cerca de Gun Key. En ese momento oyó gritar a Hornblower.

—¡Brazas a sotavento! ¡Todos a virar!

Oyó el crujido de los cabos que movían el tablón del timón cuando éste giró y dedujo que estaban doblando el cabo Port Royal. El *Renown* se puso en posición horizontal (antes escoraba ligeramente) y luego escoró a babor, pero tan poco que Bush, tumbado en su coy, apenas lo percibió. Entonces se oyó el primer cañonazo de la salva, y Bush se sobresaltó a pesar de que Hornblower tuvo la amabilidad de avisarle que iban a disparar. Bush se acomodó de nuevo en el coy y los cañonazos siguieron sonando, a intervalos de cinco minutos. No podía moverse fácilmente, pero no por debilidad sino por los puntos de sutura que cerraban las numerosas heridas que tenía por todo el cuerpo. Estaba cosido como un edredón, y cualquier movimiento le causaba dolor.

Cuando la salva terminó, en el navío volvió a reinar el silencio. Bush estaba casi seguro de que habían disparado quince cañonazos, y por ello pensaba que habían ascendido a Lambert a vicealmirante. Suponía que el navío estaba entrando en la bahía Port Royal y trató de recordar cómo eran Salt Pond Hill y la montaña que estaba detrás, la montaña... No se acordaba de cómo se llamaba. Le parecía que el nombre era Linguanea o algo así, pero, en realidad, nunca lograba aprenderse los nombres españoles. Los de su tierra la llamaban la montaña que estaba detrás de Rock Fort o Long Mountain.

—¡Escotas de las gavias! —gritó Hornblower en la cubierta—. ¡Chafaldetes de las gavias!

El navío estaba llegando al lugar donde iba a anclar.

—¡Timón a sotavento!

El navío orzaría y perdería velocidad.

—¡Silencio en el combés!

Bush supuso que la palabrería de los marineros respondía a la excitación que

sentían al aproximarse al puerto y a que los veteranos hablaban a los que iban a esa zona por primera vez de las tabernas y los antros de perdición que había en Kingston, la ciudad que había al final del canal.

—¡Echen el ancla!

Se oyó un estruendo y todo el navío vibró. Ningún marino, ni siquiera uno tan tranquilo como Bush, podía oír el ruido de la cadena del ancla al salir por el escobén sin emocionarse. Pero Bush sentía emoción por muy diversas razones. Todavía no iba de regreso a su patria, y aunque un incidente había terminado, no dudaba que iban a sucederse muchos otros. Había posibilidades de que ocurriera un desastre en el futuro próximo, aunque no uno en el que pudiera morir o resultar herido, pero él hubiera preferido arriesgarse a ambas cosas en lugar de afrontar la difícil situación por la que tenía que pasar. A pesar de su debilidad, notaba cómo aumentaba su tensión cuando pensaba en lo que podría depararle el futuro. Deseaba moverse, caminar o al menos mover el cuerpo, pues así podría relajarse, pero los cincuenta y tres puntos que unían los bordes de sus heridas le impedían hacer un solo movimiento. Era muy probable que se llevara a cabo una investigación para esclarecer lo ocurrido en el *Renown*, y que como consecuencia de ella los implicados fueran juzgados por un consejo de guerra en una serie de juicios.

El capitán Sawyer estaba muerto. Cuando los prisioneros intentaron apoderarse del navío, irrumpieron en la cabina donde el pobre demente estaba encerrado, y uno de ellos, sediento de sangre, le mató. Abrasarse en el fuego del infierno no era un castigo suficientemente duro para el hombre o la mujer que hizo eso, aunque desde determinado punto de vista podía considerarse un acto piadoso porque había significado la liberación del pobre hombre, que abrigaba temores infundados desde hacía demasiado tiempo. Era paradójico que un despiadado prisionero cortara la cabeza al loco mientras que los que hicieron prisionero a Buckland le dejaban vivo y se limitaban a amarrarle al coy para que no pudiera luchar mientras trataban de apoderarse de su navío. Buckland tendría que explicar muchas cosas a los investigadores.

Bush oyó sonar los silbatos de los ayudantes del contramaestre y aguzó el oído para escuchar las órdenes.

—¡Que baje la tripulación de la falúa! ¡Bajen la falúa!

Bush supuso que Buckland iba a bajar a tierra enseguida para entregar al almirante el obligado informe, y en cuanto terminó de hacer la suposición, Buckland entró en su cabina. Como era de esperar, estaba muy bien afeitado y vestido con un uniforme impecable, con su mejor chaqueta e immaculados pantalones blancos. Tenía el corbatín perfectamente colocado, lo que demostraba que se había esmerado en ponérselo, y llevaba el sable colgado en el cinturón y el sombrero de dos picos en la mano. Agachó la cabeza para no golpearse con los baos que sostenían la cubierta y se

quedó unos momentos allí de pie, mirando fijamente a Bush en silencio. Por lo general, sus mejillas estaban un poco abultadas, pero ahora estaban hundidas debido a su expresión preocupada. Tenía los ojos vidriosos y los labios temblorosos. Su aspecto era el de un hombre que iba a ser encarcelado.

—Va a entregar el informe ahora, ¿verdad, señor? —preguntó Bush, después de estar esperando durante un tiempo a que su superior hablara primero.

—Sí —respondió Buckland.

En la misma mano en que tenía el sombrero llevaba varios sobres sellados con los informes que había redactado. Para hacer el primero y el más difícil, que se refería a la destitución del capitán Sawyer, pidió ayuda a Bush; al hacer el segundo, referente a la rendición de las fuerzas españolas en Santo Domingo, había incorporado el informe que Bush le había entregado, aunque lo había adornado concienzudamente; el tercero, que estaba relacionado con el amotinamiento de los prisioneros y en el que afirmaba que le habían apresado cuando estaba durmiendo en su coy, lo había escrito sin la ayuda de Bush.

—Quisiera estar muerto —dijo Buckland.

—No diga eso, señor —dijo Bush en un tono tan alegre como se lo permitieron su propio miedo y su debilidad.

—Quisiera estar muerto —repitió Buckland.

—La falúa ya está lista, señor —dijo Hornblower—. Y las presas acaban de echar el ancla detrás del navío.

Buckland volvió sus inexpresivos ojos hacia el joven, cuyo aspecto no era muy bueno, aunque revelaba sus esfuerzos por arreglar su uniforme.

—Gracias —dijo Buckland y, después de una pausa, inesperadamente, formuló la pregunta que ya había hecho otras veces—: Dígame una cosa, señor Hornblower... Ésta es su última oportunidad... Dígame cómo se cayó el capitán por la escotilla.

—No puedo decírselo, señor —dijo Hornblower.

Ni de su gesto ni de su tono podía deducirse lo que pensaba.

—Mire, señor Hornblower —dijo Buckland, tamborileando con los dedos en los sobres de los informes—. He sido justo con usted y, como pronto podrá comprobar, le he elogiado cuanto he podido en estos informes. Le he dedicado grandes alabanzas por lo que hizo en Santo Domingo y por abordar el navío cuando los prisioneros se amotinaron. Grandes alabanzas, señor Hornblower. ¿No podría usted...?

—No puedo añadir absolutamente nada a lo que ya he dicho, señor —dijo Hornblower.

—Pero, ¿qué voy a decir cuando me pregunten? —inquirió Buckland.

—Simplemente diga la verdad, señor, que el capitán fue encontrado a cierta distancia de la escotilla y que las indagaciones no han revelado ninguna otra causa que no sea una caída accidental.

—Ojalá supiera lo que ocurrió —dijo Buckland.

—Usted sabe lo único que sabremos siempre, señor —afirmó Hornblower y, quitándole una hebra de filástica de la solapa a Buckland, dijo—: Con su permiso, señor. El almirante se alegrará mucho cuando se entere de que hemos expulsado a los españoles de Samaná, señor. Seguramente le preocupa mucho lo que pueda ocurrir a los convoyes en el canal de la Mona. Y hemos traído tres presas, un botín del que le corresponde recibir una octava parte. No creerá usted que se enfadará con nosotros por eso, ¿verdad, señor?

—No —respondió Buckland.

—En el buque insignia todos las están mirando con asombro. El almirante tiene que haberlas visto llegar junto con el navío y, sin duda, espera tener buenas noticias, así que no tendrá ganas de preguntar nada esta mañana, señor, a excepción de si quiere usted beber vino de Madeira o jerez.

Por mucho que Bush intentó descubrir si la sonrisa de Hornblower era espontánea o forzada sin conseguirlo, advirtió que el joven había logrado infundir ánimos a Buckland.

—Pero después... —aventuró Buckland.

—Después será otro día, señor. Pero podemos estar seguros de una cosa: a los almirantes no les gusta que les hagan esperar.

—Es mejor que me vaya —dijo Buckland.

Hornblower regresó a la cabina de Bush después de haber supervisado las maniobras de la falúa para zarpar. Bush se dio cuenta de que esta vez su sonrisa no era forzada y notó que las comisuras de los labios se movían de una forma curiosa.

—No veo nada de qué reírse —dijo Bush, tratando de acomodarse bajo la sábana que le cubría.

Ahora Bush sentía mucho más calor, debido a que el navío estaba detenido, a que la cercana costa impedía que el viento se moviera libremente y a que el despiadado sol daba de lleno en la cubierta, situada apenas una yarda por encima de su cabeza.

—Tiene razón, señor, no hay nada de qué reírse —dijo Hornblower, inclinándose hacia él para ajustar la sábana.

—Entonces borre esa maldita sonrisa de su cara —dijo Bush en tono malhumorado.

El calor y el nerviosismo, sumados a su debilidad, volvieron a embotar su mente.

—Sí, señor. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—No —respondió Bush.

—Muy bien, señor. Entonces me ocuparé de mis otras obligaciones.

Cuando se quedó solo en la cabina, Bush se lamentó de que Hornblower se hubiera ido, pues, en la medida en que su debilidad se lo permitiera, le hubiera gustado hablar con él del futuro inmediato. No obstante, estuvo pensando un rato en

el futuro mientras el sudor penetraba en las vendas que rodeaban su cuerpo, aunque estaba tan aturdido que sus pensamientos no seguían un orden lógico y terminó por maldecirse. Aguzó el oído para tratar de averiguar lo que ocurría en el barco, pero no obtuvo mejor resultado que cuando había tratado de adivinar el futuro. Cerró los ojos para dormirse, pero volvió a abrirlos cuando pensó en cómo se desarrollaba la entrevista de Buckland con el almirante Lambert.

Un muchacho que ayudaba al cirujano en la enfermería entró llevando una bandeja con una jarra y un vaso. Luego llenó el vaso con el líquido de la jarra y pasó un brazo por debajo del cuello de Bush a la vez que acercaba el vaso a su boca. Cuando el frío líquido llegó a los labios de Bush y su aroma a su nariz, se dio cuenta de que tenía una sed horrible y bebió sin parar hasta que dejó el vaso vacío.

—¿Qué es? —preguntó.

—Limonada, señor. Se la envía el señor Hornblower con sus respetos, señor.

—¿El señor Hornblower?

—Sí, señor. Un vivandero se abordó con el navío y el señor Hornblower le compró limones. Me ordenó que hiciera un zumo para usted.

—Dé las gracias al señor Hornblower de mi parte.

—Sí, señor. ¿Otro vaso, señor?

—Sí.

Esa vez le supo mejor. Poco después oyó una serie de ruidos cuya justificación no le fue posible encontrar: el ruido de unas botas pisando con fuerza la cubierta, órdenes dadas a gritos, el ruido de muchos remos agitando el agua junto al navío. Luego oyó pasos al otro lado de la puerta de su cabina y enseguida vio entrar a Clive, el cirujano, seguido de un desconocido, un hombre delgado, canoso y de brillantes ojos azules.

—Soy Sankey, cirujano del hospital naval —dijo—. He venido para llevarle a un lugar más cómodo.

—No quiero irme del navío —dijo Bush.

—Debería saber que en la Armada uno siempre tiene que hacer lo que no quiere hacer —dijo Sankey con la característica seriedad de su profesión, pero en tono irónico.

Quitó la sábana a Bush y observó su cuerpo vendado.

—Perdone este atrevimiento —dijo, en el odioso tono irónico—, pero tendré que firmar un recibo donde conste que usted me ha sido entregado. Supongo que usted, teniente, nunca habrá firmado un recibo por la entrega de provisiones sin ver antes en qué condiciones estaban.

—¡Váyase al diablo! —gritó Bush.

—¡Qué mal genio! —exclamó Sankey, mirando a Clive—. Me parece que no le ha prescrito una dosis suficiente de calmante.

Entonces, con la ayuda de Clive, giró a Bush con cuidado y lo puso boca abajo.

—Los españoles le han hecho unos cortes terribles, señor —dijo Sankey, observando la espalda de Bush—. Según creo, tiene nueve heridas.

—Y cincuenta y tres puntos —dijo Clive.

—Esto quedará muy bien en la *Gazette* —dijo Sankey en tono jocoso y luego, en tono solemne, añadió el siguiente comentario—: «El teniente Bush recibió nada menos que nueve heridas defendiendo heroicamente su navío». Pero me alegro de poder decir que va a recuperarse rápidamente.

Bush trató de girar la cabeza para dar una respuesta adecuada, pero sólo pudo emitir gruñidos inteligibles, porque el cuello era la parte del cuerpo que más le dolía, y cuando le pusieron boca arriba, ya se había callado.

—Ahora nos llevaremos al inocente cupido de aquí —dijo Sankey—. ¡Traigan la parihuela!

Cuando llegaron a la cubierta, la luz del sol deslumbró a Bush y Sankey se inclinó hacia él para cubrirle los ojos con la sábana.

—¡Deténgase! —exclamó Bush cuando se dio cuenta de cuál era su intención, y su voz aún era lo bastante potente para hacer detenerse a Sankey—. ¡Quiero ver!

Entonces encontró la justificación de las fuertes pisadas y la confusión que había en la cubierta. En el combés había un grupo de soldados de uno de los regimientos ingleses de las Antillas en fila, en posición de atención y con las bayonetas caladas. Otros soldados sacaban a los prisioneros españoles por las escotillas para llevarles a la costa en las lanchas que estaban abordadas con el navío. Bush reconoció a Ortega, que caminaba cojeando, sostenido por dos hombres. Tenía un muslo vendado y la pata del pantalón de ese lado cortada, y la venda y la otra pata del pantalón estaban cubiertas de una oscura capa de sangre seca.

—No hay duda de que son tipos peligrosos —dijo Sankey—. Ahora, si ha visto todo lo que quería, le bajaremos a la lancha.

En ese momento Hornblower salió del alcázar, fue corriendo hacia Bush y se arrodilló junto a la parihuela.

—¿Está bien, señor? —preguntó con ansiedad.

—Sí, gracias —respondió Bush.

—Ordenaré que recojan sus cosas y se las lleven, señor.

—Gracias.

—¡Cuidado con las eslingas! —gritó Hornblower cuando enganchaban los motones a la parihuela.

—¡Señor! —dijo el guardiamarina James a Hornblower, ansioso de captar su atención—. ¡Señor! ¡Una lancha con un capitán a bordo se está acercando al navío!

Esa noticia requería atención inmediata.

—Adiós, señor —dijo Hornblower—. Suerte, señor. Le veré pronto.

Hornblower se alejó, pero Bush no se ofendió porque su despedida fuese breve, pues sabía que iba a preparar la ceremonia adecuada para recibir a un capitán cuando subía a un barco. Por otro lado, Bush estaba deseoso de saber por qué tenía que venir un capitán al navío.

—¡Bájenle! —gritó Sankey.

—¡Deténganse! —gritó Bush y, en respuesta a la mirada inquisitiva de Sankey, añadió—: ¡Espere un minuto!

—No tengo inconveniente en esperar para enterarme de lo que ocurre —dijo Sankey.

Los gritos de los ayudantes del contramaestre se oyeron por toda la cubierta. Los grumetes subieron corriendo; los soldados dieron media vuelta para situarse frente al portalón de babor; los infantes de marina formaron junto a ellos. El capitán entró por el portalón de babor, entre los destellos que despedían sus dorados galones al sol. Hornblower le saludó tocándose el sombrero.

—¿Es usted el señor Hornblower, el teniente de más antigüedad a bordo de este navío?

—Sí, señor. Soy el teniente Horatio Hornblower, para servirle.

—Mi nombre es Cogshill —dijo el capitán antes de desdoblar un papel y leerlo—: «Órdenes de Richard Lambert, vicealmirante de la Escuadra Azul, caballero de Bath, comandante de la flota de Su Majestad destinada a la base naval de Jamaica, al capitán James Edward Cogshill, capitán de la *Buckler*, fragata de Su Majestad. Por la presente se le exige que suba inmediatamente a bordo del *Renown*, navío de Su Majestad, que está anclado en la bahía Port Royal, y tome el mando del susodicho navío *pro tempore*».

Cogshill volvió a doblar el papel. La toma del mando de un barco de Su Majestad, aunque el mando fuera temporal, era un acto solemne, que tenía que celebrarse con un determinado ceremonial. De acuerdo con la legalidad vigente, Cogshill no podía dar órdenes en el navío hasta que no leyera en voz alta el documento que le autorizaba a hacerlo. Ahora había acabado de leerlo y, por tanto, tenía los amplios poderes de un capitán, que le había otorgado el rey a través de los lores que presidían el Almirantazgo y el almirante sir Richard Lambert, y que le permitían encarcelar y azotar a los tripulantes y nombrar y destituir a los suboficiales.

—Bienvenido a bordo, señor —dijo Hornblower, tocándose el sombrero de nuevo.

—¡Qué interesante! —exclamó Sankey, sentándose junto a la parihuela donde estaba Bush, a quien los marineros acababan de bajar a la lancha del hospital—. Tome el mando, timonel. Sabía que Cogshill era uno de los capitanes preferidos del almirante. Nuestro amigo James Edward ha dado un gran paso al pasar de una fragata de veintiocho cañones a un navío de línea. Sir Richard no ha perdido el tiempo.

—Las órdenes decían que el mando era temporal —dijo Bush, sin atreverse a decir *pro tempore* porque no estaba seguro de que pudiera pronunciarlo bien.

—Suficiente tiempo para poner por escrito las órdenes que lo convertirán en un mando permanente —dijo Sankey—. Desde este momento la paga diaria que recibe Cogshill pasa de diez chelines a dos libras.

Los remeros negros de la lancha del hospital, doblando el cuerpo al remar, la hacían avanzar con rapidez por las brillantes aguas. Sankey volvió la cabeza hacia la pequeña flota que estaba anclada lejos de allí, una flota formada por un navío de tres puentes y dos fragatas.

—Ésa es la *Buckler* —dijo, señalando la fragata—. Cogshill tuvo mucha suerte llegando aquí en este momento. El almirante podrá dar muchos ascensos ahora. El *Renown* perdió dos tenientes, ¿verdad?

—Sí —respondió Bush.

A Roberts una bala le había partido en dos en el primer ataque a Samaná, y Smith había muerto en su puesto, defendiendo el alcázar cuando los prisioneros se amotinaron.

—Un capitán y dos tenientes —dijo Sankey, pensativo—. Sawyer estaba loco desde hacía algún tiempo, según creo.

—Sí.

—No obstante eso, lo mataron.

—Sí.

—Una serie de accidentes. Habría sido mejor que el primer oficial también hubiera muerto.

Bush no dijo nada respecto a ese comentario, aunque pensaba lo mismo. Buckland fue apresado cuando estaba en su coy y nunca lograría que los demás olvidaran eso.

—En mi opinión —dijo Sankey, en tono sentencioso—, nunca podrá conseguir un ascenso. Ha tenido mala suerte, pues si no le hubiera ocurrido eso, le darían un ascenso por el éxito del ataque a Santo Domingo. Por cierto, no le he felicitado por la victoria, señor. Enhorabuena.

—Gracias —dijo Bush.

—Una victoria importante. Veremos lo que hace sir Richard, a quien tanto respeto, con las vacantes. Ha puesto a Cogshill al mando del *Renown*, como sabemos, así que tendrá que promover a algún capitán de corbeta al grado de capitán de navío para que tome el mando de la *Buckler*, alguien que, sin duda, sentirá una inmensa alegría al alcanzar semejante categoría. Hay cuatro capitanes en esta base naval. ¿Cuál de ellos entrará por la puerta nacarada? Usted ya ha estado en esta base naval, ¿verdad, señor?

—Estuve aquí hace casi tres años —respondió Bush.

—Entonces es improbable que esté al corriente de la posición que ocupan los diferentes oficiales, según la estima en que sir Richard les tiene. Es obvio que tiene que ascender a un teniente, y no me cabe duda de quién será.

Sankey lanzó una mirada a Bush, y Bush le hizo la pregunta que esperaba.

—¿Quién?

—Dutton, el primer oficial del buque insignia. ¿Le conoce?

—Creo que sí. ¿No es un tipo muy alto y delgado que tiene una cicatriz en la mejilla?

—Sí. Sir Richard piensa que el teniente Dutton, dentro de poco el capitán Dutton, es el mejor marino del mundo, y me parece que él tiene la misma opinión.

Bush no tenía ningún comentario que hacer ni habría hecho ninguno si lo hubiera tenido, pues pensaba que el cirujano Sankey era atolondrado, chismoso y, además, capaz de repetir las observaciones que él hiciera. Se limitó a asentir con la cabeza (moviéndola tanto como se lo permitían el dolor del cuello y la posición en que se encontraba) y esperó a que Sankey continuara su monólogo.

—Así que Dutton será nombrado capitán. Eso significa que harán falta tres tenientes. Sir Richard podría complacer a tres amigos concediendo a sus hijos el ascenso de guardiamarina a teniente, si tuviera tres amigos, naturalmente.

—¡Dejen de remar! —gritó el timonel cuando la lancha bordeaba la punta del rompeolas—. ¡Atención, primer remero!

Los remeros abordaron la lancha con el muelle y la amarraron. Sankey bajó de la lancha y supervisó la tarea de sacar la parihuela, y luego los negros que la sostenían empezaron a avanzar por el camino que iba al hospital. Bush sintió tanto calor que le pareció que la isla era una gran bañera llena de agua caliente.

—Vamos a ver... —dijo Sankey, caminando junto a la parihuela al ritmo que ésta se movía—. Acabamos de decir que habrá que ascender a tres guardiamarinas, así que quedarán puestos libres para otros tres. Pero, déjeme ver... En la tripulación del *Renown* hubo bajas, ¿verdad?

—Muchas —respondió Bush.

Un buen número de guardiamarinas y ayudantes del contramaestre perdieron la vida defendiendo su navío.

—Desde luego. Era de esperar. Entonces habrá más de tres puestos libres. Los supernumerarios, los voluntarios y todos los desdichados que están sirviendo en la Armada con la esperanza de conseguir un ascenso y sin recibir una paga se alegrarán mucho de que se den tantos nombramientos. De esa forma pasarán del limbo de la nada al infierno de la categoría de oficial. El camino de la gloria... Bueno, no quiero que piense que pongo en duda sus conocimientos de literatura recordándole lo que dijo el poeta.

Bush no tenía idea de lo que había dicho el poeta, pero no iba a admitirlo.

—Ya hemos llegado —dijo Sankey—. Le acompañaré a su habitación.

La oscuridad del interior del edificio contrastaba con la intensa luz del sol de tal modo que Bush no pudo ver nada durante unos momentos. Pasó por corredores de paredes encaladas y luego llegó a una larga sala en penumbra dividida por mamparas en minúsculas habitaciones. De repente se percató de que estaba exhausto y de que lo único que quería era cerrar los ojos y descansar. Cuando por fin le pasaron de la parihuela a la cama y le acomodaron en ella, creyó que no sería capaz de resistir más el cansancio. No pudo atender a las últimas palabras que le dijo Sankey. Cuando pusieron el mosquitero y lo ajustaron a la cama, le dejaron solo. Entonces le pareció que subía a la cresta de una gran ola verde y luego bajaba deslizándose por ella y seguía deslizándose y deslizándose durante un tiempo infinito. Experimentó una sensación bastante agradable. Cuando llegó al pie de la ola, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas y volver a subir a ella. Así continuó esa noche y el día y la noche siguientes, y durante ese tiempo llegó a conocer la vida en el hospital y los sonidos que se escuchaban en él: los quejidos de los pacientes que estaban detrás de otras mamparas, los aullidos de los locos al final del corredor de paredes encaladas, los ruidos producidos por los guardianes al hacer la ronda por la mañana y por la noche, y los ruidos que precedían a la comida, que desde el final del segundo día se esforzó por percibir.

—Es usted un hombre afortunado —dijo Sankey, observando su cuerpo lleno de suturas—. Todas estas heridas son superficiales; no hay ninguna profunda. Esto contradice lo que he observado durante mi vida profesional. Por lo general, los españoles usan sus dagas con mejores resultados. Fíjese en este corte.

El corte en cuestión se extendía desde el hombro de Bush hasta su columna vertebral, por tanto, las palabras de Sankey no podían interpretarse literalmente.

—Tiene por lo menos ocho pulgadas de largo y, en cambio, no más de dos de profundidad —continuó Sankey—. Sin embargo, el omóplato tiene un corte. Esta otra herida parece la única hecha con intención de llegar a una arteria. Es evidente que el hombre que tenía la daga quería hundirla completamente, pero la hundió de arriba hacia abajo. El hecho de que al principio los bordes sean dentados indica que las costillas hicieron que la punta se desviara y la hoja se deslizara hacia abajo, y aunque la hoja cortó algunas fibras del músculo latísimo dorsal, la herida no es profunda. Esto es obra de un aprendiz. Vuélvase, por favor. Si alguna vez usa una daga, señor Bush, recuerde inclinar la punta hacia arriba al clavarla. Cuando se clava hacia arriba, penetra en la cavidad que forman las costillas y que parece preparada para recibir un corte así; en cambio, cuando se clava hacia abajo, las costillas le impiden el paso porque están superpuestas, y entonces la hoja, como en este caso, va rebotando en vano de una a otra, como si llamara en cada una para entrar y cada una le negara la entrada.

—Me alegra saberlo, señor —dijo Bush—. ¡Ah!

—Todas las heridas se están curando sin problemas —dijo Sankey—. No veo ningún signo de gangrena.

Bush se dio cuenta de que Sankey movía la cabeza alrededor de su cuerpo con la nariz muy cerca de él, y recordó que era el olor producido por la gangrena lo primero que la ponía de manifiesto.

—Las heridas poco profundas y de bordes lisos que se cosen enseguida que han terminado de sangrar, se curan más fácilmente. Se curan muchísimo más fácilmente. La mayoría de las tuyas tienen bordes lisos; sólo unas pocas tienen bordes dentados en alguna parte, como dije. Doble esta rodilla, por favor. Sus honorables cicatrices serán casi imperceptibles dentro de pocos años, señor Bush. En su amplio torso no quedarán más que unas finas entrecruzadas que apenas se notarán.

—Muy bien —dijo Bush.

No estaba seguro de lo que significaba la palabra «torso», pero no iba a pedirle a Sankey que le explicara el significado de ese ni de otros términos relacionados con la anatomía.

Esa mañana, apenas Sankey se fue, regresó con una visita.

—El capitán Cogshill viene a verle —dijo—. Aquí está, señor.

Cogshill miró a Bush, que permanecía tumbado en la cama.

—El doctor Sankey me ha dado buenas noticias, me ha dicho que se recuperará pronto —dijo.

—Eso creo, señor.

—El almirante ha ordenado formar una comisión para llevar a cabo una investigación, y yo soy uno de sus miembros. Naturalmente, necesitamos oír su declaración, señor Bush, y es mi deber averiguar cuándo podrá hacerla.

Bush se estremeció de miedo. Una investigación realizada por una comisión era un poco menos temible que el juicio ante un consejo de guerra, al que podría conducir. Aunque tuviera la conciencia tranquila, Bush preferiría mil veces gobernar un barco con la costa por sotavento y en medio de una tempestad a ser interrogado, tener que responder, exponer los motivos de su conducta para que fueran analizados y tal vez mal interpretados, y abrirse paso entre una maraña de cuestiones legales. Pero eso era una medicina que tenía que tomar, y lo mejor era apretarse la nariz y tragársela aunque le diera asco.

—En cualquier momento, señor.

—Mañana le quitaré los puntos, señor —intervino Sankey—. Como puede ver, el señor Bush todavía está débil. Estuvo a punto de desangrarse a causa de las heridas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que estuvo a punto de perder toda la sangre. Y las molestias que sentirá cuando le quite los puntos...

—¡Ah, los puntos!

—Sí, los puntos, señor. Las molestias que sentirá cuando se los quite provocarán que tarde un poco más en recuperar las fuerzas. Pero si la comisión le permite estar sentado en una silla mientras presta declaración...

—Puede estar seguro de que la tendrá.

—Entonces, dentro de tres días podrá responder a todas las preguntas que sea necesario hacerle.

—¿Podría el próximo viernes?

—Sí, señor. Y aún me parece muy pronto. Me gustaría que fuera más tarde.

—No es fácil reunir a una comisión en esta base naval —dijo Cogshill cortés pero secamente—, pues la mayoría del tiempo los capitanes están realizando misiones con sus barcos. El próximo viernes es un día apropiado.

—Sí, señor —dijo Sankey.

Bush, que había soportado durante tanto tiempo la conversación de Sankey, se tranquilizó al ver que hablaba con moderación cuando se dirigía a alguien tan importante como un capitán.

—Muy bien —dijo Cogshill y saludó a Bush con una inclinación de cabeza—. Le deseo que se recupere muy pronto.

—Gracias —dijo Bush.

Aunque estaba tumbado boca arriba, no pudo evitar hacer el gesto de responderle con una inclinación de cabeza, pero las heridas le dolieron cuando empezó a doblar el cuello, lo que impidió que continuara e hiciera el ridículo. Cuando Cogshill se fue, Bush tuvo tiempo de pensar en el futuro, y el miedo le acompañó incluso cuando comió; pero cuando el ayudante del cirujano vino a llevarse los restos de la comida, trajo con él a otra visita, y al verla sus malos pensamientos desaparecieron. Allí en la puerta, con una cesta en la mano, estaba Hornblower, y Bush le sonrió:

—¿Cómo está, señor? —preguntó Hornblower.

Ambos se estrecharon las manos, y en sus rostros se reflejaba la satisfacción que sentían al verse.

—Estoy mejor porque le he visto a usted —dijo Bush con franqueza.

—Ésta es la primera ocasión que he tenido de bajar a tierra —se disculpó Hornblower—. He estado muy ocupado, como podrá imaginarse.

Bush podía imaginárselo. No le costaba deducir cuáles eran las innumerables responsabilidades que Hornblower había asumido. Tenía que volver a aprovisionar el *Renown* con pólvora, balas, comida y agua; limpiar el navío, puesto que ya habían sacado de él a los prisioneros; eliminar todos los vestigios de la batalla; cumplir las formalidades que requería la entrega de las presas, los heridos, los enfermos y las pertenencias de los muertos. Bush deseaba conocer en detalle la resolución de esas cuestiones, lo mismo que un ama de casa a quien una enfermedad le impidiese

supervisar las tareas domésticas. Hizo muchas preguntas a Hornblower, y las discusiones sobre cuestiones técnicas que siguieron hicieron que el joven olvidase durante un tiempo la cesta que traía.

—Son papayas y mangos, señor —dijo—. Y una piña. Ésta es la segunda piña que veo en mi vida.

—Gracias. Es usted muy amable.

Pero no podía expresar ni la mínima parte de lo que sentía al recibir ese regalo, al descubrir ahora, después de estar solo en el hospital durante tantos días, que alguien se preocupaba por él, que al menos alguien pensó en él. Habló entrecortadamente y no dijo las palabras adecuadas, y sólo una persona sensible y comprensiva podría adivinar los sentimientos que las palabras no expresaban sino ocultaban tras ellas. Pero Hornblower le salvó de pasar un mal rato cambiando repentinamente de tema de conversación.

—El almirante comprará *La Gaditana* para la Armada —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tiene dieciocho cañones, algunos de seis libras y otros de nueve. Será clasificada como corbeta.

—Así que tendrá que promover a algún teniente al grado de capitán para darle el mando.

—Sí.

—¡Qué bien! —exclamó Bush.

Un afortunado teniente daría aquel importante paso. Podría ser Buckland, si no se diera importancia al hecho de que le habían apresado cuando estaba durmiendo en su coy.

—Lambert le ha dado el nombre de *Retribution* —dijo Hornblower.

—No es un nombre feo.

—No.

Hubo silencio durante unos instantes. Cada uno de ellos revivió los horribles momentos en que intentaron recuperar el *Renown* y mataron sin piedad a los españoles que les oponían resistencia.

—Supongo que sabrá que una comisión va a abrir una investigación —dijo Bush.

Esa idea era una consecuencia lógica de lo que pensaba antes.

—Sí. ¿Cómo se ha enterado usted?

—Cogshill vino hace muy poco a decirme que tengo que prestar declaración.

—Entiendo.

Hubo silencio otra vez, pero se prolongó más que antes, mientras los dos pensaban en las dificultades que les esperaban. Hornblower lo rompió deliberadamente.

—Quería decirle que tuve que amarrar cabos nuevos al tablón del timón del

Renown, porque los dos estaban deshilachados. Se desgastan con facilidad, y creo que es porque forman un ángulo demasiado agudo.

Eso provocó una discusión sobre cuestiones técnicas que Hornblower se esforzó por continuar hasta que llegó la hora de marcharse.

CAPÍTULO 16



El interrogatorio de una comisión investigadora no era tan temible como un juicio ante un consejo de guerra. Además, no se anunciaba con un cañonazo ni izando una bandera en el buque insignia, como se anunciaba el juicio ante un consejo de guerra; los capitanes que formaban la comisión vestían el uniforme de diario; los testigos no tenían que declarar bajo juramento. Bush se había olvidado de esto último cuando fue llamado a comparecer ante ella.

—Por favor, siéntese, señor Bush —dijo el presidente de la comisión—. Según creo, está muy débil a consecuencia de las heridas que sufrió.

Bush fue cojeando hasta la silla que le señalaban y logró alcanzarla y sentarse justo cuando iba a caerse. En la gran cabina del *Renown*, donde el capitán Sawyer pasó días temblando y gimiendo, hacía un calor sofocante. El presidente tenía delante el rol y el diario de navegación del navío y sostenía en la mano un documento que Bush reconoció, el informe que hizo del ataque a Samaná y que entregó a Buckland.

—Las acciones a que hace referencia este informe son meritorias, señor Bush —dijo el presidente—. Aparentemente, pudo tomar la fortaleza sin que hubiera más de seis bajas, a pesar de que es una fortificación típica, con un profundo foso y altas murallas, de que tenía cañones de veinticuatro libras y de que estaba defendida por un grupo de setenta soldados.

—Les atacamos por sorpresa, señor —dijo Bush.

—Eso es lo que le hace merecedor de elogios.

La sorpresa que se llevó la guarnición de Samaná no era mayor que la de Bush al ver la acogida que le dispensaban, pues esperaba que le recibieran en una actitud tan hostil como la de los inquisidores. Miró a Buckland, que había declarado antes que él, y advirtió que estaba pálido y triste, pero no podía permitir que el teniente le distrajera porque tenía algo que decir.

—Quien merece los elogios es el señor Hornblower, señor —dijo—. El plan era suyo.

—También tuvo la generosidad de decir eso en su informe. Quiero manifestarle que esta comisión opina que el ataque a Samaná y la subsiguiente derrota del enemigo fueron acciones acordes a las tradiciones más antiguas de la Armada.

—Gracias, señor.

—Ahora pasemos al otro asunto: el intento de los prisioneros de apoderarse del *Renown*. Cuando eso ocurrió, usted desempeñaba provisionalmente el cargo de primer oficial ¿verdad, señor Bush?

—Sí, señor.

El presidente hizo que Bush evocara uno tras otro los acontecimientos ocurridos aquella noche. Bush dijo que Buckland le había encargado organizar la vigilancia y el reparto de comida a los prisioneros, entre los que estaban las esposas de cincuenta de ellos, y añadió que las había encerrado en la camareta de guardiamarinas. Luego admitió que era más difícil mantenerlas vigiladas a ellas que a los hombres, aseguró que esa noche había hecho las rondas después del toque de retreta, dijo que había oído ruidos y gritos, y muchas otras cosas.

—Y le encontraron tumbado en la cubierta entre los muertos, inconsciente y lleno de heridas, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Gracias, señor Bush.

Un joven capitán de cara sonrosada que estaba sentado en el extremo de la mesa hizo una pregunta.

—¿Y el capitán Sawyer permaneció encerrado en su cabina durante mucho tiempo antes que le asesinaran?

El presidente intervino.

—Capitán Hibbert, el señor Buckland ya nos ha informado de la indisposición del capitán Sawyer.

El presidente lanzó una mirada de reproche al capitán Hibbert, y a Bush le brincó el corazón dentro del pecho. Sawyer tenía esposa, hijos y amigos, y no iba a gustarles que se prestara atención al hecho de que muriese loco. Seguramente el presidente actuaba de este modo porque había recibido la orden expresa de no hablar de esa parte de los sucesos, y, puesto que Sawyer había muerto por su patria, le molestaba tanto como a Bush que hicieran preguntas sobre ella. Era probable que Buckland tampoco hubiera tenido que dar detalles de ella y que su expresión triste se debiera a que había hablado de su vergonzosa actuación cuando los prisioneros habían intentado apoderarse del *Renown*.

—Caballeros, ninguno de ustedes desea preguntar nada más al señor Bush, ¿verdad? —inquirió el presidente en un tono que impedía a los demás hacer más preguntas—. Llamen al teniente Hornblower.

Hornblower saludó a la comisión con una inclinación de cabeza, y Bush notó que tenía la expresión indiferente que tan bien conocía, tras la cual escondía su ansiedad. Le hicieron tan pocas preguntas sobre Samaná como a Bush.

—Nos han dicho que fue idea suya atacar la fortaleza y subir un cañón al acantilado para disparar a la bahía —dijo el presidente.

—No sé por qué, señor. El responsable de la operación era el señor Buckland.

—No voy a hacerle más preguntas acerca de ello, señor Hornblower. Creo que todos comprendemos. Ahora hablemos de la recuperación del *Renown*. ¿Qué llamó su atención?

Fue necesario hacer muchas preguntas a Hornblower para que contara la historia. Dijo que había oído dos disparos de mosquete, lo que le preocupó, y que luego había visto el *Renown* orzar, lo que le hizo estar seguro de que ocurría algo malo. Añadió que había reunido a los tripulantes de todas las presas y luego había abordado el *Renown*.

—¿No temía perder las presas, señor Hornblower?

—Era mejor perder las presas que el navío, señor. Además...

—¿Además qué, señor Hornblower?

—Corté todas las escotas y las drizas en las presas antes de abandonarlas, señor, porque así los españoles tardarían un buen tiempo en poner otras nuevas y sería fácil volver a capturarlas.

—Parece que pensó en todo, señor Hornblower —dijo el presidente, y hubo un murmullo de aprobación en la cabina—. Y también parece que contraatacó enseguida a los prisioneros en el *Renown*. No se detuvo a calcular la magnitud del peligro ni sabía si el intento de los prisioneros de apoderarse del navío había fracasado.

—En ese caso, no habría causado ningún daño a excepción de la rotura de las jarcias de las presas, señor. Sin embargo, si el navío hubiera estado realmente en manos de los prisioneros, habría sido necesario atacar antes que pudieran organizarse para defenderse.

—Comprendemos. Gracias, señor Hornblower.

La investigación estaba a punto de concluir. Carberry, que había resultado herido, todavía estaba demasiado débil para prestar declaración, y Whiting, el infante de marina, había muerto. Los miembros de la comisión cambiaron impresiones apenas unos momentos y comunicaron el resultado.

—La comisión opina que debemos investigar quién fue el prisionero español que asesinó al capitán Sawyer y que, si todavía está vivo, debemos llevarle a juicio. Y después de haber interrogado a los oficiales supervivientes del *Renown*, ha llegado a la conclusión de que este asunto no necesita más tramitaciones.

Eso significaba que no serían juzgados por un consejo de guerra. Bush, sintiendo un gran alivio, sonrió y buscó con la vista a Hornblower, y cuando sus miradas se cruzaron, vio que el joven estaba impasible e intentó dejar de sonreír y poner la expresión de un hombre con la conciencia tan limpia que no se inmutaba al enterarse de que no sería juzgado por un consejo de guerra. Entonces miró a Buckland y su alegría fue sustituida por la lástima. El pobre hombre estaba muy triste, pues sus esperanzas de ascender de categoría se habían truncado. Seguramente concibió muchas después de la capitulación de las tropas de Samaná, pues por haber conseguido una victoria tan importante y por estar su capitán incapacitado para dirigir un barco, había posibilidades de que le ascendieran a capitán de corbeta o incluso a capitán de navío; sin embargo, el hecho de que le hubieran apresado cuando estaba

durmiendo acabó con ellas. Siempre le recordarían por eso, y nadie olvidaría el hecho nunca, aunque todos llegaran a olvidar las circunstancias en que ocurrió. Estaba condenado a ser siempre un teniente.

Bush se sintió culpable al recordar que fue su buena suerte la que le había hecho despertarse a tiempo aquella noche. Si bien era cierto que las heridas eran dolorosas, habían logrado desviar la atención de los demás e impedirles que pensaran en sus responsabilidades. Había luchado hasta que cayó en la cubierta inconsciente, y por eso era digno de alabanza, pero Buckland habría hecho lo mismo si se le hubiera presentado la oportunidad. Sin embargo, Buckland había fracasado, mientras que él había salido de aquella pesadilla en condiciones que al menos no eran peores que las de antes. Le parecía que eso era ilógico, pero habría tenido dificultad para expresarlo con palabras. Entonces pensó que la reputación y la promoción no tenían nada que ver con la lógica y que durante sus años de servicio en la Armada había comprobado que en ella imperaban la severidad y la ingratitud, y que las cosas dependían mucho más de la suerte que en otros sectores de la vida. La buena suerte iba y venía en la Armada, y había tan pocas posibilidades de preverla como de saber quiénes serían víctimas de la muerte cuando una batería lanzaba una andanada a una cubierta abarrotada. Pero era un fatalista y estaba resignado a esas cosas y, por otra parte, su estado de ánimo no era propicio para la reflexión.

—¡Ah, señor Bush, cuánto me alegro de verle en pie! —exclamó el capitán Cogshill—. Espero que se quedará a bordo y vendrá a comer conmigo. Y quiero que vengan también los otros tenientes.

—Con mucho gusto, señor —dijo Bush.

Los demás tenientes dijeron lo mismo cuando el capitán les invitó.

—¿Les parece bien dentro de cinco minutos? Excelente.

Los capitanes que formaron la comisión investigadora empezaron a salir del navío por orden de antigüedad, y las voces de los ayudantes del contramaestre resonaban en la cubierta cada vez que uno se iba, tras tocar con desgana el borde de su sombrero como reconocimiento de las atenciones recibidas. Esos hombres afortunados que habían alcanzado la categoría de capitán de navío, salieron uno tras otro por el portalón de babor, con sus relucientes charreteras y galones dorados, subieron a sus respectivas falúas y se dirigieron a sus barcos, que estaban anclados allí.

—¿Se quedará a comer en el navío, señor? —preguntó Hornblower a Bush.

—Sí.

Cuando Hornblower se dirigía a Bush en la cubierta de su propio navío, utilizaba la palabra «señor» con la misma naturalidad con que la omitió cuando le había visitado en el hospital. En ese momento se volvió hacia Buckland y le saludó tocándose el sombrero.

—¿Puedo dejar a Hart a cargo de la cubierta, señor? Estoy invitado a comer con

el capitán.

—Muy bien, señor Hornblower —dijo Buckland con una sonrisa forzada—. Dentro de poco habrá a bordo dos tenientes más, así que usted dejará de ser el de menos antigüedad.

—No voy a lamentarlo, señor.

Esos hombres que habían pasado juntos tantas dificultades trataban de mantener la conversación, aunque fuera hablando de cosas triviales, para evitar que acudieran a su mente malos pensamientos.

—Es hora de que nos vayamos —dijo Buckland.

El capitán Cogshill era un hombre muy cortés y un buen anfitrión. En la gran cabina había ahora algunas flores, que seguramente estaban guardadas en la cabina de dormir mientras se hacían los interrogatorios para evitar que parecieran menos serios. Las ventanas estaban abiertas y entraba por ellas el poco aire que se movía.

—Esto es una ensalada de cangrejo, señor Hornblower, de cangrejo criado con leche de coco. Algunos lo prefieren al cerdo cebado con leche. ¿Le importaría servir ensalada a los que quieran probarla?

El repostero trajo una pierna de cordero humeante y la puso sobre la mesa.

—Una pierna de cordero fresco —dijo el capitán—. Las ovejas no se desarrollan bien en estas islas y me temo que esta pierna no tendrá muy buen sabor, pero tal vez les apetezca probarla. ¿Le importaría trincharla, señor Buckland? Como ven, caballeros, aún me quedan algunas patatas. La verdad es que uno se aburre de comer boniatos. ¿Quiere un poco de vino, señor Hornblower?

—Sí, señor.

—¡Por usted, señor Bush! ¡Por su pronto restablecimiento!

Bush estaba sediento y se bebió todo el vino. Cuando abandonó el hospital, Sankey le había advertido que no tomara demasiadas bebidas alcohólicas porque eso podría provocar la inflamación de las heridas, pero sentía placer cuando el vino pasaba por su garganta y le gustaba la sensación de calor que le producía en el estómago.

—Caballeros, aquéllos de ustedes que hayan estado con anterioridad en esta base naval seguramente conocerán esto —dijo el capitán, mirando una fuente que habían colocado frente a él—. Es un estofado antillano. Pero me parece que es tan bueno como el que hacen en Trinidad. ¿Quiere ser el primero en probarlo, señor Hornblower? ¡Pase!

La última palabra la había dicho en respuesta a quien llamaba a la puerta de la cabina. Enseguida entró un guardiamarina con un uniforme impecable. Por su uniforme y sus elegantes modales, parecía pertenecer a la clase de oficiales de marina que recibían una considerable cantidad de dinero de su familia o tenía una importante fortuna. Era, sin duda, un noble que prestaba servicio en la Armada durante un

período que era reglamentario y tras el cual ascendería de categoría por favoritismo gracias a sus influencias.

—Me envía el almirante, señor —dijo.

Por su uniforme y sus modales, Bush, cuyos sentidos se habían agudizado con el vino, dedujo inmediatamente que el joven estaba al servicio del almirante.

—¿Y cuál es su mensaje? —inquirió Cogshill.

—El almirante le presenta sus respetos, señor, y dice que le gustaría que Hornblower fuera al buque insignia para verle cuando lo estime conveniente.

—La comida todavía no ha llegado ni a la mitad —comentó Cogshill, mirando a Hornblower.

Pero cuando un almirante pedía a un oficial que hiciera algo cuando lo estimara conveniente quería decir que lo hiciera inmediatamente, tanto si ese momento le parecía conveniente como si no, aunque, como era probable en este caso, fuera para tratar de un asunto sin importancia.

—Es mejor que me vaya, señor —dijo Hornblower y miró a Buckland—. ¿Me permite usar una lancha, señor?

—Perdón, señor —dijo el guardiamarina—. El almirante dijo que podía ir al buque insignia en la lancha en que yo he venido.

—Eso soluciona el problema —dijo Cogshill—. Es mejor que se vaya, Hornblower. Le guardaremos un poco de estofado para cuando regrese.

—Gracias, señor —dijo Hornblower poniéndose en pie.

En cuanto se fue, el capitán hizo la inevitable pregunta.

—¿Para qué demonios querrá ver el almirante a Hornblower?

Miró a un lado y a otro de la mesa, pero nadie respondió. No obstante, como Bush pudo ver, Buckland tenía un gesto preocupado. Parecía que era capaz de prever las cosas en medio de su sufrimiento.

—Bueno, con el tiempo lo sabremos —dijo Cogshill—. La botella de vino está junto a usted, señor Buckland. No deje que se detenga.

La comida continuó. El estofado irritó el paladar de Bush y le causó ardor de estómago, y por esa razón el vino no le producía una sensación agradable cuando lo tomaba. Cuando se llevaron el queso y quitaron el mantel, el repostero trajo fruta y nueces en platos de plata.

—Este oportó es de 1779 —dijo el capitán Cogshill—. Un buen año. No estoy seguro de que este coñac sea bueno, como suele pasar en estos tiempos que corren.

El coñac sólo podía llegar de Francia y se conseguía gracias al contrabando con el enemigo.

—Pero aquí tengo una excelente ginebra holandesa —continuó el capitán—. La compré cuando se vendió el botín que habíamos aprehendido al tomar San Eustaquio. Ésta es otra bebida holandesa, procedente de Curaçao. Tiene sabor a naranja, y si no

les desagradan las cosas muy dulces, les gustará. Este aguardiente es sueco. Es muy fuerte, pero excelente. Lo conseguí cuando tomamos Saba. Dicen que el sabio nunca mezcla las bebidas hechas con cereales y las hechas con uva, pero, según creo, el aguardiente sueco se hace con patatas, así que no tiene nada que ver con esa prohibición. ¿Señor Buckland?

—Tomaré aguardiente —dijo Buckland, con voz poco clara.

—¿Señor Bush?

—Beberé lo mismo que usted, señor.

Ésa era la manera más fácil de decidir.

—Entonces bebamos coñac. ¡Caballeros, por que Boney^[7] sea cada vez más débil!

Tras oír el brindis, todos bebieron, y el coñac produjo a Bush una agradable y cálida sensación. Bush estaba alegre y sereno y, después de dos brindis más, llegó a sentirse mejor que en todo el tiempo transcurrido desde que el *Renown* zarpó de Plymouth.

—¡Pase! —dijo el capitán.

La puerta se abrió despacio y Hornblower apareció enseguida. Bush notó que tenía la expresión preocupada de otras veces, a pesar de que veía su figura como si estuviera vibrando (como veía las balas rojas sobre la parrilla en Samaná) y de que no distinguía con claridad los lados de su cara.

—¡Pase, pase, hombre! —dijo el capitán—. Los brindis acaban de empezar. Siéntese donde estaba. El coñac es para los héroes, como dijo Johnson, que era un hombre sabio. Adelante, señor Bush.

—¡Batallas victoriosas, océanos de sangre, mares de presas, regreso feliz! —dijo Bush, orgulloso de haber recordado un brindis y de estar preparado para decirlo en cuanto se lo pidieran.

—Beba, beba, señor Hornblower —dijo el capitán—. Nosotros le llevamos ventaja y tardará en alcanzarnos. Hornblower bebió otra copa.

—Adelante, señor Buckland.

—¡Alegría, alegría, alegría y... y... y... más alegría! —exclamó Buckland, haciendo un esfuerzo para recordar las últimas palabras.

Su cara estaba roja como un tomate, y a Bush, que tenía exacerbada la imaginación, le parecía que era como el sol del crepúsculo y que llenaba toda la cabina.

—¡Pero si acaba usted de hablar con el almirante, señor Hornblower! —dijo el capitán, recordando esto repentinamente.

—Sí, señor.

La breve respuesta no estaba a tono con aquella atmósfera de alegría. Bush lo notó y, además, pensó que era significativa la pausa que siguió.

—¿Todo va bien? —inquirió después de unos momentos el capitán, que lamentaba inmiscuirse en los asuntos de otra persona pero se sintió impulsado a hacerlo por aquel silencio.

—Sí, señor —respondió Hornblower, mientras daba vueltas a la copa en la mesa con sus largos y nerviosos dedos, tan largos que a Bush le parecía que medían un pie—. Me ha nombrado capitán de la *Retribution*.

Dijo esas palabras en voz baja, pero resonaron en la silenciosa cabina como un tiro de pistola.

—¡Dios mío! —exclamó el capitán—. Entonces brindaremos por ello. ¡Por el nuevo capitán! ¡Un viva por el nuevo capitán!

Bush dio un viva con entusiasmo y se bebió la copa de coñac.

—¡Qué alegría, amigo Hornblower! —exclamó—. ¡Qué alegría, amigo Hornblower!

Para Bush ésa era realmente una buena noticia. Se inclinó hacia delante y dio palmadas en el hombro a Hornblower mientras acercaba su hombro a la mesa para que el joven pudiera ver bien su sonriente cara.

Buckland puso su copa sobre la mesa con estrépito.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Maldita sea!

—¡Tranquilo! —dijo el capitán en tono malhumorado—. Llenemos otra vez las copas. Déjeme llenarle la suya hasta el borde, señor Buckland. ¡Ahora por nuestro país! ¡Por la noble Inglaterra, la reina de las olas!

Buckland atemperó su ira después de beber gran cantidad de alcohol, pero más tarde, abrumado por la pena, se sentó en la mesa sin decir nada y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Pero Bush estaba demasiado alegre para consentir que la tristeza de Buckland le afectara. Aquélla fue una de las comidas más agradables a que asistió en su vida, y su recuerdo le acompañó siempre, junto con el de la sonrisa de Hornblower al final de la comida.

—No podemos llevarle de nuevo al hospital hoy, señor —dijo Hornblower—. Sería mejor que durmiera en su cabina esta noche. Permítame llevarle hasta allí.

Ése fue un gesto amable. Bush puso los dos brazos sobre los hombros de Hornblower y empezó a caminar arrastrando los pies. Mientras arrastrara los pies y estuviera apoyado en él, no importaba que no moviera bien las piernas. Para Bush Hornblower era el mejor hombre del mundo y, mientras avanzaban, expresó lo que pensaba cantando: «¡Es un muchacho excelente...!».

Hornblower le acostó en el oscilante coy y le sonrió mientras se agarraba a sus extremos. Bush se asombró de que el navío se balanceara tan fuertemente estando anclado.

CAPÍTULO 17



Así fue como Hornblower abandonó el *Renown*. Había conseguido el codiciado ascenso y tenía que armar la *Retribution* para que pudiera hacerse a la mar y organizar a los pocos tripulantes con que la habían dotado. Bush le vio algunas veces durante ese tiempo y volvió a felicitarle, esta vez sobrio, por llevar en el hombro izquierdo la charretera que indicaba que era capitán de corbeta, uno de esos hombres importantes cuya llegada a un barco anunciaban los ayudantes del contramaestre con pitidos y que tenían la seguridad de que algún día serían ascendidos a capitán. Bush le dio el tratamiento de señor, y aunque lo hacía por primera vez, no le pareció extraño.

Durante las últimas semanas Bush se había percatado de algo de lo que no se había dado cuenta durante los años que había servido en la Armada. Había pasado la mayor parte de esos años navegando, expuesto a los peligros de la mar, atravesando zonas de aguas profundas o con bancos de arena y soportando los constantes cambios de viento y de tiempo. En los navíos de línea en que había viajado, la proporción entre el tiempo que había participado en batallas y el que había navegado era de unos minutos por cada semana de navegación, de modo que había llegado a creer que un oficial de marina sólo necesitaba saber cosas relacionadas con la navegación. Hasta ahora creía que un oficial de marina debía conocer a fondo el proceso de gobernar un barco, aunque no sólo saber conducirlo sino conocer hasta los más pequeños detalles de los aparejos, y también aprender el Código naval y acostumbrarse a oír las bombas de agua, a comer carne de cerdo salada y a ver la podredumbre de la madera, pero nada más; sin embargo, ahora sabía que debía tener ciertas cualidades: iniciativa, aunque no temeridad, fortaleza física y espiritual, tacto para tratar a sus superiores y a sus subordinados, ingenio y agilidad mental. Una armada tenía que combatir y, por tanto, necesitaba ser guiada por hombres combativos.

Esta idea hizo que aceptara el ascenso de Hornblower, pero inmediatamente le perturbó otra cosa, algo realmente indigno. Tuvo que entablar una lucha no contra los hombres sino contra los animales, pues durante los seis días que los prisioneros españoles habían permanecido en el *Renown*, habían infestado el navío de todos los parásitos que vivían sobre ellos. Ahora había pulgas, piojos y chinches por todas partes del navío, y el hecho de que estuvieran dentro de una armazón de madera abarrotada de hombres y situada en el trópico favorecía su reproducción. Los marineros se raparon, metieron los coyotes en agua hirviendo, y, en un desesperado intento de emparedar las chinches, pintaron el casco, pero, a pesar de que les pareció que eso daba buen resultado, comprobaron que no un par de días después, y todas las

veces que lo repitieron, los insectos volvieron a aparecer. Parecía que incluso las cucarachas y las ratas, que siempre estuvieron en el navío, se habían multiplicado, pues eran omnipresentes.

Tal vez fue una desafortunada coincidencia que cuando estaba al borde de la desesperación debido a ese problema, recibió el dinero de la venta de las presas capturadas en Samaná. Ahora tenía cien libras para gastar y disponía de dos días de permiso, que le había concedido el capitán Cogshell, y Hornblower podía acompañarle durante ese tiempo. Pasó con Hornblower dos días extraordinarios, en los que se gastaron cien libras cada uno en las diversiones de dudosa moralidad que había en Kingston. Después de dos días y dos noches de desenfreno, Bush regresó al *Renown* temblando y cojeando y con muchos deseos de hacerse a la mar porque eso le permitiría recuperarse. Poco después, cuando regresó al puerto tras realizar la primera misión a las órdenes del capitán Cogshell, el capitán Hornblower le visitó para despedirse de él.

—Zarparé mañana por la mañana antes que deje de soplar el terral —dijo.

—¿Adónde se dirige, señor?

—A Inglaterra.

Bush no pudo reprimir un silbido ni pensar que en la escuadra había hombres que llevaban diez años fuera de Inglaterra.

—Regresaré enseguida —dijo Hornblower—. Tengo que acompañar a un convoy hasta los *Downs*^[8] y llevar despachos a varios altos cargos y luego recoger las respuestas y escoltar a otro convoy hasta aquí. Es un viaje de rutina.

En efecto, aquél era un viaje de rutina para una corbeta. La *Retribution*, como las demás corbetas, podría luchar contra casi todos los barcos corsarios que surcaban los mares, ya que tenía dieciocho cañones y una disciplinada tripulación, y podría prestar mayor protección a un convoy que un navío o una fragata, que eran las embarcaciones que solían escoltar a los grandes convoyes.

—Sin duda, confirmarán su nombramiento, señor —dijo Bush, lanzando una mirada a la charretera de Hornblower.

—Eso espero —dijo Hornblower.

La confirmación de un nombramiento dado por el comandante general de una base naval en el extranjero era una simple formalidad.

—Bueno, lo confirmarán si no se firma la paz —dijo Hornblower.

—No hay posibilidades de que eso ocurra —dijo Bush.

Por la sonrisa de Hornblower, a Bush le pareció que el joven tampoco creía que hubiesen posibilidades de que se firmara la paz, a pesar de que los periódicos de hacía dos meses que acababan de llegar de Inglaterra contenían indicios de que se iban a entablar negociaciones. No obstante eso, puesto que Bonaparte, que estaba en el poder en Francia, era ambicioso y falto de escrúpulos, y puesto que no se había

resuelto ninguna de las cuestiones que provocaron el conflicto entre los dos países, todos los hombres que luchaban en la guerra dudaban que esas negociaciones tuvieran como resultado la paz o siquiera un armisticio.

—Le deseo buena suerte, señor —dijo Bush, pero la frase no era una simple fórmula.

Se estrecharon las manos y se despidieron. La mañana siguiente quedó demostrado el aprecio que Bush sentía por Hornblower, pues salió del coy y subió a la cubierta para ver la *Retribution*, que parecía irreal en el gris amanecer y avanzaba con las gaviotas desplegadas en dirección al cabo que debía doblar, impulsada por el terral, mientras el sondador hacía mediciones desde el pescante. Cuando la perdió de vista, pensó que la vida en la Armada estaba llena de despedidas, y enseguida recordó que debía continuar la lucha contra las chinches.

Transcurrieron once meses. La escuadra navegaba contra los vientos alisios por el canal de la Mona, adonde Lambert la había llevado para conseguir los dos objetivos que generalmente tenía un almirante: ejercitar a sus hombres y escoltar a un convoy en la parte más peligrosa de su viaje. Desde el lugar donde estaba no se divisaban las montañas de Santo Domingo, que se encontraban al oeste, pero ya podía verse la isla Mona, redonda y un poco chata, y también su hermana Monita, que se le parecía mucho.

De repente el serviola de la fragata que iba delante izó unas banderas de señales.

—Es usted demasiado lento, señor Truscott —gritó Bush al guardiamarina encargado de las señales, como debía ser.

—Barco a la vista con rumbo noreste —dijo el guardiamarina, mirando las banderas por el telescopio.

Podía ser cualquier clase de barco, desde la avanzada de una escuadra francesa que había violado el bloqueo de Brest hasta un mercante extraviado.

Las banderas de señales descendieron y casi inmediatamente fueron sustituidas por otras.

—Barco amigo a la vista con rumbo noreste —dijo Truscott, mirando las banderas.

En ese momento cayó un aguacero que ocultó el horizonte. El *Renown* tuvo que abatir a sotavento para contrarrestar el impacto de la lluvia, que caía con estrépito sobre la cubierta, y casi se detuvo; pero poco después el viento amainó, el sol volvió a salir y el aguacero llegó a su fin. Bush empezó la tarea de volver a situar el *Renown* en la posición que le correspondía, exactamente a dos cables de la popa de la fragata que iba delante. El navío ocupaba el último lugar en la línea que formaban tres embarcaciones, y el buque insignia ocupaba el primero. Ya el barco desconocido se había alejado bastante del horizonte, y todos los que dirigieron hacia él su telescopio pudieron ver que era una corbeta. Al principio Bush pensó que podía ser la

Retribution, que había hecho el viaje de ida y vuelta muy rápidamente, pero, cuando volvió a mirarla, comprobó que no lo era. Truscott se fijó en cuál era el número de la corbeta y lo buscó en la lista.

—Es la corbeta *Clara* y está al mando del capitán Ford —dijo.

Bush sabía que la *Clara* había zarpado con rumbo a Inglaterra para llevar despachos tres semanas antes que la *Retribution*.

—La *Clara* ha hecho una señal al buque insignia: «Traigo despachos» —continuó Truscott.

La corbeta se acercaba con rapidez. Las drizas del buque insignia izaron una hilera de bolas negras por un mástil que, al llegar al tope, se abrieron formando banderas.

—«A todos los navíos... —dijo Truscott en un tono que denotaba su nerviosismo, pues eso significaba que el *Renown* recibiría órdenes—. Fachear».

—¡Tirar de las brazas de la gavia mayor! —gritó Bush—. ¡Señor Abbott! Presente mis respetos al capitán y dígame que la escuadra se va a poner en facha.

La escuadra orzó e inmediatamente se detuvo entre las grandes olas. Bush vio la lancha de la *Clara* danzando entre las olas mientras se acercaba al buque insignia.

—Ordene a los marineros que no se separen de las brazas, señor Bush, porque creo que volveremos a cambiar la orientación de la gavia en cuanto sean entregados los despachos.

Pero Cogshill se equivocaba. Bush vio por el telescopio cómo el oficial de la *Clara* subía por el costado del buque insignia, pero los minutos pasaron y el buque y el resto de la escuadra siguieron en facha, cabeceando entre las olas. Por fin las drizas del buque insignia izaron otra hilera de bolas negras.

—«A todos los navíos... —dijo Truscott—. Capitanes, preséntense a bordo del buque insignia».

—¡Que baje la tripulación de la falúa! —gritó Bush.

Que el almirante quisiera comunicar la noticia a los capitanes de inmediato y personalmente indicaba que la noticia era importante o, al menos, insólita. Bush y Buckland caminaban de una punta a otra del alcázar mientras esperaban. Pensaban que quizá la escuadra francesa había salido de los puertos o sus aliados del norte habían amenazado con romper la alianza o había enfermado el rey. Sabían que podía haber sucedido cualquier cosa y de lo único que estaban seguros era de que algo había ocurrido. Los minutos pasaron y se convirtieron en períodos de media hora. Era improbable que la noticia fuera mala, pues si lo fuera, Lambert no perdería el preciado tiempo de esa manera, con toda la escuadra desplazándose lentamente hacia sotavento. Por fin el viento trajo consigo, por encima de las azules aguas, los pitidos que daban los ayudantes del contramaestre en el buque insignia y Bush miró el buque por el telescopio.

—Ya va a bajar el primero —anunció.

Las falúas se alejaron del navío una tras otra, y los dos tenientes pudieron ver enseguida la del *Renown*, en cuya bancada de popa iba sentado Cogshill. Buckland se acercó al costado cuando el capitán subía para darle la bienvenida, y el capitán, que parecía turbado, le saludó tocándose el sombrero.

—Se ha firmado la paz —dijo.

El viento arrastró hasta el navío el sonido de los vivas que dieron los tripulantes del buque insignia, a quienes seguramente acababan de comunicar lo sucedido, y fue ese sonido el que hizo parecer real la noticia que acababa de dar el capitán.

—¿La paz? —preguntó Buckland.

—Sí, la paz. En realidad, se han firmado los preliminares, y los embajadores se reunirán en Francia el próximo mes para establecer los términos del tratado, pero se considera que ya hay paz. Deben cesar las hostilidades en todas partes del mundo en cuanto esta noticia llegue a ellas.

—¡La paz! —exclamó Bush.

Durante nueve años el mundo había sido azotado por la guerra; los barcos habían ardido y los hombres habían derramado su sangre desde Manila a Panamá, tanto por el oeste como por el este. A Bush le costaba creer que ahora vivía en un mundo en que los hombres no disparaban a otros con sus cañones en cuanto les veían. A continuación Cogshill hizo un comentario relacionado con esa idea.

—Cuando nos encontremos con barcos de las repúblicas francesa, báltava^[9] e italiana, tendremos que hacer la misma salva que se hace en honor de cualquier barco de guerra extranjero —dijo.

Buckland dio un silbido al oírle, y con razón, pues eso significaba que Inglaterra reconocía las repúblicas contra las que había luchado durante tanto tiempo. Ayer se consideraba casi una traición decir la palabra «república», y ahora, en cambio, un capitán acababa de usarla, sin darle importancia, al comunicar una disposición oficial.

—¿Y qué pasará con nosotros, señor? —preguntó Buckland.

—Eso es lo que todavía no sabemos —respondió Cogshill—. No obstante, la Armada reducirá el número de sus barcos al que le corresponde tener en tiempo de paz. Eso significa que dejará en los puertos a nueve de cada diez barcos y licenciará a sus tripulantes.

—¡Dios mío! —exclamó Bush.

En ese momento el viento trajo hasta el navío el sonido de los vivas que daban los tripulantes de la fragata que estaba delante.

—Llaman a todos los marineros —ordenó Cogshill—. Hay que informarles.

Los tripulantes del *Renown* se alegraron al oír la noticia y dieron vivas con tanto entusiasmo como los de los demás navíos. Para ellos significaba que estaba cerca el fin de una vida sujeta a una férrea disciplina y erizada de dificultades, que estaban

cerca la libertad y el retorno al hogar. Bush observó aquel mar de rostros sonrientes y se preguntó qué significaba la noticia para él. Posiblemente la libertad, pero también vivir con la mitad de la paga de teniente, algo que no le había ocurrido nunca, pues empezó a servir en la Armada como guardiamarina cuando era muy joven (apenas recordaba cómo era la Armada entonces, cuando había paz) y en los nueve años de guerra sólo tuvo permiso durante dos cortos períodos. No le gustaban mucho las perspectivas que le ofrecía su vida futura. Miró hacia el buque insignia y luego se volvió hacia el guardiamarina encargado de las señales gritando.

—¡Señor Truscott! ¿No ha visto esa señal? ¡Atienda a sus obligaciones o lo pasará mal, con paz o sin ella!

El pobre Truscott miró la señal por el telescopio.

—«A todos los navíos...» —dijo—. «Formen en línea amurados a babor».

Bush miró al capitán con el fin de que le diera permiso para maniobrar.

—¡Marineros a las brazas! —gritó Bush—. ¡Cambien de orientación la gavia mayor! ¡Con más agilidad, marineros de agua dulce! ¡Todo a sotavento, timonel! ¡Señor Cope! ¿No tiene ojos en la cara? ¡Dé otro tirón a la braza de barlovento! ¡Maldita sea! ¡Cuidado! ¡Amarrar!

—«A todos los navíos...» —dijo Truscott, mirando el buque por el telescopio mientras el *Renown* ganaba velocidad y se situaba en la estela de la fragata que tenía delante—. «Virar en sucesión».

—¡Preparados para virar en redondo! —gritó Bush.

Mientras observaba cómo viraba la fragata que estaba delante, reprendió a los marineros por haber tardado en acudir a sus puestos para virar el navío.

—¡Malditos holgazanes! ¡Dentro de poco veré a algunos temblar en el enjaretado!

La fragata que estaba delante terminó de virar y el *Renown* avanzó entre la espuma que ella dejaba.

—¡Ahora a virar! —gritó Bush—. ¡Orienten las velas de proa! ¡Timón a sotavento!

El *Renown* viró trabajosamente y sus velas, amuradas a estribor, se hincharon.

—«Rumbo suroeste cuarta al oeste» —dijo Truscott, observando las banderas con la nueva señal.

Que el rumbo fuera suroeste cuarta al oeste indicaba que el almirante se dirigía a Port Royal. Bush supuso que ése era el primer paso para reducir el número de barcos de la Armada al que le correspondía en tiempo de paz. El sol producía una agradable sensación de calor, y el *Renown*, navegando con el viento en popa, avanzaba con rapidez por las aguas del mar Caribe y podía mantener su posición sin necesidad de que hicieran flamear la sobremesana. A Bush le parecía buena esa vida y no podía creer que fuese a terminar. Intentó imaginarse cómo sería un día de invierno en Inglaterra sin nada que hacer, sin ningún barco que gobernar. Pensaba en la media

paga... Como sus hermanas recibían ahora la mitad de su paga, él se quedaría sin dinero, además de quedarse sin ocupación. Intentó imaginarse ese frío día de invierno, pero no pudo, y dejó de intentarlo.

CAPÍTULO 18



Era un día frío de invierno en Portsmouth. Todo estaba cubierto de escarcha y el cortante viento del este soplaba en la calle cuando Bush salió del astillero. Se subió el cuello del chaquetón por fuera de la bufanda, se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar contra el viento con la cabeza gacha. Tenía los ojos llorosos y la nariz humedecida, y le parecía que el viento pasaba entre sus costillas, pues le dolían de nuevo las cicatrices que las cubrían. Se prohibió a sí mismo mirar hacia la taberna Keppel's Head cuando pasó por delante. Sabía que dentro encontraría calor y buena compañía; sabía que allí estarían los afortunados oficiales que aún tenían el dinero conseguido como botín para gastar y otros oficiales más afortunados todavía, los que habían conseguido un empleo en la Armada en tiempo de paz, y que todos estarían conversando y bebiendo vino. Pero él no podía permitirse beber vino. Pensó que tomaría una jarra de cerveza, que le apetecía mucho, pero inmediatamente rechazó la idea aunque la tentación era muy fuerte. Era consciente de que no podía permitírselo, pues aunque tenía en el bolsillo la paga del mes (se la acababa de entregar el encargado de los pagos del Almirantazgo), debía durarle cuatro semanas y media. Naturalmente, había solicitado empleo en la marina mercante, como ayudante de capitán, pero actualmente tenía tan pocas posibilidades de conseguirlo como de obtener un empleo de teniente en la Armada. Puesto que había empezado a servir en la Armada como guardiamarina y había pasado allí toda su vida de adulto, no sabía nada acerca del embarque de mercancías ni de la estiba de la carga en los barcos. Además de eso, los marinos mercantes sentían desprecio por los que servían en la Armada y decían que en esta última se empleaban cien hombres para realizar un trabajo que en la marina mercante hacían entre seis. Y por otro lado, cada vez que licenciaban la tripulación de un barco de guerra, numerosos ayudantes de contramaestre que habían pertenecido a la marina mercante y habían sido reclutados a la fuerza por la marina de guerra intentaban recuperar sus antiguos empleos, y, como consecuencia, la competencia era más dura cada mes.

Alguien salió de una calle transversal justo delante de él y empezó a caminar en contra del viento. Era un oficial de marina. Por su andar desgarrado y el modo de inclinar los hombros en dirección contraria al viento, se dio cuenta de que era Hornblower.

—¡Señor! —gritó—. ¡Señor!

Hornblower, con una expresión malhumorada, se volvió hacia atrás y su malhumor desapareció en cuanto reconoció a Bush.

—¡Me alegro mucho de verle! —exclamó tendiéndole la mano.

—¡Me alegro mucho de verle a usted, señor! —exclamó Bush.

—No me trate de señor —dijo Hornblower.

—¿No, señor? ¿Qué...? ¿Por qué?

Hornblower no llevaba abrigo, y en el hombro izquierdo de su chaqueta no tenía la charretera que debía llevar por ser capitán. Bush miró mecánicamente hacia su hombro y notó en la tela los huecos de los alfileres con que la charretera estaba prendida a la chaqueta.

—No soy capitán —dijo Hornblower—. No confirmaron mi nombramiento.

—¡Dios mío!

Hornblower estaba muy pálido (Bush estaba habituado a ver su rostro bronceado) y tenía las mejillas hundidas, pero mantenía la expresión indiferente que Bush conocía tan bien.

—Los preliminares para las negociaciones de paz se firmaron el día que llegué a Plymouth en la *Retribution* —dijo Hornblower.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Bush.

Los tenientes esperaban toda su vida por la coincidencia de circunstancias que les permitiera conseguir un ascenso, y la mayoría de ellos esperaban en vano. Era muy probable que Hornblower esperara en vano toda su vida.

—¿Ha solicitado empleo como teniente? —preguntó Bush.

—Sí, y supongo que usted también —respondió Hornblower.

—Sí.

No era necesario hablar más sobre ese tema. En tiempo de paz la Armada daba empleo a la décima parte de los tenientes que tenía a su servicio durante la guerra, y para que un teniente lo consiguiera debía tener mucha antigüedad o amigos poderosos.

—Pasé un mes en Londres, y durante todo ese tiempo el Almirantazgo y la Junta Naval estuvieron rodeados de una muchedumbre.

—Era de esperar —dijo Bush.

El viento empezó a aullar y se arremolinó en la esquina de la calle.

—¡Dios mío! —exclamó Bush—. ¡Qué frío!

Pensó en varias posibles maneras de continuar la conversación en un lugar abrigado. Si iban a Keppel's Head, tendría que pagar por dos pintas de cerveza, y Hornblower también.

—Voy a Long Rooms, que está muy cerca de aquí —dijo Hornblower—. Venga conmigo si no tiene ningún compromiso.

—No tengo ningún compromiso —dijo Bush, en tono vacilante—, pero...

—Muy bien —dijo Hornblower—. Venga conmigo.

A Bush le había tranquilizado el tono confiado en que Hornblower habló de Long Rooms, que él conocía de oídas. Le habían contado que lo frecuentaban oficiales de

la Armada y del Ejército que tenían dinero sobrante y jugaban haciendo apuestas muy altas, y, además, que el propietario ofrecía a sus clientes excelente bebida. Pensó que si Hornblower hablaba del lugar con despreocupación, sería porque no estaba en una situación tan desesperada como parecía. Cruzaron la calle y Hornblower abrió la puerta del local y la sujetó para que Bush entrara. La sala tenía las paredes recubiertas de roble, y la tristeza que producía el oscuro día en el exterior se transformaba aquí en alegría gracias a la luz de las velas y el calor del fuego del hogar. En el centro había varias mesas de juego preparadas para el juego de cartas y rodeadas de sillas; los extremos estaban amueblados como confortables salas de espera. Un sirviente con delantal de fieltro verde que estaba recogiendo la sala se acercó a ellos cuando entraron y cogió los sombreros de ambos y el chaquetón de Bush.

—Buenos días, señor —dijo.

—Buenos días, Jenkins —respondió Hornblower.

Hornblower se acercó rápidamente al fuego y se quedó allí para entrar en calor. Bush notó que le castañeteaban los dientes.

—En un día como éste no debería salir sin chaquetón —observó.

—Sí —dijo Hornblower.

Hizo esta afirmación tan brevemente que no parecía una frase neutra que expresara simplemente asentimiento. Por eso Bush comprendió que Hornblower no había salido a la calle sin abrigo cuando todo estaba cubierto de escarcha porque fuera un extravagante ni por descuido. Entonces le miró fijamente y se dispuso a hacerle una pregunta indiscreta, pero no llegó a formularla porque en ese momento se abrió detrás de él una puerta interior. Entró un hombre rechoncho que vestía elegantemente y a la última moda, pero que llevaba una peluca de pelo largo y empolvado recogido atrás, como lo usaba la generación anterior, y eso hacía difícil adivinar su edad. Les miró a los dos atentamente con sus oscuros ojos.

—Buenos días, marqués —dijo Hornblower—. Permítanme presentarles. El marqués de Sainte-Croix, el teniente Bush.

El marqués hizo una graciosa reverencia, que Bush trató de imitar. Pero Bush notó que, a pesar de haber hecho la graciosa reverencia, le escrutaba con la mirada, le miraba como un teniente a un aspirante a marinero o como un campesino a un cerdo en una feria. Le parecía que intentaba determinar si él era un buen jugador o no, pero entonces cayó en la cuenta de que llevaba un uniforme desgastado. Aparentemente, el marqués lo advirtió al mismo tiempo, pero no le dio importancia y empezó la conversación.

—El viento es cortante, ¿no le parece? —preguntó.

—Sí —respondió Bush.

—Seguramente habrá marejada en el Canal —continuó el marqués, escogiendo cortésmente un tema de conversación relacionado con la profesión de Bush.

—Sin duda —asintió Bush.

—No podrá llegar ningún barco desde el oeste.

—Puede usted estar seguro de ello.

El marqués hablaba muy bien el inglés. En ese momento se volvió hacia Hornblower.

—¿Ha visto al señor Truelove últimamente? —inquirió.

—No —respondió Hornblower—. Pero me encontré con el señor Wilson.

Bush había oído muchas veces los nombres Truelove y Wilson. Eran los más famosos agentes de negocios que se dedicaban a vender presas (la cuarta parte de los miembros de la Armada habían vendido sus presas a través de su compañía).

—Espero que haya tenido suerte y haya conseguido un valioso botín, señor Bush —dijo el marqués volviéndose hacia el teniente.

—No he tenido tanta suerte —dijo Bush, pensando que se había gastado sus cien libras en dos días de desenfreno en Kingston.

—Algunos consiguen sumas fabulosas, realmente fabulosas. Según me han contado, los tripulantes del *Caradoc* recibirán conjuntamente setenta mil libras cuando regrese.

—Es muy probable —dijo Bush, recordando lo que le habían dicho sobre las presas capturadas por el *Caradoc* en el golfo de Vizcaya.

—Pero mientras este viento siga soplando, no podrán ver el resultado de su buena suerte, pobrecillos. No les licenciaron cuando se firmó la paz, sino que les ordenaron irse a Malta para ayudar a la guarnición, pero se espera que llegarán de un momento a otro.

El marqués mostraba mucho interés en la Armada para ser un inmigrante y siempre era cortés, como puso de manifiesto lo que dijo a continuación.

—Considere ésta su casa, señor Bush —dijo—. Ahora le ruego que me perdone, pues tengo que atender muchos asuntos.

Se fue por una puerta que tenía una cortina. Bush y Hornblower se miraron.

—Es un tipo extraño —dijo Bush.

—No lo parece tanto cuando uno llega a conocerle —dijo Hornblower.

El fuego ya le había hecho entrar en calor, y tenía color en las mejillas.

—¿Qué *hace* usted aquí? —preguntó Bush, cuando la curiosidad logró vencer a la cortesía.

—Juego al *whist* —respondió Hornblower.

—¿Al *whist*?

Lo único que Bush sabía del *whist* era que era un juego lento y que gustaba a quienes disfrutaban con las actividades intelectuales. Prefería jugar a juegos en que la suerte fuera un factor mucho más importante y que no requirieran esfuerzo mental.

—Muchos militares y marinos vienen aquí a jugar al *whist*, y yo siempre estoy

dispuesto para ser el cuarto jugador en un grupo —dijo Hornblower.

Bush había oído que en Long Rooms se jugaba también a los dados, al juego de los cientos, a la veintiuna e incluso a la ruleta.

—Los juegos en que las apuestas son altas se juegan ahí dentro —dijo Hornblower, señalando la puerta con la cortina—. Yo me quedo aquí.

—Es usted un hombre prudente —dijo Bush, convencido de que el joven no le daba toda la información.

Entonces, impulsado no por la curiosidad sino por el afecto que sentía por Hornblower, continuó haciéndole preguntas.

—¿Y gana? —inquirió.

—Con frecuencia —respondió Hornblower—. Lo suficiente para vivir.

—Pero recibe usted media paga, ¿verdad?

Hornblower cedió ante su insistencia.

—No —respondió—. No tengo derecho a ella.

—¿Que no tiene derecho? —preguntó Bush, alzando la voz un semitono—. Pero usted es un teniente.

—Sí, pero tenía temporalmente el grado de capitán y cobré tres meses la paga correspondiente antes que el Almirantazgo decidiera no confirmar mi nombramiento.

—Y entonces decidieron dejar de pagarle durante un tiempo, ¿no?

—Sí, hasta que llegue a saldar el exceso de dinero recibido —respondió Hornblower, esbozando una sonrisa que parecía natural—. He vivido así dos meses, y aún faltan cinco para que vuelva a recibir media paga.

—¡Dios santo! —exclamó Bush.

Vivir con media paga era difícil, pues implicaba pasar privaciones, pero al menos con media paga se podía vivir. Hornblower no tenía nada en absoluto. Ahora Bush comprendía por qué no llevaba abrigo. En ese momento vio en su mente, con tanta claridad como veía la sala donde estaba, una imagen que le indignó. Vio a Hornblower saltando a la cubierta del *Renown* con el sable en la mano para entablar un combate cuyo resultado sólo podría ser la muerte o la victoria. Aquel Hornblower que planeó un ataque, que trabajó incansablemente para que tuviera éxito y que arriesgó su vida abordando un navío estaba ahora castañeteando los dientes y tratando de entrar en calor junto al fuego que le brindaba, por caridad, un jugador que comía ranas y tenía aspecto de profesor de baile.

—¡Eso es una vergüenza! —exclamó Bush decidido a ofrecerle algo.

Le ofreció su dinero, aunque eso significaba que pasaría hambre y que sus hermanas, si bien no llegarían a pasar hambre, casi no tendrían qué comer. Pero Hornblower negó con la cabeza.

—Gracias —dijo—. Jamás olvidaré esto. Pero no puedo ni podría aceptarlo nunca, y usted lo sabe. Jamás dejaré de estarle agradecido. Y también le agradezco

otra cosa: haber transformado el mundo que me rodea en un mundo mejor diciendo eso.

A pesar del rechazo de Hornblower, Bush volvió a hacer la oferta e insistió en que la aceptara, pero el joven se mantuvo firme en su decisión. Entonces Hornblower amplió la información que había dado a Bush, tal vez con el propósito de animarle, pues parecía decepcionado.

—Mi situación no es tan mala como parece —dijo—. Aunque le resulte extraño, recibo una paga regularmente. El marqués me paga un salario.

—No lo sabía —dijo Bush.

—Media guinea a la semana —dijo Hornblower—. Cada sábado por la mañana, llueva o haga sol, recibo diez chelines y seis peniques.

—¿Y qué tiene que hacer para ganarlo? —preguntó Bush, pensando que su paga era más del doble de esa suma.

—Sólo tengo que jugar al *whist* —respondió Hornblower—. Sólo eso. Estoy aquí desde mediodía hasta las dos de la madrugada, dispuesto para jugar al *whist* con tres jugadores que necesiten completar un grupo de cuatro.

—Entiendo —dijo Bush.

—El marqués es muy generoso, pues me permite usar su establecimiento gratuitamente. No pago nada por ser socio ni por usar las mesas. Además, puedo quedarme con las ganancias.

—¿Y paga usted cuando pierde?

Hornblower se encogió de hombros.

—Naturalmente. Pero no pierdo tan a menudo como cualquiera podría imaginarse, por una razón muy simple: los jugadores de *whist* que son rechazados por otros y tienen dificultades para encontrar compañeros de juego son malos jugadores. A pesar de eso, siempre están ansiosos por jugar. Cuando el marqués está aquí, si, por ejemplo, el mayor Jones, el almirante Smith y el señor Robinson buscan al cuarto jugador del grupo y todos los demás parecen estar ocupados, él me lanza una mirada como la que echaría una mujer a su marido si hablara en voz demasiado alta en un banquete, y yo me pongo de pie y me brindo a jugar con ellos. Lo que me parece raro es que digan que les gusta jugar con Hornblower, pues a menudo pierden dinero.

—Entiendo —dijo Bush y recordó a Hornblower junto a la fragua de la fortaleza de Samaná, organizando a los artilleros para atacar con balas rojas a los barcos corsarios españoles.

—Desde luego, no todo el monte es orégano —continuó Hornblower, que después de haberse franqueado hablaba sin contención—. Cuando uno juega con malos jugadores, después de la cuarta hora de juego empieza a aburrirse. Estoy seguro de que cuando vaya al infierno mi castigo será jugar con tipos que no prestarán atención a las cartas que tire. Sin embargo, de vez en cuando echo una

partida o dos con buenos jugadores, y le confieso que a veces preferiría ser derrotado por un buen jugador a ganar a uno malo.

—No me extraña —dijo Bush y volvió a un tema que habían mencionado antes—. ¿Y las pérdidas?

Bush perdió la mayoría de veces que había jugado, y ahora, al pensar en ello serenamente, pudo recordar las ocasiones en que había sido débil.

—Puedo afrontarlas —dijo Hornblower, tocándose el bolsillo de la parte superior de la chaqueta—. Aquí tengo diez libras, mi *corps de réserve*, ¿sabe?, y por eso siempre puedo soportar una racha de pérdidas. Si esta reserva disminuyera, tendría que hacer un sacrificio para volver a aumentarla.

Bush pensó con amargura que el sacrificio a que se refería era hacer menos comidas al día. Tenía una expresión tan triste que Hornblower intentó darle ánimos.

—Pero sólo faltan cinco meses para que vuelva a recibir media paga —dijo—. Y tal vez antes un capitán me lleve a la mar. ¡Quién sabe!

—Es cierto —dijo Bush.

Era cierto, porque había posibilidades de que ocurriera. De vez en cuando volvían a encomendar una misión a un barco que ya no se usaba, y era posible que el capitán necesitara un teniente a bordo y pidiera a Hornblower que ocupara ese puesto, aunque todos los capitanes estaban acosados por amigos que perseguían un nombramiento. Además, el Almirantazgo estaba asediado por tenientes de más antigüedad (o con amigos poderosos), y lo más probable era que los capitanes hicieran caso de las recomendaciones de la máxima autoridad.

La puerta se abrió y entró un grupo de hombres.

—A esta hora empiezan a llegar los clientes —dijo Hornblower, con una amplia sonrisa—. Quédense y conocerá a mis amigos.

En el grupo se veían las chaquetas rojas de los militares, las azules de los marinos y las de color pardo y verde botella de los civiles. Bush y Hornblower les hicieron sitio cerca del fuego después de las presentaciones, y muchos de ellos se colocaron de espaldas a él con los faldones separados. Pero la conversación de cortesía y las exclamaciones con que aludían al frío pronto terminaron.

—¿Jugamos al *whist*? —preguntó tímidamente uno de los recién llegados.

—Yo no. Nosotros no —dijo otro, que parecía el jefe del grupo de los chaquetas rojas—. Los miembros del XXIX Regimiento de Infantería tienen cosas más importantes que hacer. Estamos comprometidos permanentemente con nuestro amigo el marqués, que nos espera en la otra sala. Venga, mayor, veamos si esta vez podemos cantar victoria.

—Entonces, ¿quiere ser el cuarto jugador de nuestro grupo, señor Hornblower? O tal vez quiera serlo su amigo, el señor Bush.

—Yo no juego —dijo Bush.

—Con mucho gusto —dijo Hornblower—. Sé que usted me disculpará, señor Bush. En aquella mesa está el número más reciente de la *Naval Chronicle*. También está la *Gazette*, y en la última página hay una carta que tal vez retenga su atención un rato. Además tiene un artículo que posiblemente le interesará.

Bush sabía qué carta era antes de coger la publicación, pero cuando la encontró, sintió una mezcla de asombro y alegría, la misma que había sentido al verlo por primera vez, al ver su nombre impreso: «Tengo el honor de... etcétera. William Bush».

Aparentemente, en tiempo de paz la *Naval Chronicle* tenía dificultades para llenar sus páginas, así que reimprimía despachos. Allí estaba la «Copia de una carta del vicealmirante sir Richard Lambert a Evan Nepean, secretario del Consejo de lores del Almirantazgo». Ésa era la carta que Lambert adjuntó a los informes. Allí estaba el primero. Bush experimentó una extraña sensación al recordar cómo había ayudado a Buckland a escribirlo cuando el *Renown* navegaba con rumbo oeste cerca de la costa de Santo Domingo, justo el día antes de que los prisioneros se amotinaran. Era el informe de Buckland que hacía referencia a la batalla de Samaná. Para Bush el fragmento más importante era: «... llevado a cabo con determinación bajo la dirección del teniente William Bush, el oficial de más antigüedad, cuyo informe adjunto». Y allí estaba el informe que Buckland había adjuntado, una verdadera obra literaria escrita por él:

En el *Renown*, frente a Santo Domingo.

9 de enero de 1802

Señor:

Tengo el honor de informarle...

Bush revivió esos días de un año atrás y releyó sus propias palabras, las palabras que con tanto esfuerzo había encontrado, aunque cuando las escribía había leído los informes de otros marinos para formar frases correctas.

... No puedo terminar este informe sin hacer referencia a la valentía y las valiosas sugerencias del teniente Hornblower, que entonces era segundo al mando del destacamento y a quien se debe en gran medida el éxito de la operación.

Ahora Hornblower estaba jugando a las cartas con un capitán de navío y dos contratistas.

Bush pasó las páginas de la *Naval Chronicle*. Allí estaba el informe de Plymouth, el informe diario de lo que había pasado en el puerto el mes anterior:

Hoy dieron la orden de licenciar a la tripulación de los siguientes barcos (...). Serán licenciadas la tripulación de *La Diana*, de 44 cañones, y la de la *Tamar*, de 38 cañones, tan pronto como lleguen al puerto (...). El *Caesar*, de 80 cañones, zarpó para Portsmouth, donde licenciarán a su tripulación.

Luego había una noticia tan significativa o más que ésa: «Ayer hubo una gran

venta de artículos útiles procedentes de varios barcos de guerra». Era obvio que la Armada se reducía día a día, y cada vez que una tripulación era licenciada, un nuevo grupo de tenientes empezaba a buscar empleo. Más adelante estaba esta noticia:

Esta tarde un barco pesquero que salía de Atwater volcó, y perecieron ahogados dos hábiles pescadores, que han dejado tras sí una familia numerosa cada uno.

Eso era lo que contenía ahora la *Naval Chronicle*. En otro tiempo en sus páginas se contaban batallas como la del Nilo y la de Camperdown con detalles, y ahora se contaban accidentes de hábiles pescadores.

El artículo final también contaba un accidente, y a Bush le llamaron la atención dos nombres y, con el pulso acelerado, empezó a leerlo enseguida:

Anoche el chinchorro del *Rapid*, cúter de Su Majestad, al servicio del Tesoro Público, fue arrastrado por la marea cuando se alejaba de la costa entre la niebla después de haber entregado un mensaje y chocó contra el costado de un mercante fondeado en Fisher's Nose y volcó. Dos marineros y un guardiamarina, el señor Henry Wellard, perecieron ahogados. El señor Wellard era un guardiamarina con excelentes cualidades, y había servido como voluntario en el *Renown* y desde hacía poco ocupaba un puesto en el *Rapid*.

Después de leer la noticia, reflexionó sobre ella, y le atribuyó tanta importancia que, a pesar de que leyó el resto de la *Naval Chronicle*, no se enteró de lo que decía. De repente se dio cuenta de que tendría que irse enseguida para poder coger la silla de posta hasta Chichester.

La puerta de Long Rooms se abría constantemente porque estaban llegando muchos hombres, algunos de los cuales eran oficiales de marina a quienes conocía de vista. Todos iban directamente al fuego para entrar en calor antes de jugar. Ahora Hornblower estaba de pie, y parecía que la partida había terminado. Bush aprovechó la ocasión para llamar su atención y comunicarle con un gesto que se iba. Hornblower se acercó hasta donde él se encontraba. Se estrecharon las manos con pena.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó Hornblower.

—Vengo cada mes para cobrar —dijo Bush—. Generalmente paso una noche aquí para esperar la silla de posta. Tal vez podríamos cenar juntos.

—Siempre podrá encontrarme aquí —dijo Hornblower—. Pero, ¿se queda en algún lugar habitualmente?

—Me quedo donde sea más conveniente —respondió Bush.

Ambos sabían que eso significaba que se quedaba en el lugar que fuera más barato.

—Yo me hospedo en la calle Highbury. Le daré la dirección.

Fue hasta un escritorio que había en un rincón, escribió la dirección en un papel y se lo entregó a Bush.

—Si quiere, puede quedarse en mi habitación cuando vuelva. La casera es muy

severa y, además, seguramente cobrará por prepararle una cama, pero, a pesar de eso...

—Así ahorraré dinero —dijo Bush, guardándose el papel en el bolsillo, y después, tratando de ocultar con una sonrisa el sentimiento que inspiraba las palabras que iba a decir, añadió—: Y así estaré más tiempo con usted.

—¡Por supuesto! —exclamó Hornblower, sin poder encontrar palabras más adecuadas.

Jenkins se había acercado a ellos y sostenía el chaquetón de Bush abierto para que pudiera ponérselo. Había algo en el gesto de Jenkins que decía a Bush que todos los caballeros a los que el sirviente ayudaba a ponerse el abrigo en Long Rooms le daban un chelín. Al principio Bush pensó que prefería ser condenado al infierno a desprenderse de un chelín, pero luego cambió de idea porque se le ocurrió que si él no se lo daba, tal vez se lo daría Hornblower. Entonces se registró los bolsillos y dio la moneda a Jenkins.

—Gracias, señor —dijo Jenkins.

Jenkins se alejó, pero Bush se quedó allí unos momentos, dándole vueltas en la cabeza a una cuestión.

—El joven Wellard tuvo mala suerte —dijo con cautela.

—Sí —dijo Hornblower.

—¿Cree usted que estaba implicado en la caída del capitán?

—No puedo decírselo, porque no tengo suficientes elementos para formarme una opinión sobre eso —respondió Hornblower.

—Pero... —empezó a decir Bush, pero se interrumpió. Por la mirada de Hornblower comprendió que no servía de nada hacer más preguntas.

El marqués había regresado a la sala y miraba a su alrededor como si estuviera pasando inspección. Bush advirtió que se había fijado en que había varios hombres que no estaban jugando y en que Hornblower estaba junto a la puerta charlando tranquilamente. Entonces vio que lanzaba una mirada significativa a Hornblower y sintió terror.

—Adiós —dijo enseguida.

El viento del noreste que le recibió cuando salió a la calle era tan cruel como el resto del mundo.

CAPÍTULO 19



Una mujer baja con el entrecejo fruncido abrió la puerta cuando Bush llamó a ella golpeando con los nudillos, y arrugó aún más el entrecejo cuando él preguntó por el teniente Hornblower.

—En el ático —dijo por fin y dejó pasar a Bush para que subiera.

No había duda de que Hornblower se alegraba de ver a Bush, pues en su rostro apareció una amplia sonrisa. Enseguida le estrechó la mano y le hizo pasar a su habitación, una habitación con el techo inclinado en la que el teniente, al echarle una rápida mirada, solamente vio una cama, una mesilla de noche y una silla de madera.

—¿Cómo está? —preguntó Bush, sentándose en la silla que le había indicado Hornblower mientras él se sentaba en la cama.

—Bastante bien —contestó Hornblower después de una breve pausa que a Bush le pareció una prueba de que tenía remordimientos, aunque el joven intentó que la pausa pasara desapercibida haciendo rápidamente otra pregunta—: ¿Y usted?

—Regular —respondió Bush.

Hablaron tranquilamente durante un rato y Hornblower hizo muchas preguntas a Bush sobre la casa de Chichester donde vivía con sus hermanas.

—Tenemos que pedir que le preparen una cama para esta noche —dijo Hornblower en la primera pausa que hicieron—. Bajaré a hablar con la señora Mason.

—Es mejor que vaya con usted —dijo Bush.

Era obvio que la señora Mason vivía en un mundo lleno de confusión, pues estuvo pensativa durante unos segundos antes de acceder a la petición.

—Un chelín por la cama —dijo—. No puedo lavar las sábanas por menos de eso, al precio que está el jabón.

—Muy bien —dijo Bush.

Vio que la señora Mason adelantaba la mano abierta y puso en ella el chelín. Nadie podía dudar de que la señora Mason estaba decidida a hacer pagar a los amigos del señor Hornblower por anticipado. Hornblower se estaba registrando los bolsillos cuando vio a la señora hacer ese gesto, pero Bush fue más rápido que él.

—No se queden hablando hasta las tantas porque molestarán a los otros caballeros —dijo la señora Mason—. Y mantengan la llama del quinqué muy baja, porque si no, gastarán sebo por valor de un chelín.

—¡Por supuesto! —dijo Hornblower.

—¡María! —gritó la señora Mason—. ¡María!

Una mujer joven (pero no muy joven) subió hasta allí desde el sótano cuando oyó la llamada.

—¿Qué, mamá?

María escuchó las instrucciones que la señora Mason le dio para llevar una cama con ruedas a la habitación del señor Hornblower.

—Sí, mamá —dijo.

—¿No da clase hoy, María? —preguntó Hornblower amablemente.

—No, señor.

La sonrisa que apareció en su cara de facciones vulgares demostraba la satisfacción que le producía que Hornblower se dirigiera a ella.

—No sé qué fiesta es hoy. Todavía no es el cumpleaños del rey. ¿Por qué tiene el día libre?

—Por las paperas —respondió María—. Todos tienen paperas, salvo Johnnie Bristow.

—Eso concuerda con todo lo que he oído contar de Johnnie Bristow —dijo Hornblower.

—Sí, señor —dijo María volviendo a sonreír.

Era evidente que no sólo estaba satisfecha de que Hornblower bromeara con ella, sino también de que recordara lo que ella le había dicho acerca del colegio.

Cuando Hornblower y Bush regresaron al ático, siguieron conversando, pero esta vez hablaron de un asunto más serio, de la situación de Europa.

—Bonaparte es un tipo ambicioso —dijo Bush.

—Ésa es la definición perfecta de él —asintió Hornblower.

—¿No está satisfecho ya? En 1776, cuando yo estaba en el *Superb* en el Mediterráneo, poco después de ser nombrado teniente, él era un simple general. Recuerdo que oí su nombre por primera vez cuando hacíamos el bloqueo a Tolón. Algún tiempo después se fue a Egipto. Y ahora es primer cónsul... ¿No es así como se llama a sí mismo?

—Sí. Pero ahora es Napoleón, ya no es Bonaparte, y tiene el cargo de primer cónsul vitalicio.

—Es un nombre muy extraño. Nunca lo habría escogido para mí.

—Teniente Napoleón Bush —dijo Hornblower—. No suena bien.

Los dos se rieron de la ridícula combinación.

—La *Morning Chronicle* dice que llegará aún más lejos —continuó Hornblower—. Hay rumores de que se va nombrar a sí mismo emperador.

—¡Emperador!

Bush sabía lo que llevaba aparejado ese título, que era un símbolo de superioridad universal.

—Yo creo que está loco —dijo Bush.

—Si lo está, es el loco más peligroso de Europa.

—No me fío de lo que ha dicho de Malta —dijo Bush—. No me fío lo más

mínimo —dijo con énfasis—. Acuérdesse de mis palabras: al final tendremos que volver a luchar contra él. Más tarde o más temprano ese día llegará, porque no podemos continuar así. Y le daremos una lección.

—Creo que tiene razón —dijo Hornblower—. Y me parece que llegará más temprano que tarde.

—Entonces... —dijo Bush.

No podía hablar y pensar al mismo tiempo, especialmente cuando tenía en mente un torbellino de ideas como el que había provocado la conclusión anterior. La guerra con Francia significaba la ampliación de la Armada otra vez, pues el peligro de invasión y la necesidad de escoltar mercantes requerirían utilizar hasta los más pequeños barcos que pudieran llevar al menos un cañón. También significaba que él dejaría de recibir media paga, que podría volver a caminar por el alcázar de un barco y gobernarlo, que tendría que soportar de nuevo la angustia y el aburrimiento provocados por la guerra y enfrentarse a los peligros que entrañaba. Estas ideas pasaban por su mente tan rápido y a intervalos tan cortos que formaban un torbellino en que se sucedían lo bueno y lo malo, ambos tratando de captar toda su atención.

—Pero la guerra es horrible —dijo Hornblower en tono grave—. Recuerde lo que ha visto.

—Sí, tiene razón —dijo Bush, pensando que no era necesario que explicara su respuesta y desconcertado por los inesperados comentarios.

Hornblower sonrió para que se relajara la tensión.

—Bueno, Boney puede nombrarse a sí mismo emperador si quiere, pero yo tengo que ganarme media guinea en Long Rooms.

Bush iba a aprovechar la ocasión para preguntar a Hornblower si le iba bien allí, pero en ese momento se oyó un estruendo seguido de unos golpes en la puerta.

—Aquí llega su cama —dijo Hornblower, dirigiéndose a la puerta para abrirla.

María entró en la habitación empujando la cama y les sonrió.

—¿La pongo aquí o allí? —preguntó.

Hornblower miró a Bush.

—Da lo mismo —dijo Bush.

—Entonces la pondré junto a la pared.

—Permítame que la ayude —dijo Hornblower.

—¡Oh, no, señor! —exclamó, turbada por la amabilidad de Hornblower—. Puedo hacerlo yo sola.

Bush advirtió que era tan robusta que, en efecto, no necesitaba ayuda. Ella trató de ocultar su confusión dando golpes al colchón y poniendo las fundas a las almohadas.

—Espero que ya haya tenido paperas, María —dijo Hornblower.

—¡Oh, sí, señor! Las tuve cuando era niña, y en los dos lados.

Extendía la sábana con sus gruesas y hábiles manos mientras el ejercicio y el nerviosismo daban cada vez más color a sus mejillas. Pero se detuvo de repente, cuando se le ocurrió algo que era una posible implicación de la pregunta de Hornblower.

—No debe preocuparse si no las ha tenido, señor, porque yo no se las puedo contagiar.

—No estaba pensando en eso —dijo Hornblower.

—¡Oh! —exclamó María, y alisó de manera perfecta la sábana dando un tirón matemáticamente calculado y luego extendió la colcha sobre ella—. ¿Va a marcharse ahora, señor?

—Sí. La verdad es que tenía que haberme ido ya.

—Permítame llevarme su chaqueta un momento para limpiarla con una esponja.

—No quiero causarle ninguna molestia, María.

—No es una molestia, señor. Naturalmente que no lo es. Por favor, señor, permítame llevármela. Parece...

—Parece tan vieja que no debería usarla —dijo Hornblower, mirándose la chaqueta—. Todavía no se ha descubierto nada que cure la vejez.

—Por favor, permítame llevármela, señor. Mejorará su aspecto con el amoníaco que hay abajo. Realmente mejorará su aspecto.

—Pero...

—Por favor, señor.

Hornblower desabrochó un botón con desgana.

—Sólo tardaré un minuto —dijo María, aproximándose a él rápidamente.

Extendió el brazo para desabrochar los otros botones, pero Hornblower, moviendo nerviosamente los dedos, se le anticipó. Luego Hornblower se quitó la chaqueta y ella se la quitó de las manos.

—Ha remendado esta camisa usted mismo —dijo, en tono de reproche.

—Sí.

Hornblower estaba avergonzado porque se notaba que llevaba una camisa remendada. María miró atentamente el remiendo.

—Se la habría remendado yo si me lo hubiera pedido, señor.

—Y, sin duda, mucho mejor.

—¡Oh, yo no quería decir eso, señor! Pero no está bien que remiende sus propias camisas.

—Entonces, ¿cuáles debería remendar?

María se rió tontamente.

—Tiene usted tanta agudeza que no puedo responderle enseguida —dijo—. Espere aquí y hable con el teniente mientras limpio la chaqueta.

María salió de la habitación y ellos oyeron sus rápidos pasos en la escalera.

Entonces Hornblower miró a Bush con tristeza.

—Indudablemente, uno siente satisfacción cuando ve que otro ser humano se preocupa por si uno está vivo o muerto —dijo Hornblower—. Pero las razones por las cuales uno la siente tendrán que encontrarlas los filósofos.

—Así es —dijo Bush.

A Bush le atendían sus dos hermanas siempre que podían, y estaba tan acostumbrado a ello que sus atenciones le parecían lo más normal del mundo. En ese momento oyó el reloj de la iglesia marcar la media hora y recordó lo que tenía que hacer durante el día.

—¿Va a ir a Long Rooms ahora? —inquirió.

—Sí. Y supongo que usted irá a ver al encargado de los pagos del Almirantazgo.

—Sí.

—Podemos ir juntos hasta Long Rooms, si quiere. Nos iremos en cuanto María me traiga la chaqueta.

—Eso es lo que estaba pensando —dijo.

Poco después María llamó a la puerta.

—Ya está lista —dijo, extendiendo la chaqueta delante de ella—. Está como nueva.

Pero María había cambiado de actitud y parecía asustada.

—¿Qué le ocurre, María? —preguntó Hornblower al notar el cambio de actitud.

—Nada. No me ocurre nada —respondió María, como si intentara defenderse, y cambió de tema—: Póngase la chaqueta ahora o se le hará tarde.

Cuando caminaban por la calle Highbury, Bush preguntó lo que quería preguntar hacía tiempo: si Hornblower había tenido buena suerte en Long Rooms últimamente. Hornblower le miró con asombro.

—No tan buena como quisiera —contestó.

—¿Mala?

—Muy mala. Los ases de mis contrincantes siempre están preparados para atacar a mis reyes y cometer un regicidio, y generalmente sus reyes están preparados para atacar a mis ases, de modo que cuando se aventuran a salir de sus manos superan todos los peligros y ganan la baza. A la larga tenemos exactamente las mismas posibilidades de ganar, pero los períodos en que hay una gran diferencia a su favor son angustiosos.

—Entiendo —dijo Bush, aunque no estaba seguro de ello.

Pero sí estaba seguro de una cosa, de que Hornblower había perdido últimamente, y le conocía lo suficientemente bien para saber que cuando hablaba de las cosas con aparente frivolidad, como ahora, estaba más ansioso de lo que él mismo creía.

Cuando llegaron a Long Rooms se detuvieron ante la puerta.

—¿Vendrá a recogerme cuando termine? —preguntó Hornblower—. En la calle

Broad hay una casa de comidas donde el plato del día cuesta cuatro peniques o, si incluye postre, seis peniques. ¿Le gustaría ir?

—¡Por supuesto! —exclamó Bush—. Muchas gracias y buena suerte —añadió y, tras una breve pausa, dijo—: Tenga cuidado.

—Lo tendré —afirmó Hornblower antes de atravesar la puerta.

El tiempo contrastaba con el que había la última vez que Bush visitó la ciudad. Aquella vez todo estaba cubierto de hielo y soplaban el viento del este, mientras que hoy el viento era primaveral. Cuando Bush avanzaba por la calle Hard vio a la izquierda la entrada del puerto, cuyas turbias aguas brillaban al sol. Una corbeta de cubierta corrida salía del puerto con la bajamar, mientras las moderadas ráfagas de viento le hacían mantener la velocidad suficiente para maniobrar. Quizá iba a llevar despachos a Halifax o dinero a Gibraltar para pagar a la guarnición, o quizá iba a reforzar la flota de cúteres al servicio del Tesoro Público, ya que tenían dificultades para atajar el contrabando, que había proliferado en tiempo de paz. Fuera adonde fuera, a bordo había afortunados oficiales que habían conseguido un empleo en el que permanecerían tres años, que tenían un alcázar bajo los pies y una cámara de oficiales donde podían comer. Eran oficiales realmente afortunados. Bush respondió al saludo del portero en la puerta del astillero y entró inmediatamente.

Salió bastante tarde y regresó a Long Rooms. Hornblower estaba sentado en una mesa situada en un rincón y le miró sonriente un instante, con el rostro iluminado por la luz de una vela. Bush encontró el último número de la *Naval Chronicle* y se puso a leerlo. A su lado un grupo de oficiales del Ejército y de la Armada hablaban en voz baja sobre lo difícil que era vivir en el mismo mundo que Bonaparte, y en ocasiones aludieron a Malta, Génova y Santo Domingo.

—Recuerden mis palabras: pronto estaremos en guerra con él otra vez —dijo uno de ellos golpeándose una mano abierta con el puño.

Hubo un murmullo de aprobación.

—Será una lucha encarnizada —dijo otro—. Si Napoleón Bonaparte nos lleva al límite, no descansaremos hasta verle colgado de un árbol.

Los otros asintieron bramando como fieras.

—Caballeros, ¿les importaría continuar la conversación en el otro extremo de la sala? —preguntó uno de los jugadores que estaba en la mesa de Hornblower—. Este extremo está destinado para el juego más cercano a la ciencia y más difícil de todos.

El jugador dijo esas palabras con agradable voz de tenor y en un tono amable, pero era evidente que esperaba que le obedecieran inmediatamente.

—No, milord —respondió uno de los oficiales de la Armada.

Eso hizo a Bush mirar más atentamente al jugador que había hablado. Le reconoció enseguida, aunque hacía seis años que no le veía. Era el almirante Parry, que recibió el título de lord después de la batalla de Camperdown, y ahora era uno de

los altos cargos del Almirantazgo. Los rizos blancos como la nieve que rodeaban su calva, su cara de viejo bonachón y la lentitud con que hablaba parecían contradecir el apodo que le habían puesto los marineros en la guerra contra Norteamérica: El Sangriento. Era obvio que Hornblower se codeaba con hombres de alta posición social. Bush observó cómo lord Parry extendía su blanca y huesuda mano y cortaba las cartas después que Hornblower las había barajado, y por el color de su tez, que era el mismo que el de la tez de Hornblower, supo que hacía tiempo que no navegaba. Hornblower repartió las cartas, y entonces empezó el lento juego que casi se paralizaba a veces. Las cartas apenas hacían ruido al caer sobre el tapete verde, y cuando los jugadores recogían las bazas y las dejaban a un lado se oía un tenue clic. Frente a Parry las bazas formaron una fila larga como una serpiente y luego pequeñas curvas y filas paralelas, como una serpiente deslizándose por una roca, y se juntaron cuando terminaron todas las manos.

—¡Pequeño *slam!* —exclamó Parry cuando los otros jugadores anotaban sus tantos en las tablillas.

Eso fue lo único que se dijo en el grupo. Las dos cortas palabras se oyeron tan claramente en el silencio como dos campanadas en la guardia de media. Hornblower cortó la baraja y otro jugador volvió a repartir las cartas en medio del sepulcral silencio. Bush no entendía las razones de la fascinación de ese juego. A él le gustaba más un juego en el que pudiera gruñir cuando perdía y expresar su alegría cuando ganaba, y en el que, además, una sola carta, no las cincuenta y dos, decidiera quién ganaba y quién perdía. Pero, aunque no entendiera las razones, no tenía duda de que ejercía fascinación, una peligrosa fascinación. No era como el opio ni como una lucha con alfanjes, sino, en realidad, como un silencioso duelo con espadas, y tan dañino como él. Cuando se introducía una espada en los pulmones de un hombre, había tantas o más probabilidades de que muriera que si se le asestaba un golpe con un alfanje.

—Una partida corta, ¿eh? —dijo Parry.

El silencio se rompió y las cartas quedaron sobre la mesa en desorden.

—Sí, milord —dijo Hornblower.

Bush, que les miraba con atención, sintió angustia al ver que Hornblower metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta (donde tenía su reserva) y extraía un fajo de billetes de una libra. Luego notó que Hornblower, después de pagar, se guardaba en el bolsillo un solo billete.

—Ha tenido muy mala suerte —dijo Parry, guardándose sus ganancias—. Las dos veces que ha repartido las cartas, la carta que viró era el único triunfo que tenía. No recuerdo haber visto nunca que la persona que repartiera las cartas tuviera un solo triunfo en dos partidas seguidas.

—Cuando se juega durante un largo período, puede aparecer cualquiera de las

posibles combinaciones de cartas.

Hornblower hablaba en tono cortés y con indiferencia, y por eso Bush llegó a pensar que no había perdido mucho, pero de repente recordó que se había guardado en el bolsillo un solo billete.

—Pero es raro ver que a alguien le persiga tanto tiempo la mala suerte —dijo Parry—. No obstante eso, juega usted muy bien, señor... señor... Discúlpeme por no recordar su nombre, pero no lo oí bien cuando nos presentaron.

—Hornblower.

—¡Ah, sí! Su nombre me es familiar por algún motivo.

Bush miró a Hornblower pensando que nunca se le iba a presentar una ocasión mejor para recordar a un alto cargo del Almirantazgo que no habían confirmado su nombramiento.

—Cuando era guardiamarina y embarqué en el *Justinian*, me mareé durante los días en que el barco estuvo anclado en Spithead, y creo que aún cuentan esa historia.

—No es eso lo que había oído relacionado con su nombre —dijo Parry—. Pero nos hemos apartado del tema. Quería decirle que, lamentablemente, no puedo darle la oportunidad de tomar la revancha de inmediato, aunque me gustaría volver a tener la ocasión de analizar sus jugadas.

—Es usted muy amable, milord —dijo Hornblower.

Bush se retorció en el asiento una vez más, como hacía desde que Hornblower desperdició aquella ocasión de oro. Había notado que el joven dijo las últimas palabras con amarga ironía y temía que el almirante se hubiera dado cuenta, pero, afortunadamente, el almirante no le conocía tan bien como él.

—No puedo, lamentablemente, porque tengo que comer con el almirante Lambert —dijo Parry.

La coincidencia sorprendió tanto a Hornblower que se convirtió de nuevo en un ser humano.

—¿El almirante Lambert, milord?

—Sí. ¿Le conoce?

—Tuve el honor de estar bajo sus órdenes en la base naval de Jamaica. Éste es el señor Bush, el teniente del *Renown* que dirigió el destacamento de desembarco que derrotó a la guarnición de Santo Domingo.

—Me alegro de conocerle, señor Bush —dijo Parry.

Aunque realmente se hubiera alegrado, era evidente que no estaba muy contento, quizá porque, como le hubiera ocurrido a cualquier alto cargo del Almirantazgo, le avergonzaba ver que un teniente con una excelente hoja de servicios estaba desempleado. No tardó en volverse hacia Hornblower de nuevo.

—Estaba pensando en convencer al almirante Lambert de que viniera aquí conmigo después de la comida para darle a usted la oportunidad de tomar la

revancha. ¿Podríamos encontrarle aquí todavía, si viniéramos?

—Sería un placer esperarles, milord —respondió Hornblower.

Sin embargo, Bush observó que se tocaba maquinalmente el bolsillo casi vacío.

—Entonces, ¿tendrá la amabilidad de aceptar este semicompromiso? No puedo responder por el almirante Lambert, pero haré lo posible por convencerle.

—Voy a comer con el señor Bush, milord, pero sería el último en dificultar nuestra reunión.

—Entonces podemos comprometernos a reunirnos con esa condición.

—Sí, milord.

Parry salió, seguido de un teniente del buque insignia que había jugado al *whist* en su mesa, con la majestuosidad propia de alguien que era un almirante, un par y un alto cargo del Almirantazgo. Entonces Hornblower miró sonriente a Bush.

—¿Cree que es hora de ir a comer? —preguntó.

—Sí —respondió Bush.

La casa de comidas de la calle Broad, como era de esperar, estaba dirigida por un marinero, un marinero con pata de palo. Le ayudaba un hijo suyo, un muchacho vivaracho que se acercó a ellos cuando se sentaron en un banco de roble frente a una mesa también de roble y muy limpia, con los pies sobre el serrín, para pedir la comida.

—¿Cerveza? —preguntó el muchacho.

—No —respondió Hornblower—. Cerveza no.

El muchacho hizo un gesto que denotaba lo que pensaba de los oficiales de marina que pedían el plato del día, el plato de cuatro peniques, y no bebían nada para acompañarlo. Poco después puso de golpe frente a ellos dos bandejas: una con cordero hervido (no muy joven) y otra con patatas, zanahorias, chirivías, cebada y un pedazo de pudín de guisantes, todo ello cubierto por una salsa hecha con el jugo de la carne.

—Esto sacia el hambre —dijo Hornblower.

Era probable que sí, aunque, aparentemente, hacía tiempo que Hornblower no la saciaba. Empezó a comer con moderación, pero cada vez que cogía un bocado tenía más apetito y se contenía menos. Vació el plato en un tiempo extraordinariamente breve, luego cogió un pedazo de pan y lo rebañó, y finalmente se comió el pedazo de pan. Bush no solía comer despacio, pero se sorprendió cuando alzó los ojos y vio que Hornblower ya había acabado cuando él tenía aún la mitad de la comida en el plato. Hornblower rió nerviosamente.

—Cuando uno come solo adquiere malas costumbres —dijo.

La mejor prueba de su vergüenza era que su excusa era poco convincente. Se había percatado de eso en cuanto terminó de hablar, y trató de salir airoso de la situación apoyando la espalda en el respaldo del banco como si estuviera muy

satisfecho y luego, para demostrar que se sentía a gusto, se metió las manos en los bolsillos de los lados de la chaqueta. Pero en cuanto hizo eso, sus mejillas perdieron el color y su expresión cambió de tal modo que se volvió ansiosa y asustada. Bush se alarmó al ver a Hornblower y pensó que le iba a dar un desmayo, pero inmediatamente después de pensar eso relacionó el cambio de expresión con el hecho de que se había metido las manos en los bolsillos. Hornblower tenía un gesto de horror como el que hubiera puesto un hombre que encontrara una serpiente en su bolsillo.

—¿Qué le sucede? —inquirió Bush—. ¿Qué diablos...?

Hornblower sacó lentamente la mano derecha del bolsillo, con algo dentro de ella y, después de mantenerla cerrada unos momentos, la abrió muy despacio, casi con desgana, como un hombre temeroso de su destino. Pero dentro tenía algo que no hacía daño: una moneda de plata con el valor de media corona.

—Eso no es motivo para ponerse nervioso —dijo Bush con asombro—. A mí no me importaría encontrarme media corona en el bolsillo.

—Pero... pero —dijo Hornblower tartamudeando.

Bush se dio cuenta entonces de las implicaciones que eso tenía.

—No estaba aquí esta mañana —dijo Hornblower y, sonriendo tristemente, como tantas veces hacía, añadió—: Sé perfectamente cuánto dinero tengo en los bolsillos.

—Supongo que sí —dijo Bush, y pese a pensar en todo lo que había ocurrido por la mañana y hacer deducciones, no llegó a comprender por qué Hornblower se preocupaba tanto por eso—. La puso la joven, ¿no cree?

—Sí, la puso María —respondió Hornblower—. Tiene que haber sido ella. Por eso se llevó mi chaqueta para limpiarla.

—Es un alma buena —dijo Bush.

—¡Dios mío! —exclamó Hornblower—. No puedo... no puedo...

—¿Por qué no? —preguntó Bush, aunque realmente pensaba que la pregunta no tenía respuesta.

—Porque no —respondió Hornblower—. Es... es... Quisiera que no lo hubiera hecho. Pobre chica...

—¿Por qué la llama pobre chica? —preguntó Bush—. Sólo ha tratado de hacerle un favor.

Hornblower le miró durante largo tiempo sin decir nada y después hizo un gesto de resignación, como si no tuviera esperanzas de que Bush llegara a ver el asunto desde su punto de vista.

—Puede juzgar el hecho como quiera —dijo Bush, decidido a hacer prevalecer su criterio—, pero no es necesario que actúe como si los franceses hubieran desembarcado, sólo porque una joven le metió media corona en el bolsillo.

—Pero, ¿no ve que...? —empezó a decir Hornblower, pero al final cesó en su

intento de explicar lo que eso significaba.

Logró dominarse bajo la desconcertada mirada de Bush, y su expresión triste dio paso a la expresión inescrutable que tantas veces tenía, de modo que su cara parecía estar oculta tras un casco con la visera cerrada.

—Muy bien —dijo—. La aprovecharemos.

—¡Muchacho!

—Sí, señor.

—Queremos una pinta de vino. Manda a alguien a comprarlo corriendo. Que sea oportuno.

—Sí, señor.

—¿Cuál es el postre de hoy?

—Pudín de pasas, señor.

—Muy bien. Trae un pedazo para cada uno y también la mermelada para extenderla por encima.

—Sí, señor.

—Y tomaremos queso con el vino. Si hay alguno aquí, tráelo, si no, manda a alguien a comprarlo en otro lugar.

—Tenemos queso aquí, señor.

—Entonces tráelo.

—Sí, señor.

Hornblower, como esperaba Bush, sólo comió la mitad del enorme pedazo de pudín que le habían servido y un pequeño trozo de queso, un trozo apenas suficiente para que el paladar apreciara su sabor. Entonces levantó la copa, y Bush le imitó.

—¡Por una encantadora dama! —dijo Hornblower.

Ambos bebieron, y en los ojos de Hornblower apareció un extraño brillo. Bush se preocupó por eso, pero se dijo a sí mismo que estaba harto de los cambios de humor de Hornblower. Entonces decidió desviar la conversación y se felicitó a sí mismo por haberlo hecho con tacto.

—¡Por una encantadora dama! —dijo Bush, levantando su copa.

—Un brindis muy oportuno —dijo Hornblower.

—¿Puede permitirse el lujo de jugar? —inquirió Bush.

—Naturalmente.

—¿Puede soportar otra mala racha?

—Puedo permitirme el lujo de perder una fase —respondió Hornblower.

—¡Ah!

—Pero si gano la primera, no importa que pierda las dos siguientes, y si gano la primera y la segunda, no importa que pierda las tres siguientes. Y así sucesivamente.

—¡Ah!

A Bush le pareció que eso no era muy esperanzador y le desconcertó el brillo de

la mirada de Hornblower, que contrastaba con su rostro impasible. Se movió en el asiento debido al nerviosismo y cambió de nuevo la conversación.

—Van a mandar de nuevo al *Hastings* a realizar una misión —dijo—. ¿Lo ha oído?

—Sí. Y como estamos en tiempo de paz, los tres tenientes que irán a bordo ya han sido elegidos hace dos meses.

—Me lo temía.

—Pero nuestra oportunidad llegará, ya lo verá —dijo Hornblower.

—Cree usted que Parry llevará a Lambert a Long Rooms? —inquirió Bush después de apartar la copa de sus labios.

—No lo dudo —respondió Hornblower.

Parecía muy nervioso otra vez.

—Tengo que regresar allí enseguida —dijo—. Tal vez Parry haya convencido a Lambert de que comieran rápido.

—Me parece que eso es lo que habrá hecho —dijo Bush, poniéndose de pie.

—No es necesario que venga conmigo —dijo Hornblower—. No venga si no quiere. Quizá le resulte aburrido estar sentado allí sin hacer nada.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo Bush.

CAPÍTULO 20



Long Rooms estaba lleno de gente esa tarde. En la primera sala se jugaba a juegos serios en casi todas las mesas, mientras que en la sala situada detrás de la cortina, un murmullo indicaba que allí se jugaba a juegos excitantes y divertidos. Bush estaba de pie junto a la chimenea y hablaba con quienes se acercaban allí de vez en cuando, pero apenas les prestaba atención, pues la tenía puesta casi toda en una sola cosa, en la mesa próxima a la pared e iluminada por las velas en la que Hornblower jugaba con hombres distinguidos. Sus compañeros de juego eran los dos almirantes y un coronel de infantería, un hombre corpulento y con la cara tan roja como su chaqueta a quien el almirante Parry había traído junto con el almirante Lambert. El teniente que antes jugaba con Parry ahora era un mero observador y estaba junto a Bush, ocasionalmente haciendo incomprensibles comentarios sobre el juego. El marqués se asomaba de vez en cuando, y Bush notó que hizo un gesto de aprobación cuando miró hacia aquella mesa. Parecía pensar que un grupo de jugadores en que estaban incluidos dos oficiales de la Armada y uno del Ejército podía hacer lo que quisiera, a pesar de que hubiera otros hombres esperando para jugar y de que, según las reglas de la sala, los visitantes tuvieran derecho a sentarse en una mesa cuando terminaba la partida que se jugaba en ella.

Bush vio con alivio que Hornblower había ganado la primera fase, aunque no se percató de ello hasta que se recogieron las bazas, se hicieron los pagos y el joven se metió cierta cantidad de dinero en el bolsillo, ya que no pudo ver todos los detalles de las jugadas ni sumar todos los tantos.

—Sería estupendo que nuestra antigua moneda volviera a estar vigente, ¿verdad? —preguntó Parry—. Sería estupendo que el país pudiera deshacerse de estos sucios billetes y volviera a usar nuestras viejas guineas de oro.

—¡Ya lo creo! —exclamó el coronel.

—Los tiburones de la costa salen al encuentro de todos los barcos que llegan del extranjero y pagan veintitrés chelines y seis peniques por cada guinea, así que, indudablemente, valen más.

Parry se sacó algo del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—Como ven, Boney ha vuelto a poner vigente la antigua moneda francesa —dijo—. A esta moneda de oro de veinte francos la llaman napoleón ahora, porque él es primer cónsul vitalicio. Es la moneda que antes llamaban luís.

—Napoleón, primer cónsul —dijo el coronel, mirando con curiosidad la moneda, y luego, al darle la vuelta, añadió—: República Francesa.

—Aquí la palabra «república» es una hipocresía, desde luego —dijo Parry—. No

ha habido una tiranía peor desde los tiempos de Nerón.

—Nosotros le derrotaremos —dijo Lambert.

—Amén —dijo Parry y volvió a guardar la moneda—. Pero estamos retrasando la partida de la tarde por culpa mía. Hay que cortar la baraja de nuevo. Y esta vez usted será mi compañero, coronel. ¿Le importaría sentarse frente a mí? ¡Ah, señor Hornblower, me olvidaba de darle las gracias por haber sido un magnífico compañero de juego!

—Es usted muy amable, milord —dijo Hornblower, sentándose a la derecha del almirante.

Enseguida empezó la siguiente partida, y fue silenciosa desde el principio hasta el final.

—Me alegra que la baraja le haya tratado bien por fin, señor Hornblower, aunque, por otro lado, nuestros triunfos hayan reducido sus ganancias —dijo Parry—. Son quince chelines, ¿verdad?

—Gracias, señor —dijo Hornblower, cogiendo el dinero.

Bush recordó que Hornblower había dicho que no importaba que perdiera tres fases si ganaba las dos primeras.

—Me parece que la apuesta es muy pequeña, milord —dijo el coronel—. ¿Tenemos que seguir jugando así?

—Eso tienen que decidirlo los demás compañeros de juego —respondió Parry—. Pero yo no tengo ningún inconveniente en cambiar. Podríamos apostar media corona en vez de un chelín. ¿Qué le parece, señor Hornblower?

Bush volvió la cabeza hacia Hornblower y le miró con ansiedad.

—Como usted quiera, milord —respondió Hornblower fingiendo indiferencia a la perfección.

—¿Sir Richard?

—Me da igual —contestó Lambert.

—Entonces media corona por baza —dijo Parry—. Camarero, traiga otra baraja, por favor.

Bush volvió a calcular rápidamente cuánto dinero podría permitirse el lujo de perder Hornblower. Ahora la cantidad apostada era casi el triple de la anterior, y a Hornblower le perjudicaría perder siquiera una fase.

—Usted y yo seremos compañeros otra vez, señor Hornblower —dijo Parry, mirando cómo el joven cortaba la baraja—. ¿Quiere quedarse en el mismo asiento?

—Me es indiferente, milord.

—A mí no —dijo Parry—. Además, aún no estoy tan viejo como para no cambiarme de asiento, y en el sentido en que se dan las cartas. Los filósofos todavía no han determinado si eso es una simple superstición.

Parry se puso de pie y se sentó frente a Hornblower. La partida comenzó y Bush

observó a los jugadores con más ansiedad que antes. Vio a cada uno de ellos ganar una baza y luego a Hornblower ganar tres seguidas y amontonarlas frente a él. No pudo seguir llevando la cuenta en las dos manos siguientes, pero cuando terminó la fase, vio con alivio que el coronel sólo tenía delante las cartas de dos bazas.

—Excelente —dijo Parry—. Ha sido una fase provechosa, señor Hornblower. Me alegro que decidiera jugar un triunfo cuando eché la jota de corazones. Debe de haberle costado mucho tomar esa decisión, pero, sin duda, fue acertada.

—Me quitó un triunfo que podía haber usado mejor —dijo Lambert—. La oposición era formidable, coronel.

—Sí —asintió el coronel, en tono malhumorado—. Y en dos manos seguidas no tuve ni un as ni un rey, lo que contribuyó a que la oposición fuera formidable. ¿Tiene cambio, señor Hornblower?

El coronel entregó a Hornblower un montón de dinero en el que había un billete de cinco libras, y el joven se lo metió en el bolsillo de la parte superior de la chaqueta.

—Al menos el señor Hornblower será su compañero esta vez, coronel —dijo Parry cuando volvía a cortar.

Comenzó una nueva fase, y Bush notó que el teniente del buque insignia, que estaba a su lado, miraba a los jugadores cada vez con más interés.

—¡Dios mío, otra baza más! —exclamó cuando los jugadores echaron las últimas cartas.

—¡Esa jugada fue excelente, compañero! —exclamó el coronel, en un tono que denotaba que había recuperado el buen humor—. Tenía la esperanza de que tuviera esa reina, pero no estaba seguro.

—Tuvimos suerte, señor —dijo Hornblower.

El teniente miró a Bush como si sospechara que el coronel sabía perfectamente que Hornblower tenía esa reina. Entonces Bush reflexionó sobre ello y llegó a la conclusión de que la ligera inflexión de la voz de Hornblower indicaba que el joven pensaba lo mismo, aunque no lo había dicho porque no le pareció prudente.

—He perdido cinco libras y diez chelines en una fase y he ganado quince chelines en otra —dijo el coronel, cuando Lambert le entregaba lo que había ganado—. ¿A quién le gustaría aumentar la apuesta?

Los dos almirantes, por cortesía, miraron a Hornblower antes de contestar.

—Como quieran, caballeros —dijo Hornblower.

—En ese caso, acepto con mucho gusto —dijo Parry.

—Entonces cinco chelines por baza —dijo el coronel—. Así merece la pena jugar a este juego.

—Creo que siempre merece la pena jugar a este juego —dijo Parry.

—Naturalmente, milord —dijo el coronel, pero no sugirió que la apuesta volviera

a ser como antes.

Ahora la cantidad apostada era realmente grande. Bush hizo una serie de cálculos y concluyó que Hornblower podría perder veinte libras en una fase en que tuviera muy mala suerte y que tenía poco más de veinte libras en el bolsillo; por eso sintió alivio cuando vio que él y Lambert ganaban fácilmente la primera fase.

—¡Qué tarde más agradable! —exclamó Lambert, mirando sonriente el montón de dinero que el coronel acababa de darle—. Y no lo digo solamente por las ganancias que he tenido.

—Éste es un juego instructivo y entretenido a la vez —dijo Parry, pagándole a Hornblower.

La partida continuó, tan silenciosa como siempre, aunque el silencio se rompía de vez en cuando entre una fase y otra. Afortunadamente, Hornblower perdió una fase, aunque no mucho dinero, cuando ya podía permitirse el lujo de perderla, e inmediatamente ganó otra en la que consiguió mucho dinero. Sus ganancias aumentaban casi constantemente y apenas perdía dinero. Ya la noche estaba avanzada y Bush estaba fatigado, pero los jugadores no daban muestras de cansancio. El teniente del buque insignia parecía tener una ilimitada paciencia, que probablemente había adquirido en su puesto actual, y estar resignado a la imposibilidad de influir en el almirante a quien servía para que decidiera irse a dormir más pronto. Los demás jugadores de la sala se marcharon, y algún tiempo después se abrieron las cortinas de la puerta de la otra sala y salieron de ella poco a poco otros jugadores, unos hablando y otros en silencio. Por último salió de allí el marqués, silencioso y tranquilo, y se puso a observar discretamente cómo jugaba el grupo las fases finales y mandó traer velas nuevas porque algunas se habían consumido y, además, otra baraja, por si el grupo la pedía. Parry fue el primero en mirar el reloj.

—Son las tres y media —dijo—. Tal vez ustedes, caballeros...

—Es demasiado tarde para que sir Richard y yo nos echemos a dormir, milord —dijo el coronel—, pues tenemos que levantarnos muy temprano, como sabe.

—Ya he dado todas las órdenes —dijo Lambert.

—Yo también —dijo el coronel.

Bush tenía la mente embotada después de pasar largas horas en un ambiente cargado, pero se percató de que Parry lanzaba una mirada de reproche a los dos hombres que acababan de hablar. Se preguntaba qué órdenes serían las que Lambert y el coronel habían dado y por qué Parry no quería que hablaran de ellas. Por el tono en que Parry habló después, le pareció que tenía ganas de cambiar de tema.

—Muy bien. Entonces podemos jugar otra fase, si el señor Hornblower no tiene inconveniente.

—Ninguno, milord.

Hornblower estaba impasible, y, por tanto, por su gesto no podía saberse si había

advertido algo raro en lo que acababa de ocurrir. Bush pensó que probablemente también estaba cansado, y que eso contribuyó a su impasibilidad. Le conocía tan bien que sabía que se esforzaba tanto por ocultar sus debilidades como otros hombres por ocultar su origen humilde.

Ahora Hornblower tenía al coronel como compañero de juego. Todos los que se encontraban en la sala se habían percatado de que en esa fase, la última, la lucha por ganar era más reñida que en las anteriores. Nadie hablaba entre una mano y otra; se anotaban los tantos; se recogían las bazas; las cartas se barajaban y se cortaban en silencio. Las manos se sucedían con desesperante rapidez. Las parejas ganaban las bazas alternativamente, por lo que la fase iba alargándose poco a poco. En ese momento, en medio de una gran tensión, terminó una mano. El teniente del buque insignia y el marqués, que llevaban la cuenta de los tantos, dieron audibles suspiros cuando Lambert recogió la última baza. El coronel estaba tan emocionado que rompió por fin el silencio.

—Estamos empatados —dijo—. Esta fase decidirá la partida.

Pero todos censuraron su conducta guardando silencio al oír los comentarios. Parry se limitó a coger la baraja cuando el coronel se la entregó y a dársela después a Hornblower para que la cortara. Luego la repartió, y enseguida que dio vuelta a la última carta, al triunfo, que era el rey de diamantes, el coronel empezó la fase. Entonces se sucedieron las manos. Después de perder la primera baza, Lambert y Perry ganaron varias seguidas. Ahora estaban delante de Parry las cartas de seis bazas, y delante de Hornblower, sólo las de una. Bush recordaba claramente el comentario del coronel: estamos empatados. Si los almirantes ganaban una de las seis manos siguientes, ganarían la fase. Puesto que tenían cinco bazas más que Hornblower, Bush se había hecho a la idea de que su amigo perdería esa fase. Entonces el coronel ganó una baza y el juego se animó. Hornblower ganó la baza siguiente, así que aún había esperanzas de que ganara. Hornblower echó el as de diamantes y enseguida, antes que los demás pudieran jugar, puso sobre la mesa las tres cartas que le quedaban, entre ellas la reina y la jota de diamantes, afirmando que era el ganador de las restantes bazas.

—¡Hemos ganado esta fase, compañero! —exclamó el coronel—. ¡Pensé que la teníamos perdida!

Parry miraba con pena el rey que acababa de perder.

—Comprendo que tenía que echar el as, señor Hornblower —dijo—, pero me encantaría saber por qué estaba tan seguro de que el rey estaba desprotegido, ya que faltaban por salir dos diamantes. ¿Sería pedirle demasiado que me revelara su secreto?

Hornblower enarcó las cejas, pensando que la respuesta era obvia.

—Usted tenía el rey, milord —respondió—, pero más importante que eso era que

de las cuatro cartas que le quedaban, tres eran tréboles, y, por tanto, su rey no estaba protegido.

—Una explicación perfecta —dijo Parry—. Una explicación que confirma mi idea de que es usted un excelente jugador de *whist*, señor Hornblower.

—Gracias, milord.

En el rostro sonriente de Parry se reflejaba un sentimiento amistoso hacia Hornblower. Si el comportamiento del joven no le había hecho ganarse la estima de Parry hasta ahora, su comportamiento actual sí lo hizo.

—Tendré presente su nombre, señor Hornblower —dijo—. Sir Richard me recordó por qué su nombre me era familiar. Es una lástima que el Almirantazgo, por orden del consejo de ministros, haya tenido que seguir una política de economizar en todos sus sectores y que, en consecuencia, no haya confirmado el nombramiento de capitán que le habían dado.

—Creía que yo era el único que lo lamentaba, milord.

Bush hizo de nuevo un gesto preocupado cuando oyó esas palabras y pensó que aquél era un momento propicio para que Hornblower tratara de ganarse la simpatía de sus superiores, no de molestarles expresando abiertamente su amargura. Cualquier oficial de marina consideraría que echar una partida con Parry era un regalo de la suerte y daría un brazo por recibirlo. Pero Bush se tranquilizó al volver a mirar a los jugadores, pues Hornblower miraba a Parry sonriendo alegremente y Parry le sonreía, y pensó que la amargura o bien le había pasado inadvertida al almirante, o bien sólo había existido en su propia mente.

—Olvidaba que le debo otros treinta y cinco chelines —dijo Parry, acordándose de repente de eso—. Discúlpeme. Bueno, creo que con esto saldo la deuda monetaria que tengo con usted, pero no la que tengo por la enorme experiencia que he adquirido a su lado.

Hornblower se metió en el bolsillo una gran cantidad de dinero.

—Espero que tendrá cuidado con los ladrones al regresar a su casa, Hornblower —dijo Parry.

—El señor Bush irá conmigo, milord, y sólo un ladrón muy valiente se atrevería a enfrentarse con él.

—No debe preocuparse por los ladrones esta noche —dijo el coronel—. No esta noche.

El coronel sonrió y le lanzó una mirada significativa. Los demás mostraron con gestos que desaprobaban su indiscreción, pero esos gestos desaparecieron cuando el coronel indicó el reloj.

—Nuestras órdenes se tenían que cumplir a las cuatro, milord —dijo Lambert.

—Y ahora son las cuatro y media. Excelente.

El teniente del buque insignia, que salió cuando jugaban la última mano, regresó

en ese momento.

—El coche espera en la puerta, milord —dijo.

—Gracias. Les deseo buenas noches, caballeros.

Todos fueron juntos hasta la puerta, frente a la cual se encontraba el coche, y los almirantes, el coronel y el teniente subieron a él. Hornblower y Bush miraron el coche unos momentos mientras se alejaba.

—¿Qué órdenes serían esas que se tenían que cumplir a las cuatro? —preguntó Bush.

Las primeras luces ya se veían por encima de los tejados.

—¡Sabe Dios! —exclamó Hornblower.

Se dirigieron a la calle Highbury.

—¿Cuánto ganó?

—Más de cuarenta libras, probablemente cuarenta y cinco —respondió Hornblower.

—Su trabajo ha sido provechoso esta noche.

—Sí, y creo que las posibilidades de que lo sea aumentan con el tiempo —dijo Hornblower en tono indiferente y, después de dar algunos pasos, habló en un tono enfático, que contrastaba con el anterior—. ¡Quisiera que esto hubiera ocurrido la semana pasada o ayer mismo!

—Pero, ¿por qué?

—Esa joven... Esa pobre joven...

—¡Dios santo! —exclamó Bush, que había olvidado que María había metido media corona en el bolsillo de la chaqueta de Hornblower y se sorprendió de que el joven no lo hubiera olvidado también—. ¿Por qué se preocupa por ella?

—No sé —respondió Hornblower y dio dos pasos más antes de continuar—. Pero me preocupo.

Bush no tuvo tiempo de reflexionar sobre esta extraña confesión, porque oyó un ruido que le hizo ponerse muy nervioso y agarrar a Hornblower por el codo.

—¡Escuche!

Delante de ellos, en la silenciosa calle, se oían las fuertes pisadas características de los soldados. Se oían cada vez más cerca. A la débil luz pronto pudieron verse blancas bandoleras y botones dorados. Era un grupo de soldados con los mosquetes al hombro, y junto a ellos marchaba un sargento, cuyo grado ponían de manifiesto sus galones y la pica corta que llevaba.

—Pero, ¿qué diablos...? —empezó a preguntar Bush.

—¡Alto! —ordenó el sargento a sus hombres y después se dirigió a los dos tenientes—: ¿Les importaría decirme quiénes son ustedes, caballeros?

—Somos oficiales de marina —respondió Bush.

El sargento lo comprobó sin necesidad de usar el farol que llevaba y se puso en

posición de atención.

—Gracias, señor —dijo.

—¿Qué está haciendo con esta patrulla, sargento? —preguntó Bush.

—Cumpló órdenes, señor —respondió el sargento—. Disculpe, señor. ¡Izquierda! ¡Marchen!

La patrulla siguió adelante, y cuando el sargento pasó por el lado de los tenientes, les saludó poniendo la mano en la pica corta.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Bush—. No es posible que Boney haya hecho un desembarco sorpresa. Si así fuera, estarían sonando todas las campanas. Cualquiera diría que han salido a la calle las brigadas reclutadoras. Pero no puede ser.

—¡Mire! —gritó Hornblower.

Otro grupo de hombres marchaba por la calle, pero no llevaban chaquetas rojas ni estaban erguidos como los militares. Vestían camisas de cuadros y pantalones azules, y al frente de ellos marchaba un guardiamarina con una camisa con parches blancos en el cuello y una daga en la cintura.

—¡Es una brigada reclutadora! —exclamó Bush—. ¡No hay duda! ¡Mire las porras!

Todos los marineros tenían una porra en la mano.

—¡Guardiamarina! —gritó Hornblower—. ¿Qué están haciendo?

El guardiamarina se detuvo al oír el grito en tono imperativo y ver los uniformes de los tenientes.

—Cumplimos órdenes, señor... —empezó a decir, pero al darse cuenta de que había mucha luz y no era necesario ocultar la verdad, especialmente a oficiales de marina, continuó—: Formamos una brigada reclutadora, señor. Tenemos orden de reclutar forzosamente a todos los marineros que encontremos. Hay brigadas en todas las calles.

—Eso me parecía. Pero, ¿para qué se hace este reclutamiento?

—No sabemos, señor. Cumplimos órdenes, señor.

Esa respuesta era bastante satisfactoria.

—Muy bien. Sigán adelante.

—¡Brigadas reclutadoras! —exclamó Bush—. Algo está pasando.

—Ojalá tenga razón —dijo Hornblower.

Llegaron a la calle Highbury, doblaron la esquina y se dirigieron a la casa de la señora Mason.

—Éstos son los primeros resultados —dijo Hornblower.

Se quedaron de pie en la escalera de la casa y vieron pasar a numerosos hombres, al menos cien, escoltados por una veintena de marineros armados con palos y dirigidos por un guardiamarina. Algunos de los hombres reclutados estaban desconcertados y silenciosos; otros hablaban sin contención, y el ruido que hacían

despertaba a los que vivían en esa calle. Todos tenían las manos en los bolsillos del pantalón, unos una sola y otros, los que no gesticulaban, las dos.

—Es como en los viejos tiempos —dijo Bush con una sonrisa—. Les han cortado los cinturones.

Como a los hombres reclutados les cortaban los cinturones, debían tener al menos una mano en el bolsillo del pantalón para evitar que se les cayera. Ninguno podía huir en esas condiciones.

—Me parece que muchos son marineros de primera —dijo Bush, después de juzgarles según su experiencia profesional.

—¡Qué desafortunados! —dijo Hornblower.

—¿Desafortunados? —preguntó Bush sorprendido.

Bush pensó que no sentía más lástima por los hombres reclutados forzosamente que por la noche cuando iba a ser reemplazada por el día. ¿Acaso era desafortunado el buey cuando lo convertían en trozos de carne? ¿O la guinea cuando pasaba de una mano a otra? Eso formaba parte de la vida. Era tan natural que los marineros de barcos mercantes se convirtieran en marineros de barcos del rey como que tuvieran canas si vivían muchos años, y el único modo de atraparles era cogerles desprevenidos durante la noche mientras dormían o cuando estaban en las tabernas o en los burdeles. Así les hacían pasar, en un segundo, de hombres libres que se ganaban la vida con su trabajo a hombres reclutados forzosamente, que no podían caminar por su tierra cuando lo deseaban sin correr el riesgo de ser azotados delante de todos los navíos de la Armada.

Hornblower seguía mirando a la brigada reclutadora y a los hombres reclutados.

—Es posible que haya guerra —aventuró despacio.

—¿Guerra? —preguntó Bush.

—Lo sabremos cuando llegue el correo —dijo Hornblower—. Parry nos lo podía haber dicho anoche...

—Pero... ¿Guerra? —preguntó Bush.

La multitud siguió caminando calle abajo en dirección al astillero, y el ruido que hacía se oía menos a medida que se alejaba. Hornblower se volvió hacia la puerta de la casa y se sacó la pesada llave del bolsillo. Cuando ambos entraron vieron al pie de la escalera a María, que tenía en la mano un candelabro con una vela apagada. Llevaba un largo abrigo sobre el camisón y una cofia, que aparentemente se había puesto de prisa, pues por fuera había dos mechones de pelo enrollados en papeles.

—¡Están a salvo! —exclamó.

—Por supuesto que estamos a salvo, María —dijo Hornblower—. ¿Qué pensaba que nos había sucedido?

—Había tanto alboroto en la calle que miré para ver qué pasaba —dijo María—. ¿Era ésa la brigada reclutadora?

—Sí, lo era —respondió Bush.

—¿Hay guerra?

—Es posible.

—¡Oh! —dijo María con ostensible tristeza—. ¡Oh!

Les miró inquisitivamente a los dos.

—No se preocupe, señorita María —dijo Bush—. Pasarán muy largos años antes que Boney traiga sus barcos a Spithead.

—No es eso —dijo María.

Entonces miró a Hornblower y aparentemente se olvidó de que Bush existía.

—Usted se irá —dijo.

—Tendré que ir a cumplir con mi deber cuando me llamen, María —dijo Hornblower.

En ese momento una espantosa figura subió la escalera que iba al sótano. Era la señora Mason, a quien se le veían todos los mechones de pelo enrollados en papeles porque no se había puesto la cofia.

—Van a molestar a los otros huéspedes con este ruido —dijo.

—Mamá, ellos piensan que habrá guerra —dijo María.

—Y no sería malo que la hubiera si permitiera a muchas personas pagar lo que deben.

—Eso es lo que voy a hacer ahora mismo —dijo Hornblower con rabia—. ¿Cuánto le debo, señora Mason?

—¡Oh, por favor! —dijo María—. ¡Por favor!

—Usted se calla, señorita —dijo la señora Mason—. Si permito que este joven continúe viviendo aquí es por ti.

—¡Mamá!

—Dice «le pagaré lo que le debo», como si fuera un lord, y no tiene ni una camisa en su baúl. También el baúl estaría en la casa de empeño si yo no se lo hubiera quitado.

—Cuando dije que le pagaría lo que le debo hablaba en serio, señora Mason —dijo Hornblower dignamente.

—Entonces veamos su dinero —dijo la señora Mason, aunque no creía lo que decía—. Veintisiete libras y seis chelines.

Hornblower se sacó un puñado de monedas de plata de un bolsillo del pantalón; sin embargo, esa cantidad no era suficiente, así que tuvo que sacarse un billete del bolsillo de la chaqueta, y cuando se lo sacó, todos pudieron ver que tenía muchos más.

—¡Oh! —exclamó la señora Mason, mirando el dinero que tenía en la mano como si fuera oro, y en su rostro se reflejaron sentimientos contradictorios.

—Además le comunico que me marcharé dentro de una semana.

—¡Oh, no! —exclamó María.

—La habitación que ocupa es muy buena —dijo la señora Mason—. No abandonará mi casa sólo por unas cuantas palabras, ¿verdad?

—No abandone nuestra casa, señor Hornblower —rogó María.

Si existía entonces algún hombre que estuviera hecho un lío, ese era Hornblower. Bush le miró y le costó mucho no sonreír al ver que él, el hombre que jugó con los almirantes con grandes apuestas, que disparó la batería del *Renown* para desencallararlo del banco de cieno mientras caía sobre el navío una lluvia de balas rojas, no sabía qué decir ni qué hacer cuando estaba frente a dos mujeres. Era un gesto digno pagar lo que debía, y si era necesario, pagar por adelantado la última semana que iba a estar allí, y marcharse después. Sin embargo, allí le permitieron quedarse sin pagar, y era una ingratitud irse cuando podía hacerlo. Por otro lado, permanecer en una casa donde conocían sus secretos no era agradable. El orgulloso Hornblower, que siempre se avergonzaba de parecer humano, no podría sentirse a gusto entre personas que le habían visto cargado de deudas como cualquier ser humano. Bush sabía que ésas eran las cuestiones que Hornblower tenía que resolver y también que experimentaba una mezcla de sentimientos nobles y hostiles. Seguía estimando a Hornblower aunque se reía de él, y seguía respetándole aunque conocía sus debilidades.

—¿Cuándo cenaron, caballeros? —preguntó la señora Mason.

—No cenamos —respondió Hornblower, mirando de reojo a Bush.

—Entonces deben de estar hambrientos, sobre todo después de pasar la noche en vela. Les prepararé un buen desayuno, un par de gruesas chuletas de cordero para cada uno. ¿Qué les parece?

—¡Muy bien! —exclamó Hornblower.

—Suban ustedes y yo ordenaré a la sirvienta que les lleve agua caliente para que se afeiten —dijo la señora Mason—. Cuando bajen, ya les tendré preparado un buen desayuno. María, corre a encender el fuego.

Cuando llegaron al ático, Hornblower miró a Bush de un modo raro.

—La cama por la que usted pagó un chelín está sin usar —dijo—. No ha dormido en toda la noche por mi culpa. Le ruego que me perdone.

—No es ésta la única noche que he pasado sin dormir —respondió Bush.

La noche en que habían atacado Samaná no durmió, y en muchas ocasiones, cuando su barco era azotado por un temporal, había pasado veinticuatro horas de guardia en la cubierta. Por otro lado, después de pasar un mes con sus hermanas en su casa de Chichester, donde no tenía nada que hacer salvo quitar las malas hierbas del jardín y, por esa razón, procuraba dormir doce horas diarias, estaba satisfecho de haber pasado por diversas situaciones muy excitantes. Se sentó en la cama y Hornblower se puso a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Pasaré muchas más si hay guerra —dijo Hornblower, mirando a Bush, que le

respondió encogiéndose de hombros.

Unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de la sirvienta, que traía un bidón de agua en cada mano. Estaba desgredada y llevaba un vestido roto y demasiado grande para ella, que probablemente le habían regalado la señora Mason o María, y, como ella, volvió hacia Hornblower sus grandes ojos cuando entró con el agua. Con sus grandes ojos, tan grandes que apenas cabían en su delgada cara, siguió a Hornblower mientras el joven caminaba por la habitación, pero ni una sola vez los volvió hacia Bush. Era evidente que Hornblower era tan admirado por esa joven de catorce años como por María.

—Gracias Susie —dijo Hornblower.

Susie hizo una reverencia y se dispuso a marcharse, pero antes de salir, se volvió en la puerta para mirar por última vez a Hornblower.

Hornblower señaló el palanganero y el agua caliente con la mano.

—Usted primero —dijo Bush.

Hornblower se quitó la chaqueta y la camisa y empezó a afeitarse. La navaja le raspaba las mejillas, que estaban cubiertas por una barba abundante, y giró la cabeza hacia un lado y hacia otro para que cortara mejor. Ninguno de los dos sentía necesidad de conversar, y Hornblower se lavó casi en silencio. Luego tiró el agua sucia en un cubo y se echó a un lado para que Bush se afeitara.

—Aproveche la ocasión —dijo Hornblower—. Si su deseo se cumple, sólo tendrá una pinta de agua dos veces por semana para afeitarse.

—¿A quién le importa?

Bush se afeitó y después volvió a afilar cuidadosamente la navaja y la guardó con las demás cosas que usaba para su aseo. Las cicatrices que cubrían sus costillas tomaban un color más claro y brillante cuando se movía. Cuando acabó de vestirse, miró a Hornblower.

—¡Chuletas! —exclamó Hornblower—. ¡Gruesas chuletas! Vamos.

En el comedor que daba al vestíbulo había varios cubiertos puestos en la mesa, pero no había nadie. Aparentemente, esa no era la hora del desayuno de los otros huéspedes de la señora Mason.

—Sólo falta un minuto, señor —dijo Susie, asomándose por la puerta, y luego regresó corriendo a la cocina.

Luego vino con una bandeja tan pesada que la hacía tambalearse al caminar. Hornblower echó hacia atrás su silla con la intención de ayudarla, pero ella, horrorizada, dio un grito para impedirsele y, sin ningún percance, logró poner la bandeja en la mesa lateral.

—Yo le serviré, señor —dijo.

Ella fue de una mesa a otra una y otra vez, como los grumetes cuando corrían con las badernas cuando se recogía el cable del ancla. Les llevó café y tostadas, pan y

mantequilla, leche y azúcar, las vinagreras y los platos calientes, y, finalmente, una gran fuente, que colocó delante de Hornblower. Entonces quitó la tapadera que cubría la fuente y descubrió unas gruesas chuletas cuyo olor, hasta ahora encerrado, llenó el comedor.

—¡Ah! —exclamó Hornblower, cogiendo una cuchara y un tenedor para servir—. ¿Has desayunado ya, Susie?

—¿Yo, señor? No, señor. Todavía no, señor.

Hornblower se detuvo, con la cuchara y el tenedor en la mano, y miró las chuletas, luego a Susie y después las chuletas otra vez. Entonces puso la cuchara en la mesa y se metió la mano en el bolsillo del pantalón.

—¿No puedes comer una de estas chuletas? —preguntó.

—¿Yo, señor? ¡Por supuesto que no, señor!

—Aquí tengo media corona.

—¡Media corona, señor!

El valor de esa moneda era superior al jornal de un obrero.

—Quiero que me prometas una cosa, Susie.

—Señor...

Susie tenía las manos tras la espalda.

—Coge esta moneda y prométeme que en la primera ocasión que se presente hoy, en cuanto la señora Mason te diga que puedes irte, te comprarás algo que comer. Llena ese pequeño estómago. Cómprate pudín de guisantes, manos de cerdo y todo lo que quieras. Prométemelo.

—Pero, señor...

Media corona y tener gran cantidad de comida no parecían cosas reales.

—Cógela —insistió Hornblower.

—Sí, señor.

Susie cogió la moneda y cerró fuertemente su huesuda mano.

—No olvides lo que me prometiste.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Ahora guárdala y vete.

—Sí, señor.

Susie salió del comedor y Hornblower empezó a servir las chuletas.

—Ahora podré disfrutar de mi desayuno —dijo Hornblower.

—Sin duda —confirmó Bush, untando una tostada con mantequilla.

Entonces se echó mostaza en el plato. El hecho de que comiera mostaza con el cordero ponía de manifiesto que era un marino, pero él lo hizo sin pensar en ello. Creía que cuando uno tenía buena comida delante, no era necesario pensar, y comió en silencio. Hornblower volvió a hablar poco después, y entonces él se percató de que había interpretado aquel silencio como un reproche.

—Media corona puede significar mucho para mucha gente —dijo Hornblower, como si quisiera defenderse—. Ayer...

—Tiene razón —dijo Bush, llenando la pausa, como exigían las normas de cortesía, pero luego, al levantar la vista, comprendió que si Hornblower no había terminado la frase no era porque no tuviera nada más que decir.

María estaba de pie en la puerta del comedor. Tenía puestos los guantes, el chal y el sombrero, lo que denotaba que iba a salir, probablemente a comprar en el mercado, ya que la escuela donde daba clases estaba cerrada temporalmente.

—He venido a ver si tenía todo lo que quería —dijo.

El temblor de su voz parecía indicar que oyó las últimas palabras de Hornblower, aunque no era seguro.

—Gracias —dijo Hornblower—. Estoy encantado.

—Por favor, no se levanten —les pidió María con los ojos húmedos y en tono irritado cuando Hornblower y Bush intentaron levantarse.

Unos golpes en la puerta de la casa relajaron la tensión, y María corrió a abrir. Oyeron desde el comedor la voz de un hombre, y enseguida vieron aparecer a María seguida de un cabo de Infantería de marina, cuyo cuerpo alto y delgado sobresalía por encima de su figura achaparrada.

—¿El teniente Hornblower?

—Soy yo.

—Del almirante, señor.

El cabo le entregó una carta y un periódico doblado. Pasaron unos minutos terribles en los que buscaron un lápiz para que Hornblower firmara el comprobante que justificaba que los había recibido. Entonces el cabo juntó los talones con estrépito y se fue, y Hornblower se quedó con la carta en una mano y el periódico en la otra.

—¡Ábrala! —rogó María—. ¡Por favor, ábrala!

Hornblower rompió el sobre, desdobló la carta y la leyó. Luego volvió a leerla, asintiendo con la cabeza, como si la carta confirmara una teoría.

—Como ve, a veces jugar al *whist* produce beneficios, y de muchos tipos —dijo.

Le dio la carta a Bush, sonriendo.

Bush leyó:

Es un placer tener la oportunidad de informarle antes que reciba una notificación oficial que ha sido confirmado su nombramiento de capitán y que dentro de poco se le dará el mando de una corbeta.

—¡Oh, señor! —exclamó Bush—. Felicidades por segunda vez, señor. Eso es lo que usted se merecía, como ya dije antes.

—Gracias —dijo Hornblower—. Termine de leerla.

El segundo párrafo decía:

La llegada en este momento del coche correo con los periódicos de Londres me permite enviarle información sobre el cambio de situación que se ha producido, sin necesidad de ser prolijo en esta carta. En el ejemplar del Sun adjunto podrá encontrar las razones por las que era preciso mantener en secreto las acciones militares durante la agradable tarde que pasamos juntos, así que no necesito disculparme por no haberle informado de ellas.

Queda de usted, su seguro servidor,

PARRY

Cuando Bush terminó de leer la carta, Hornblower ya había abierto el periódico y había encontrado el párrafo más importante, que indicó a Bush enseguida.

Mensaje de Su Majestad

Cámara de los Comunes.

8 de Marzo 1803

El ministro de Hacienda trajo el siguiente mensaje de Su Majestad:

Su Majestad considera necesario informar a la Cámara de los Comunes de que, en vista de que en los puertos de Francia y Holanda se están agrupando fuerzas militares, ha estimado conveniente tomar medidas de precaución adicionales para proteger sus dominios.

George R.

Eso era lo único que Bush necesitaba leer. La flota de Boney y las tropas preparadas para llevar a cabo una invasión estaban situadas a lo largo de la orilla del canal, y ahora sus enemigos iban a realizar los correspondientes movimientos. El reclutamiento forzoso realizado la noche anterior, cuyo plan se había mantenido en secreto, lo que Bush aprobaba (había dirigido demasiadas brigadas reclutadoras para saber que los marineros se escondían en cuanto oían hablar de ellas), proporcionaría a la Armada los hombres necesarios para tripular sus barcos y garantizar la seguridad de Inglaterra. Había muchos barcos en Inglaterra, en todos sus puertos, y oficiales (él sabía mejor que nadie cuántos oficiales había disponibles). Si los barcos de la Armada se hacían a la mar con suficientes tripulantes, Inglaterra podría repeler el ataque que Boney planeaba.

—¡Por una vez han hecho lo correcto! —exclamó Bush, cerrando el periódico.

—¿Qué pasa? —preguntó María.

María permanecía allí de pie y en silencio mirando a los dos hombres alternativamente para ver si su expresión traslucía algo. Bush recordó que ella frunció el entrecejo cuando él felicitó a su amigo.

—La guerra empezará la semana que viene —dijo Hornblower—. Boney no soportará una respuesta tan enérgica.

—¡Oh! —exclamó María—. Pero, ¿qué le ocurrirá a usted?

—Me han nombrado capitán —dijo Hornblower—. Me darán el mando de una corbeta.

—¡Oh! —repitió María.

Durante uno o dos terribles segundos María hizo un gran esfuerzo por controlarse, pero no pudo conseguirlo. Bajó la cabeza poco a poco, se cubrió la cara con las manos y se volvió. Los dos hombres vieron cómo sus hombros, medio cubiertos por el chal, se movían a causa de los sollozos.

—María —dijo Hornblower con voz dulce—. Por favor, María, no llore.

María, con el sombrero de medio lado, volvió su cara cubierta de lágrimas hacia él.

—No volveré a verle —dijo, sollozando—. ¡Era tan feliz porque habían cerrado la escuela por las paperas! Pensé que podría hacerle la cama y recoger su habitación, y ahora pasa esto.

—Pero, María —dijo Hornblower, agitando las manos inútilmente—. Yo tengo que cumplir con mi deber.

—¡Quisiera estar muerta! —gritó María—. ¡Quisiera estar muerta!

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas otra vez y cayeron en el chal. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, y su boca, deforme.

Bush no podía soportar eso. Le gustaban las mujeres hermosas y descaradas. Lo que presenciaba ahora le resultaba intolerable, tal vez porque no encajaba con su sentido de la estética, aunque era improbable que lo tuviera. Quizá lo que le irritaba eran las muestras de histeria incontrolada, y si eso era cierto, ahora tenía una irritación mayor de la que podía soportar. Le parecía que si tenía que aguantar un minuto más el llanto de María se le rompería un vaso sanguíneo.

—Vámonos de aquí —dijo Hornblower.

En respuesta, Bush le miró con sorpresa. Hornblower no pensó nunca que podría huir de una situación de la cual, por su propio carácter, se hacía responsable. Bush sabía perfectamente bien que María se recuperaría con el tiempo y que una mujer que decía que quería estar muerta, cualquier día llegaba a tener tanta vitalidad como un saltamontes en cuanto otro hombre le pellizcaba la barbilla. Por otro lado, no entendía por qué él y Hornblower tenían que preocuparse por algo cuya única responsable era María.

—¡Oh! —exclamó María, tambaleándose, y se apoyó en la mesa, donde estaba la

cafetera con el café frío y la fuente medio llena de chuletas heladas.

Entonces levantó la cabeza y volvió a gemir.

—¡Por amor de Dios! —gritó Bush, en tono irritado y miró a Hornblower—. Vamos.

Cuando Bush llegó a la escalera, se dio cuenta de que Hornblower no le había seguido, y no volvió atrás a buscarle. A pesar de que no era un hombre que abandonaba a un camarada en peligro, de que ocupaba gustoso un lugar en una lancha que fuera a rescatar a hombres en peligro en medio de una horrible marejada, y de que permanecería junto a Hornblower aunque un terrible enemigo amenazara con despedazarles, no volvería atrás para salvarle. Pensaba que si Hornblower quería hacer el tonto, él no podría impedirselo. Y para no tener cargo de conciencia, se dijo que quizá Hornblower no iba a hacer el tonto.

Cuando Bush llegó al ático, se puso a enrollar las cosas que usaba para su aseo en la camisa de dormir. La metódica revisión de todas esas cosas, la navaja, el peine y los cepillos, para asegurarse de que no las dejaba olvidadas, le hizo atemperar su ira. La idea de que inmediatamente tendría un empleo y realizaría acciones de guerra le causó una gran satisfacción que finalmente desplazó a su ira. Mientras tarareaba una canción, pensó que sería conveniente volver al astillero y entrar en Keppel's Head para hablar de las asombrosas noticias de la mañana, pues ambas cosas contribuirían a que pronto consiguiera un nuevo nombramiento. Se metió el rollo que formaba su equipaje bajo el brazo, echó una última mirada a su alrededor para asegurarse de que no se dejaba nada y salió cerrando la puerta, todavía tarareando. Cuando llegó al final de la escalera y ya iba a avanzar por el vestíbulo, se quedó con el pie en el aire un momento, no porque dudara si debía ir al comedor o no, sino porque estaba pensando qué decir cuando entrara allí.

María ya se había enjugado las lágrimas. Estaba allí de pie, sonriente, aunque todavía tenía el sombrero de medio lado. Hornblower también estaba sonriente, quizá debido a que sentía alivio porque María había dejado de llorar. Se volvió cuando Bush entró e hizo un gesto de asombro al verle con el sombrero y su petate.

—Me marcho —dijo Bush—. Tengo que agradecerle su hospitalidad, señor.

—Pero... —dijo Hornblower—. Todavía no tiene que irse.

De nuevo Bush le trataba de señor. Habían pasado muchas dificultades juntos y sabían muchas cosas el uno del otro, pero la guerra volvería a comenzar y ahora Hornblower era un oficial de grado superior al de Bush. Bush le dijo lo que pensaba hacer hasta que cogiera el coche que iba a Chichester y Hornblower asintió con la cabeza.

—Prepare su baúl —dijo—. No tardará en necesitarlo. Bush carraspeó antes de pronunciar las solemnes palabras que quería decir.

—No le felicité adecuadamente, señor —dijo en tono grave—. Quería decirle que

no creo que el Almirantazgo hubiera podido hacer una elección más acertada entre todos los hombres que figuran en la lista de tenientes que al escogerle a usted para darle un ascenso, señor.

—Es usted demasiado generoso —dijo Hornblower.

—Estoy segura de que el señor Bush tiene razón.

María miró a Hornblower con ostensible admiración y Hornblower la miró a ella con infinita ternura. Yen la admiración había un atisbo de posesión, y en la ternura, un atisbo de melancolía.



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899 - Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era todo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico, cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.

Notas

[1] rizo: Trozo de cabo de los que se pasan por los ollaos u ojetes de las velas, que sirven para sujetarlas en ciertos casos a las vergas. (*N. de la T*) <<

[2] bañera: Parte del sollado de un barco donde generalmente se encuentran la camareta de guardiamarinas y las cabinas de los suboficiales. Se usa como enfermería en las batallas. (*N. de la T*) <<

[3] estima: Concepto aproximado que se forman los marinos de la situación del barco por los rumbos y las distancias recorridas en cada uno de ellos. (*N. de la T.*) <<

[4] bala roja: Bala de hierro que, hecha ascua, se metía en la pieza de artillería y se usaba para incendiar. (*N. de la T*) <<

[5] cable: Medida de longitud equivalente a un décimo de milla (100 brazas o 185,19 metros). (*N. de la T*) <<

[6] braza: Medida de longitud, generalmente usada en la marina, que equivale a seis pies, o sea, 1,8 metros. (*N. de la T*) <<

[7] Boney: Así llamaban los ingleses a Napoleón Bonaparte. (*N. de la T*) <<

[8] downs: Colinas situadas en la costa sureste de Inglaterra. Están formadas de creta, son de poca altitud, aunque muy escarpadas, y se extienden de este a oeste en dos cadenas paralelas a través de los condados de Surrey, Kent y Sussex. (*N. de la T*) <<

[9] bátava: De Batavia (antiguo nombre de Yakarta). (*N de la T*) <<